EL EMPERADOR

GUILLERMO II

ÍNTIMO

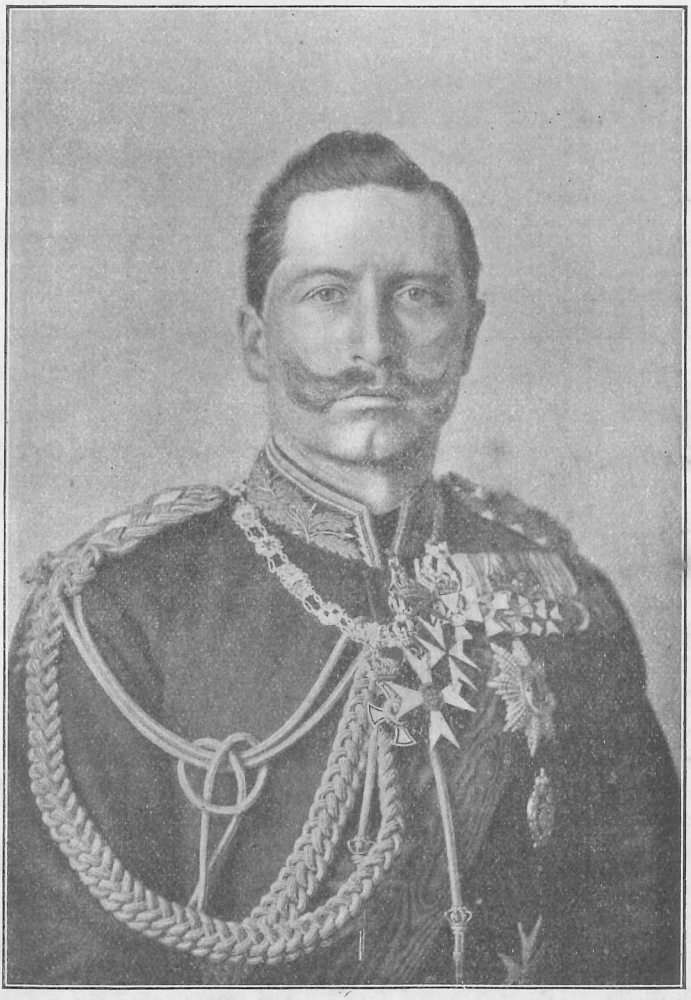
Según las memorias de la condesa de Eppinghoven
dama de honor de la Emperatriz
y otros documentos de autorizado origen

MONTANER Y SIMÓN, editores-BARCELONA

EL EMPERADOR

GUILLERMO II

ÍNTIMO



El emperador Guillermo II

EL EMPERADOR

GUILLERMO II

ÍNTIMO

SEGÚN LAS MEMORIAS DE LA CONDESA DE EPPINGHOVEN,

DAMA DE HONOR DE LA EMPERATRIZ,

Y OTROS DOCUMENTOS DE AUTORIZADO ORIGEN

POR D. JUAN B. ENSEÑAT

C. de la Academia de la Historia

EDICIÓN ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255

1910

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO DE LOS EDITORES

Guillermo II, el soberano que más ha ocupado la atención pública en nuestra época, ha sido un enigma para todo el mundo hasta que recientes revelaciones han venido á disipar las nebulosidades legendarias que le envolvían, mostrándolo á la luz de una realidad sorprendente.

Entre estas revelaciones han causado particular sensación las contenidas en las Memorias de una dama de honor de la emperatriz Augusta Victoria, que vivió más de diez años en la intimidad de los soberanos de Alemania, y oculta su nombre bajo el seudónimo de Úrsula, condesa de Eppinghoven; memorias gubernativamente proscritas del Imperio germánico, y que, en virtud de un convenio especial, se han podido tener á la vista para la composición de este libro.

Gracias, pues, á la preciosa documentación de que se ha dispuesto, el monarca que se da aquí á conocer es muy diferente del descrito por la inmensa mayoría de los cronistas, tan complacientes como oficiosos, y por los redactores de las reseñas y memorias oficiales, comúnmente tan uniformes como serviles.

En este libro se presenta al actual emperador de Alemania en su intimidad más desconocida, lejos del aparato representativo, en el seno de la familia, en sus diversiones, en sus partidas de caza, en sus viajes de

recreo, en su trato particular con ministros, colaboradores, ayudantes, cortesanos y amigos.

Al lado del kaiser, y lejos también del fausto y de la pompa oficiales, se presenta á la emperatriz Augusta Victoria, ocupada en los quehaceres domésticos, atenta á sus obligaciones de esposa y madre.

Con los monarcas, en fin, se da á conocer la corte que en torno de ellos se mueve, y al relato de intrigas palaciegas, de anécdotas sabrosas, de frivolidades picantes, acompañan revelaciones sobre las interioridades de la política alemana, dirigida, en medio de las intrigas, complicaciones y luchas internacionales, por el jefe de Estado más enigmático de la historia contemporánea.

LOS EDITORES

CAPÍTULO PRIMERO

Los padres y los abuelos de Guillermo II. – El príncipe Federico Guillermo de Prusia. – Su educación bajo la influencia de dos astros distintos. – Su casamiento con la princesa Victoria de Inglaterra. – Influencia inglesa sobre el joven matrimonio. – La reina Victoria y el Príncipe Alberto. – Correspondencia entre suegro y yerno. – El rey Guillermo I. – Bismarck llamado al poder. – Sus primeros actos políticos. – Nacimiento del príncipe Guillermo de Prusia. – Sus consecuencias.

En 18 de octubre de 1849, el príncipe Federico Guillermo, hijo mayor del príncipe Guillermo de Prusia y de la princesa Augusta de Sajonia-Weimar, fué declarado mayor de edad, en el 18.° aniversario de su nacimiento, conforme á las leyes de la monarquía. Su abuelo paterno, Federico Guillermo III, había muerto en 1840. Su tío, Federico Guillermo IV, no tenía hijos. Su padre llevaba el título de príncipe de Prusia, que expresaba su calidad de heredero. El joven era, pues, el segundo heredero de la corona. Pero, ¡qué tiempos aquellos en que se celebró su mayoría!

Los vientos revolucionarios, que soplaban de Francia, habían trastornado á Alemania. El rey de Prusia había humillado en 1848 su persona y su ejército ante el mo-

tín berlinés. Su hermano Guillermo había tenido que refugiarse en Inglaterra. Pasó el movimiento popular. El rey, escarnecido un año antes, fué honrado en 1849 con la oferta de la corona imperial, que le presentaron los diputados de la Asamblea nacional de Francfort, y humillado un año después en Olmutz por el Austria, que arrinconó á Prusia. Luego, las cosas volvieron á su primitivo estado. El príncipe de Prusia tornó á sus lares; lo mismo hicieron los demás príncipes; los últimos sediciosos fueron castigados, y hubo en Alemania algunas constituciones más, como la que inauguró en Prusia el régimen parlamentario.

¿Qué había pensado, entretanto, el joven príncipe Federico? ¿Qué ideas había cambiado con su madre, durante el retiro en que vivieron mientras el destierro del padre? Aquella gran palpitación de los corazones ale-
1849 manes á las palabras de unidad y de libertad, aquel homenaje rendido por la soñadora Germania á la fuerte Prusia, aquel caos de un momento, aquel flujo y reflujo, ¡qué de materias para las reflexiones del joven heredero de la corona!

Éste había nacido y se había formado bajo la influencia de dos astros muy diferentes: el de Prusia y el de Sajonia-Weimar.

El espíritu de la Prusia militar se hallaba encarnado en su padre, que había hecho sus primeras armas contra Francia en 1814.

La princesa Augusta estaba orgullosa de la gloria intelectual de su pequeña patria; el amor á las letras y á las artes, el culto de la inteligencia, eran para la madre de Federico una herencia de familia.

Al recibir el bautismo, parece que el futuro padre del

emperador actual gritó mucho. Los asistentes al acto religioso pronosticaron que el niño tendría una fuerte voz de mando. Á los nueve años de edad, tuvo por ayo á un coronel. Varios sargentos, elegidos entre los mejores, le enseñaron el ejercicio militar. Á los diez años, fué nombrado segundo teniente con destino al primer regimiento de infantería de la Guardia.

Un año después, en la gran parada de mayo, ocupó, por primera vez, en las filas su puesto de oficial. En todo esto se manifestaba la influencia del astro de Prusia, que había de transmitirse más tarde á su hijo, el actual emperador.

El príncipe Federico empezó sus estudios, y la Historia, el idioma francés y las Bellas Artes fueron objeto de preferencias en su educación, dirigida por el profesor Ernesto Curtius, á quien una lección sobre la Acrópolis de Atenas, explicada ante la princesa Augusta, había valido aquel honor. Influencia del astro de Weimar.

La juventud de Federico transcurrió en la tranquilidad de una vida sencilla. Sus padres no eran ricos. La casa de Berlín en que pasaban el invierno era una de las menos brillantes de la avenida de los Tilos. La residencia de verano, Babelsberg, era entonces muy modesta. Después de 1870, á este castillejo se le añadió un cuerpo de edificio de mucha apariencia. Sin embargo, ningún banquero de mediana importancia lo consideraría bastante suntuoso para su posición social.

La sencillez que reina en el domicilio de los Hohenzollern la encontramos también en la educación de los príncipes de esta casa. Es tradicional en la familia, que, cada uno, aprenda un oficio.

El futuro emperador Federico contaba entre sus maestros al carpintero de la casa real, que le enseñó su arte. ¿Se le quiso recordar con esto que el trabajo es la ley de todo ser humano? ¿Se le quiso advertir que no hay destino seguro, y que conviene que un príncipe, como otro hombre cualquiera, sea capaz de ganarse la vida? Yo creo más bien que, con esta costumbre, los Hohenzollern quieren honrar el trabajo á los ojos del pueblo. Porque esta especie de humildad, no es verdadera modestia. En la afectada sencillez de su vida, los Hohenzollern guardan un sentimiento más vivo de su dignidad que los soberanos cuya majestad se pierde en el boato.

Las grandes vicisitudes templan á las naturalezas vigorosas, y Guillermo I salió de las terribles pruebas de 1848 y 1850 con el espíritu más firme y la frente más erguida. Pero su hijo no se parecía á él, y aquellas mismas jornadas debieron darle una idea de la fuerza de la revolución y de la inseguridad de las cosas de este mundo.

El primer acontecimiento trascendental de la vida del príncipe Federico es su matrimonio, celebrado en enero de 1858, con la princesa Victoria, hija mayor de la reina Victoria y del príncipe Alberto.

Para esta unión, preparada con tiempo, se tuvieron en consideración la edad proporcionada de los cónyuges (el príncipe tenía nueve años más que la princesa), su conformidad de religión, el recuerdo de las viejas alianzas entre Prusia é Inglaterra, la confraternidad de armas en el último esfuerzo contra Napoleón y el apretón de mano cambiado entre Wellington y Blücher, la víspera de Waterloo.

Durante una visita hecha á la corte de Londres en 1851 por el príncipe Guillermo de Prusia y la princesa Augusta, con motivo de la Exposición universal, el proyecto de boda fué discutido y aceptado por ambas partes.

Cuatro años después, en septiembre de 1855, el príncipe Federico Guillermo fué á Escocia, y pidió á la reina y al príncipe consorte, que se hallaban en el castillo de Balmoral, la mano de su hija, que le fué otorgada.

«Hoy, escribe el príncipe Alberto al barón de Stockmar en Coburgo, el joven nos ha hecho su petición con el permiso de sus padres y de su rey. La hemos aceptado por lo que á nosotros toca; pero en cuanto á la otra parte, le hemos rogado que espere hasta después de la confirmación de nuestra hija. Hasta entonces, no hay que turbar la tranquilidad de la niña. El joven quiere presentarle su demanda en la primavera próxima, y, como el matrimonio no puede efectuarse hasta que la novia haya cumplido diez y siete años, el plazo se alarga hasta la otra primavera. Se guardará el secreto en lo posible. Á los padres y al rey se les dirá la verdad, es decir que, el joven y nosotros, nos hemos comprometido con la salvedad de que la princesa será interrogada después de su confirmación... El joven me ha gustado mucho. La rectitud, la franqueza, la honorabilidad son las principales cualidades que en él se muestran. Parece exento de preocupaciones y bien intencionado en grado sumo. Dice que está muy enamorado de Vicky (Victoria). Creo que ella no hará objeción alguna».

El padre no se equivocaba: lejos de oponer resisten-

tencia, la muchacha iba á aceptar gustosa la proposición matrimonial. Había adivinado el gran secreto, y procuró agradar al príncipe, que, á pesar de su tiesura y timidez, era muy guapo, y tenía unos grandes ojos azules que la miraban siempre con muchísima ternura. Sin embargo, quedó convenido que los esponsales no tendrían efecto hasta después de la confirmación. «Sobre esto estamos acordes,» escribe el príncipe Alberto al barón de Stockmar, el 29 de septiembre, y le anuncia que «el joven partirá dentro de dos días.» Pero, pocas horas después, la reina de Inglaterra escribía en su diario: «29 de septiembre. Hoy, nuestra amada hija ha contraído esponsales con el príncipe Federico Guillermo de Prusia... Esta tarde, subiendo á caballo el Craig-na-Ban, él cogió un manojo de brezo blanco (emblema de felicidad) y se lo dió á ella; luego, á la vuelta, bajando el Glen-Girnoch, le ha dejado ver sus esperanzas y sus deseos, que, en seguida, han sido bien recibidos.»

En el transcurso del año 1856, el príncipe hizo dos viajes á Inglaterra para ver á su novia.

El suceso, aunque no hubiese sido oficialmente anunciado, lo conocía toda Europa. Napoleón III, temiendo que aquella alianza de familia entre las casas de Inglaterra y Prusia turbase la intimidad de la alianza franco-
1856 inglesa, no ocultó sus recelos al gobierno británico. Pero lord Clarendon le aseguró que los afectos particulares de la reina no tendrían influencia alguna sobre una política que sólo se dejaría guiar por el sentimiento de los intereses y del honor de Inglaterra.—«¡Me alegro mucho de que me lo hayáis dicho!» —replicó vivamente el emperador.

La reina Victoria hizo más: dió al príncipe Federico Guillermo el encargo de llevar una carta á Napoleón III. El príncipe pasó algunos días en la corte imperial, en noviembre de 1856. «Nos ha gustado mucho, escribió el emperador á la reina Victoria. No dudo que hará muy feliz á la princesa real. Me parece que reúne todas las cualidades propias de su edad y de su alcurnia. Hemos procurado hacer su estancia en París todo lo agradable posible, pero todos sus pensamientos parecían estar en Osborne y en Windsor.»

La reina Victoria de Inglaterra, madre de la princesa Augusta, prometida de Federico Guillermo de Alemania.

Fijóse, en fin, la fecha del matrimonio, que fué celebrado el 25 de enero de 1858, á las doce, en el palacio de Saint-James. Antes de la llegada del cortejo nupcial, la reina, precedida de lord Palmerston, que llevaba la espada del reino, había tomado pomposamente asiento en la capilla. Toques de tambores y cornetas anunciaron la llegada de los novios, y el órgano entonó luego una marcha triunfal. 1858

El príncipe, pálido, pero conteniendo su emoción, se inclinó ante la reina y se arrodilló sobre su reclinatorio. La princesa estaba muy tranquila; su mirada era «inocente, confiada, seria,» según la afirmación de cro-

nistas presenciales. Ocho doncellas sostenían la pesada cola de su vestido. Al arrodillarse al mismo tiempo que ella, «hubiérase dicho que una flotante nube de vírgenes» bajaba á la tierra.

El arzobispo de Cantorbery dirigió á la joven pareja un discurso y la sacramental pregunta, á la cual las dos voces contestaron con un firme *sí*. Luego preguntó: «¿Quién da esta mujer en matrimonio á este hombre?»

El príncipe Alberto se levantó y condujo la princesa al arzobispo, que por señas indicó al novio cogiese la mano derecha de la novia con su mano derecha. El príncipe pronunció la fórmula ritual: «Yo, Federico Guillermo Nicolás Carlos, te tomo por esposa, á ti, Victoria Adelaida María Luisa. De hoy en adelante, te guardaré así en la dicha como en la desgracia, en la riqueza como en la pobreza, en la salud como en la enfermedad. Te daré mi amor y mi aprecio, hasta que la muerte nos separe, por la voluntad de Dios. Te doy mi palabra fiel.» La princesa hizo el mismo juramento. Trocáronse los dos anillos de oro de Silesia. El prelado dió su bendición, y el coro cantó el *Aleluya* de Haendel. La ceremonia había terminado.

Los heraldos se dispusieron á marchar al frente del cortejo, pero las dos familias reales se confundieron en efusiones. Ambos esposos se besaron mutuamente, besaron después á sus deudos, y éstos, á su vez, se besaron unos á otros. La reina Victoria suplicó al príncipe de Prusia que en lo sucesivo la tutease.

El cortejo, saludado por los hurras de un inmenso gentío, regresó al palacio de Buckingham, de donde los novios salieron, al anochecer, para Windsor, en cuyo real sitio pasaron la noche de bodas.

El 2 de febrero, el príncipe Federico y su esposa marcharon de Inglaterra, produciéndose, entre besos y lágrimas, la eterna escena de la despedida. La reina ben-

El príncipe Federico Guillermo de Prusia y la princesa Victoria de Inglaterra, después de la boda. (De una litografía de 1858.)

dijo á su hija y la abrazó cariñosamente. «Besé al bueno de Fritz, escribió, y le estreché la mano varias veces. Él no podía hablar; tenía los ojos llenos de lágrimas.» En Gravesend, antes de embarcarse, los novios pasaron por debajo de un arco de triunfo en que se leían estas palabras: «¡Adios, bella rosa de Inglaterra!» Va-

rias jóvenes les precedían sembrando el tránsito de flores. Cuando hubieron subido á bordo del yate *Victoria and Albert*, les rodeó una infinidad de vaporcitos y canoas de donde salían los gritos de: «¡Cuidad de ella! ¡Sedle fiel! ¡Dios os bendicirá!»

Inmediatamente, la princesa ocupó un puesto considerable en la vida de su marido, y con ella, la familia real de Inglaterra, y, sobre todo, el príncipe Alberto á quien su hija adoraba.

En el momento de separarse de él, la princesa dijo cándidamente á su madre: «Creo que no voy á poder vivir lejos de mi querido papá.» Tomaba lección con él todos los días. «Ha aprendido mucho, y cosas muy diversas, escribía el príncipe Alberto á su futuro yerno... Cada noche, de seis á nueve, le doy una especie de catecismo universal, y la dejo trabajar, sin ayudarla, en su estudio; lo que sí hago es corregirle sus ejercicios ó trabajos de composición. En este momento escribe un corto resumen de historia romana.» El príncipe Alberto era muy instruído en filosofía y humanidades. Le gustaba mucho la historia. La protección á las artes y á las letras, que en los matrimonios reales suele partir de la esposa, la ejercía en Inglaterra el marido de la reina, el cual tenía en su vida intelectual y religiosa, la gran libertad de su espíritu y de su situación. Catequizó á su hija, pero su catecismo era variado, amplio, universal, y él no encerró en programas limitados el espíritu de su discípula.

Al mismo tiempo que completaba la educación de su hija, el príncipe Alberto emprendía la de su yerno. Algunas cartas de él, dirigidas á Federico durante su noviaje, son verdaderas lecciones políticas, que convie-

ne conocer antes de estudiar el cáracter del emperador Guillermo II, pues muchos de sus actos, como soberano y como hijo, tuvieron por causa una intransigente oposición á la política de sus padres, inspirada por Inglaterra.

El rey de Prusia Federico Guillermo IV tenía entonces de primer ministro al Sr. de Manteuffel, que gobernaba con el pedantismo y la huera solemnidad que son los caracteres habituales de la reacción prusiana. Este sistema era odioso al príncipe Alberto.

«Mi querido Fritz, escribe en noviembre de 1855, con todo mi corazón te doy las gracias por las líneas que me has mandado. La situación de Prusia, tal como me la describes, da mucho que pensar. Los planes imaginados por el partido reaccionario, y los medios empleados en las elecciones pueden poner á la monarquía en gran peligro... Yo me pregunto cuáles son los deberes de las generaciones futuras que ven sembrar tales vientos... Y no puedo menos de contestarme: la conciencia y el patriotismo les imponen que no asistan pasivas á la destrucción de una constitución jurada. ¿Qué haría yo en tales circunstancias? No vacilaría. Protestaría solemnemente, no en un espíritu de oposición contra el gobierno, sino para defender el derecho de aquellos cuyos derechos son inseparables de los míos, los derechos de mi nación y de mi pueblo, y para purificar mi conciencia de toda sospecha de complicidad en esa obra maldita. Á fin de evitar á este acto la apariencia de un afán de popularidad, manifestaría confidencialmente, á quien correspondiese, que, en tal caso determinado, me vería obligado á hacerlo; no lo ocultaría á mis amigos y seguiría viviendo en buena inteligencia

aparente con los gobiernos. Estoy convencido de que esta conducta inspiraría algunos temores á los mal intencionados, y contribuiría á impedir que la nación perdiese la esperanza, que es el mejor fundamento de la paciencia.»

No es únicamente al ministerio á quien el príncipe Alberto trata con ese rigor, sino que ataca al sistema prusiano, en el corazón, es decir, en la burocracia. El príncipe Federico había hablado, en una carta á la reina, de estudios que hacía acerca de los diferentes ministerios.

«Cuando hayas trabajado algún tiempo en eso, dice con tal motivo el príncipe Alberto, reconocerás perfectamente la verdad de esta frase de Oxenstiern: «Hijo mío, verás con asombro en manos de qué necios está la dirección de los negocios del mundo.» Temo que nadie tome interés en explicarte los principios á que las cosas se reducen. Al contrario, y quizá de intento, te abrumarán bajo la masa de los detalles, bajo «el trabajo», como ellos dicen. La mayor parte de los oficinistas alemanes no ven los árboles en el bosque; se hacen del árbol una idea terrible: calculan la riqueza de cada pie según la espesura del oquedal en que se hallan apiñados, y no según el vigor de su desarrollo...»

Esta carta, escrita pocos meses después de los esponsales, supone una gran intimidad, una plena confianza, anteriores cambios de ideas y una especie de confesión política del joven príncipe. He aquí, pues, á un Hohenzollern bajo la dirección de un liberal, que no comprende que un gobierno quiera retirar libertades constitucionales ó hacer amaños con ellas. He aquí el espíritu de un gran pueblo, libre desde hace mucho

tiempo, que cuida por sí mismo de sus intereses y compone la fuerza pública con la suma de lo que valen los individuos, en frente del espíritu de un Estado enteramente formado por príncipes, servido, pero explotado por ellos, y en que el individuo no es más que una pieza de la gran máquina.

El príncipe Federico estaba sin duda, por naturaleza, predispuesto á comprender los consejos del príncipe Alberto: no era prusiano del todo. Además, sentía por su nueva familia ese tierno afecto que suelen experimentar los corazones de los novios. El mismo amor que tenía puesto en la princesa Victoria le inclinaba hacia su amadísimo padre. Hallábase, en fin, bajo el imperio de un espíritu superior al suyo, y saboreaba el encanto de las cartas del príncipe Alberto, después del de su conversación.

En la casa paterna no había hombres con quienes pudiese hablar de aquel modo.

El príncipe Alberto murió en diciembre de 1861, pocos meses antes del advenimiento de Guillermo I al trono de Prusia. Nadie podía adivinar entonces que á aquel rey de sesenta y cuatro años le estuviese aún reservada una carrera tan larga y brillante.

Durante muchísimos años había vivido discretamente cerca del trono, consagrado á sus deberes militares. Sin embargo, durante los últimos tiempos de la vida de Federico Guillermo IV, había mostrado ese asomo de oposición liberal que es como la marca involuntaria de la impaciencia de los herederos. Elevado á la regencia durante la locura de su hermano, había pedido la dimisión al ministerio Manteuffel, para inaugurar lo que los periódicos de la época llamaron una era nueva.

Era nueva, en efecto, pero no como la esperaban los liberales. El rey Guillermo tenía una idea fija: aumentar la fuerza militar del Estado por medio de la famosa reforma que había meditado largo tiempo. Comprendía á su manera sus deberes constitucionales. Había jurado la Carta, pero á su juicio ningún documento podía contener ó limitar su poder que tenía por principio la gracia de Dios y por fin el bien del Estado. Entre estos dos términos, no había lugar más que para el ejercicio de una voluntad libre, dirigida por el sentimiento de su responsabilidad para con Dios y para con el Estado. En sus declaraciones, el rey mezclaba siempre tan bien con la idea de sus deberes la de sus derechos, el divino y el humano, el místico y el real, que era imposible distinguirlos. La Constitución de Prusia, así interpretada, era un documento único en la historia del mundo, pero la interpretación podía conducir al abismo ó al Capitolio.

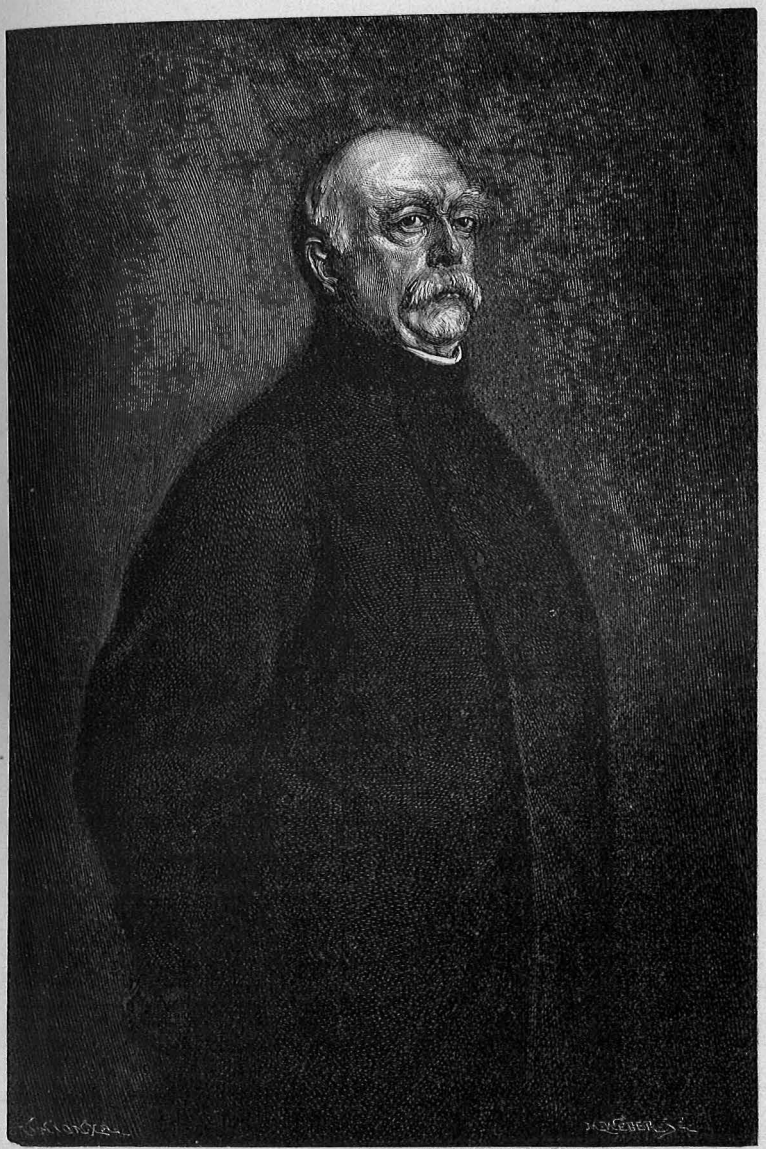
Creyóse desde luego que conducía al abismo. Cuando el rey Guillermo sintió que la resistencia empezaba á ser seria, llamó al poder á un hombre á quien nada asustaba.

Este hombre era Bismarck.

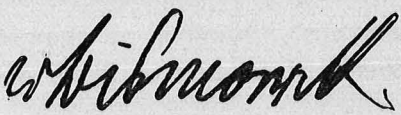
La lucha se entabló entonces en toda la línea, con una decisión y una lógica implacables. La Constitución fué violada en la letra y en el espíritu, audazmente, con mañas de curial y sarcasmos de tiranuelo.

La opinión pública se indignaba; el pueblo protestaba por todos los medios legales, defendiendo con tal constancia sus derechos que el resultado de la batalla parecía indeciso.

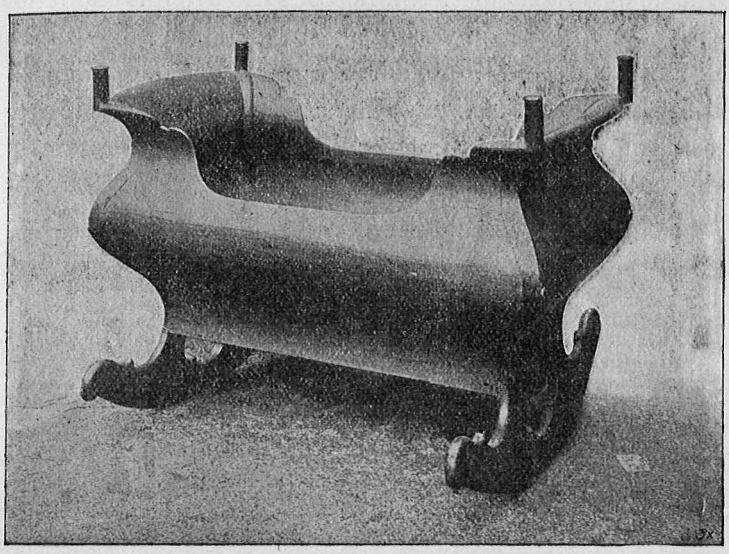
Indudablemente la Prusia caminaba hacia su gran-



F. v. Lenbach pinx. *Photographie im Verlag der Photogr. Union in München.*



deza, mas por vías que escapaban á la penetración del príncipe heredero, que hacía causa común con el pueblo en su guerra contra Bismarck; pero, severamente reprendido por el rey su padre después de su primera y última manifestación política en un sentido de franca



La cuna de los Hohenzollern

oposición al futuro canciller, el kronprinz asistió como simple espectador á los acontecimientos que hubieran podido arruinar á la monarquía, pero que la elevaron al pináculo del poderío. Menos libre que el último de los periodistas ó que el más humilde de los electores, no podía decir una palabra sobre los negocios públicos, y callaba por respeto y por espíritu de obediencia.

Vivía en el seno de la familia, con toda modestia y tranquilidad. Su prole aumentaba. En 27 de enero

de 1859 había nacido su primer hijo, el hoy emperador Guillermo.

El nacimiento de un heredero llenó de alborozo á la corte y á la población que estuvieron varios días de fiesta. El abuelo recibió la noticia en el momento en que despachaba con un ministro; salió pricipitadamente y, para no tener que esperar su coche, metióse en un simón dando prisa al auriga. Llegó á casa de su hijo á tiempo que salía el mariscal Wrangel. Cuéntase que este veterano dijo á la muchedumbre agolpada á la puerta del palacio: «¡Bien va! ¡Es un *recluta* de lo más robusto!» Todos los príncipes de la casa Hohenzollern nacen destinados á la milicia, y el mismo horóscopo se repite ante cada cuna.

Nacieron siete hijos más de aquella unión fecunda: en 1860, la princesa Carlota; en 1862, el príncipe Enrique; en 1864, el príncipe Segismundo; en 1866, la princesa Victoria; en 1868, el príncipe Waldemar; en 1870, la princesa Sofía Dorotea; en 1872, la princesa Margarita. Varios han muerto. El príncipe Segismundo había nacido el año de la guerra danesa. Cuando el magistrado de Berlín fué á dar la enhorabuena al príncipe Federico, éste contestó: «En medio de la alegría que me causa este nuevo presente del cielo, no podemos olvidar á los padres á quienes las batallas de este año han arrebatado hijos llenos de esperanza. En el fondo de nuestro corazón, hemos sentido la obligación de educar á este hijo como á sus hermanos mayores en el amor, la abnegación y la fidelidad á su patria.» Dos años después, en junio de 1866, en el momento de ir á conducir su ejército á los desfiladeros de la Bohemia, el príncipe Federico recibió la noticia de la muerte de este niño.

De regreso en Berlín, recibió del magistrado, con las felicitaciones por el éxito de la campaña, el pésame por la pérdida de su hijo. «¡Era un cruel deber

El príncipe Regente tomando un coche para ir á ver á su nieto recién nacido.
Dibujo de C. Celker

para mí, contestó, el permanecer lejos de mi esposa y de mi hijo moribundo, sin poder cerrar los ojos á la criatura que nos dejaba. Pero es para mí una satisfacción el ofrecer este sacrificio á mi patria!»

Todos los que vieron, en días de duelo, al príncipe Federico y á la princesa Victoria, se compadecieron de

su profunda pena. En marzo de 1879, en el momento en que el cortejo fúnebre salía de su palacio para conducir á la iglesia al príncipe Waldemar, muerto á los doce años, salieron al balcón para seguir con la vista al féretro con tan triste mirada que el pueblo prorrumpió en sollozos. Al día siguiente, durante los funerales, el príncipe Federico, arrodillado junto al sepulcro entreabierto, vertía amargo llanto.

El *recluta* cuya *robustez* había anunciado el mariscal Wrangel al pueblo de Berlín, apenas nacido, estuvo á punto de tener que ser declarado *inútil* para el servicio de las armas.

Cierto reglamento de la familia Hohenzollern estipula que, para ser digno del mando, lo mismo que para aspirar á sentarse algún día en el trono, todo príncipe real de Prusia debe estar sano de cuerpo y de espíritu; y el niño Guillermo había nacido con un achaque de bastante gravedad para que los médicos lo creyesen incurable.

Su madre, la princesa Victoria, apasionada por todo lo de su país natal, había hecho llamar á un tocólogo inglés para que la asistiera en su alumbramiento, y no quería entregarse en manos de los facultativos alemanes. Quizá por la tardanza en practicar la delicada operación que el caso requería ó porque los médicos estuviesen poco acertados en ella, el parto fué laborioso, y el pequeño príncipe nació con el brazo izquierdo lisiado en la parte inferior al codo.

El futuro emperador vino al mundo sin más ceremonias que cualquier hijo de la clase media. Fué recibido por una comadrona y dos médicos de la corte. Uno de ellos, el Dr. Martín, era especialista en enfermedades

FEDERICO GUILLERMO, PRÍNCIPE HEREDERO DE PRUSIA

Copia de un grabado en acero de F. Weber, sacado de un retrato original de J. Winterhalter

de la mujer; pero, en Alemania, los médicos consideran indigno de su profesión el hacer de comadrones. Sólo asisten «al acto» para intervenir en caso de graves complicaciones. En la inmensa mayoría de los casos, se limitan á dirigir las disposiciones preliminares, cuidando, sobre todo, de que las medidas de higiene sean rigurosamente observadas. Quien opera es la comadrona.

La que asistió á la princesa Victoria en su primer parto se llamaba Stahl, y no hace muchos años que refería á una dama de la corte el apurado trance en estos términos:

«¡Ah! ¡no puede usted imaginarse lo débil y nerviosa que estaba la pobre princesa, que apenas tenía entonces diez y ocho años! Se mostraba agitada, no sólo por la aprensión propia de toda primeriza, sino también por la grave cuestión política que el acontecimiento suscitaba. Figúrese que, en aquella época, nuestro pobre rey Federico Guillermo IV estaba ya loco de remate, y que hacía veinte años que no había habido ningún nacimiento en la familia real!

»Se acordó que el Dr. Martín, que ya había cuidado á Su Alteza en su enfermedad nerviosa, la asistiría en el parto con ayuda del médico de cámara, y yo me encargaría de recibir á la criatura.

»Pero en el momento en que ésta vió la luz, la princesa se encontró tan mal que los médicos creyeron que iba á morir. Yo tuve que abandonar momentáneamente al niño para ayudarles. Pero, imagínese cuál no sería mi sorpresa cuando, al volver al lecho en que lo había dejado, lo encontré inmóvil y sin que diera un solo grito. De pronto, temí que hubiese nacido muerto.

Llamé al Dr. Martín en mi auxilio y, los dos, empleamos los medios indicados en casos semejantes para devolver la vida á la criatura.

»Después que los médicos hubieron tratado en vano de reanimarlo, lo cogí sobre mi brazo izquierdo y, con la mano derecha, empecé á golpearlo con una tohalla mojada, según la buena práctica antigua, con espanto de los médicos y demás personas presentes.

»¡Al diablo la etiqueta!, dije para mí, viendo los gestos de unos y otros. Después de todo, ¿no era, para el niño, cuestión de vida ó muerte? Seguí golpeando, ora con fuerza, ora con suavidad, y el éxito coronó mis esfuerzos, porque después de haber retumbado el último de los ciento y un cañonazos con que se anunció el nacimiento del príncipe, escapóse de la boca de éste un débil grito. ¡Vivía pues! ¡Gracias á mí, nuestro infantito se había salvado!»

Hablando del brazo lisiado del emperador, la venerable señora Stahl decía:

«Nadie reparó en la desgracia hasta tres ó cuatro días después del nacimiento de la criatura. Ocupados en reanimarlo, cuando ya casi todos le habíamos dado por muerto, no se nos ocurrió examinarle los miembros. Así es que, el 28 de enero, cuando el príncipe Federico enseñó el reciennacido á su familia y á las personas de su trato, nadie notó nada.

»Sólo un par de días después se descubrió que el niño no movía el brazo izquierdo. Al examinarlo de cerca, se vió que la articulación del codo estaba descoyuntada. Ello no hubiera sido muy grave en un niño de buen temperamento, pero en el príncipe Guillermo, las carnes y los músculos inmediatos se hallaban en un es

tado tan lastimoso que nadie se atrevió á intentar la reposición del miembro, como se hace generalmente en tales casos.

»Yo sé que atribuyen el achaque del emperador á una torpeza de las personas que le ayudaron á venir al mundo; pero, ¿cree usted que, si esto fuese verdad me dejarían venir á palacio, para estropear á otros Hohenzollern? La verdad es que el príncipe tenía naturalmente el brazo mal conformado, y una gran debilidad en toda la parte izquierda del cuerpo, y esa debilidad, el emperador la tiene todavía.

Medalla conmemorativa del nacimiento del actual emperador (27 enero de 1859)

»En palacio, todo el mundo sabe que si el continente del soberano es vivo y ágil, se debe á que Su Majestad pone constantemente cuidado en sus actitudes y movimientos, y si se abandona un momento, su pierna izquierda flaquea en seguida. Siempre sufre de la oreja izquierda, y siente frecuentes dolores en todo el

lado izquierdo de la cabeza. Si se tiene en cuenta el estado nervioso de la princesa Victoria, en el último período de su embarazo, no es de extrañar que su hijo

La princesa Victoria con su hijo el príncipe Guillermo

se haya resentido de ello. La madre le transmitió su mal que se ha concentrado enteramente en el costado izquierdo.»

Entre las muchas versiones contradictorias que circulan sobre la dolencia de Guillermo II, la de Fraulein Stahl parece la más verídica, porque si fuese verdad,

como insinuó el Dr. Hinzpeter, que «la comadrona estropeó el brazo izquierdo del niño,» la culpable hubiera caído en desgracia y no continuaría siendo recibida en palacio. Al tener noticia del nacimiento del prín-

El príncipe Federico Guillermo y su hijo Guillermo

cipe, la reina Victoria telegrafió á su hija preguntándole si el niño era de constitución robusta.

¡Con razón estaba ansiosa por su nieto, cuyas venas contenían sangre de los Jorges!

¡Esta consanguinidad es la que el emperador maldice, y no á la pobre partera que le recibió en sus brazos, lisiado ya antes de nacer!

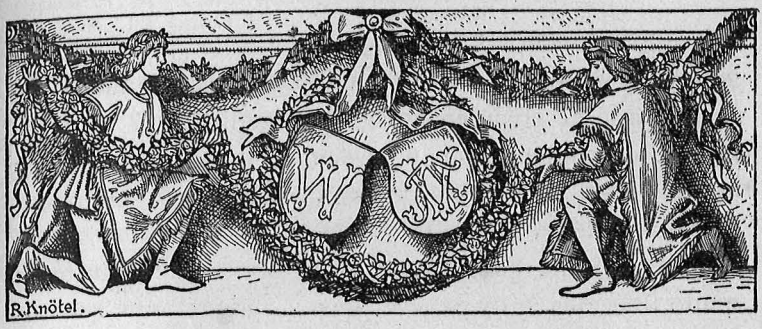
Guillermo II lleva, en general, su brazo izquierdo pegado al cuerpo, y la mano, que no es deforme, sino

pequeña y desmedrada, apoyada en el pecho, ó sobre la cadera cuando monta á caballo. Los dedos de la mano estropeada no se hallan enteramente paralizados, y, aunque la extremidad superior del radio no encaja bien en los cóndilos del húmero, el miembro no es inerte. Aunque el emperador no puede levantar ni servirse de ningún objeto con la mano izquierda, puede cogerlo y sostenerlo. Así es que sujeta las riendas con esta mano, pero guía su caballo con la derecha ó con las rodillas.

La mano sana de Guillermo es gruesa, fea y de un contacto poco agradable. Cuando estrecha otra, lo hace con una fuerza inmoderada que, á veces, lastima.

Los que afirman que el emperador tiene un cáncer en el oído izquierdo, no tienen ninguna prueba positiva en que fundar su aserto, pues los mismos médicos se hallan indecisos é incapaces de sostener que el soberano de Alemania padezca esa horrible enfermedad.

Lo cierto es que el pequeño *recluta,* anunciado á los berlineses por el capitán general Wrangel, á pesar de sus achaques y á pesar de la tradición de los Hohenzollern, fué declarado «útil para el servicio de las armas» y apto para gobernar.



CAPÍTULO II

Primeros años de Guillermo II. – Anécdotas. – Primera recepción del pequeño Fritz. – Una frase del rey Guillermo. – El príncipe Guillermo refractario al baño. – Su instrucción elemental. – En Cassel. – Segunda enseñanza. – El profesor de francés. – Sus memorias. – Laboriosidad y pundonor de Guillermo. – Su afición á la bella prosa y á la poesía. – Su héroe predilecto. – La princesa Victoria, educadora de sus hijos. – Grandeza de alma del joven Guillermo. – Educación del príncipe bajo la dirección del general Goldberg y del doctor Hinzpeter. – Retrato moral del educando. – Su socialismo. – Curiosa anécdota. – En la Universidad de Bonn. – Guillermo cambia de actitud y de conducta. – Costumbres estudiantiles. – Pendencias y cuchilladas. – La Borusia. – Excursión á París. – Herencias intelectuales y morales. – Aspiraciones marítimas. – Autores favoritos de Guillermo. – Su aversión á Racine. – Su aprendizaje político bajo la dirección de Bismarck. – Aventura del futuro kaiser con un cochero de Viena. – Sus cualidades como militar. – Varias anécdotas.

Los primeros años del príncipe Guillermo no ofrecen un interés muy trascendental para la historia, aunque los biógrafos más ó menos oficiosos del actual emperador refieren acerca de su infancia una infinidad de anécdotas ensalzadas á porfía. Uno de ellos celebra, con pomposo lirismo, un simple episodio que titula «la primera recepción del príncipe real de Prusia.»

1860-1875

Un grupo de ricos burgueses de Berlín había manifestado el deseo de rendir homenaje al reciennacido y cerciorarse de su buen aspecto. Accediendo á su instancia, el konprinz se lo presentó, un día, con gran pompa, en el palacio de Potsdam. Guillermo, entonces aún no había cumplido nueve meses.

Es indudable que el infantito aún no se había formado una idea muy exacta de sus obligaciones sociales, porque, durante toda la ceremonia, se obstinó en dar continuamente gritos desgarradores. Semejante música ensordecía á los notables, que no lograban entenderse y empezaban á reir de tan embarazosa recepción, pero de dientes afuera. Á uno de ellos se le ocurrió hacer bailar su reloj de oro ante los ojos del niño, quien, al ver los vivos reflejos de aquel objeto, se calmó en seguida. Pero no hubo más remedio que abandonarle el cronómetro, que el angelito empezó á manipular y á morder con ahinco.

Cuando, terminada la recepción, el dueño del reloj trató de recuperarlo, el pequeño príncipe en manera alguna lo quiso soltar. Su abuelo, que presidía el acto, despidió á los ricos burgueses, y, para consolar al que, ligeramente desconcertado, se iba sin su cronómetro, le dijo riendo:

—¿Ve usted? Mi nieto es un verdadero Hohenzollern. ¡Cosa que él coge, no la suelta!...

Cuando tuvo uso de razón, no le consintieron tan fácilmente sus caprichos. Como todos los hijos de Federico III, recibió una educación exenta de toda debilidad y que no excluía, en ciertos casos, las correcciones corporales.

La cosa que más extorsión le causaba era que lo la-

vasen. El baño frío diario que su madre le imponía según la costumbre inglesa, le causaba verdadero horror. Para evitarlo, escapaba, siempre que podía, de manos de los criados, y no paraba hasta el extremo del

El príncipe Guillermo con su primer caballo. (De fotografía)

jardín, donde se complacía en pasar una y otra vez por delante del centinela, lisonjeado, en su orgullo naciente, de que un soldado le presentase las armas.

Cierta mañana en que se había esquivado de esta suerte á la hora del baño, llegó, muy satisfecho de su escapada, á la terraza de palacio. Viendo de lejos á un granadero de guardia, corrió hacia él con la esperanza de ser saludado militarmente. Pero, en vano pasó va-

rias veces por delante del soldado. Éste, sin hacerle caso, continuó tranquilamente su paseo automático y no le presentó las armas.

Desconcertado, el vanidoso chiquillo volvió corriendo á palacio y se fué en derechura al gabinete de su padre, donde se precipitó llorando.

—¿Qué te pasa?—le preguntó el kronprinz.

El niño explicó que, contra la costumbre, el centinela no le había presentado las armas. Su padre pareció de pronto muy sorprendido y enfadado. Pero sentando luego al muchacho sobre sus rodillas y examinándolo de pies á cabeza, le dijo, después de una pausa:

—¡Hijo mío! el centinela no ha hecho más que cumplir con su deber.

Más asombrado que nunca, el niño preguntó:

—¿Por qué, papá?

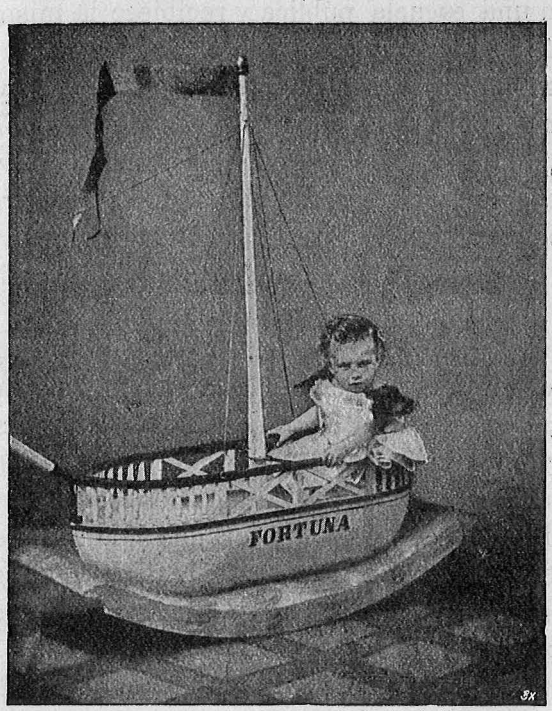
—¡Porque ningún soldado debe presentar las armas á un príncipe sucio!...

Esto dicho, el padre continuó su trabajo sin ocuparse ya del rapazuelo.

Inútil es decir que toda esta escena había sido premeditada por el mismo kronprinz, quien, contando con el amor propio de su hijo, había dado las órdenes oportunas para llevar á cabo aquel pequeño complot. La lección fué provechosa. Semejante humillación mortificó tanto á Guillermo, y tuvo éste tanto miedo de perder el beneficio de sus prerrogativas reales, que, desde entonces, fué el primero en reclamar su baño.

El príncipe Federico y la princesa Victoria se habían instalado en el palacio de Potsdam, después del nacimiento de su hijo mayor, que recibió allí los primeros

elementos de su instrucción, entregado en manos de preceptores. Además de las ciencias y las letras, los ejercicios físicos, principalmente el *canotage* y la gim-



El príncipe Guillermo en su primer barco. (De una fotografía)

nasia, fueron inscritos en su severo programa de educación, trazado por su ayo, el Dr. Hinzpeter.

Mientras estudiaba, se sucedieron tres guerras importantes, la danesa, la austriaca y la francesa, que, modificando profundamente la constitución política de su país, terminaron con la unificación de Alemania y la proclamación del imperio.

Después de la campaña de Francia, su padre y su

abuelo se ocuparon de la educación de Guillermo. El padre, sobre todo, manifestó, acerca del particular, intenciones imprevistas. Exigió que su hijo se matriculase en una escuela pública y recibiese la misma instrucción que sus futuros súbditos.

Lo enviaron al gran gimnasio (1) de Cassel, y fué el primer príncipe prusiano que se sentó en los bancos de aulas públicas. Habitaba con su hermano Enrique y su preceptor un viejo castillo, antigua residencia de gran elector, situado cerca del colegio, y, fuera de las horas de clase, vivía allí en una reclusión casi absoluta.

Los dos príncipes recibieron en aquella época, es decir desde 1875 hasta 1877, lecciones de Francisco Ayme, como profesor de francés. Aunque la misión de éste era muy delicada, después de los desastres de su país, la desempeñó á satisfacción de todos, sin servilismo ni adulación cortesana. Había sido recomendado por Thiers á la princesa Victoria, y son preciosos los datos que sobre Guillermo encontramos en sus «Recuerdos de Cassel.»

Cierto es que Ayme, bajo la influencia de su admiración por su discípulo favorito, que tenía sobre su hermano la ventaja de conocer ya la lengua que le iban á enseñar, y era bastante expansivo para no disimular ninguno de los repliegues de su alma de futuro emperador, muestra alguna parcialidad en favor de él; pero arroja viva luz sobre la personalidad de Guillermo en aquella época de su juventud.

(1) Así se llaman en varios países europeos, y principalmente en Alemania los establecimientos de enseñanza equivalentes á nuestros Institutos provinciales.

«Yo cobraba 150 marcos al mes, dice en el único pasaje de su libro en que se descubre un poco de amargura, porque hay que confesar que—como profesor de

Ejercicios gimnásticos del príncipe Guillermo. (De fotografía)

príncipes imperiales—percibía un sueldo irrisorio. De este ligero ingreso tenía que separar desde luego la suma necesaria para mi hospedaje y manutención, y, con el resto, subvenir á mis demás necesidades... Me parece, sin embargo, que por agradecimiento á los billones embolsados, hubieran podido retribuírme más

generosamente. Tanto más, cuanto que los viajes de ida y vuelta corrieron por mi cuenta. Es probable que cualquier industrial ó comerciante inglés ó francés hubiera sido más espléndido que la familia real de Prusia. Y eso que los ingresos de los particulares son más aleatorios que los de la lista civil. Pero es notorio que los Hohenzollern no atan los perros con longanizas.»

Estas consideraciones no le impiden hacer grandes elogios de su discípulo Guillermo.

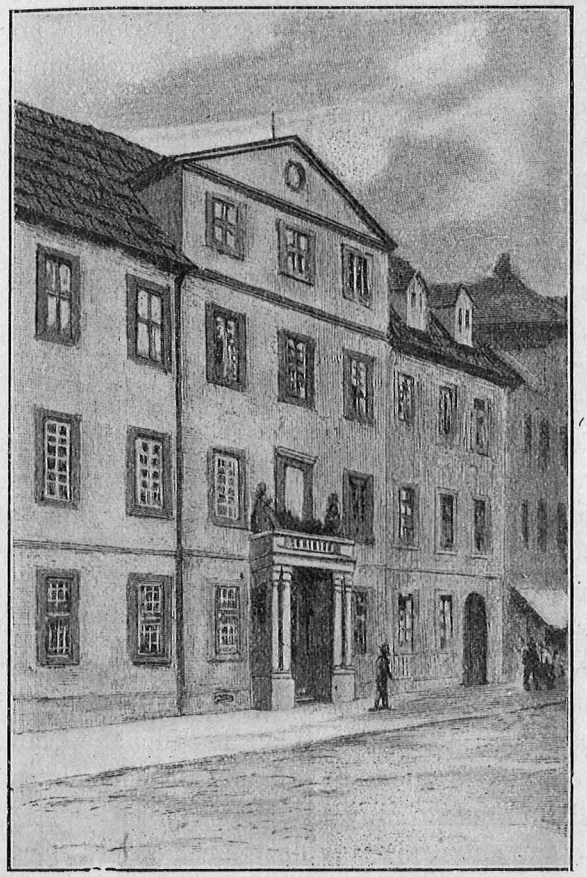
«La vida de aquellos jóvenes, dice, era la más tranquila y estudiosa que se pueda imaginar. Levantábanse antes de las seis de la mañana y preparaban sus temas y ejercicios hasta el momento de ir á clase. Almorzaban á las doce y comían á las cinco; y sus comidas duraban, á lo sumo, de veinte á veinticinco minutos. Se acostaban á cosa de las nueve ó nueve y media.

»Todas sus horas libres se hallaban distribuídas entre las lecciones de francés, inglés, música, tiro, equitación y un paseo. Estaban autorizados para jugar un momento con sus condiscípulos, lo que hacían con un ardor y una alegría nada simulados. Cuando eran sus días ó los de sus padres, podían indicar una función de teatro á la que asistían por la noche.

»Guillermo recibía 20 marcos al mes, y Enrique 10. Con esta subvención tenían que pagar sus caprichos y los objetos de lujo de un estudiante, como papel para cartas, sobres y demás, amén de los regalos con que gratificaban á los criados que les servían. Estos donativos no brillaban, naturalmente, por su valor artístico ni por su valor material.

»No creo que á Guillermo se le castigase nunca en Cassel. Era demasiado pundonoroso para acarrearse

una observación que, para él, hubiera revestido la forma de un verdadero castigo. Tanto en casa como en el cole-



Liceo de Cassel, donde estudió Guillermo hasta los 18 años

gio ponía empeño en portarse bien y trabajar como si él mismo se hubiese trazado su programa. En su clase era siempre de los primeros. Por mi parte, nunca tuve necesidad de estimularlo, y volvía á hacer con mucho gusto

y detención el tema en que yo le señalaba incorrecciones. Nuestro trabajo comprendía gramática, lectura analizada y explicada, dictado, composición, etc.

»No le asustaban las dificultades, y acababa por vencerlas á fuerza de obstinación. Si leía, por ejemplo, una página de bella prosa ó un poema, de Víctor Hugo sobre todo, no le gustaba que le interrumpiesen, pues se sentía subyugado por la maestría del autor. El buen estilo y la poesía le entusiasmaban. Saboreaba la pureza de la forma y se dejaba arrebatar por las ideas generosas ó nobles. Federico el Grande era su héroe predilecto, el modelo que siempre tenía presente y se proponía imitar, como á su abuelo por quien sentía una profunda veneración. Se comprende que, después de diez ó doce años de estudios tan nutridos y continuados con regularidad y método, el príncipe Guillermo poseyese un caudal literario y científico más variado y más extenso que la mayor parte de sus camaradas. Justo es reconocer también que pocos jóvenes consagraron al estudio tantas horas como él. Veíase más obligado á trabajar y más privado de libertad y recreos que cualquier otro muchacho de su edad.

»Cosa curiosa. En aquel plan de educación elaborado con tiempo y en que todo se había previsto, la religión ocupaba un puesto muy secundario...

»Y como aquel sistema de educación era obra de la princesa Victoria, sus enemigos la acusaban de inculcar á sus hijos los principios y doctrinas de los librepensadores. El alma de los pietistas prusianos se estremeció con frecuencia de indignación, y más de una vez maldicieron éstos á la inglesa que ponía una mano sacrílega sobre sus piadosas tradiciones. Educado ó no

devotamente, el príncipe Guillermo era un buen muchacho, y ojalá todos los vástagos de los puritanos más austeros del Norte conservasen hasta los diez y ocho

El príncipe Guillermo y su madre la princesa Victoria

años y en el mismo grado, sus virtudes y su pureza de costumbres!»

Pero más que todos los elogios del maestro habla en favor del discípulo un rasgo en que la actitud de éste con aquel patriota tocado de la manía de hablar de política, revela una nobleza de sentimientos y una grandeza de alma poco comunes en un chico de diez y seis años.

La candente cuestión de la guerra francoprusiana había suscitado entre discípulo y maestro una discusión que, á pesar de la cortesía de Guillermo y de sus simpatías por la Francia, se agrió. El profesor se había excedido, y el príncipe se retiró después de una réplica desabrida.

Durante algunos días guardó cierta frialdad con Ayme; sin embargo, fué el primero en ceder y excusarse. Llamó aparte al maestro y le dijo de pronto: «Siento vivamente que tomaseis en serio un juego de palabras sin alcance alguno, y que os haya disgustado. Y lo siento tanto más cuanto que herí en vos uno de los sentimientos que más respeto en este mundo, el amor patrio.»

Hay que advertir que dirigían entonces la educación del príncipe dos hombres de gran corazón y de elevadas ideas: el general Goldberg y el Dr. Hinzpeter. Cuantos tuvieron ocasión de conocerlo á fondo en aquella época, convienen en afirmar que era muy estudioso, de una inteligencia abierta, perspicaz, clarísima, pero demasiado aficionado á la retórica, al aparato, y á no sé qué idealismo caballeresco impregnado de romanticismo.

Se constituía en campeón de todas las causas nobles; se mostraba liberal y tolerante; pretendía, por ejemplo, no establecer distinción alguna entre nobles y plebeyos, entre judíos y demás creyentes; declaraba que valía más ocuparse en mejorar la condición de los desheredados que conducirlos á la carnicería de las batallas; hasta había imaginado un medio original de suprimir las matanzas de hombres, y este medio consistía en obligar á los ministros, que las hacen inevitables, á batirse entre ellos en combate singular. Se procla-

maba, en fin, socialista, y, para que nadie pudiese poner en duda la sinceridad de sus opiniones, procuraba armonizar en lo posible sus actos con sus palabras.

Así fué que, en 1876, anunciόse que el príncipe Guillermo había invitado á un joven israelita, condiscípulo suyo en el gimnasio de Cassel, á pasar con él las vacaciones de Navidad en Potsdam y en Berlín. Hubo un clamoreo general, y como los periódicos enconaron el incidente con sus comentarios, se tuvo que abandonar el proyecto.

Ayme refiere que la princesa Victoria, en una de las visitas que hizo á sus hijos en Cassel, colmó de elogios al mayor, á quien admiraba particularmente, enumerando sus cualidades con una alegre y maternal satisfacción.

—¿Verdad que vale mucho este chico?—decía al profesor de francés.—¿Verdad que tiene disposiciones? ¿Verdad que honra á los suyos?...

Pero esta madre no estaba únicamente dispuesta, como todas las madres, á atribuir á sus hijos el mayor número de perfecciones posible. Los quería sinceramente adornados con toda clase de bellas cualidades, y armados de todas las virtudes. Fué su verdadera educadora y procuró formar sus almas á imagen de la suya, elevada, noble y leal.

Á los diez y ocho años, Guillermo salió de Cassel con el bachillerato y una de las tres medallas reservadas á los alumnos más aplicados.

Luego se matriculó en la Universidad de Bonn, donde su padre había completado sus estudios.

Hasta entonces, el futuro amo de Alemania se había mostrado afable y reflexivo; sin ambición ni orgullo,

satisfecho del puesto algo humilde que ocupaba en la corte. Pero en la Universidad de Bonn, en vez de ser un joven como los demás, fué, de pronto, un príncipe rodeado de aduladores.

En aquella atmósfera de servilismo, bajo la influencia de aquel nuevo elemento social, empezó á tomar una actitud menos reservada, á ser más presumido y más belicoso. Gustábale, sobre todo, asistir á los duelos estúpidos que una bárbara costumbre hace como obligatorios entre los estudiantes teutones, y que estaban entonces más en boga que nunca en los centros universitarios de Alemania.

Por el motivo más fútil, por haber desafiado á un camarada á beber vasos de cerveza, por ejemplo, un estudiante tenía que batirse y aun dejarse acuchillar el rostro como ejecutoria de valentía.

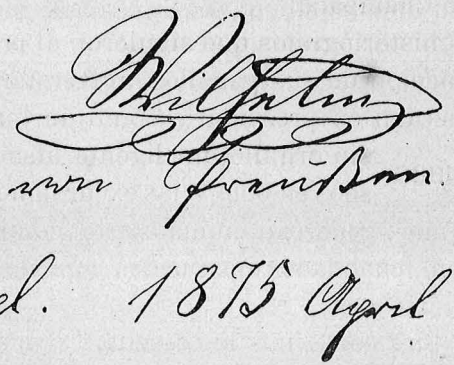
En Gœttingue y otras ciudades, las reuniones estudiantiles del sábado se empleaban en solventar las querellas de toda la semana.

Semejantes combates eran con frecuencia atroces, casi siempre peligrosos, y, sin embargo, Guillermo, pálido, nervioso, atento, parecía gozar en la contemplación de aquellos espectáculos horribles en que dos compañeros se acuchillaban bárbaramente; y el príncipe parecía pesaroso..., ¡de no poder desafiar á algún adversario!

Á pesar de la imperfección de su brazo izquierdo, manejaba el sable con bastante habilidad, y la crónica galante pretende que se batió tres veces, saliendo otras tantas vencedor de un torneo en que una mujer de teatro era el disputado galardón.

Las corporaciones de estudiantes son muchas y po-

derosas en Alemania. Á Guillermo le gustaban sus antiguas y extrañas costumbres, y admiraba sus pomposos uniformes. Tomaba parte en sus diversiones, y fué, durante mucho tiempo, socio de una de las más célebres: la *Borusia*, que reclutaba sus miembros principalmente entre los hijos de la nobleza.



Rúbrica del príncipe Guillermo puesta en uno de sus libros de estudiante

Por lo demás, la vida de Guillermo en Bonn era ordenada y laboriosa.

En ciertos aniversarios, daba algunas fiestas en su elegante habitación de la calle de Coblenza, pero prefería divertirse en la Borusia, donde cada noche se bebía espumosa cerveza en grande, y se cantaba la belleza de alguna rubia famosa ó la gloria de la patria alemana.

En una de sus ruidosas francachelas, juró atolondradamente, ¡no volver á beber en su vida ni champaña ni vinos franceses!

En 1878, su padre le permitió hacer, durante las vacaciones de Pascua y de riguroso incógnito, una rápida excursión á Francia.

Estuvo quince días en París, que visitó con viva

curiosidad al mismo tiempo que la Exposición Universal. Se hospedaba en el hotel Mirabeau y pasaba el tiempo en visitar monumentos, jardines, museos y todo lo que en la gran ciudad ofrece verdadero interés, sin excluir ciertos restaurants famosos en los anales del sibaritismo, donde con vinos del Rhin le sirvieron ¡legítimo Champaña!

Los historiógrafos que siguieron al príncipe hasta la terminación de sus estudios universitarios en Bonn, concuerdan en presentarlo como un buen muchacho, sin orgullo, inteligente, aficionado á los paseos en bote, á las excursiones por montaña y por mar; generoso, humanitario, compasivo, amante del bien; cualidades que pueden considerarse como herencia paterna.

1879-1880

Por otra parte, nos le presentan como habiendo heredado de su madre toda clase de aptitudes para la música, la pintura, el dibujo y las bellas letras.

Al tener que aprender un oficio, obligatorio en todo príncipe de la casa real de Prusia, elige el de encuadernador.

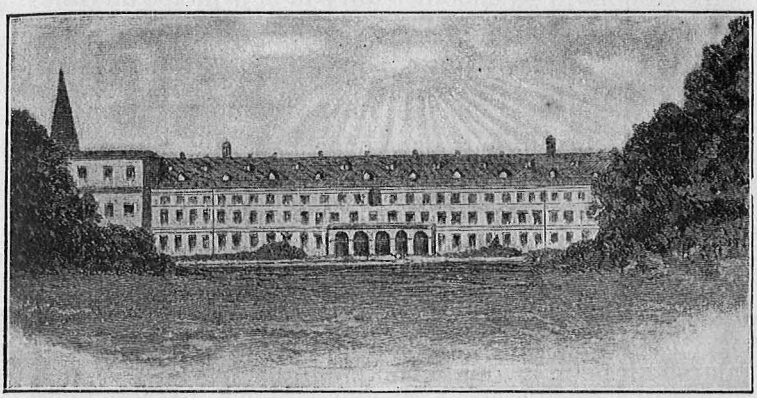
En Bonn, su afición al *canotage* se convierte, merced á la lectura de las obras de Julio Verne, en una verdadera pasión por los viajes remotos, pasión que podrá satisfacer más tarde.

Mientras tanto, su biblioteca de estudiante se enriquece con las fotografías de la flota alemana, y el futuro emperador, grabando en su memoria el nombre y la forma de cada barco, alimenta, con la contemplación de aquellas imágenes, sus insaciables aspiraciones marítimas.

Sus libros favoritos son los clásicos alemanes, y entre los ingleses, los de Dickens, cuyo sentimentalis-

mo hace vibrar una cuerda familiar en su alma. Confiesa que no le disgustan las poesías de Coppée, ni las novelas de Bourget, y se declara aficionado á los clásicos franceses, sin duda por respeto á las aficiones literarias de Federico el Grande, pues manifiesta que no le gusta Racine por insulso.

Á la edad de dieciocho años, nadie es apto para dis-



Universidad de Bonn donde estudió el príncipe Guillermo

tinguir las verdaderas fuentes de sus gustos ó aversiones. El futuro soberano se engañaba de buena fe sobre la causa real de su antipatía por el autor de *Andrómaca,* cuando decía: «¡Esa gente que habla siempre de amor, es un fastidio!» Lo que el príncipe encuentra fastidioso, no es el amor, como no tardará en probarlo, sino la manera sensual con que Racine lo concibe y que choca al soñador platónico que, tres años más tarde, se casará por amor con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein, y que luego se mostrará aún más plátonico en sus cortas relaciones con la extravagante y bella condesa de Wedel.

Terminados sus estudios universitarios, consagróse enteramente á sus obligaciones militares, y bajo la alta dirección de Bismarck, empezó su aprendizaje político. Pero, al principio, mostróse poco experto en la materia, si hemos de dar crédito á la curiosa anécdota de que se hicieron eco los periódicos satíricos de la época.

Guillermo fué á Viena para visitar á su amigo el príncipe Rodolfo, y se encontró allí con el príncipe de Gales.

Nada divierte tanto á las personas de alta posición como el mezclarse de incógnito con la muchedumbre, y nada les tienta, en sus viajes, como escapar á las trabas de la etiqueta para pasear su curiosidad, estimulada por el peligro ó por el contraste, á través de las sentinas de las capitales.

Los tres príncipes convinieron en ir cierta noche á un tabernucho, frecuentado sobre todo por cocheros. Vestidos y caracterizados en consecuencia, procuraban darse aires en armonía con el sitio y la clase de gente allí reunida. Reíanse, con disimulo, de sus cataduras triviales y de su indumentaria grotesca.

Para no descubrirse, tenían que tomar su papel en serio, y sentados á una mesa, echaban de vez en cuando un trago de una mala cerveza, mirando de reojo á sus vecinos, y procurando coger al vuelo alguna frase de su conversación.

En todos los países del mundo, los cocheros son habladores, y para todos los habladores del mundo, no hay tema de conversación como la política. Los cocheros vieneses estaban poniendo como un trapo á su gobierno, cuando á consecuencia de una interpelación familiar de uno de los oradores, el futuro kaiser se vió mezclado en la discusión.

El joven Guillermo replicó con fanfarronería, no sin mostrar que difería notablemente de opinión con su interlocutor. Éste, el más vocinglero, el más enorme y el más congestionado de los aurigas, dirigió al joven audaz una mirada aterradora, y se le acercó con los puños cerrados. Pero, conteniéndose de pronto, y como si desdeñase habérselas con tan mediocre adversario, se contentó con decirle, puestas sus manazas encarnadas y velludas sobre los hombros del príncipe:

—¡Es inútil insistir, muchacho... Tú no entiendes nada de esto... Antes pegarías fuego á un río que comprender algo de política!...

Después de este apóstrofe, los tres compañeros se esquivaron prudentemente de aquel sitio, en que algunos exaltados empezaban á reñir por la política.

Guillermo había retenido en la memoria el número de matriculación del cochero, y, al día siguiente, le mandó una magnífica navaja adornada con su escudo é iniciales, y acompañada de estas líneas á modo de dedicatoria:

Á un profesor de política
su discípulo de un día
sin rencor.
Federico Guillermo, príncipe real de Prusia.

Al recibir este regalo, el enorme cochero vienés estuvo á punto de sufrir un ataque de apoplejía, y, durante mucho tiempo, miró con desconfianza á los desconocidos que ponían los pies en su club tabernario.

La política no era todavía la principal ocupación de Guillermo. Lo que le interesaba entonces, sobre todas

las cosas, era la milicia, y tenía empeño en ascender, no por favor, sino por mérito, los diferentes grados de la jerarquía militar.

Desde aquel momento, mostróse apasionado por la disciplina y por todas las virtudes marciales.

Su puntualidad en el servicio causaba la admiración de sus jefes y de sus subordinados.

Como ejemplo de esa puntualidad inquebrantable, se cita la curiosa anécdota siguiente:

La víspera de su casamiento, el príncipe mandaba como capitán una compañía; y mientras, según antigua usanza prusiana, la princesa Augusta Victoria hacía solemnemente su entrada en Berlín, Guillermo se dedicaba en Potsdam á instruir á sus soldados.

El día mismo en que iba á celebrarse la ceremonia religiosa, se presentó en Potsdan otra vez, á las seis de la mañana, con gran sorpresa de sus oficiales.

—Señores,—les dijo el futuro emperador,—no hay nada de que maravillarse, vengo simplemente á cumplir con mi obligación.

Esta obligación era, en aquel momento, imponer á un sargento mayor una condecoración que éste había merecido por su conducta.

Dícese que el condecorado, no menos sorprendido que sus compañeros, no pudo menos de exclamar:

—¡Cuando yo me casé, me dieron ocho días de licencia!

Á esta anécdota, que pinta la puntualidad del príncipe en su servicio militar, se puede añadir esta otra que demuestra su inflexibilidad en materia de disciplina.

Al año de casarse era coronel y mandaba un regimiento. Algunos de sus oficiales habían perdido en el

juego sumas desproporcionadas, y Guillermo les ordenó que abandonasen el casino á que asistían.

Los oficiales se presentaron al emperador Guillermo I y solicitaron de él que influyese con su nieto para que

El príncipe Guillermo y su prometida la princesa Victoria

éste revocase la orden. El emperador les prometió hacer lo que solicitaban. Mandó llamar al príncipe, y le expuso el deseo de los oficiales.

Guillermo, después de oir á su abuelo y antes de contestarle, dirigióle una pregunta.

—Señor,—le dijo,—¿soy todavía coronel de mi regimiento?

—Sin duda—repuso el viejo emperador.

—Entonces, permítame Vuestra Majestad que desempeñe bien mi cargo, ó de lo contrario, que ponga en sus manos mi dimisión.

Como es de suponer, la dimisión no fué aceptada, y la disciplina salió incólume del lance.

CAPITULO III

Casamiento del príncipe Guillermo de Hohenzollern con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein. – La leyenda y la historia de este enlace. – Servicio prestado por Victoria á la diplomacia prusiana. – Retrato físico y moral de esta princesa. – Bismarck, casamentero por sugestión. – La familia Schleswig. – Entrada solemne de la princesa Augusta Victoria en Berlín. – La profetisa de Dolzig. – Primeros años de matrimonio. – Vida económica. – Varias anécdotas. – Hábitos dispendiosos. – Intervención del emperador Guillermo I en los gastos de la princesa Augusta Victoria. – El ajuar de las princesas de Prusia.

En 27 de febrero de 1881, el príncipe Guillermo contrajo matrimonio con la princesa Augusta Victoria, hija mayor del duque Federico de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, cuyos títulos eran más grandes que sus Estados, confiscados por la Prusia en 1866.

Los cónyuges eran primos en segundo ó tercer grado, y este parentesco les había permitido tratarse desde la más tierna infancia, pero, durante los años de estudios, se habían perdido de vista.

En 1879, los azares de un viaje llevaron al príncipe Guillermo al castillo de Primkenau, residencia del duque

de Schleswig-Holstein, y allí dió comienzo el amoroso idilio que había de terminar en boda.

Todos los pueblos tienden á buscar algo prodigioso en la vida de los grandes, y en Alemania, ese país clásico de las leyendas, no se concibe el menor hecho histórico sin un poco de poesía y de misterio.

El enlace de Guillermo con la princesa Augusta Victoria fué, pues, aderezado, según costumbre, con revelaciones más ó menos ficticias, pero llenas de gracia.

Cuentan, desde luego, que una tarde de verano muy calurosa, la joven princesa se había echado en una hamaca, colgada de dos árboles copudos, en la sombra más espesa del parque de Primkenau. Muellemente mecida y un poco embriagada por el perfume de las flores, no tardó en adormecerse en una actitud lánguida y graciosa. En aquel momento, el príncipe Guillermo, que iba al castillo, cruzó la alameda inmediata. Vió á la hermosa durmiente, se acercó á ella poco á poco, sin ruido, y al verla sonreir, como en un sueño, no pudo menos de murmurar contemplándola:

1881 1886

—La bella del bosque durmiente.

De pronto, una de sus espuelas de plata chocó con una piedra, y á su ruido, la princesa dispertó con sobresalto. Las miradas de ambos jóvenes se encontraron y se dijeron más cosas que sus labios, mudos de sorpresa y de emoción. Pero aquellas cosas, muy dulces y muy tiernas, fueron pronto repetidas en alta voz, y oídas por todo el mundo, pues aquella misma noche, en el salón del castillo, «la bella del bosque durmiente», aunque pudorosa, confesó reconocer en Guillermo al príncipe soñado, y poco tiempo después, se anunciaron oficialmente sus esponsales. Ocioso es decir que seme-

jante acontecimiento fué señalado como providencial.

Hasta aquí la crónica legendaria del imperial himeneo. La verdadera historia difiere algo de lo que precede.

En el citado año de 1879, el terrible canciller príncipe de Bismarck suplicó de una manera cortés, pero imperativa, al duque de Schleswig-Holstein, á quien había desposeído de sus estados, que enviase su hija mayor á Berlín, «porque su soberano—tal era el pretexto—deseaba ver si la muchacha reunía condiciones que pudiesen hacer de ella una esposa y una madre robusta.»

No habiendo podido impedir «el matrimonio inglés» entre el príncipe Federico y la hija de la reina Victoria, matrimonio que había tenido por consecuencia, en concepto de los prusianos, la corrupción de la sangre de los Brandeburgo por la de los güelfos escrofulosos, Bismarck había resuelto elegir para el presunto heredero de la corona una mujer bien constituída, capaz de perpetuar la raza al estilo alemán, sin que el número de hijos pudiese asustarla.

La joven princesa fué á Berlín, y conforme al precepto de Luis XV para la elección de esposas reales, fué examinada por dos médicos que la inspeccionaron cuidadosamente de pies á cabeza. Y aquel mismo Bismarck que, años antes, había puesto á precio la cabeza del padre, se puso á los pies de la hija.

En efecto, la princesa Victoria (á este nombre no se añadió el de Augusta hasta más tarde) prestaba un gran servicio á la diplomacia prusiana. Gracias á ella, no solamente desaparecía la posibilidad de otra alianza inglesa, sino que la unión de un Hohenzollern con una princesa de la casa destronada de Holstein, había de

producir buen efecto en los miembros ingleses y rusos de esta familia.

Al pronto, la joven princesa no dió de sí lo que en general se esperaba de ella. Á muchos les pareció algo torpe y presuntuosa, aunque otros ensalzaban su sencillez y su modestia.

Lo cierto es que, sin ser una beldad, no carecía de gracia, y se citan de ella frases que no suelen oirse en boca de personas desvanecidas por la grandeza.

Cuando el próximo advenimiento de su marido al trono parecía cuestión de días, dijo á varios individuos de la corte: «Sólo de pensarlo, tiemblo. ¡Éramos tan independientes y felices! Mi marido va á tener grandes responsabilidades, y me pertenecerá menos.»

En aquella esposa que temblaba por su felicidad conyugal, revivía la joven que, el día de su casamiento, había dicho, aludiendo á las rosas que cubrían su carrera:

—Es de presumir que no siempre marcharemos sobre flores; pero me consuela la idea de que el príncipe Guillermo piensa como yo y yo pienso como él; y estamos resueltos á soportarlo todo en común; de modo que lo que pueda sobrevenir de más pesado, nos parecerá ligero.»

Alta, esbelta, de rostro ovalado, de abundante cabellera rubia y hermosos ojos azules, personificaba, bastante bien, el tipo de la mujer alemana.

Le gustaba adornarse con ricas joyas, y vestía, si no con suprema elegancia, con una corrección de buen gusto. Sin embargo, su ajuar de novia fué de una modestia impropia de su posición.

Cuando llegó á la estación de Wildpark, situada á

cinco minutos del Palacio Nuevo en que residían los padres de su futuro esposo, esperaba allí un coche de la casa imperial. Según costumbre de la corte de Prusia, se habían enviado también varios camiones para transportar el equipaje de la joven princesa. Esta precaución fué inútil, pues el equipaje cabía en un carretón de mano.

La emperatriz Augusta, que siempre había censu-

Medalla conmemorativa del casamiento de Guillermo II

rado enérgicamente las anexiones de 1864 y 1866, se conmovió al enterarse de la pobreza de su futura nieta política, y maldijo una vez más á los gobernantes que habían destronado á tres príncipes, próximos parientes suyos.

El doble matrimonio (1) entre las casas Hohenzollern y Schleswig, era obra de la vieja soberana, aunque el canciller pretendió lo contrario. Sí, fué obra suya aquella justa compensación ofrecida á las hijas del duque Federico, una de las cuales pasaba á ser heredera de

(1) El hijo del príncipe Federico Carlos, sobrino del emperador Guillermo I, se casó con la hermana de la emperatriz Augusta Victoria.

la corona de Alemania, y la otra, esposa del más rico de los Hohenzollern.

Probablemente, Bismarck se dejó llevar de las sugestiones de la vieja emperatriz, que supo maniobrar con bastante habilidad para hacerle creer que la idea era de él.

El príncipe Augusto que, en 1863, tomó el título de Federico VIII de Schleswig, había sido reducido á la mayor pobreza.

Después de la paz de Nicolsburgo, el 26 de julio de 1866, retiróse con su familia á una modesta casita que había alquilado en Coburgo, donde la vida es muy barata.

Su esposa y sus hijas tuvieron que hacerse los vestidos en casa, y sus hijos fueron á la escuela, porque el duque no podía pagarles un preceptor.

Pero el desdichado Federico no perdió nunca las esperanzas de recuperar sus Estados, é hizo los mayores esfuerzos para ver si lograba el restablecimiento de su poder. Finalmente, la emperatriz Augusta y la reina Victoria, que no habían cesado de interesarse por su triste suerte, decidieron al emperador Guillermo á un compromiso en su favor. Nombróse una comisión en la cual estaban representadas ambas partes, y se acordó que el duque Federico renunciaría á todos sus derechos sobre los ducados del Elba, pero que, en cambio, se le darían dos yernos de alta importancia. Uno de éstos sería el hijo mayor del príncipe Federico que lo había vencido en Kœniggratz, borrando el nombre de Augustemburgo de la lista de las familias reinantes; y el otro, el hijo del príncipe Federico Carlos, de aquel «Príncipe Rojo» que mandaba el ejército prusiano durante la guerra de 1864 y le arrojó de sus Estados. Estipulóse, además,

que Su Alteza no tendría obligación de dotar á sus hijas.

La joven princesa Victoria, la del modesto equipaje,

El príncipe Guillermo y Molke

hizo su entrada solemne en Berlín en una soberbia carroza dorada. En el momento en que el carruaje, tirado por ocho caballos, pasaba lentamente por debajo de la puerta de Brandeburgo, mezcláronse con las aclama-

ciones de los leales, algunos insultos dirigidos á la futura emperatriz por una turba de golfos. Las cosas amenazaban tener graves consecuencias, cuando la policía logró restablecer el orden.

Es de notar que el pueblo de Berlín ha sentido siempre el más profundo desprecio por sus soberanas; hasta la reina Luisa, superior á todas, fué maltratada por él. Sus altas cualidades no fueron reconocidas hasta muchos años después de haberla enterrado en el mausoleo de Carlottenburgo.

Durante la niñez de la princesa Augusta Victoria, su nodriza, una buena mujer, llamada Kruschwitz, soñó una noche que la humilde princesita que ella criaba á sus pechos, se le aparecía rodeada de luz, radiante de hermosura, con una diadema en la frente...

Nada podía hacer prever entonces un destino tan brillante para la niña que vivía, modestamente retirada, con su hermana y su madre, ora en Dolzig, su país natal, ora en Gotha, sin haber estado nunca en Berlín, y cuya familia, expoliada por la Prusia, no abrigaba sentimientos muy afectuosos para los vencedores.

El nombre de Bismarck era particularmente execrado en Schleswig-Holstein.

La buena señora Kruschwitz, oriunda de la Suiza francesa, compartía las enemistades de sus señores y se servía de aquel nombre para intimidar á la princesita.

—¡Ahí viene Bismarck! —le decía con fingido espanto; y la niña que, de otro modo no quería ceder en tal ó cual capricho, se sometía medrosa.

Augusta Victoria tuvo siempre por la señora Kruschwitz el más sincero afecto. La llamó á Berlín para que

La princesa Augusta Victoria, madre del novio, del brazo del emperador Guillermo I

asistiese á las fiestas de su casamiento con su hermana de leche y un viejo sacristán que había asistido á su bautizo y le había enseñado las primeras letras.

Como regalo de boda, la excelente nodriza le ofreció una reliquia que guardaba preciosamente desde hacía años: los primeros zapatitos llevados por la princesa. Al ser introducida en palacio y encontrarse de pronto en medio de tanto lujo, deslumbrada, presa de indecible emoción, cayó de rodillas ante la novia que le sonreía, y sólo acertó á exclamar:

—¡Oh! ¡mi sueño!... ¡mi sueño!...

Confiada á las atenciones del mayordomo de palacio, comió en el regio alcázar, después de la ceremonia nupcial, con su hija y el viejo sacristán.

El padre del novio, el futuro emperador Federico III, fué, al final de la comida, á chocar el vaso con ellos, bebiendo «¡á la salud de la profetisa de Dolzig!»

Inmediatamente después de la boda, los novios marcharon á Potsdam, y ambos esposos llevaron allí una existencia casera de las más íntimas.

La princesa se ocupaba, sobre todo, en obras de caridad, y no tardó en tenerse que ocupar también en la educación de sus hijos, cuyo número iba á aumentar de año en año. Su tren de casa era muy modesto, pues la escasez de recursos les obligaba á vivir con estricta economía.

Cuentan, á este propósito, que, en 1886, el joven matrimonio fué á hacer una cura de aire en las montañas de Berchtesgaden. El emperador Guillermo I, que veraneaba entonces en Gastein, resolvió hacer una visita á sus nietos, que lo recibieron en Salzburgo. El viejo emperador preguntó á la princesa por su salud, y ella

Boda del príncipe Guillermo con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein (27 de febrero de 1881)

ponderó, en grado sumo, la beneficiosa influencia de la atmósfera alpestre.

—Me alegro mucho de ver que te encuentras bien, hija mía,—dijo Guillermo I.

Pero, en seguida, la princesa replicó:

—No tan bien, sin embargo, como yo quisiera, porque me falta una cosa esencial:

—¿Qué te falta?

—Mis hijos.

—¿Por qué no los has traído?

—Porque..., el viaje cuesta caro—contestó con cierto embarazo la princesa.

Guillermo I sabía, en efecto, que el hospedaje de los pequeños príncipes (que entonces eran tres) y de su séquito, debía costar mucho en un hotel de turistas. Así es que cambió de conversación.

Pero aquella misma noche, durante la comida, el emperador recibió un telegrama que leyó sonriéndose y lo entregó á su nieta, que estaba sentada á su lado, diciéndole:

—Telegrafié á tus hijos, y van á venir; pero á mis expensas.

Otra anécdota revela la estrechez relativa en que el príncipe Guillermo y la princesa Augusta Victoria continuaban viviendo algunos años después, aunque prueba también que la falta de riqueza no les impedía ser felices.

Residían entonces en el palacio real de Berlín. El príncipe encontró un día en la calle á uno de sus condiscípulos de Cassel, perteneciente á una familia prusiana riquísima. Guillermo, que iba á caballo, se apeó, estrechó la mano á su antiguo camarada y le convidó á almorzar.

—Pero en familia, le dijo, sin ceromonias, porque un simple príncipe de Prusia no puede permitirse el tren de casa que lleváis los grandes señores de Cassel.

Y el almuerzo fué, en efecto, sencillísimo.

En el momento en que su convidado iba á retirarse, Guillermo le dijo:

—No quiero dejaros partir sin haberos enseñado también mis tesoros.

Y, añadió, dirigiéndose á su esposa:

—Hazme el favor de ir á buscar á los niños.

Al volver la princesa con sus tres hijos mayores, brilló tal felicidad en el rostro de ambos esposos que el señor de Cassel declaró más tarde conservar profundamente grabado en su memoria aquel delicioso cuadro de familia.

Durante los primeros tiempos de su matrimonio, la princesa Augusta Victoria vivió modestamente, sin gastar más de lo que permitían sus medios de fortuna. Pero después fué excediéndose poco á poco en los gastos, y ya en 1885, el viejo emperador Guillermo se creyó obligado á enviarle el ministro de la casa real para advertirle que se permitía dispendios demasiado extravagantes.

—Su Majestad—le declaró Herr von Schleinitz—me ha encargado recuerde á Vuestra Alteza Real que sus padres se vieron obligados, después de subir al trono, á contentarse con la pequeña renta que les teníain señalada durante la vida de Federico Guillermo IV.

Durante más de diez años, Federico Guillermo III y la reina Luisa se contentaron con una renta irrisoria, á fin de pagar las deudas más escandalosas de su real antecesor. La reina Luisa apenas recibía para alfileres

la quinta parte de lo que Vuestra Alteza puede gastar. Sin embargo, nunca contrajo deudas, á pesar de que siempre vistió muy bien, según las crónicas de la época.

—Pero,—replicó la princesa Augusta Victoria—estamos en 1885, y no en 1797.

—Mi noble señor—continuó el dignatario—ha tenido ya en consideración la diferencia que Vuestra Alteza acaba de señalar. De todas maneras vuestros dispendios no pueden continuar como hasta aquí. La emperatriz Augusta vendrá en vuestra ayuda una vez más, pero será la última. Si persistís en gastar más de lo que vuestros ingresos permiten,—repito las últimas palabras de Su Majestad,—el ministro de la casa real se encargará de vuestra pensión y ordenará vuestros gastos. En este caso,—concluyó Herr von Schleinitz en voz baja,—Vuestra Alteza Real no llegaría á percibir veinte marcos mensuales, porque la administración absorbería la mayor parte de las rentas señaladas por la gracia de Sus Majestades de Alemania y de Inglaterra.

Las personas iniciadas en la vida íntima de la princesa Augusta Victoria, se admiraban de su excesiva limpieza, como si fuese una cualidad excepcional, y la ponían por las nubes porque exigía sábanas limpias en su cama y se lavaba cada hora las manos con agua caliente.

La condesa de Eppinghoven afirma, en sus memorias, que los príncipes de la familia reinante de Prusia no deben tener más de seis camisas, y que el ajuar de las princesas nunca contiene más de veinticuatro unidades de cada prenda.

«Cuando salen á campaña,—dice el cronista Vehse—

los Hohenzollern no llevan nunca más de una docena de camisas.»

Aunque Carlyle pasó el detalle en silencio, consta que Federico el Grande fué enterrado con una camisa dada por su ayuda de cámara, porque ninguna de las de Su Majestad era bastante decente.

No hay costurera en Berlín ni en Potsdam que desconozca la mezquindad de los ajuares de las princesas de Prusia. Cuando la emperatriz Victoria casó á sus dos hijas menores, hizo añadir al ajuar seis pares de pantalones negros para montar. Y al ser expuestos en el escaparate de una tienda de la capital, los famosos pantalones negros revolucionaron á la sociedad berlinesa.

El *trousseau* de la princesa Augusta Victoria era también mezquino.

Aparte de las enaguas blancas, indespensables para los trajes de corte, apenas tenía la ropa blanca necesaria para ponerse de una colada á la otra, y cuando viajaba, necesitaba con frecuencia recurrir á alguna lencería local, con asombro de los tenderos.

La modestia de su ajuar corría parejas con la de su carácter, y, consagrada á sus deberes de esposa y de madre, se contentaba con desempeñar en la corte su papel, bastante humilde, sin hacer uso de la influencia que ejercía sobre su marido, más que en las cuestiones domésticas y en la vida íntima.

CAPITULO IV

Guillermo I y Bismarck. – El heredero inmediato del trono. – Atentado contra el emperador Guillermo. – El príncipe Federico, teniente del reino. – Bismarck y sus servidores toman precauciones contra el futuro emperador. – Tentativa del príncipe Guillermo para suplantar á su padre, en connivencia con Bismarck. – Mortal enfermedad del kronprinz. – Una bofetada histórica. – El príncipe Guillermo en San Remo. – Famosa contienda entre médicos alemanes é ingleses. – Muerte de Guillermo I. – Proclamación de Federico III. – Violenta campaña contra el nuevo emperador y en favor del nuevo kronprinz. – Triunfo anticipado de Guillermo. – Breve reinado de Federico. – Un brindis del príncipe imperial. – Martirio y muerte del emperador Federico. – Principio del reinado de Guillermo II.

Pasaban los años, y el anciano emperador Guillermo I, después de haber vencido al Austria y á la Francia, parecía haber dominado definitivamente á la muerte.

Reinaba en la majestad de su gloria y de su senectud, y Bismarck, ahorrando á su amo y á sí mismo la fatiga de inútiles formas, gobernaba como si hubiese sido el soberano.

¿Qué pensaban la Prusia y la Alemania del heredero inmediato que envejecía al lado del trono?

La masa honrada del pueblo le quería porque era príncipe y porque había ganado batallas. Le llamaba cariñosa y familiarmente «nuestro Fritz,» y le veía bajo el aspecto de un héroe valiente, noble y bondadoso, que fumaba su larga pipa en pleno combate, siendo tan terrible para el enemigo como bueno para el soldado, á quien visitaba en el vivac y asistía en la ambulancia.

Durante la guerra francoprusiana, el príncipe Federico había ganado las primeras victorias en la frontera.

Desde las alturas de la margen derecha del Rhin, los badenses vieron el humo de los cañones de Wœrth: el humo alemán que avanzaba y el humo francés que retrocedía; y el kronprinz les libró del terror que inspiraban el nombre de Mac-Mahon y la fiereza de los *turcos* (1).

Federico mandaba los contingentes del Sur, y su solicitud para con las tropas, de que se hacía mérito en las cartas enviadas á las familias, conmovía á badenses, wurtembergueses y bávaros.

Después de la guerra, estuvo encargado de la inspección militar en los países de la Alemania meridional, donde, cada verano, recibía vivos testimonios de adhesión y afecto. «Vuestra Alteza Imperial, le dijo en 1871 el burgomaestre de Munich (la más particularista de las capitales alemanas), ha conquistado el aprecio de los soldados del Sur; nuestros corazones palpitan ardientemente por vos; todo desacuerdo ha cesado entre el Norte y el Mediodía.»

Aquella masa honrada sabía también que el kronprinz era un buen padre de familia, que «tuteaba á su mujer

(1) Soldados del cuerpo de cazadores indígenas, en el ejército francés de África.

Guillermo I, emperador de Alemamia

en público,» y se complacía en mezclarse con el pueblo.

¿Pero qué pensaban de él los hombres de Estado, los inventores de la política que el príncipe aún no había servido más que en los campos de batalla? Estaban inquietos de aquel prolongado silencio, de aquella actitud enigmática, del aislamiento mismo en que tenían relegado al heredero de la corona.

En junio de 1878, el emperador Guillermo fué agredido por un regicida. Los médicos le ordenaron un reposo absoluto, y él descargó en su hijo el peso del gobierno.

El kronprinz tuvo entonces la satisfacción de dar la bienvenida á los plenipotenciarios del Congreso de Berlín, y les felicitó á su partida, por haber «asegurado la paz tan deseada por el emperador.»

Por él fué enviada al Reichstag la ley contra los socialistas, que era la contestación al atentado; pero, en un manifiesto, expresó la seguridad de que «la semilla funesta de que nacen los crímenes, no encontraría en una nación patriótica el terreno que necesitaba.» Arengando á los magistrados de Berlín, indicó el único remedio, en su concepto, eficaz contra las violencias de algunos: «Al buen espíritu de todos y de cada uno toca hacer qne vuelva al derecho y al deber, á la moral y al respeto á la autoridad, la parte extraviada del pueblo, cuya educación insuficiente la hace incapaz de comprender las terribles consecuencias de las doctrinas predicadas por sus seductores.»

Días antes, el gabinete de Berlín había anunciado su reconciliación con la curia romana, y el príncipe continuó la correspondencia entablada entre el papa León XIII y el emperador Guillermo.

En una carta del 10 de junio de 1878, mantiene con firmeza los derechos del Estado y la independencia de la monarquía, pero termina con estas palabras: «No está en mi poder, y quizá tampoco en el de Vuestra Santidad, aplacar una querella de principios que, desde hace mil años, ha turbado la Alemania más que ningún otro país; pero las dificultades que nacen, para una y otra parte, de ese conflicto transmitido por los antepasados, estoy dispuesto á tratarlas con un espíritu de conciliación y de amor á la paz, que dimana naturalmente de mis convicciones cristianas. Suponiendo que encuentre en Vuestra Santidad disposiciones iguales, conservo la esperanza de que, donde la inteligencia completa no sea posible, los sentimientos conciliadores de ambas partes abrirán á la Prusia un camino de paz, que no se cerró nunca á otros Estados.»

Bismarck refrendó este despacho, que fué indudablemente uno de sus actos políticos, pero contiene frases y sentimientos que no podemos menos de atribuir al príncipe.

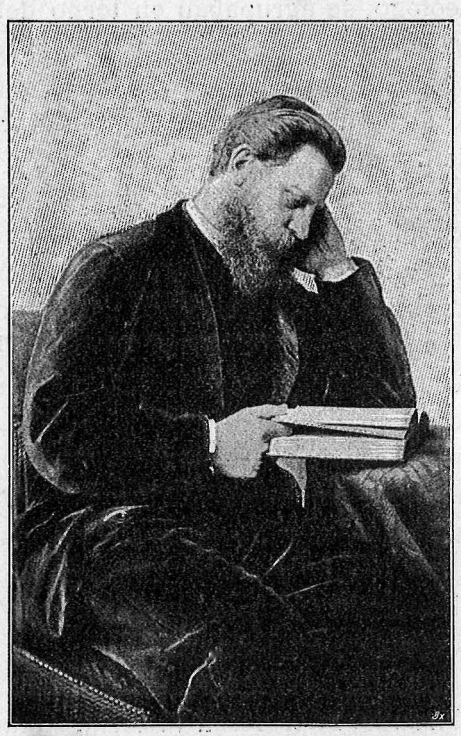
Cuando el emperador volvió á encargarse de la dirección del Estado, pudo dar las gracias á su hijo en una carta, que publicó, «por haber observado cuidadosa y fielmente sus principios.»

El kromprinz, sin embargo, con toda discreción y modestia, había puesto algo propio en aquella tenencia, dejando vislumbrar un espíritu que muchos estimaron peligroso.

En otras circunstancias, dejó ver la dirección que daría á su política, el día en que recogiese la sucesión de su padre.

«Rector magnífico» de la Universidad de Kœnigs-

berg, pronunció, en el acto de revestir la púrpura académica, un discurso en que saludó la memoria de Kant, «cuyas doctrinas se han difundido mucho más allá de



El príncipe Federico

las fronteras de la patria alemana para alumbrar la tierra entera,» é hizo protestas de «amor y abnegación á la ciencia.»

Cada vez que se le presentó ocasión, el príncipe celebró la dulzura y humanidad de la paz, de «la hermosa paz, de la paz de oro,» como dijo en el acto de inaugurar la Exposición de Colonia.

Imagínese el efecto que semejantes discursos producirían en Bismarck y en sus servidores, que no tenían las obras de Kant por libros de cabecera, compadecían á aquel ideólogo, se agrupaban en torno del emperador, inquietos á la menor indisposición del anciano, y tomaban precauciones para el porvenir, dictando leyes que atasen al futuro monarca, cuyo advenimiento al trono temían.

Esto explica, hasta cierto punto, el peligroso paso que dió, años después, el príncipe Guillermo, cuando trató de suplantar á su padre haciendo exhumar de los archivos de Prusia, por la hábil mano de Bismarck, la supuesta ley, en virtud de la cual «ningún Hohenzollern atacado de una enfermedad mortal puede subir al trono.»

1887

¿Quién era el autor de semejante ley, á que ya aludimos en uno de los capítulos anteriores?

Nadie ha podido averiguarlo. Lo cierto es que se habló de ella tan pronto como el *Reichsanzeiger* del 12 de noviembre de 1887 hubo declarado que la enfermedad del kronprinz era un cáncer.

—¡Mi marido no es ningún candidato á la muerte!—exclamó, llorando, la princesa Victoria, cuando el profesor Bergmann le explicó lo que se tramaba.

—Vuestra Alteza Imperial quisiera engañarse á sí misma—replicó el médico,—con dureza y crueldad, porque tememos que el mal proceda de la sangre de los Jorges.

Á estas palabras, la princesa no pudo contenerse y dió una sonora bofetada al imprudente doctor, diciéndole:

—¡Tomad... por vuestra baja insolencia!

Y empujó, con el pie, la puerta que separaba la antesala del pasillo. De modo que Bergmann se encontró bruscamente echado de la casa, y desde aquel momen-

La familia del príncipe heredero Federico, en San Remo

to el único médico admitido en el cuarto del pobre moribundo fué sir Morel Mackenzie.

Esto ocurrió en San Remo, donde el príncipe Federico luchaba contra su mal. El sufrimiento, los ojos

que le miraban, las acaloradas discusiones de sus médicos, las informaciones de los periódicos, la resonancia que el acontecimiento tenía en el mundo entero, todo le hablaba de muerte. Él se resignaba, quejándose, sin duda, de no poder cerrar los ojos en paz. El tormento de su vida no menguaba ni en vísperas del trance supremo.

Llegaban de Berlín singulares mensajes; pero la princesa defendía á su marido contra los médicos alemanes y los mensajes berlineses, como si luchase sola contra la Alemania entera, y como si la enfermedad del príncipe fuese una batalla en que «la inglesa» disputaba palmo á palmo el terreno del enemigo.

En noviembre de 1887, el príncipe Guillermo hizo una visita á su padre, ya gravemente enfermo, en la *villa* Zirio. Su actitud chocó á todo el mundo. Manifestando un respeto lleno de tiesura para con el príncipe heredero, y una fría indiferencia con su madre, hizo á los médicos una porción de preguntas ansiosas y apremiantes, como si hubiese estado impaciente por saber cuándo reinaría.

El viejo emperador parecía llegar al término de su carrera; el que debía sucederle estaba atacado de un mal incurable, y ya un partido influyente ponía los ojos en Guillermo, cuya ambición era estimulada por Bismarck.

Inquieto, febril, el joven príncipe se agitaba en torno de la cama del enfermo; consciente de su próxima autoridad, pretendía imponer sus designios á todo el mundo, y hablaba en tono resuelto y en voz alta de lo que los suyos únicamente se decían en voz baja y llorando.

Al partir de San Remo, le dijo á la señora Zirio, dueña de la *villa* que Federico había elegido para residencia de invierno:

—Mi padre no tiene cura. No hay nada que esperar. Me vuelvo á Berlín, donde mi presencia es indispensable.

Y como una joven americana, que se hallaba presente, le preguntase, con esa desenvoltura que caracteriza á su raza:

—Entonces, me permitiréis que os diga: «Hasta la vista, *próximo* emperador?»

Guillermo contestó:

—Pues, ¿no se lo he de permitir, señorita?

Y, sonriendo, le estrechó la mano.

Después de la marcha del descastado príncipe, uno de los médicos de San Remo no pudo menos de exclamar:

—Ya no volverá, suceda lo que sucediere. Y me parece que ni su padre ni su madre lo llamarán.

Sin embargo, volvió, en la primavera siguiente, á la villa Zirio, donde pudo asistir á la famosa contienda de los médicos alemanes é ingleses que se disputaban el mérito de prolongar los días del paciente.

Su madre protegía abiertamente á sir Morel Mackenzie y á Howell. Él apoyaba á Bergmann y á Bramann. El recibimiento de que esta vez fué objeto, no contribuyó poco á irritarlo; y se volvió á la corte con sequedad en el corazón y rencor en el alma.

La muerte, que amenazaba en San Remo, hirió en Friburgo á un nieto del emperador, y luego, en Berlín, el 9 de marzo de 1888, al emperador mismo.

Contra lo que el canciller y su partido esperaban,

el príncipe heredero pudo partir de San Remo, soportar las fatigas del viaje y llegar á Berlín en medio de una tempestad de nieve, para hacerse proclamar emperador.

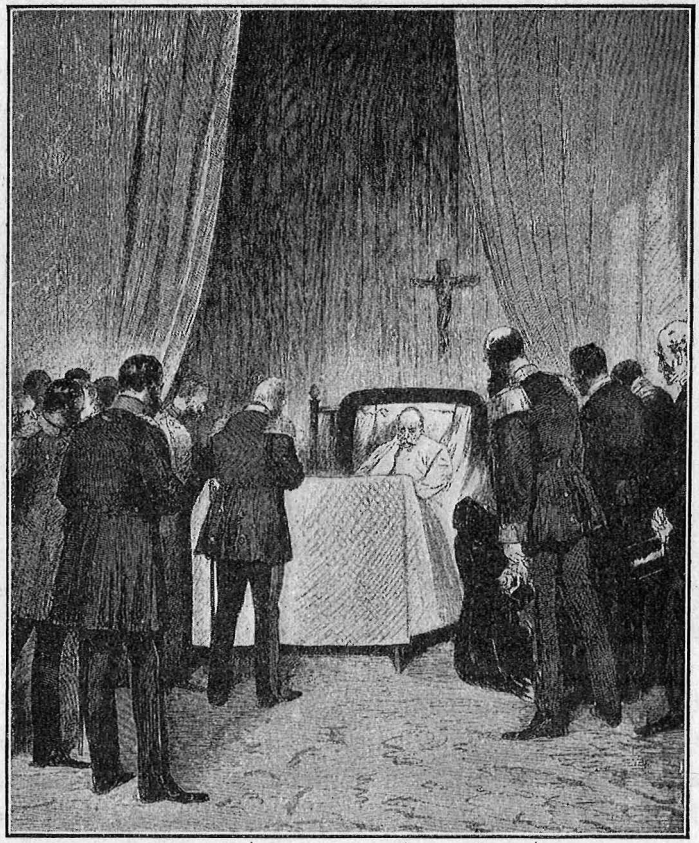
Aquella resurrección inesperada aterró á los que habían creído que quien iba á suceder al viejo monarca en el trono era su nieto, «el soldado alemán», y no Federico, «el inglés.»

Entonces empezó una violenta campaña contra el nuevo soberano y contra la emperatriz, contra «la inglesa,» á quien acusaban hasta de las enfermedades del príncipe Guillermo, so pretexto de que había transmitido á los Hohenzollern la sangre viciada de la familia de Hanóver.

El pueblo y la clase media aclamaban sinceramente al nuevo emperador y á la emperatriz. La aristocracia y el ejército no disimulaban su preferencia por el nuevo konprinz.

Éste permanecía neutral en apariencia. Pero su estado de alma se revelaba de mil maneras. Mientras su padre agonizaba en el castillo de Carlottemburgo, él se complacía en oir gritar con más frecuencia; «Viva el príncipe imperial!» que «¡Viva el emperador!» Él dejó que en un hospicio de huérfanos militares, un pastor pronunciase esta odiosa plegaria: «Puesto que Dios ha dado al emperador Guillermo I una muerte tan hermosa, pidámosle que ponga pronto término á los sufrimientos del emperador Federico y fortifique la salud del príncipe imperial.» Más arrogante que nunca con su madre, la abandonaba á la cabecera del moribundo para ir á embriagarse de orgullo marcial al frente de sus tropas, haciéndolas maniobrar y desfilar continua-

mente por las calles de Berlín al son de ruidosas charangas y en medio de frenéticos hurras cuyos ecos crueles llegaban á la estancia en que su padre, en las



Muerte del emperador Guillermo I en 9 de marzo de 1888

convulsiones de la fiebre, sufriendo mil tormentos, ¡llamaba á la muerte libertadora!

Quizá para huir de la pesadilla de aquel triunfo insolente y anticipado de su hijo, ó quizá simplemente para

terminar sus días en una residencia llena de gratos recuerdos, Federico III aprovechó una momentánea mejoría para hacerse trasladar á Potsdan, donde había nacido, donde había pasado los días más felices de su vida conyugal y donde pronto iba á morir.

El pobre emperador se había puesto inmediatamente en comunicación con su pueblo. La primera orden que dió fué la prohibición de reglamentar el duelo nacional. «Cada prusiano y cada alemán, decía, seguirá las inspiraciones de su corazón, sin consultar á la policía.» Siguieron los manifiestos: el que el nuevo monarca dirigía á su pueblo, la carta al canciller, los mensajes del rey de Prusia á las dos Cámaras de su Parlamento, y del emperador al Reichstag, la proclama imperial al Reichsland de Alsacia-Lorena, y, en fin, una orden al kronprinz Guillermo.

Estos documentos fueron generalmente leídos con la emoción propia de los espectadores de un gran drama, en que un hijo moribundo sucedía en el trono á su anciano padre, poniéndose bajo la invocación de su ascendencia y de los siglos.

En el lenguaje del emperador se encuentran los sentimientos que éste expresara siendo príncipe heredero. Quiere que Alemania, «honrada por el Consejo de las naciones,» sea «el hogar de la paz.» Indiferente al brillo de los grandes actos que proporcionan la gloria, se dará por satisfecho «si, más tarde, se dice que su reinado ha sido beneficioso para su nación, útil á su país y una bendición para el pueblo.» Respetará los derechos del pueblo alemán y los de los príncipes confederados. Dice á las Cámaras de Prusia que someterá su conducta á la Constitución del país, y declara al Par-

lamento de Alemania: «Tenemos la firme resolución de observar escrupulosamente la Constitución del imperio, de mantenerla, y de guardar, por consiguiente, los derechos constitucionales de los Estados federados y los del imperio mismo.»

Repudia las violencias del espíritu de secta y de par-

El emperador Federico III en el parque del palacio de Carlottenburgo

tido; declara amar igualmente á todos sus súbditos sin distinción de familia religiosa; quiere conciliar, en la paz social, los intereses rivales de las diferentes clases de la sociedad, y hacerlas concurrir, mediante el acuerdo de los derechos recíprocos, «á la prosperidad pública, que es la ley suprema.»

Para luchar contra el peligro social, cuenta con «una raza educada en los sanos principios del temor de Dios y en la sencillez de costumbres;» para gobernar, «con

la abnegación» de Bismarck y el concurso de «su consumada experiencia,» «con la colaboración unánime de los órganos del imperio, con la generosa actividad de la representación popular y de todas las autoridades, así como con la cooperación constante de todas las clases de la población.» Quiere vivir «en indisoluble unión con su pueblo,» ser «un rey justo y fiel, en la paz y en el dolor.»

Este lenguaje de filósofo cristiano era propio para conmover á los hombres, y los conmovió.

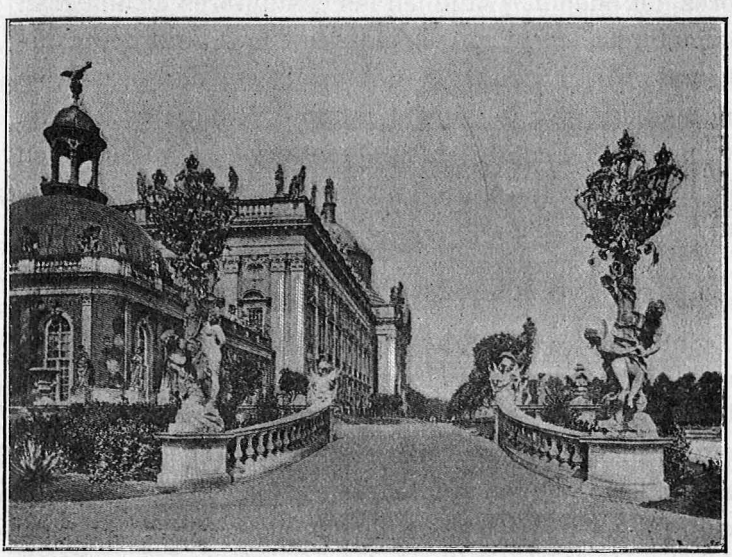
Otras palabras suyas produjeron en los corazones una emoción profunda; pero nada impresionó tanto como la triste grandeza del cuadro en que la sombra de la muerte se cernía sobre aquel justo.

Pero Federico III era un justo que se encontraba en la dolorosa situación de no poder reparar las grandes injusticias. Un sentimiento de gratitud lo ataba á Bismarck, y no era libre de sus acciones como jefe de Estado. «Mi querido príncipe, había escrito al canciller; al inaugurar mi reinado, es para mí una necesidad el dirigirme á vos, el primer servidor de mi padre, que en paz descanse en el seno del Señor. Habéis sido el fiel y animoso consejero que dirigió su política asegurando su éxito; yo y mi Casa os debemos una gratitud muy grande.»

Quizá la historia, atenta solamente «á las acciones brillantes que proporcionan la gloria,» olvide al segundo emperador de Alemania que, junto al mausoleo de Carlottenburgo, meditó conciliar el antiguo genio alemán con el genio prusiano, suavizando el áspero humor de Prusia. Quizá únicamente conocerá de nombre á ese filósofo retrasado que, á fines de un siglo en que

la filosofía enseñaba la necesidad del combate entre las razas y la legitimidad de la destrucción del débil por el fuerte, recordaba, con su espíritu evangélico, los derechos de la humanidad.

¡Qué sufrimientos los de ese desdichado emperador!



El nuevo palacio de Potsdam

¡Á los dolores físicos se unían los padecimientos morales; á los estragos del mal, una angustia perpetua! ¡Temer á cada instante que falte la respiración! ¡Ser emperador y no poder hablar! Todo lo que se escribía sobre su enfermedad, él lo leía. Por los periódicos se enteraba de las disputas de los médicos; disputas que versaban sobre las dilaciones que se podían esperar de la muerte.

Puede decirse que Federico III no llegó á reinar de hecho. Así es que nadie pudo saber cuáles eran sus ideas gubernamentales.

Sus manifiestos, llenos de nobles sentimientos, no son más que un programa de su buena voluntad. ¿Y cómo había de traducir en actividad sus intenciones? Para suavizar el rigor de la presente forma imperial, para infiltrar las instituciones nuevas en las costumbres del pueblo, y también las costumbres de una gran nación pacífica en aquellas instituciones puramente militares, para conciliar la monarquía con la libertad, se necesitaba tiempo, mucho tiempo, y voluntad, mucha voluntad. Á Federico le faltó tiempo. Y su voluntad, en la agonía que duró igual tiempo que su reinado, no fué más que resignación.

El pobre emperador no pudo hacer más que transigir.

Si se hubiese sentido con vida bastante para gobernar, el conflicto entre él y el canciller hubiera sido, probablemente, inmediato é irreparable. El emperador y la emperatriz hubieran tomado en sus manos el gobierno del imperio, y Bismarck se hubiese ido á cultivar sus fincas. ¿Y qué hubiera sucedido entonces? En Berlín, eran muchos los políticos que decían: «Si el emperador se se salva, todo está perdido.»

La vida pública empezaba ya á paralizarse. Notábase desorden en palacio; desorden en las administraciones; suspensión en los negocios; indisciplina en el ejército. Desencadenábase el odio contra la emperatriz Victoria.

Indudablente el pueblo compadecía «al mártir imperial;» los corazones sencillos se conmovían al relato de sus sufrimientos; todos los soldados que habían combatido á sus órdenes y admirado su sencillez y su bondad, esperaban con impaciencia el periódico que traía noticias del enfermo; los liberales tenían todas sus es-

peranzas puestas en el emperador; los progresistas hablaban con respeto y con sincera simpatía de los soberanos; mas, por cima de la muchedumbre anónima y en frente de aquel pequeño grupo de liberales, estaba el gobierno del reino y del imperio, el canciller, los ministros, las Cámaras de Prusia, el Reichstag, el ejército, todo un mundo que contaba los días del emperador.

Bismarck estaba firmemente resuelto á defender su obra, y quiso que el público se enterase de la firmeza con que la sostenía.

El mismo día de Pascua, en que Federico III estuvo á punto de morir en el cuarto de su padre, se celebraba en el palacio de la cancillería del imperio el natalicio del canciller. Entre los convidados figuraba el príncipe imperial, quien, á los postres, pronunció un brindis que levantó gran polvareda en Berlín y en todas partes. El texto, después de haber sido publicado por un periódico, fué enmendado esencialmente, que bien lo necesitaba.

«El príncipe imperial, había escrito la oficiosa *Post,* levantóse y dijo que se le permitiera expresar, por medio de una imagen, el estado político y social del imperio en el actual momento.

Comparó el imperio con un cuerpo de ejército que ha perdido su comandante en jefe y cuyo primer oficial yace gravemente herido. En este momento crítico, cuarenta millones de verdaderos corazones alemanes, llenos de angustia, pero también de esperanza, miran hacia la bandera y hacia el que la lleva y de quien esperan la salvación. Ese portaestandarte es nuestro ilustre príncipe, es nuestro gran canciller. ¡Que marche delante

de nosotros! ¡Todos le seguiremos! ¡Viva el canciller!»

Varios periódicos oficiosos afirmaron que el emperador había aprobado las palabras de su hijo. Más bien es de creer que lloraría al leer estas líneas de la *Post*. Hasta los oficiales sintieron la crueldad de aquel brindis; porque si para el alma militar prusiana, el puesto de un soldado está en las filas, detrás del portabandera, para el alma humana, el puesto de un hijo está al lado de su padre gravemente herido.

La Gaceta de la Alemania del Norte se dijo autorizada para rectificar el brindis, y publicó este otro texto: «Para servirme de una imagen militar, dijo el príncipe Guillermo, nuestra situación presente es la de un regimiento que marcha al asalto. El coronel ha caído. El teniente coronel cabalga aún al frente, aunque gravemente herido. Entonces las miradas se dirigen hacia la bandera y el que la lleva alta y firme. Así es como Vuestra Alteza lleva la bandera del imperio. ¡Ojalá,—y este es el deseo más profundo de mi corazón,—podáis aún, durante largo tiempo tremolar muy alto esta bandera, en común con mi padre amado y respetado. Dios proteja al emperador y á Vueslra Alteza!»

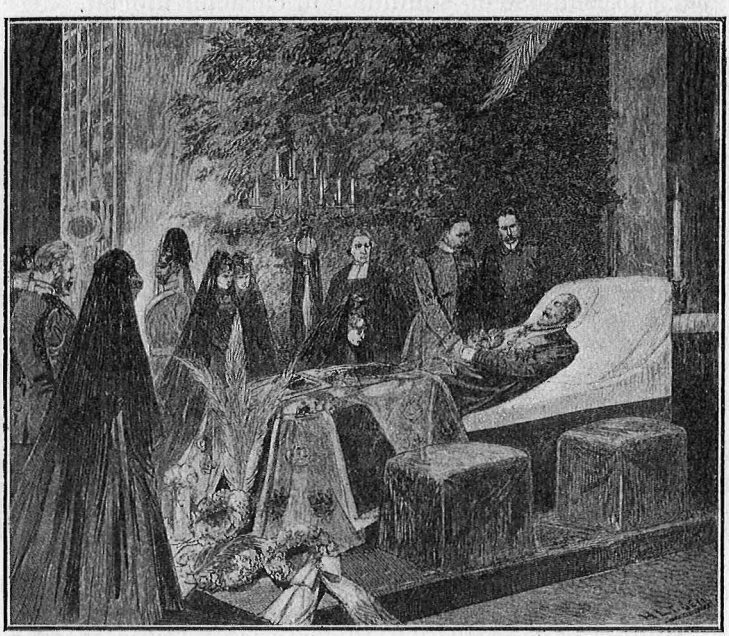
Esto ya era otra cosa. El herido aún se sostenía á caballo. Pero había que presentarlo próximo á sucumbir, y en aquella imagen de batalla se proyectaba toda la luz sobre el portaestandarte para tranquilizar á los inquietos.

El emperador vivía en medio de su pequeña corte, á la cual los berlineses llamaban la corte inglesa de Carlottenburgo.

La emperatriz se apresuraba á hacer de soberana: recibía algunas diputaciones, muy raras; contestaba á

diversos mensajes, muy raros también; corría, entre dos trenes, á llevar socorros á los inundados de las provincias del Este, y volvía al lado del enfermo.

De pronto la triste corte se trasladó á Potsdam. Este

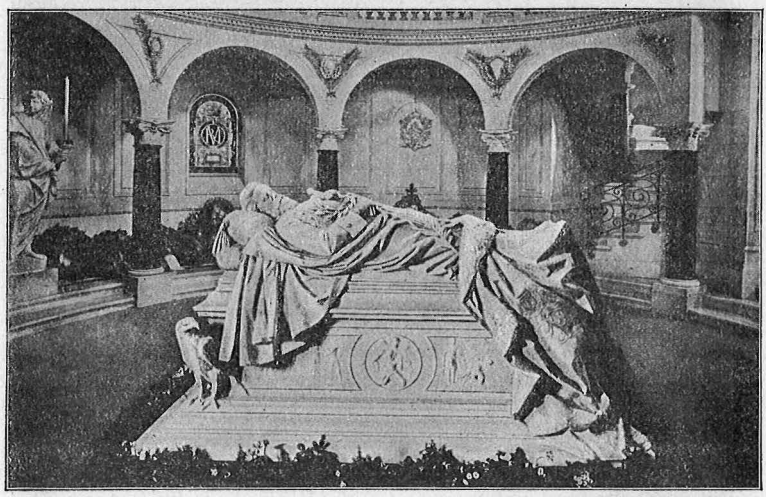


El emperador Federico III en la cámara ardiente instalada en la galería de Jaspe del palacio de Friedrichskron

palacio de verano era la alegría y la gala de la austera realeza de los Hohenzollern. Era también, para Federico y Victoria, ¡el recuerdo de los días felices de la juventud! Era el cambio de que se esperaba algún alivio, si no era la tumba elegida por el enfermo, que no cesaba de pensar en la muerte.

En Potsdam, el emperador se sintió más débil que en Carlottenburgo. Su memoria y su inteligencia se de-

bilitaban. Aún leía, y firmaba, sobre todo, en grandes caracteres lentamente trazados. Ya no se ocupaba de los negocios del Estado, que se hallaban en suspenso. La última crisis vino más pronto de lo que se esperaba, y presentóse en seguida con carácter mortal.



Sarcófago del emperador Federico III en Potsdam

Hubo á la cabecera del enfermo las habituales escenas de dolor; ¡pero, qué drama en la escena de la víspera, cuando el monarca puso la mano de la emperatriz en la del canciller, queriendo decir: «¡Somos vencidos, ella y yo; apiadaos de ella!»

El 15 de julio de 1888, Federico III acabó de morir, y todos los que habían temido su reinado ensalzaron lealmente la noble bondad de su vida y el heroísmo de su fin.

Sin embargo, dióse el gobierno tanta prisa en celebrar sus funerales, que el mundo oficial estaba impaciente por desembarazarse de aquel cadáver, y borrar

de la historia aquella sombra de rey con su efímero reinado.

En cambio, tan pronto como tomó en sus manos

La emperatriz viuda de Federico III

las riendas del gobierno, Guillermo II se rodeó de gran pompa.

Había imaginado hacerse coronar emperador de Alemania con una magnificencia oriental, con una solemnidad casi religiosa. Pero los Estados del imperio aún no se habían inclinado completamente bajo el yugo, y se le dió á comprender que era más bien emperador de

los alemanes que emperador de Alemania, y no hubo coronamiento.

Á falta de esta solemnidad, hizo una entrada oficial en Berlín tan fastuosa que pudo considerarse como una apoteosis.

CAPITULO V

Un antiguo telegrama de la reina Victoria. – Tradición bárbara. – El mayor von Normann, primer consejero y colaborador de Guillermo II. – Primeros manifiestos del nuevo soberano. – Suicidio de Normann. – Costumbres íntimas de los soberanos. – El castillo de Neu-Glienecke. – La emperatriz, envidiosa de su hermana. – Habitaciones imperiales. – Miedo de Guillermo II al contagio morboso. – Varias anécdotas. – La enfermedad del oído y la escarlatina del emperador. – La lencería de Palacio. – Los ayudas de cámara de Guillermo. – Mobiliario de la cámara imperial. – Historia de unas sillas de mimbre. – Recuerdos mortuorios. – Un día ordinario del emperador.

Serían las doce del día 15 de junio de 1888, una hora después de haber expirado Federico III, cuando Guillermo II, registrando los papeles de su padre, en presencia del mayor von Normann, del primer regimiento de la Guardia, encontró un telegrama que la reina Victoria había dirigido á su hija veintinueve años antes, momentos después del nacimiento del actual emperador.

El telegrama decía simplemente: «¿Es un hermoso niño?» La augusta abuela deseaba saber si su nieto era una criatura bien constituída y robusta.

Al leer aquel lacónico documento, el joven soberano se puso más pálido de lo que ya lo estaba, y, sin des-

pegar los labios, apretó convulsivamente el puño de su espada con la mano izquierda.

Cada vez que muere un rey de Prusia, parece apoderarse de su sucesor un espíritu de extraordinaria salvajez. «En Berlín, cuenta Carlyle, en su historia de Federico el Grande, desde el jueves, 31 de mayo de 1740, día de la muerte del rey anterior, hasta el jueves siguiente, el correo fué detenido y cerradas las puertas; ninguna estafeta pudo salir de la ciudad, aunque todos los embajadores ansiaban enterar á sus gobiernos de lo que ocurría.» El bisabuelo de Guillermo II hizo encarcelar, en el momento de morir su padre, á la favorita de éste, como también á toda su familia y á todos sus amigos.

Guillermo II no dejó de seguir la tradición establecida en la corte de Prusia. El día 15 de junio de 1888, la emperatriz Victoria, sus hijas, los miembros de la corte, sus médicos y su servidumbre, fueron prisioneros durante algunas horas.

Hasta que el emperador hubo terminado sus investigaciones y procedido á todos sus arreglos, ni una sola persona pudo salir del palacio de Friedrichskron.

Este era el nombre que se daba al castillo de Potsdam desde que Federico III lo había elegido como residencia.

Centinelas armados custodiaban las oficinas de telégrafos y los aparatos telefónicos, á fin de que las comunicaciones con el exterior fuesen absolutamente imposibles.

Después de haber tomado todas estas precauciones, Guillermo II hizo que Normann le ayudase en el registro de los papeles del difunto emperador. Con esto dió

una gran prueba de confianza á un hombre que sólo se recomendaba por su reputación de soldado disciplinado. Á él se atribuye, si no el texto, la inspiración al menos de las proclamas que Guillermo lanzó al ejército y á la marina, mientras la muchedumbre ansiosa é

El emperador Guillermo II en el año de su advenimiento al trono (1888)

impaciente que rodeaba el palacio, todavía ignoraba la muerte del emperador.

Hay en aquellas proclamas un tal desprecio de todo lo que no es militar, que muchos creyeron ver en ellas la colaboración del mayor Normann.

Una de ellas decía: «¡Así es que nos pertenecemos enteramente uno á otro, yo y el ejército; y nos apoyaremos siempre uno en otro, tanto durante la paz como durante la guerra, á la voluntad de Dios!» Y mientras

el ejército, el mismo día de la muerte del emperador Federico, se veía honrado y exaltado de un modo tan anormal, el pueblo tuvo que esperar hasta el 18 de junio el mensaje habitual de advenimiento al trono.

No es posible hacer recaer sobre el emperador toda la falta de semejante actitud, cuando se sabe que Normann se suicidó dos años después, y que en aquella época se hallaba ya atacado de la enfermedad mental que lo condujo á la tumba.

Después de la muerte del primer favorito de Guillermo, los médicos no vacilaron en afirmar que estaba tocado de la monomanía de las grandezas, y que su crueldad rayaba en locura criminal. No es, pues, de extrañar que los primeros actos oficiales del nuevo emperador sean propios de un espíritu desequilibrado.

Pero no es nuestro propósito historiar el reinado de Guillermo II, sino proyectar toda la luz posible sobre la figura del nuevo soberano, disipando, si no todas, muchas de las nebulosidades que impedían conocer su fisonomía y su carácter verdaderos.

En Potsdam no reina precisamente la etiqueta española de los tiempos de Carlos V, cuando el rey no entraba en la cámara conyugal sino con una espada en la mano derecha y un blandón en la izquierda. Las habitaciones íntimas de los soberanos alemanes se parecen á las de todo el mundo. Guillermo II y Augusta Victoria duermen juntos, lo menos ceremoniosamente posible, como cualquier matrimonio burgués.

El cuarto de Sus Majestades se encuentra en el segundo piso del Nuevo Palacio. Para ir á él se pasa por el pequeño despacho de la emperatriz. Al lado se hallan las salas de baño y los tocadores.

El dormitorio, que tiene dos grandes ventanas, es espacioso y alto de techo. Pero está amueblado con poquísimo gusto. Falta harmonía en los colores y en

La emperatriz Augusta Victoria en 1888

la disposición general. La emperatriz deseaba cambiar el mobiliario, ya antiguo, por una instalación moderna. Hablaba con envidia del lujo ultramoderno y elegante con que estaba alhajado el castillo de Neu-Glienecke, propiedad del príncipe Federico Leopoldo

de Prusia (1), que es el más rico de los Hohenzollern.

Este castillo, situado cerca de Potsdam, fué reconstruído poco tiempo después del advenimiento de Guillermo II al trono, y Sus Altezas Imperiales lo inauguraron con una gran fiesta en 1891.

La emperatriz, que asistió á esta fiesta, volvió de ella de muy mal humor. Al entrar en su cuarto, dijo de pronto á una de sus camareras:

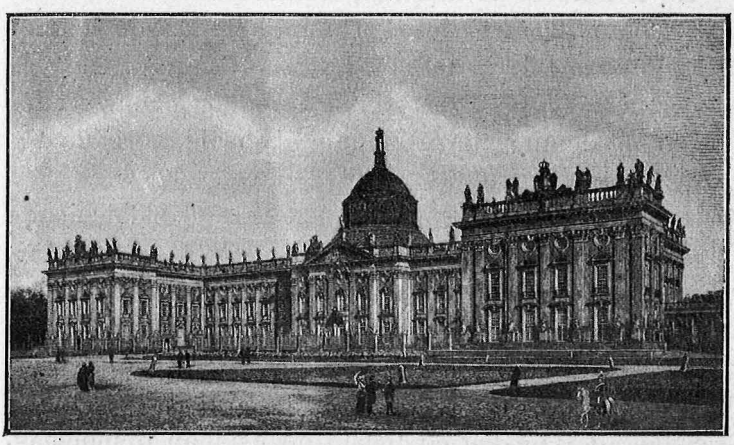
«¡Qué miserable parece aquí todo! Si nos juzgaran, á Luisa y á mí, por lo que nos rodea, me tomarían seguramente por una simple princesa con infantazgo, al paso que ella pasaría por la emperatriz. En esa casa todo es de última moda. Yo, por el contrario, tengo que contentarme con restos de otras épocas, mezclados con muebles modernos de lo más ordinario.»

La emperatriz no cejó hasta haber logrado de su imperial esposo la transformación del cuarto conyugal; y he aquí por donde la fiesta de Neu-Glienecke vino á costarle al emperador la friolera de ochenta mil marcos. Renovóse la tapicería y cortinajes que eran de un hermoso damasco, con fondo gris y plata, adornado con grandes flores amarillas en relieve, de la época de Luis XV. El original de esta tapicería era un regalo de madama Pompadour á Federico el Grande. Aquellas telas, cuyos colores habían sido atenuados por el tiempo, eran todavía admirables, más hermosas que las nuevas, aunque éstas eran copias de antiguos modelos franceses.

Fué igualmente reemplazada la anchísima cama de

(1) Hijo del príncipe Federico Carlos, que tanto figuró en la guerra franco-prusiana de 1870. Su esposa es la princesa Luisa, hija segunda del duque Federico Schleswing-Holstein y hermana, por consiguiente, de la emperatriz Augusta Victoria.

la época de la reina Isabel, que le gustaba mucho al emperador, quien á menudo se sentaba en ella para leer algún libro á la luz de una simple vela colocada á su lado sobre una mesita. Pero los castellanos de Neu-Glienecke habían adquirido camas modernas, y Au-



Palacio de Friedrichskron (Potsdam)

gusta Victoria no quería ser menos que su hermana. Así es que el suntuoso mueble antiguo fué relegado á otra habitación y substituído por flamantes camas inglesas de cobre en la cámara imperial.

Como todo está dispuesto, en palacio, para preservar en lo posible la salud del emperador, hay, tanto en verano como en invierno, espesos cortinajes en las puertas y ventanas del dormitorio, pues Su Majestad tiene gran miedo á las corrientes de aire.

La verdad es que Guillermo II tiene un miedo cerval á toda clase de enfermedades, cosa que no es de extrañar, dada la dolencia que le aqueja y que tanto le preo-

cupa. Así es que toma excesivas precauciones contra el contagio. Si vive, durante la mayor parte del año, en el Palacio Nuevo de Potsdam, sumamente incómodo, es porque este palacio se halla aislado en absoluto.

En el Palacio de Mármol, Guillermo tenía numerosos vecinos, y entre ellos el príncipe heredero de Schœnburgo, comandante de húsares de la Guardia. El 18 de noviembre de 1888, después de almorzar, el emperador se enteró de que este príncipe acababa de morir de difteria.

—¡La difteria!,—exclamó el soberano palideciendo horriblemente.—De seguro hay una atmósfera contaminada en el país. Digan al chambelán de servicio que haga inmediatamente nuestro equipaje y lo envíe á Berlín.

Herr von Liebenau hizo observar que las habitaciones de Su Majestad en Berlín no estaban dispuestas.

—¡No importa!—replicó Guillermo;—ya encontraré yo un rincón donde dormir y comer. Allí, al menos, estaré lejos del contagio.

Y viendo que Liebenan vacilaba, sin duda por consideraciones de etiqueta, el soberano replicó:

—Que preparen todos mis efectos; quiero partir en seguida.

Momentos despues, encontró á la emperatriz y le dijo sin más explicaciones:

—Me marcho á Berlín, y esta casa no me volverá á ver.

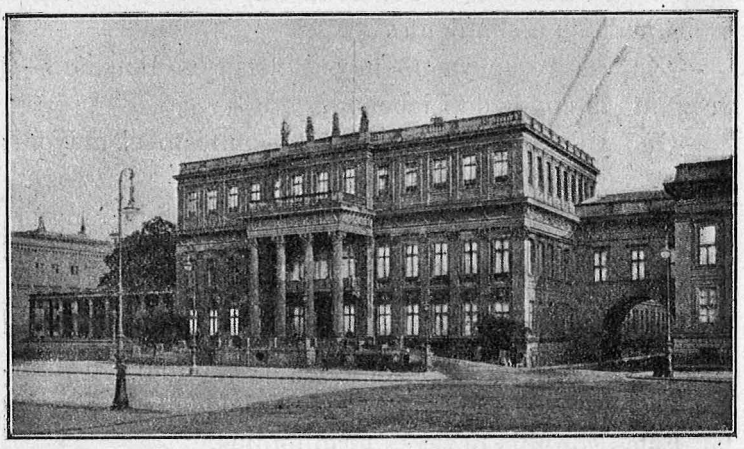
Tan inesperada noticia dejó estupefacta á Augusta Victoria, que no se atrevió á preguntar el motivo de aquella súbita resolución.

El almuerzo fué silencioso y triste.

Media hora después, la emperatriz, presa de terribles celos, preguntó aparte á una de las damas de Palacio:

—¿Sabéis por qué razón el emperador abandona el Palacio de Mármol?

—Su Majestad ha sabido la muerte del príncipe de



Palacio del príncipe heredero en Berlín

Schœnburgo, que ha sucumbido á la difteria—explicó la interpelada;—viviendo tan cerca, teme el contagio.

Al oir estas palabras, la emperatriz respiró como si se aliviara de un gran peso.

—¿Por qué no me lo han dicho antes—exclamó,—¡me hubieran ahorrado media hora de angustia!

Guillermo II no volvió al Palacio de Mármol. Su esposa no fué á reunirse con él hasta algunos días después.

So pretexto de que estaba ocupadísimo en la preparación del discurso que había de pronunciar en la reaper-

tura del Reichstag, el emperador no la dejó ir. La verdad es que había oído decir que la señorita Gensdorff, dama de Palacio, padecía de la garganta, y aunque no vivía en el Palacio de Mármol, sino en un pabellón enclavado en el parque, Guillermo temía que su esposa hubiese estado en contacto con ella. Tranquilizado al fin por otra dama de honor de la emperatriz, consintió en salir de su aislamiento.

—¿Supongo que ya no hay diftteria en Potsdan?—preguntó al conde de Liebenau.

—Que yo sepa, no, Majestad,—contestó el mayordomo.

—¿Queréis decir con eso que no ha habido ningún caso en vuestro departamento, ó que os los ocultan? De todas maneras, tened la bondad de telegrafiar al Palacio de Mármol, diciendo que toda persona del séquito ó de la servidumbre real, que tenga síntomas de mal de garganta, sea inmediatamente trasladada al hospital. Estas son mis órdenes terminantes.

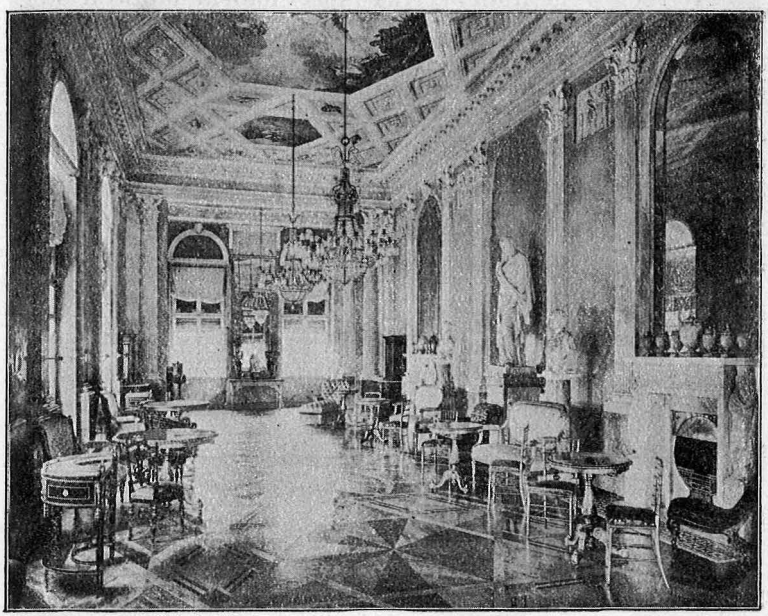
Aquella misma noche, una de las camareras favoritas de la emperatriz fué víctima del terror de Guillermo. Porque tenía hinchadas las amígdalas, la sacaron de la cama á una hora intempestiva, estando en plena transpiración, y la llevaron al hospital más próximo.

Un mes después, volvió á Palacio; mas como se quejase del modo como había sido tratada, la recibieron tan mal que prefirió retirarse.

Á menudo, el emperador se niega á conferenciar con los hombres de Estado y demás personajes oficiales, so pretexto de que éstos tienen algún enfermo en casa.

Con harta frecuencia, en plena recepción, se ve á Guillermo separarse bruscamente de tal ó cual perso-

na con quien estaba hablando, dejándola atónita, porque ésta cometió la imprudencia de decir que un hijo suyo, un sobrino ú otro individuo de su familia tenía el sarampión ó estaba acatarrado. Apenas oía mentar la enfermedad, el emperador huía á escape.



Salón del Palacio de Mármol

Al recibir la noticia de que el pequeño príncipe de Reuss acababa de morir de escarlatina, Guillermo exigió que la emperatriz hiciese desinfectar todas las prendas de vestir que había llevado en Gera, cuando el bautizo del niño.

La propia dolencia del emperador hace que éste sea más aprensivo.

La primera vez que en la corte de Berlín se oyó ha-

blar del mal que Guillermo padece desde joven en el oído, fué en 1891, precisamente con motivo de la muerte del joven Enrique de Reuss Gera, primo de la emperatriz por parte de su madre, que era de la familia Hohenlohe.

Al recibir la noticia, Augusta Victoria llamó á sus damas de honor y les dijo:

—Espero que el emperador no sabrá de qué ha muerto el muchacho, porque le disgusta en extremo que se hable de escarlatina en su presencia.

—¿Pero, Su Majestad no ha tenido la escarlatina?—preguntó una de las damas de Palacio,—interrumpiendo la redacción de una carta que la emperatriz enviaba á la corte de Reuss.

—Naturalmente,—contestó la soberana;—y una escarlatina de muy mal carácter. ¿Cómo no lo sabéis al cabo de vivir tantos años aquí?

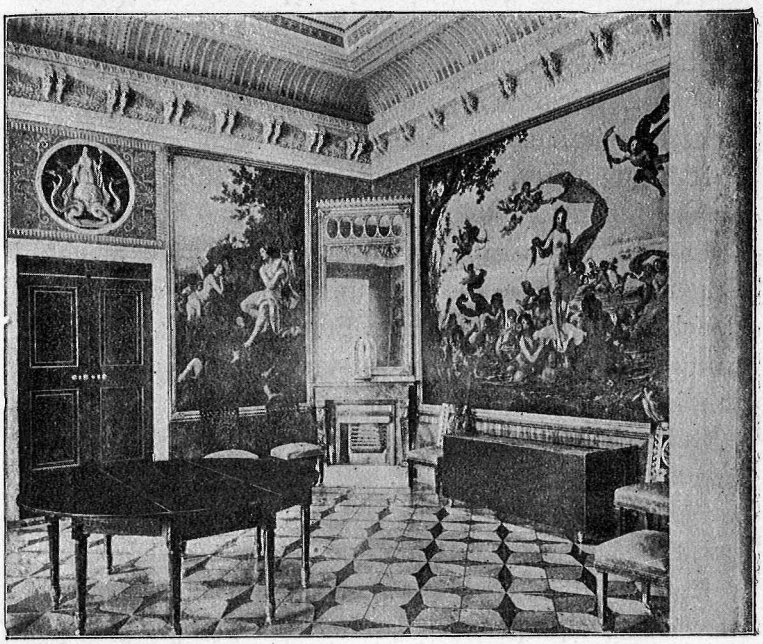
Viendo que Augusta Victoria prefería no extenderse sobre tan delicado asunto, la dama de honor no insistió. Pero, algún tiempo después, hablando con el conde Seckendorf, chambelán de la emperatriz viuda, iniciado en todos los secretos de la familia, le interrogó sobre la misteriosa escarlatina del emperador.

—Condesa, me ponéis en grave apuro—contestó confidencialmente Seckendorf,—porque si algún día el emperador supiese que os he hablado de esa historia, se pondría furioso contra mí. Básteos saber que la reservan para una circunstancia que aún no se ha presentado.

—Me ponéis en un potro, señor conde.

—Á otros les pasa lo mismo y no se atreven á quejarse—replicó el chambelán con una risa burlona. Re-

cordad la historia del médico inglés, que emitió su opinión sobre la enfermedad del difunto emperador Federico. Actualmente, las personas que cometen la imprudencia de decir que esa misma enfermedad amenaza á



Comedor del Palacio de Mármol

la corona de Prusia son desmentidas públicamente y oficialmente sacrificadas. ¡Pues bien! que Su Majestad experimente mañana una agravación en su mal de oído, y leeréis esto, poco más ó menos, en los periódicos oficiales: «En su infancia, el emperador tuvo la flebre escarlatina, y su madre, la emperatriz Victoria, insistió en que se le aplicase el tratamiento inglés, que consiste en abluciones de agua muy fría en todo el cuerpo varias

veces al día. Á consecuencia de este tratamiento, el príncipe se resfrió y la inflamación se localizó en el oído izquierdo. Desde entonces, siempre ha sufrido de ese oído.»

Á pesar de todo el misterio de que lo rodean, nada prueba que el mal tenga la gravedad que algunos le atribuyen. Pero el hecho de combatirlo rigurosamente con antisépticos prueba el temor existente de que degenere en inflamación gangrenosa.

Habitualmente, el emperador se cuida él mismo. Si acaso aumenta el dolor, llama al médico de cabecera.

La emperatriz sabe cuidar muy bien á su marido. Con frecuencia se sirve de un aparato especial para desobstruir el oído enfermo. Este aparato, adaptado á un tubo de goma, se halla constantemente colgado junto á la cama de Sus Majestades.

Guillermo tiene otro igual en su tocador y un tercero que lleva siempre de viaje.

Sus cámaras del yate *Hohenzollern* y del tren imperial se hallan igualmente provistas de este aparato.

Antes de que Sus Majestades se retiren á dormir, la servidumbre prepara las habitaciones, empezando por poner en la parte derecha de la cama el calentador que Guillermo exige todo el año, exceptuando los meses de julio y agosto. Este escalfador es de agua caliente. Colocan luego biombos por todas partes y corren numerosos portiers, destinados á impedir toda corriente en la cámara imperial. ¡Desgraciada de la camarera que se hubiese olvidado de correr una sola cortina!

Para el caso de que el emperador tuviese que levantarse de noche, se le prepara, sobre un canapé, cerca de la cama, un par de medias de lana, rodilleras de

franela, botas, una chaqueta forrada de bayetón, un sombrero de fieltro y guantes.

Por la misma razón, al lado de estos objetos, se coloca una bata destinada á la emperatriz.

Luego encienden una lamparilla, objeto poco elegante, compuesto de una armazón de estaño y un vaso de cristal lleno de agua y aceite.

Augusta Victoria exige que cambien las sábanas de la cama imperial todos los días. Pero la ropa blanca de los soberanos es tan escasa, que á veces no se puede mudar más que una sábana de las dos. Entonces se pone debajo la de encima.

La pobreza de lencería de la casa de Hohenzollern ha sido siempre comentada en las cortes extranjeras. La emperatriz Victoria trató de remediar tanta escasez efectuando importantes compras durante su reinado de ochenta y nueve días. Pero, después de la muerte de Federico III, armóse en Palacio la gran tremolina, cuando hubo que pagar aquellas «extravagancias,» según la expresión del conde de Liebenau, que despreciaba el *comfort* «inglés.» La madre de Guillermo II se llevó la ropa que había comprado, de modo que la lencería imperial se encontró de nuevo tan desprovista como antes. Por esto, en invierno, cuando la ropa de la colada tarda en secarse, la alta servidumbre de Sus Majestades tiene que dormir con sábanas más ó menos limpias.

Dos de los cinco ayudas de cámara particulares desvisten al emperador, mientras Augusta Victoria procede á su *toilette* de noche en sus habitaciones. Estos pobres ayudas de cámara son verdaderas víctimas de la invalidez parcial de Guillermo. Uno de ellos declaró en cierta ocasión:

«No nos quejaríamos de la pena que pasamos, aunque el emperador cambiara de traje diez veces al día en vez de tres ó cuatro, si no tuviéramos miedo de lastimar su mano lisiada. Este miedo hace que procedamos con timidez, y, á veces, con torpeza. Por añadidura, cuando Su Majestad se viste de prisa y se tiene sobre la pierna izquierda para cambiar de pantalón, tememos que pierda el equilibrio. Así es que siempre estamos prontos á sostenerlo.»

Aunque la cámara imperial contiene algunos muebles muy hermosos, no puede decirse que esté dispuesta con gusto y armonía. La *chaise longue* y algunas butacas están forradas de paño gris; y hay dos sofás del color de los cortinajes.

Diseminadas por la estancia se ven varias sillas de mimbre provistas de almohadones de seda, mesas japonesas y sillas de bambú mezcladas con muebles antiguos de Boule y de marquetería que son verdaderas obras maestras. Adornan la chimenea dos candelabros de bronce y vasos de diferentes estilos, y pende del techo una araña de cristal.

«Esto es un baratillo,» dijo la princesa de Schleswig, madre de la emperatriz, un día en que examinaba el dormitorio de Sus Majestades.

Á propósito de las sillas de mimbre que guarnecen este cuarto, la condesa de Eppinghoven cuenta en sus memorias que, en septiembre de 1894, estando el emperador en las maniobras militares con el rey de Sajonia, su augusta consorte, que no sabía en qué pasar el tiempo, tuvo la ocurrencia de pintar las sillas en cuestión de un color lilaclaro, esperando dar así á su marido una sorpresa agradable.

«Antes de acostarnos, dijo la emperatriz á Fraulein (1) von Gersdoff, una de sus damas de honor, diré al emperador que se siente en una de estas sillas, á que tiene particular apego, y volveré la luz hacia este lado para que vea mi obra».

Ambas empezaron á dar concienzudamente capas de pintura, ensuciando numerosos pares de guantes, sin contar sus vestidos, y una rica alfombra que por sí sola valía muchísimo más que todas las sillas juntas. Después de gastar una porción de tubos de color y una botella de trementina, la obra maestra quedó terminada. El emperador tenía que llegar al día siguiente.

—¿Estarán secas?—preguntó la condesa Keller, dama de Palacio, invitada, como las demás, á admirar las famosas sillas.

—Seguramente—replicó la emperatriz;—mi camarera preguntó al vendedor de colores la manera de proceder y he seguido al pie de la letra sus instrucciones.

Al día siguiente, por la noche, al retirarse con su marido á la cámara imperial, Augusta Victoria puso en ejecución su pequeño programa. Pero dejemos contar la pequeña aventura á la emperatriz misma:

«El emperador, dijo ella el día siguiente á la condesa Brockdorff, se había sentado en una de las famosas sillas y yo en otra. De pronto le vi levantarse bruscamente, sorprendido y colérico. Tenía las manos y la ropa llenas de pintura. Á mi vez noté que otro tanto me pasaba á mí. Ya sabéis que, en el emperador, la pulcritud es hasta una manía. Imaginaos si se pondría furioso al verse manchado de aquella manera.

—Amiga,—me dijo,—¡la broma es de muy mal género!

(1) Señorita.

»Todas mis explicaciones y excusas fueron inútiles.

—Llamad—añadió—para que traigan trementina.

»Inmediatamente llamé á Haake (1), y le dije que pidiese trementina á la señora de Larisch. Inútil es decir que ésta no tenía. Entonces el emperador mandó que enviasen un gendarme á la población en busca de aquella esencia.

»El gendarme fué desde luego á llamar á la farmacia, y el boticario lo envió á la droguería. El droguero dormía á pierna suelta y no había medio de dispertarlo. Por fin, al cabo de una hora, el gendarme logró su objeto, merced á la intervención de una patrulla militar.

»Una vez en posesión de la trementina, empleé tres cuartos de hora en limpiar las manos, las mangas y las piernas de mi marido. Después, la pobre Haake tuvo que hacer otro tanto conmigo.»

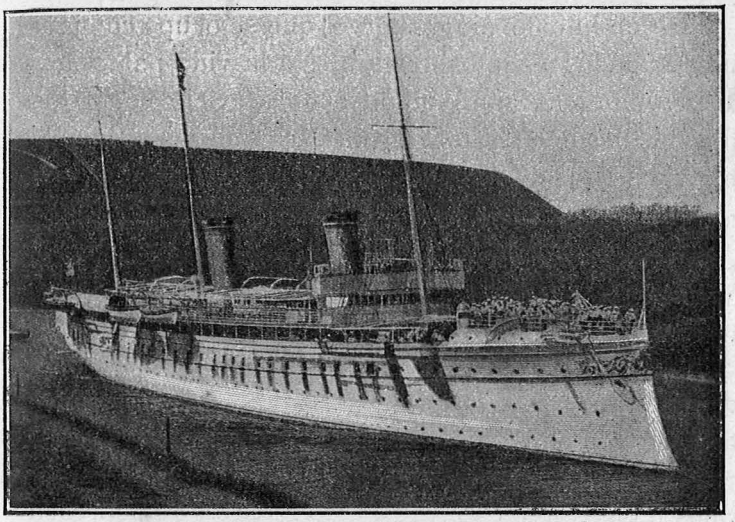
El emperador duerme con un revólver cargado en el cajón superior de su mesita de noche.

Este revólver, de acero, plata y marfil, es precioso; pero tiene en continuo sobresalto á la emperatriz, que á pesar de reiteradas instancias, nunca ha podido conseguir que su esposo lo quite de aquel sitio.

Nótase en la cámara imperial una cómoda antigua, de caoba, sobre la cual se hallan colocados diferentes recuerdos mortuorios. Ocupa el centro un cuadro que representa á Nuestro Señor, coronado de espinas, con los ojos levantados al cielo. En torno de la imagen del Cristo y envueltos en crespones están los retratos de los emperadores Guillermo I y Federico III, de la emperatriz Augusta y del rey Luis II de Baviera.

(1) Doncella mayor de la emperatriz.

Todos estos retratos fueron hechos especialmente para Guillermo y no se pueden adquirir otros ejemplares en parte alguna. En todos sus viajes y veraneos, en sus excursiones á bordo del *Hohenzollern* y hasta en sus cacerías de Rominton, el emperador lleva siempre consigo estos recuerdos mortuorios.



El yate imperial *Hohenzollern*

Á juzgar por los boletines impresos, en que se da cuenta minuciosa del empleo del tiempo del emperador, podríase creer que éste pasa el día con la emperatriz al menos una tercera parte del año, y, en realidad, los dos ilustres esposos, fuera de las horas de descanso y del almuerzo, raramente se hallan juntos.

He aquí la distribución de un día ordinario del kaiser.

Abandona el lecho á las cinco de la mañana, toma un baño frío, se hace vestir y á las seis se desayuna.

Inmediatamente se dirige á su gabinete de trabajo. Allí le esperan montones de documentos: cartas llegadas durante la noche, informes de los ministros y de los altos funcionarios administrativos. El kaiser los examina todos por sí mismo, minuciosamente. Es amigo de enterarse de cuanto concierne á la administración pública, y enemigo de dejar ningún asunto para mañana.

Esto no impide, sin embargo, que se ocupe con igual interés de los asuntos referentes á la vida palaciega y al ceremonial. Sus ayudantes de servicio están dispuestos desde las seis y media para tratar con él cuáles han de ser las salidas del día.

Á las siete va á dar un beso á sus hijos.

En seguida recibe á los altos funcionarios de palacio y discute con ellos sobre las fiestas, ceremonias y viajes que se preparan. Examina cuentas de la Intendencia, autoriza gastos y discute presupuestos. La posición de soberano no le impide ser al mismo tiempo señor de su casa y mirar de cerca por su hacienda.

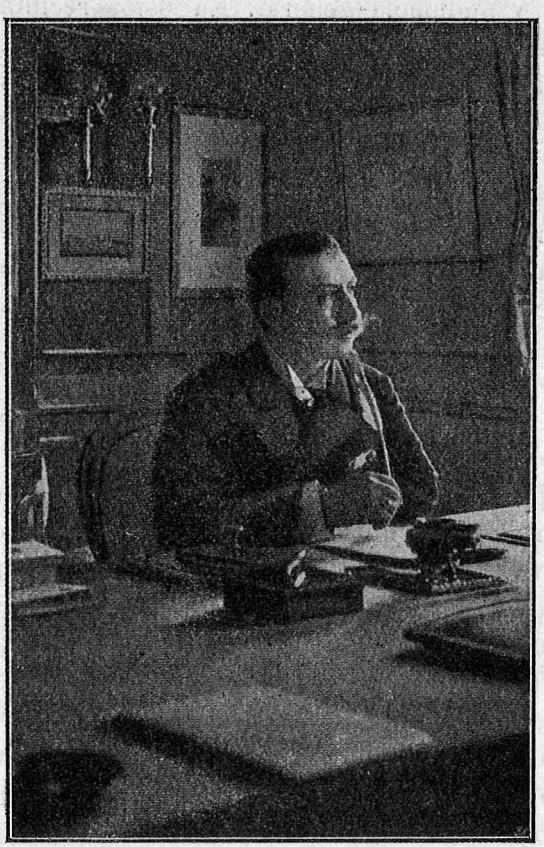
Á las ocho recibe á los ministros, consejeros, generales ú otros altos funcionarios. Cada uno, al presentarle un documento á firmar, le hace una explicación verbal del asunto. Pero, con frecuencia, el emperador pregunta más detalles. Muchas veces dice amablemente al personaje que con él despacha:

—Ya sé que os molesto mucho, pero no puedo evitarlo; yo también tengo una gran tarea que llenar, y mi conciencia no me permite tomar una resolución precipitada.

Efectivamente, Guillermo II dista mucho de ser un autómata firmando. Lo regular es que de los documentos puestos á su firma no salgan inmediatamente con ella de su despacho, más que una parte. El resto

los conserva para estudiarlos con más detenimiento.

Á las nueve el kaiser sale á dar un paseo en coche, intercalando en él otro á pie. Si llueve, se va al pica-



El kaiser en su camarote del *Hohenzollern*

dero y monta unos tres cuartos de hora. Este ejercicio lo practica muy seriamente: es un buen jinete y le gusta rebuscar las dificultades, saltar obstáculos de todas clases, hacer del caballo un dócil intérprete de su capri-

cho. Los días de gran revista, suele montar desde las seis de la mañana hasta las dos de la tarde.

Á las once nuevas conferencias con los altos funcionarios y audiencia general. En estos recibimientos, Guillermo II se esfuerza en hacerse agradable á las personas que vienen á ofrecerle sus respetos, y en demostrarles su consideración. Para esto llama en su ayuda á la indumentaria.

Si ha de recibir, por ejemplo, á un marino, se viste de almirante; si á un ministro extranjero, en traje de general del país correspondiente, ó bien ostentando una condecoración que á él pertenezca. Consecuente con este sistema, no tiene pereza en cambiar de traje todas las veces que sea preciso.

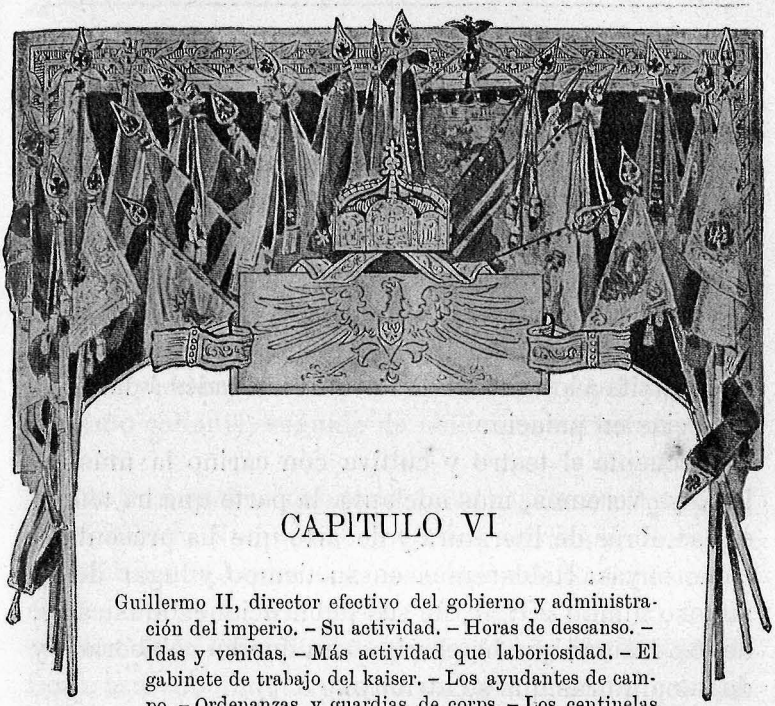
Á las dos, el kaiser va nuevamente á ver á sus hijos y come en familia.

Después sale: visita á los altos personajes para tratar con ellos de asuntos de Estado; inspecciona los cuarteles; va á los talleres de los grandes artistas, muchas veces para servir de modelo para un cuadro ó un busto.

Á las seis y media vuelve á dedicarse de nuevo al despacho de los asuntos de Estado, y á las siete hace su segunda comida, en familia también.

Poco después de terminada, vuelve á trabajar un rato. Luego se dedica á diferentes *sports*, especialmente á la esgrima, en la cual sobresale notablemente.

Su hora habitual de acostarse es á las diez, después de tomar una pequeña colación. Pero en una mesa, junto á la cama, tiene siempre dispuesto papel y lápiz, para apuntar lo que pueda ocurrírsele durante el insomnio.



CAPÍTULO VI

Guillermo II, director efectivo del gobierno y administración del imperio. – Su actividad. – Horas de descanso. – Idas y venidas. – Más actividad que laboriosidad. – El gabinete de trabajo del kaiser. – Los ayudantes de campo. – Ordenanzas y guardias de corps. – Los centinelas de palacio. – Una aventura de Vanderbilt. – Felicitación monstruosa. – Discurso de Guillermo á los reclutas de Potsdam. – Más sobre el Palacio Nuevo. – El gabinete particular del emperador. – Colección de retratos femeninos. – La sala de Mármol. – El salón de lectura. – El tocador de Guillermo. – El baño del rey Leopoldo. – El ropero imperial.

La anterior descripción de una jornada del kaiser no da más que una idea débil de la actividad de este trabajador infatigable. Para formársela más exacta hay que tener en cuenta que su papel de director efectivo del gobierno y administración de Prusia y del Imperio germánico, no se limita á estudiar los asuntos en su gabinete y despachar con sus ministros. No solamente elabora proyectos, sino que los defiende como orador, en aquellas reuniones en donde á su dignidad imperial

le es dado hacerlo. Así ha recorrido toda Alemania, apoyando con su palabra leyes sobre agricultura y sobre aumento de créditos para la marina, presentadas por su gobierno. En cuanto se refiere á reformas militares, interviene con gran empeño.

Á pesar de esta dedicación al gobierno de su país, sabe encontrar tiempo para sus aficiones literarias, artísticas y deportivas. Lee mucho: se jacta de estar al tanto del movimiento intelectual del mundo; y á menudo invita á los sabios de las universidades á dar conferencias en palacio.

Frecuenta el teatro y cultiva con cariño la música. Pero ya veremos, más adelante, la parte que ha tenido en las obras de literatura y de arte que ha presentado como suyas. Hablaremos en su tiempo y lugar de su famoso himno *á Egir,* de sus publicaciones musicales, de los dramas que ha escrito ó en que ha colaborado y de las pinturas que se atribuye.

No se contenta con ser autor dramático, sino que le gusta también tomar parte en la representación de las obras, siendo especialmente aficionado á desempeñar papeles de sus antepasados los antiguos reyes de Prusia.

Caza mucho: á pesar de tener defectuoso el brazo izquierdo, es un gran tirador. Y como viajero es incansable. Él mismo dirige su yate.

Esta gran multiplicidad de acción, exige indudablemente cualidades naturales ó adquiridas merced á la educación; pero obedece sobre todo á la idea que el kaiser tiene formada sobre su misión.

Como soberano de Alemania, quiere personificar todas las actividades de carácter más elevado que han de constituir la vida de este imperio.

En los boletines relativos á la distribución de las horas del monarca, que diariamente se imprimen para conocimiento de la corte y de la prensa, se nota un intervalo de un par de horas inocupadas entre el almuerzo y la comida. Estas horas las dedica Guillermo al descanso, sin querer que el público se entere de su necesidad de reposo.

Después de almorzar, el kaiser se retira generalmente á su tocador, donde se echa en su camita de muchacho y duerme una hora ó dos. Al despertar, toma un baño caliente, seguido de abluciones frías de agua de mar.

Con frecuencia, cuando la corte reside en Potsdam, en el Palacio Nuevo, el emperador regresa de Berlín á altas horas de la noche en tren especial. Naturalmente, á tales horas, todo el mundo duerme en palacio, á excepción de la servidumbre particular de Su Majestad. Pero esto no impide que el regreso imperial sea tan ruidoso como en pleno día.

Los caballos y el carruaje del kaiser producen gran estrépito al entrar; los centinelas aclaman al soberano y aumentan el ruido dando con los fusiles contra el pavimento. Senescales, ayudantes de campo, secretarios y lacayos acuden á la llegada del emperador. Enciéndense todas las luces de palacio. Cuando el amo vela, nadie debe dormir.

Á veces Guillermo II vuelve de Berlín en coche tirado por cuatro caballos. Estos regresos asustan siempre á la pobre emperatriz. Con el tren imperial se viene directamente de la ciudad, mientras que con los cuatro caballos húngaros, el emperador puede detenerse donde se le antoje.

Cuando Guillermo se ausenta, sea por poco ó por mucho tiempo, nunca contesta él mismo á las cartas de la emperatriz. Los encargados de este trabajo son los oficiales de servicio ó los ayudantes de campo, quienes escriben, generalmente, misivas de este tenor: «Su Majestad ha llegado sano y salvo,» ó bien: «Su Majestad ha matado tantas liebres y tantos jabalíes.»

En cambio, la emperatriz escribe cada día á su ilustre esposo. Pero no queriendo éste perder un tiempo precioso en la lectura de las cartas de Augusta Victoria, las guarda para leerlas todas de una vez durante su regreso.

Una de las lecturas que más le divierten es la de los periódicos y revistas que hablan de él, la mayor parte de las veces, en plena fantasía. Los cronistas oficiosos se encargan de historiar los actos de su vida *ad usum populi*. Á juzgar por lo que de ella dicen autores como Bigelow, esa vida, de la cual Guillermo sólo se cree obligado á dar cuenta á Dios, no es más que una ruda labor para el bien del país y la paz de Europa.

Lo cierto es que Guillermo cree que vino al mundo para llenar esta alta misión; y la de Bigelow y consortes consiste, precisamente, en mantener al público en la creencia de que Su Majestad se esfuerza en labrar la felicidad de los alemanes, consagrándose á una vida de trabajo á menudo penosa. Hasta cuando escribe un drama ó compone una pieza de música, sus historiógrafos oficiales presentan esta labor como un acto que concurre al cumplimiento de aquella alta misión.

La verdad es que no todo es penoso en la vida de Guillermo, y que su actividad inquieta y algo teatral dista algo de ser, toda ella, verdadera laboriosidad.

Se levanta, como hemos dicho, bastante temprano; toma su baño y luego su desayuno, cosas, en verdad, no muy fatigosas. Sale después á paseo en un caballo previamente rendido de cansancio para evitarle accidentes. Toma un segundo desayuno. Escucha, arrellanado en su sillón, informes bien redactados. Almuerza; duerme la siesta; asiste á tal ó cual revista..., en coche; charla agradablemente con la oficialidad antes del *lunch*; asiste á tal ó cual comida, animada por hombres de talento y por mujeres guapas; pasea en carruaje; hace una partida de tennis ú otro sport, y, por la noche va al teatro ó á alguna recepción.

Á veces, el emperador reemplaza esta *laboriosa* jornada por una cacería ó por un paseo por los lagos de Havel.

En circunstancias extraordinarias, se digna personarse en la cancillería del imperio ó asistir á algún ensayo teatral para dar sus augustos consejos á los artistas.

Por lo tanto, la verdadera labor no es siempre para el amo, sino para sus servidores, llámense Bismarck ó Caprivi, von Miquel ó Bülow.

«Quisiera que hubieseis visto á mis ayudantes de campo sin resuello y rendidos después de media hora de esgrima, mientras que yo estaba tan fresco como si saliese del baño», es una de las jactancias más frecuentes del emperador. Pero omite decir que al paso que él no lleva más que una chaqueta de hilo, sus ayudantes van de uniforme, con sable al cinto. Además, en la lucha, los adversarios del kaiser tienen que guardarse muy bien de aventajarlo, porque les pesaría.

Como el Reichstag interviene en los negocios públi-

cos, Guillermo tiene que contentarse con dos ayudantes de servicio.

Estos oficiales, como los demás miembros de la casa militar, representantes de todas las armas, no se separan casi nunca del emperador.

Doquiera se encuentre la corte, su oficina ocupa una de las piezas inmediatas al gabinete de trabajo del emperador. También se instala junto á este gabinete el cuerpo de ordenanzas.

En el Palacio Nuevo, el despacho imperial se halla situado en la planta baja, enfrente del cuartel del batallón de Lehr. Es una pieza pequeña y triste, amueblada con varias mesas de escribir y sillones de damasco encarnado.

En la sala de ordenanzas, permanecen día y noche tres lacayos de los llamados *cazadores,* tres gendarmes y varios soldados del batallón de Lehr. Estos cazadores se estiman en algo más que los lacayos ordinarios. La corte de Prusia los emplea dentro y fuera de palacio, en el pescante y en la caza, y principalmente para mandados. Este servicio se ha imitado en toda clase de establecimientos públicos, extendiéndose á Francia y á otros muchos países.

Los gendarmes de corps forman parte de un batallón selecto, destinado al servicio especial del emperador. Ni en tiempo de paz, ni en tiempo de guerra prestan servicio general en el ejército. Por esto cada año el Reichstag trata de suprimirlos, so pretexto de que los oficiales y soldados de esta guardia no son más que simples lacayos.

Las atribuciones de estas diferentes clases de servidores se hallan estrictamente deslindadas. Las visitas

que vienen exclusivamente para el emperador son recibidas por los cazadores. Si son personas de distinción, se las introduce inmediatamente en la sala de los ayudantes de campo. Si son proveedores, se avisa á los ayudas de cámara de Su Majestad. Los ordenanzas atienden á las visitas militares. Cada gendarme de servicio tiene siempre en la cuadra un caballo ensillado, pronto á ponerse en camino para llevar algún parte. Completan el servicio de estafeta varios biciclistas de los regimientos de infantería. Cada ayudante de campo está de servicio dos días y dos noches por semana; se les considera entonces de igual categoría que los altos funcionarios de la corte, y como tales tienen coches y caballos á su disposición.

Las habitaciones de los ayudantes se hallan en el ala meridional de palacio, cerca del departamento de Federico el Grande. Cada oficial ocupa un simple cuarto, con un gabinetito inmediato para su asistente.

Sólo en ausencia de Sus Majestades se permite visitar el Palacio Nuevo de Potsdam, y la regla es inflexible. El mismo William K. Vanderbilt, el multimillonario americano, no pudo forzarla. El caso ocurrió en 1891 y se comentó mucho en la corte. Vanderbilt llegó de Berlín por la carretera principal y su carruaje iba á pasar una de las verjas de entrada, cuando el centinela que estaba allí de guardia y vió que el cochero no llevaba la librea imperial, detuvo los caballos preguntando á la visita si llevaba una carta de admisión.

—Es un amigo de Su Majestad—dijo con magnífica entereza Hartog, el mensajero de Vanderbilt.

Estas palabras no produjeron efecto alguno en el soldado, que repitió con mayor energía:

—¡Vuestro pase, caballero!

—¡Pero hombre!,—añadió Hartog,—el señor es míster Vanderbilt, el billonario americano.

Á la palabra *americano,* el centinela levantó el fusil y se puso á la defensiva, pues su teniente le había enseñado que la América era una de esas despreciables repúblicas que no tienen rey, ni príncipe, ni ejército; y, dirigiéndose al auriga, le dijo en tono solemne:

—Cochero, por última vez, retiraos ó hago fuego.

Y estuvo apuntando á los intrusos hasta que el carruaje se hubo alejado en medio de una nube de polvo. ¡Sabe Dios lo que hubiera sucedido si Hartog hubiese tratado de forzar la consigna á fin de complacer á Vanderbilt! Todos los centinelas de palacio están bien armados, y cuando hacen fuego no yerran el tiro. La condesa de Eppinghoven afirma en sus memorias que Guillermo II felicitó públicamente á un centinela que había muerto á un pobre diablo.

«Su Majestad, dice, le hizo colocar delante de las tropas, le estrechó la mano y le manifestó su gratitud añadiendo:

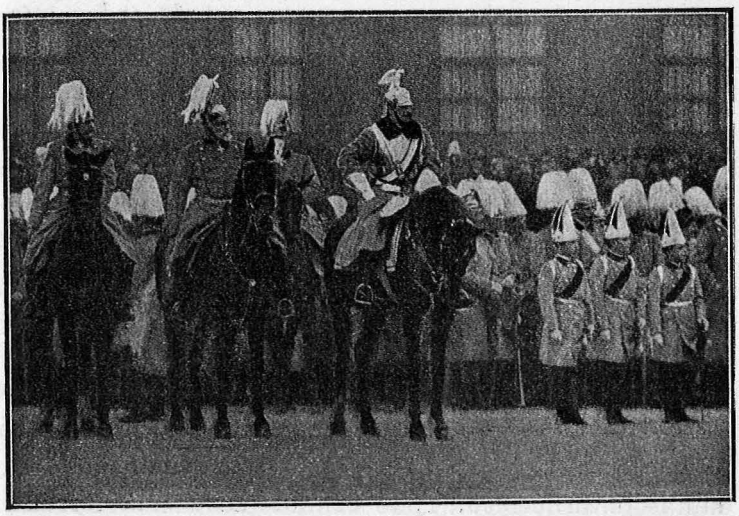
—Estoy orgulloso de teneros á mis órdenes, pues sois un soldado obediente y valeroso. Una abnegación como la vuestra será siempre bien vista por mí.

Este incidente fué muy discutido en la corte.»

Un mes después, Guillermo II pronunció su famoso discurso á los reclutas de Potsdan, que prestaban juramento.

Los periódicos de la época dieron de este discurso la versión siguiente: «Muchachos de mi guardia, sois ahora mis soldados y me pertenecéis en cuerpo y alma. Habéis jurado obedecerme en todo. Debéis seguir mis

órdenes sin murmurar. De hoy en adelante, no tenéis más que un enemigo, y ese enemigo es el mío. Y si un día os ordeno,—¡quiera Dios que nunca tenga yo que llegar á tal extremo!,—si os ordeno hacer fuego contra vuestra propia familia, contra vuestros hermanos,



Guillermo II pasando revista á uno de sus batallones preferidos

contra vuestros padres, recordad vuestro juramento.»

En tales términos citado, este discurso ya es atroz. Sin embargo, no es nada comparado con el borrador que la misma condesa de Eppinghoven afirma haber tenido ocasión de leer en el despacho del emperador.

«He aquí lo que vi, dice, escrito de puño y letra—esa redondilla grande—de Guillermo II:»

«¡Reclutas! ¡Acordaos siempre de que el ejército alemán debe estar pronto á combatir á los enemigos que pudieran surgir entre los nuestros, tan terribles como

los del extranjero. Hoy, la incredulidad y el descontento se extienden rastreramente por el país en un grado hasta ahora desconocido. Por consiguiente, podéis ser llamados de un momento á otro á tirar contra los miembros de vuestra propia familia, ó acuchillar á padres ó hermanos. Mis órdenes, en esto, deben ser ejecutadas enérgicamente y sin murmurar, como toda orden que yo os dé. Debéis cumplir con vuestro deber sin escuchar la voz de vuestro corazón. Y ahora, á vuestras nuevas obligaciones!»

Pero volvamos al Palacio Nuevo. De las doscientas piezas de este palacio, Sus Majestades ocupan cincuenta y ocho, constantemente cerradas para el público.

Si se las pudiese visitar, se vería que el emperador abandona á la emperatriz los muebles más hermosos y las curiosidades más preciosas que varias generaciones de Hohenzollern han coleccionado.

El gabinete particular del emperador es una vasta pieza, elevada de techo, con las paredes tapizadas de damasco verdeclaro. Todo el mobiliario está forrado de la misma tela, tan usada en algunos sitios que parece manchada. Al lado de la puerta que da al salón de recepciones hay una de esas inmensas chimeneas de mármol que tanto abundan en el palacio, y que el parsimonioso Federico II encargó, al por mayor, cuando hizo construir el edificio. La adornan un reloj y dos candelabros de bronce de escaso valor artístico. Junto á la chimenea se halla el bufete del kaiser, mueble enorme y falto de elegancia, que se parece á todos los bufetes alemanes. El emperador se sienta de espaldas á la ventana, y tiene á su derecha una ancha puerta de dos hojas que da al tocador que precede á la cámara imperial.

Frente á la chimenea, llaman la atención de los inteligentes dos grandes muebles que, según los registros de palacio, fueron fabricados por Carlos Boule en persona. Uno de estos muebles sirve de estante á Guillermo para sus papeles oficiales.

Sobre las mesas y papeleras del despacho hay una infinidad de dibujos al lápiz, marinas, croquis y fotografías de mujeres hermosas, unas con marco y otras sin él.

Las mujeres que estas fotografías representan, visten los trajes más variados, y algunas de ellas no visten ninguno.

De todos estos retratos, el que Guillermo parece preferir, pues nunca se separa de él, representa á la duquesa de Aosta, Lœtitia Bonaparte, con el busto cubierto únicamente con un magnífico collar de perlas. El emperador explica su preferencia por este retrato diciendo que le recuerda á la emperatriz Josefina, tía mayor de la princesa. Inútil es decir que esta explicación no ha convencido nunca á la emperatriz Augusta Victoria, la cual, más de una vez, ha oído á su augusto esposo pronunciar en sueños el nombre de la duquesa.

Los demás retratos favoritos de Su Majestad son los de la gran duquesa Wladimir, de lady Dudley, de María de Edinburgo, de la reina madre de Inglaterra, entonces princesa de Gales y de la señorita Bükklin. Esta última, hija de un general prusiano, es una bellísima mujer, que el kaiser admira mucho; tiene que enviar á éste una prueba de cada nueva fotografía suya.

Delante de un sofá, hay una admirable mesa de marquetería con incrustaciones de un modelo sin igual, que perteneció á Federico el Grande, único monarca prusiano de quien puede decirse que tuvo buen gusto.

Para completar el inventario de la estancia, hay que citar tres ó cuatro butacas, un espejo de grandes dimensiones colocado sobre una consola entre dos ventanas, una araña de cristal y una cama de campaña (chaise-longue) cubierta de almohadones.

Este mueble, demasiado corto y demasiado estrecho, recuerda los bancos de la galería de cuadros de Sans-Souci, hechos intencionadamente incómodos para que, en ellos, los pajes del rey no pudiesen abandonarse fácilmente al sueño.

La puerta que da al salón de recepciones está ricamente dorada. De esta pieza, poco práctica, el emperador no se sirve más que para ir al salón de Mármol. Los amigos y las visitas son generalmente recibidos en el salón de lectura, situado en la planta baja y así llamado porque los ministros leen allí sus informes y reciben las órdenes ó escuchan las apreciaciones del kaiser sobre los negocios del Estado.

Volvamos á pasar por el gabinete de Su Majestad y entremos en su tocador, que se encuentra encima del cuarto en que murió el emperador Federico. La tapicería, los muebles y las alfombras son casi idénticos á los del gabinete de trabajo. Las ventanas miran á dos cuarteles.

En una alcoba, opuesta á las ventanas, hay una camita de cobre, con somier, colchón de clin, sabánas, mantas de lana y almohadas de gamuza. Á la izquierda de la alcoba está la puerta que conduce al dormitorio de Sus Majestades, y á la derecha un inmenso armario empotrado en la pared, que contiene la ropa blanca del emperador. Esta ropa, como ya se ha dicho, no es muy abundante. Mas no falta la media docena de camisas

históricas que todo monarca ó príncipe prusiano debe tener. Pero, ¡detalle horrible!, estas camisas carecen de puños. El emperador los lleva postizos como cualquier pobre oficial. Los calcetines de Su Majestad son en general listados castaños y amarillos, y nunca hay más de una docena en danza.

Es de creer que las reglas de la casa Hohenzollern no limitan el número de pañuelos, porque el armario contiene una infinidad, marcados con la corona imperial sobre una W, como toda la ropa del kaiser.

El lavabo, mueble de respetables dimensiones y de buen aspecto, ocupa gran parte de la pieza. Es de madera ligera con un imponente mármol cargado de utensilios de plata y frascos de cristal. Ningún soberano alemán tuvo jamás un tocador tan espléndido y bien provisto como el de Guillermo II. Éste, que fué educado por su madre conforme á los principios de la higiene inglesa, es la pulcritud personificada. Los criados constantemente le están subiendo agua caliente ó fría; porque en aquel tocador tan magnífico falta lo esencial, que es el agua.

Un día en que una dama de palacio leía á la emperatriz un artículo de revista en que se contaba que en América no hay un cuarto de hotel mediano que no se halle abundantemente provisto de agua fría y caliente, Augusta Victoria exclamó:

—¡Ah! ¡si el emperador, mis hijos y yo, disfrutásemos de esa comodidad, me figuraría estar en el Paraíso!

Guillermo II no se sirve más que de una clase de jabón, lo mismo para sus abluciones que para el baño y la barba, y exige que figure en todos los lavabos de su casa; detalle que prueba su carácter autoritario.

La bañera de Su Majestad contrasta con su lujoso lavabo y, en todo el palacio, la instalación de los baños es muy defectuosa. Á este propósito se cuenta la anécdota siguiente:

En 1890, el rey Leopoldo devolvió á Guillermo II la visita que éste le había hecho en Ostende. El mayordomo, conde de Liebenau, sabía, por su colega de Bruselas, que el rey de Bélgica tomaba un baño caliente todas las mañanas. Entonces no había en Potsdan más que un solo palacio para alojar al ilustre huésped de Su Majestad: el Palacio de Estado; y éste no contenía más que una sala de baño, situada en las habitaciones donde las princesas prusianas pasan su primera noche de bodas y donde no se permite entrar á nadie.

El conde Liebenau

El pobre Liebenau, desesperado, no sabía qué hacer. Por fin, se le ocurrió instalar en un gabinete contiguo al cuarto destinado á Su Majestad belga una bañera relativamente moderna, la cual se llenaba de agua fría por medio de un aparato consistente en un grifo sencillo. Había de calentarse con un aparato de gas colocado bajo el extremo inferior de la bañera.

Leopoldo, á quien habían divertido mucho las fiestas de la víspera, se levantó de muy buen humor y quedó encantado al ver que habían previsto sus menores de-

Guillermo II en uniforme de húsares de la Guardia de Corps

seos respecto al conforte. Metióse sin recelo alguno en el baño, precisamente por el lado que el gas acababa de calentar.

Al mismo tiempo resonaron en todo el palacio terribles gritos. Al oirlos, los centinelas que estaban de guardia delante de la verja de entrada, asustados, dieron el grito de alarma, y docenas de funcionarios y criados corrieron hacia las habitaciones del rey.

Los gritos no cesaban. El conde de Liebenau, el ayudante de campo de Su Majestad y el intendente de palacio se armaron de valor y penetraron en la sala de baño, donde, con gran asombro, encontraron á Leopoldo bailando una danza extraña y pidiendo *cold-cream* á gritos, en francés y en alemán.

Este cómico incidente no se divulgó hasta después de la destitución de Liebenau del cargo de mayordomo de palacio, pues ningún criado se atrevió á decir una palabra mientras el conde estuvo en funciones, y el rey, naturalmente, se abstuvo de quejarse. Á consecuencia de la escaldadura, Leopoldo, al día siguiente, no montó á caballo para pasar la revista organizada en su obsequio, y tuvo que contentarse con ver la ceremonia desde su ventana.

El ropero del kaiser es un verdadero museo. No es de extrañar; Su Majestad posee un uniforme por cada uno de los trescientos regimientos prusianos de infantería, caballería y artillería, sin contar los uniformes de los contingentes bávaros, wurtembergueses y sajones, amén de los regimientos austriacos, ingleses, rusos, rumanos, españoles y turcos que lo han nombrado coronel.

Tan magna colección de trajes requiere locales es-

paciosos; sólo los uniformes extranjeros ocupan dos cuartos vastísimos.

Como se ve, Guillermo II no imita en todo á Federico el Grande, cuya ropa exterior, inclusos los calzones y las botas que llevaba en Rosbach, fué vendida á un prendero por trescientos táleres (1).

Además de los uniformes militares, el kaiser posee una infinidad de trajes de paisano, ordinarios y especiales de *sport,* y una inmensa variedad de sombreros, guantes, corbatas y calzado.

En el Palacio Nuevo, los uniformes prusianos ocupan una pieza inmensa, en la que hay constantemente de guardia dos ayudas de cámara, prontos á secundar á Su Majestad en sus frecuentes y rápidas transformaciones.

(1) Táler, moneda de Alemania equivalente á tres pesetas, cincuenta céntimos.

CAPITULO VII

La mesa imperial. – El desayuno. – Quejas de la emperatriz. – Apuros del mayordomo de palacio. – Las comidas. – Platos favoritos de Guillermo. – Cuchillotenedor. – Bebidas usuales del kaiser. – Las bodegas de palacio. – Comidas tarifadas. – Lista civil. – Fortuna personal del emperador. – Guillermo II industrial y comerciante. – Afición de los Hohenzollern á la crónica escandalosa y á la literatura pornográfica. – La *Tassen Zimmer*. – Recepciones en la corte. – Cómica aventura de la condesa de Arnim. – Egoísmo y arrogancia del kaiser. – Comparación desventajosa para éste. – Las grandes fiestas de la corte. – La servidumbre de palacio. – Su organización. – Complicaciones y extravagancias en la administración de la casa imperial.

Ya hemos dicho que Guillermo II es madrugador, y por esta razón se desayuna temprano, solo con la emperatriz.

Ésta prepara y sirve en persona el café á su esposo, pues ningún criado es admitido á aquellas horas en el lindo comedor particular de los soberanos, tapizado de seda gualda y adornado con varios cuadros de Watteau, Pesne, Lancret y otros maestros de la pintura.

El desayuno es copioso: además del café, se compone de huevos, fiambres, pescado, jamón, confituras y otras viandas.

Es la única comida íntima de Sus Majestades, y la única que la emperatriz toma verdaderamente á gusto. El carácter ceremonioso y más ó menos oficial de las demás, distan mucho de agradar á Augusta Victoria.

En cierta ocasión, una de las damas de honor de Su Majestad fué á presentarle las excusas de la condesa de Brockdorff, dama de palacio, que no podía asistir al almuerzo imperial.

—Decidle—contestó la soberana,—que la dispenso con el mayor gusto. Creedme, nada me sería más grato que verla, á ella y á todas vosotras, lejos de mi mesa durante la mayor parte del año.

Estas palabras sorprendieron y lastimaron á la interlocutora, que replicó:

—Si Vuestra Majestad hablase en serio, le suplicaría que me dejase retirar. Estoy segura de que la condesa y sus compañeras harían otro tanto, puesto que tenemos la desgracia de disgustar á Vuestra Majestad.

—Interpretáis mal mis palabras—contestó Augusta Victoria.—Os quiero mucho á todas. Pero toda mujer, aunque sea emperatriz, desea poseer de vez en cuando á su marido. Millares de veces, he rogado á Su Majestad que hiciese, además del desayuno, una comida en familia, solo, conmigo y nuestros hijos. Mis súplicas siempre han sido vanas, á pesar de recordarle la vida feliz que se llevaba en casa de sus padres, donde, á menos de haber convidados, el príncipe, la princesa imperial y sus hijos ocupaban una mesa, mientras que su séquito comía en una mesa aparte. ¡Ay! Á esto el emperador contesta que comparar su corte con la de sus padres, es tan ridículo como comparar el tren de casa de cualquier principillo con el de Luis XIV.

Las quejas de la emperatriz son muy justas.

En efecto, exceptuando el desayuno, todas las comidas, en palacio, son presididas por el mayordomo de servicio, y á ellas han de asistir dos ayudantes de campo, la dama mayor de palacio, otras dos damas de honor, un chambelán del kaiser y uno de la emperatriz. Además, los miembros del círculo de Sus Majestades se sientan con frecuencia á la mesa imperial.

Según la regla de la casa, cada mañana presentan á la emperatriz y á sus damas de honor una lista de los convidados á fin de que ellas puedan vestirse convenientemente.

Á menudo esta lista sufre modificaciones á última hora, pues el emperador invita de improviso al canciller, á tal ó cual príncipe que viaja de incógnito, á algún joven y brillante oficial que encontró paseándose á caballo.

Si esto pone en un apuro á su esposa y á sus damas de honor, peor para ellas; y en cuanto á los cocineros, tienen obligación de estar siempre preparados para vencer las dificultades más imprevistas.

El que más sufre por estas invitaciones de última hora es el mayordomo. Hay que ver la cara que pone cuando, un cuarto de hora ó diez minutos antes del almuerzo ó la comida, se ha de añadir media docena de cubiertos y á veces más. No ofrece pocas dificultades agrandar una mesa ya preparada. Á menudo, hay que cambiar toda la disposición de los cubiertos, á causa de la preferencia á que cada comensal tiene derecho sobre otro por la antigüedad de su nobleza, por su grado ó por sus condecoraciones. ¡Qué trabajo y, sobre todo, qué responsabilidad para el pobre mayordomo! Así es

que, por grandes que sean su memoria, su capacidad y su paciencia, no puede evitar la comisión de faltas.

El conde Perponcher, mayordomo de Guillermo I, durante la estancia del zar Alejandro en Berlín en 1888, colocó á Bismarck, en una comida oficial, entre los representantes de la pequeña nobleza, dando la preferencia á algunos personajes de mediana importancia, porque sus nombres figuraban en la primera parte del almanaque de Gotha, mientras que el nombre del canciller no figuraba más que en la segunda. En aquel momento, el príncipe no protestó; pero, un año después, en agosto de 1889, cuando Francisco José visitó al nuevo emperador, tomó su revancha.

Eulenburg, sucesor de Perponcher, recibió la orden de colocar al príncipe en el sitio que le correspondía, enfrente de los dos emperadores. Y, para acentuar aún más su situación en la corte y en el Estado, Bismarck llegó adrede dos minutos después de empezada la comida.

Eulenburg no ocultó su cólera, pero el terrible canciller la calmó en seguida diciéndole: *Quod licet Jovi, non licet bovi* (1).

En las comidas de palacio falta generalmente animación.

Las mujeres, en traje de gala ó de media gala según las circunstancias, permanecen tiesas como si llevasen corsés de hierro; los oficiales usan también corsé como las mujeres, y los altos funcionarios llevan uniformes tan apretados que apenas pueden respirar.

El emperador y la emperatriz, sentados uno enfrente

(1) Lo que es lícito á Júpiter no lo es al buey.

de otro, se muestran tan ceremoniosos como sus convidados.

Éstos se hallan suspendidos de los labios imperiales. Á cada instante, temen que Sus Majestades les dirijan la palabra, y espían el momento en que el kaiser dé la señal de reirse.

Durante las comidas es cuando Guillermo II despliega sus cualidades de hablador ameno.

Augusta Victoria sabe que en esto no puede rivalizar con su marido y no trata de brillar por su conversación, sino que se limita á dirigir de vez en cuando, á media voz, algunas palabras á sus damas de honor. Procura que no se le escape ninguna chanza de su esposo. Raras veces el emperador le habla directamente, á no ser para decirle que su vestido le gusta ó le disgusta. Si ella se aventura á hacerle alguna tímida pregunta, él le contesta en un tono poco amable que le quita las ganas de reincidir, ó finge no haberla oído. En estos casos, la soberana debe sufrir cruelmente en su orgullo. Sin embargo, se contiene y fija, sonriendo, sus ojos grises en su augusto marido y señor.

So pretexto de animar la conversación, Guillermo II dice todo cuanto se le ocurre. Sus humoradas van generalmente dirigidas á sus ayudantes, y provocan una carcajada universal, tan pronto como él se ríe estrepitosamente. La persona á la cual se ha dirigido el emperador debe contestarle en el mismo tono.

Nada le gusta tanto á Su Majestad como una réplica viva, graciosa y oportuna. Desgraciadamente, estos rápidos diálogos no siempre brillan por el gracejo.

Guillermo II no es gastrónomo ni glotón. Pero tiene buen apetito y come con una rapidez que causa funda-

damente la desesperación de más de un convidado, porque la etiqueta de palacio exige que los criados quiten los platos de todos los comensales tan pronto como el kaiser ha vaciado el suyo.

Cuéntase, á este propósito, que el emperador tenía un día á su mesa al almirante D..., viejo lobo marino cuyo carácter abierto, y franco modo de hablar gustaba mucho al soberano.

Durante la comida, sirvieron un plato que hacía las delicias del almirante, gastrónomo de primera. Pero Guillermo no cesaba de hacer preguntas al marino, quien, ocupado en contestar, apenas había tenido tiempo de probar su manjar predilecto cuando el emperador acabó de comer y los criados se apresuraron á cambiar los platos. Al ver una mano pronta á arrebatarle el suyo, el almirante le dió con el tenedor un fuerte pinchazo en los dedos, diciendo, rojo de cólera: «¡Largo de aquí!» Y acabó de comer su ración en medio de una carcajada general.

El emperador prefiere los platos caseros á los manjares complicados. Le gusta sobro todo el *pot-roast*, especie de rosbif preparado á la moda vienesa; el pollo á la *paprika* (pimienta húngara); el *wiener-schnitzel* (lonjas de ternera), y los platos nacionales, como sopa de cerveza y *choucroute*.

Tiene la singular costumbre de comer varias clases de pan, desde el más blanco hasta el más moreno, desde el indigesto *muffin* inglés hasta la torta de anís especialmente fabricada para él.

Guillermo puede manejar á su antojo la espada, el cetro ó la pluma, pero no puede manejar simultáneamente un cuchillo y un tenedor ordinarios, á causa de

la imperfección de su brazo izquierdo, así es que, para comer, se sirve de un cuchillotenedor, ingenioso instrumento inventado para su uso y que le permite trinchar y comer las viandas con la mano derecha sola, sin ninguna dificultad aparente.

La bebida usual del kaiser es la cerveza. Pero también le gusta la sidra y no detesta los vinos del Rhin ni los de procedencia extranjera. En cuanto al champaña, se sirven en su mesa varias marcas, y principalmente una de fabricación alemana; pero esta última parece servir sobre todo de reclamo nacional, porque, olvidando sus antiguos anatemas, el emperador no vacila en deleitarse ostensiblemente ni en obsequiar á sus convidados con los mejores vinos de pasto y champañas de cosecha francesa.

Guillermo tiene bodegas bien provistas de excelentes vinos.

Las del Palacio Real de Berlín no son menos célebres por su buena disposición que por la riqueza de sus existencias.

Cada botella de vino precioso se halla rodeada de una ingeniosa armazón metálica y provista de nna etiqueta en que consta el nombre del vino, su edad, su precio, el número de botellas de la misma clase y otras indicaciones útiles. Gracias á esta prudente contabilidad, se evitan desagradables *filtraciones*.

Á fin de evitar despilfarros y no hallarse á merced de la servidumbre, el kaiser tiene establecido un reglamento severo para todos los gastos de mesa. Así es que el desayuno está tarifado á dos marcos por cubierto, el *lunch* de la tarde á cinco marcos y la comida á diez. Excepto para las comidas de gala sometidas á una tari-

fa especial, las jefes de cocina no deben excederse de estos precios en sus facturas, so pena de tener que pagar de su bolsillo la diferencia.

Aunque pródigo por temperamento, Guillermo II se ha visto obligado á restringir considerablemente sus gastos ordinarios, por falta material de recursos.

No cobra un céntimo como emperador. Cierto es que como rey de Prusia percibe unos quince millones de francos, los cuales, unidos á los tres millones que el Reichstag vota cada año para sus gastos de representación, suman una cantidad imponente. Pero, deducidos los gastos de su incumbencia, las subvenciones, las liberalidades de toda especie que sus funciones de soberano y su amor al fausto requieren, no queda gran cosa. Y el kaiser apenas tiene fortuna personal. La mayor parte de la sucesión de Guillermo I recayó en su hermano, el príncipe Enrique de Prusia. Cierto es que diferentes herencias han venido á aumentar, en diversas ocasiones, el peculio imperial, como la herencia de la emperatriz viuda de Federico III y unos cuantos millones procedentes de la sucesión de la reina Victoria.

Los principales recursos personales de Guillermo consisten en rentas agrícolas.

El kaiser se jacta de ser uno de los mayores propietarios rurales de Alemania, y posee, en efecto, un centenar de haciendas, unos cincuenta castillos y una quincena de bosques. Pero, como la agricultura atraviesa en Alemania la misma crisis que en el resto de Europa, esas propiedades inmensas, que exigen una costosa conservación y están administradas por un ejército de intendentes, inspectores y funcionarios, resultan de un rendimiento escaso. Y la vida cuesta cada día más cara,

y las ambiciones del kaiser son insaciables. De ahí la necesidad de elegir entre hacer economías ó apelar á los expedientes. Con muy buen acuerdo, Guillermo II eco-

El emperador Guillermo II y su primogénito

nomiza lo que puede y, además, procura ganar dinero, á cuyo fin se ha hecho industrial y comerciante.

Posee en Cadinen una fábrica y grandes almacenes de porcelana, y él mismo los administra, elige el personal, fija los precios, y hasta inspira la forma y dibujos de los objetos que allí se fabrican. Esta fábrica le

produce un beneficio de doscientos mil marcos anuales.

Pero volvamos á nuestra interrumpida descripción de las comidas de palacio, que tienen su epílogo en la *Tassen Zimmer*, pieza así llamada porque ofrece la forma de una taza.

Después de servido el café en esta rotonda, el emperador se retira con los hombres á la sala de billar; y allí, sentado sobre el billar mismo, con una pierna tendida y la otra colgando como un péndulo que se mueve en todas direcciones, conversa con sus convidados y con sus ayudantes. Éstos procuran distraerlo enterándole de los últimos éxitos de café-concierto ó de circo, ó bien contándole historias verdes, tales como circulan en las mesas redondas de oficiales.

La afición á la crónica escandalosa y á las anécdotas picantes es uno de los flacos de los Hohenzollern.

Los escritores de la época del gran Federico concuerdan en decir que este rey evitaba las reuniones de mujeres porque, en su presencia, se veía obligado á contenerse; y Federico Guillermo IV era aficionadísimo á la literatura pornográfica antigua y moderna.

Guillermo II sigue el ejemplo de sus antecesores. Á veces, la crudeza de su lenguaje es inaudita.

Hace ya algunos años, el comandante von Falkenhayn, ayo de los hijos mayores del emperador, quejóse un día á Su Majestad de que su primogénito empleaba, delante de sus hermanos y compañeros, una palabra muy fea.

—¡Diantre!—exclamó el emperador;—hay que corregirlo. Pero, ¿dónde habrá podido aprender un lenguaje tan feo, ese pequeño...?

Y, precisamente, el sustantivo que añadió era la pala-

bra que el comandante von Falkenhayn reprochaba al hijo del kaiser.

Á menudo, mientras el público supone al kaiser absorbido por los sucesos y cuestiones del día, Guillermo se halla simplemente sentado sobre su billar, en la actitud descrita, fumando cigarrillos y escuchando todos los chismes que circulan sobre los cortesanos, sobre las personas notables de la ciudad, ó sobre tal ó cual personaje extranjero.

Mientras tanto, la emperatriz permanece en la *Tassen Zimmer*, confeccionando trajes bastos para los asilos de huérfanos ó hablando de cosas religiosas con su mayordomo, el barón de Mirbach, ó con su consejero íntimo y confidente Knesebeck.

¡Qué contraste entre la actitud y la ocupación de ambos soberanos, cuando, por la puerta abierta de la sala de billar, llega hasta la rotonda el eco de alguna maliciosa alusión á la mujer ó á la hija de un amigo!

Dicen que basta divertir al emperador con algún cuento verde, para ser invitado á acompañarlo en uno de sus cruceros por el mar del Norte; y hay quien afirma que algún embajador ha debido su nombramiento á un notable repertorio de porquerías por él contadas al soberano.

Á veces, el emperador trata con ligera desenvoltura algunos actos de sus altas funciones.

La víspera de una recepción de Año Nuevo, en que habían de desfilar más de seis mil personas por delante de Sus Majestades, Guillermo dijo al conde Eulenburg, mayordomo de palacio:

—Quisiera aburrirme lo menos posible en la recepción de mañana.

—Á las órdenes de Vuestra Majestad—replicó Eulenburg.

Esta contestación hizo entrar en curiosidad al kaiser, que dijo á la emperatriz:

—¿Qué diablos se propondrá hacer Eulenburg? Le he preguntado si había medio de que la recepción de mañana no fuese tan fastidiosa como de costumbre, y se ha sonreído de una manera afirmativa. Supongo que no va á contratar ninguna comparsa de mendigos disfrazados de diputados socialistas para hacerlos desfilar ante el trono.

El mayordomo no se proponía forzar la nota hasta tal extremo. Sólo esperaba que entre las personas admitidas á presentar sus respetos á los soberanos, habría alguna susceptible de servir de diversión. Y así fué. Al presentarse, en la recepción, la condesa de Arnim, cuya miopía era proverbial, la dejó avanzar sola hacia el trono, contra costumbre, y la pobre señora pasó gallardamente por delante de Sus Majestades sin saludar. Todo el mundo se miró asombrado. Pero el emperador tomó el incidente á risa y gritó con voz penetrante:

—¡Adiós, señora!

En aquel momento, la condesa, que había llegado delante del hueco de una ventana provista de cortinajes, se inclinaba profundamente, creyendo encontrarse delante del trono. Al oir las palabras sarcásticas del kaiser, la condesa comprendió su error, y su emoción fué tan grande que le produjo un desmayo.

Al día siguiente volvió á palacio, á fin de rogar á la condesa de Brockdorff que transmitiese sus excusas á Sus Majestades, y no fué poca su sorpresa al enterarse de que el kaiser había dado orden de invitarla á comer.

—El emperador querrá «divertirse otra vez conmigo,»—exclamó la pobre señora.

—De ningún modo—replicó la condesa de Brockdorff; —desea simplemente daros las gracias por haberle distraído un rato en la fastidiosa recepción de la corte.

—Ni más ni menos, condesa—afirmó Eulenburg, que entraba en aquel momento.—Y para probaros mejor los sentimientos que abriga por vos, Su Majestad me encarga que invite igualmente á vuestra simpática hija.

Esto prueba, una vez más, que Guillermo trata bien á quien le divierte, y da también la medida de su egoísmo.

El amor á su persona dicta, en cada circunstancia, la mayor parte de sus actos, y se sirve de su posición suprema como de una maza con que, nuevo Hércules, aplasta á cuanto le rodea.

Por esto ama á sus hijos de un modo muy particular.

Nos resistimos á creer lo que dice el historiógrafo alemán Klaussmann cuando afirma que Guillermo corrige á sus hijos á palos, aunque la costumbre de pegar á los niños es una manía que en Alemania no está reñida con el amor paterno, y que los Hohenzollern han venido trasmitiéndose de generación en generación. Federico el Grande recibió grandes azotes de su padre, y Guillermo se cree en la necesidad de corregir á la gente menuda con castigos corporales. Sea como fuere, el actual emperador tiende á convertir en grandeza y gloria persoual todas las cosas de la vida. No hay fatuidad comparable á la de ese padre que, cogiendo por la mano á un hijo de diez años, lo presenta á un regimiento de veteranos en estos términos:

—El momento en que el príncipe Alberto entra á for-

mar parte de vuestro regimiento, es un momento memorable para la historia del país.

Compárense estas palabras arrogantes con las que pronunciaron el abuelo y el padre de Guillermo II, cuando éste fué teniente del primer regimiento de la Guardia.

—El servicio que habrás de prestar—dijo el viejo emperador—podrá parecer mezquino é inútil á tus ojos inexpertos. Pero, ten entendido que todo es importante cuando se cumple con el deber. Para que el gran edificio de nuestro ejército se mantenga en pie, es necesario que cada una de sus piedras esté bien tallada. Ahora, á tu trabajo, y sé obediente á las órdenes de tus superiores.

—Celebro que mi hijo tenga el privilegio de empezar sus estudios militares en el primer rigimiento de la Guardia, y por ello le felicito. Se enorgullecerá de llevar vuestro uniforme. Camaradas, os recomiendo mi hijo.

Aunque cuidadoso del esplendor de la corte, Guillermo II gusta poco de las grandes fiestas que ha de dar, cada invierno, en el palacio imperial de Berlín.

Uno de los motivos de su disgusto es la circunstancia de que este palacio, cuya gran masa de piedra tiene un aspecto exterior tan imponente, se halla interiormente dispuesto de la manera más incómoda para las grandes recepciones. El kaiser siente no ser bastante rico para hacer construir salones apropiados á las exigencias modernas.

Sin embargo, no puede suprimir las grandes fiestas de invierno, ni reducir su esplendor, pues son verdaderas instituciones de Estado que el monarca tiene obligación de respetar, salvo en casos de luto de la corte ó de desastres nacionales. Cada vez que la ocasión se pre-

senta, Guillermo II aprovecha el pretexto que le permite suprimir las grandes fiestas de la corte.

Cuando su tío mayor el príncipe Alejandro de Prusia murió, en 4 de enero de 1896, las primeras palabras del kaiser fueron estas:

—Ahora vamos á podernos ver libres, al menos durante este invierno, de la sociedad de nuestros amigos desconocidos.

Y el mayordomo Eulenburg recibió inmediatamente la orden de retirar todas las invitaciones para el carnaval.

La servidumbre de la corte de Alemania se compone de unos mil ochocientos hombres, entre empleados y gente de librea, y más de trescientas mujeres, entre criadas, camareras y personal de séquito y compañía. La emperatriz es la coronela de este regimiento; pero el emperador es el general que lo hace marchar militarmente.

Al dar las doce del día en el Palacio Nuevo, cuarenta ó más mujeres, unas viejas y otras jóvenes, se reúnen para almorzar al pie de la escalera de servicio. La mayor parte de ellas comen pan moreno con un poco de tocino y beben una horrible infusión de achicorias á que dan el nombre de café.

Algunas se regalan con un pedazo de carne de puerco salada. Otras dependen de la caridad de los criados de librea, que son mantenidos en la casa imperial ó comen en la cantina.

Estas mujeres, á quienes se obliga á vestir de algodón blanco todo el año, no llevan, en invierno, más abrigo que una pequeña manteleta.

¡Pues bien!, estas míseras mujeres pertenecen á la servidumbre imperial, ni más ni menos que las ele-

gantes doncellas del servicio particular de la soberana, con la sola diferencia de que estas últimas se contratan por años, mientras que las primeras se alquilan por meses durante la residencia de la corte en Potsdam.

Todas vienen de la ciudad ó de los pueblos inmediatos y trabajan en palacio desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Muchas de ellas viven una hora lejos; de modo que tienen que salir de su casa á las cinco de la mañana, ó más temprano, y no pueden estar de regreso hasta después de las siete. Se las emplea en las faenas más pesadas que exigen la limpieza y servicio de las habitaciones de los ayudantes de campo y de las damas de palacio, del departamento de criados y de las cocinas. Pero no hay puesto en palacio para albergarlas, ni aun para ofrecerles un abrigo durante sus miserables comidas. ¡Y si al menos estuviesen bien pagadas! Pero no; sólo cobran dos ó tres marcos diarios por un rudo trabajo de doce ó catorce horas, sin que este mezquino salario sufra el menor aumento ni en los inviernos más crudos. Pero esas parias de la corte de Alemania, que luchan á menudo contra el hambre y el frío, interesan poco al emperador, porque si bien dan lustre, lo dan á los suelos de palacio, y los millones de la lista civil apenas bastan para sostener el ejército de brillantes servidores destinados á reflejar el esplendor de la dignidad imperial.

De las mil quinientas personas afectas al servicio de palacio, hay más de mil que, además de percibir su sueldo, son mantenidas, vestidas y alojadas.

Á los altos funcionarios no se les viste materialmente, pero se les da una indemnización para compra y conservación de sus uniformes. Además perciben tam-

bién un suplemento de sueldo si no comen en palacio.

Los mayordomos cobran treinta mil marcos anuales, son alojados en quintas de la corona y tienen coches y caballos á su disposición. La corte les da dos criados de librea imperial y dos camareras. Su consignación para gastos de viaje es de treinta marcos diarios.

La dama mayor de la emperatriz cobra el mismo sueldo y la misma indemnización de viaje. Tiene á su disposición dos ayudas de cámara y dos coches, y ocupa un magnífico departamento en la residencia imperial.

Las damas de honor cobran seis mil marcos al año; tienen á su servicio lacayos, camareras y coches, derecho á indemnizaciones de viaje, hasta veintisiete marcos diarios, comida y habitación en palacio.

Á los ayudantes de campo los paga el Estado, pero la lista civil los mantiene é indemniza de gastos de viaje y uniformes.

El salario de los ayudas de cámara del emperador varía entre ciento cuarenta y ciento cincuenta marcos, mensuales, y el de los lacayos ordinarios, entre ochenta y cien marcos. Á unos y otros se les mantiene, viste y aloja.

El *groom* particular del kaiser cobra ciento diez marcos al mes, y Rieger, su escultural cargador de escopeta, ciento cincuenta marcos.

El servicio personal de la emperatriz comprende: una doncella mayor con ciento cincuenta marcos mensuales de sueldo; otras dos doncellas que cobran ochenta marcos; otra destinada especialmente al servicio de la cámara imperial, que percibe cuarenta y cinco marcos, y dos costureras contratadas por años, que reciben dos marcos diarios, alojamiento y comida.

La emperatriz tiene igualmente á su servicio tres ayudas de cámara, á ciento cincuenta marcos al mes; cinco lacayos, á ciento veinte; su cochero Polte, cuyo sueldo es de ciento treinta; su caballerizo, que cobra doscientos, y doce criados que reciben treinta marcos de sueldo y veinte para vestirse.

Los salarios de todo el personal se pagan por adelantado el día 3 de cada mes.

¡Cosa increíble! Los criados de la corte se ven á veces obligados á anticipar dinero. En cierta ocasión, cuatro criadas de palacio enviadas á Friedrichshof á fin de preparar el castillo para una visita imperial, se detuvieron en Kronberg, cerca de Hamburgo, donde tuvieron que pedir prestado el dinero indispensable para comer.

Habían tenido que adelantar de su bolsillo el importe del viaje y no les quedaba bastante para hacer provisiones de boca en espera de los cocineros de la casa real.

Las continuas idas y venidas de los criados desde Berlín á Potsdam ocasionan dificultades sin fin entre ellos y la tesorería. Ésta salda todos los gastos á principios de mes con los fondos consignados en el presupuesto, y como pone el remanente á disposición de Sus Majestades, no puede atender á ningún imprevisto.

Sucede á menudo que el emperador ó la emperatriz mandan á un servidor que parta inmediatamente para Berlín. Si el intendente duda que se haya dado tal orden, el pobre criado, en la imposibilidad de recurrir al testimonio de Sus Majestades, cosa contraria á la etiqueta, prefiere abandonar el anticipo á perder su plaza.

En cierta ocasión en que una dama de palacio pidió á la lencera que aumentase la poca ropa blanca á que tenían derecho sus criados, ésta contestó:

Yo bien quisiera—pero no me es posible—porque la cantidad consignada para la colada apenas es suficiente. Media docena de tohallas más á lavar por semana desbarataría todos mis cálculos.

Á cada instante, la misma emperatriz se ve obligada á sostener una verdadera lucha para conseguir que le compren un cepillo de dientes ó le arreglen un biombo. Cuando en las habitaciones de Su Majestad se rompe algún objeto de tocador, se llevan los pedazos al mayordomo que los trasmite al tesorero; y durante una serie de ridículas formalidades, que á veces duran ocho días, la emperatriz se ve privada de tal ó cual objeto necesario.

En suma, la administración de la casa imperial es más complicada que extravagante. Falta añadir que los gastos de las recepciones particulares y oficiales de palacio pecan más bien de modestos que de excesivos.

La mesa nunca es fastuosa. Los ambigús organizados por el copero mayor, y por el gentilhombre trinchante en los bailes de la corte son tan poco espléndidos, que cuesta trabajo pescar un *sandwich* ó una copa de champaña.

Las visitas de personas reales obligan, naturalmente, á desplegar cierto lujo. Pero, aun entonces, las cosas dejan bastante que desear.

El conde Herberto de Bismarck, de regreso de un viaje á Inglaterra en 1892, hizo correr la voz de que el príncipe de Gales no iba á Berlín, porque su servidumbre no quería acompañarlo.

Pocas personas tomaron en serio este rumor; sin embargo, es un hecho que cuando el príncipe Eduardo, padre del actual rey de Inglaterra, estuvo en la capital pru-

siana en marzo de 1889, sus criados no cesaron de andar á la greña con el mayordomo, conde de Liebenau, diciendo que se les mataba de hambre. Cada mañana, cuando se les servía el desayuno alemán, compuesto de café con leche, dos panecillos y un poco de manteca, pedían un suplemento de huevos y carne. Pero Herr von Liebenau recibía sus reclamaciones con la mayor indiferencia, y si en la comida renovaban sus protestas, les amenazaba con ir á quejarse á Su Alteza Real.

—¡Ojalá!—contestaban los ingleses. Entonces Su Alteza nos haría comer en la fonda.

Durante todo el tiempo de su permanencia en Berlín, las discusiones continuaron.

Después de la marcha de aquellos criados descontentadizos, Liebenau decía en voz alta que la servidumbre del príncipe de Gales era «la chusma lacayuna más desvergonzada y hambrienta que había encontrado en su vida.»

El mismo emperador practica á menudo la parsimonia. En cierta ocasión, Guillermo II, para contrariar á su suegra durante una representación en el Teatro Real de la Ópera, se complació en darle minuciosos detalles sobre la redondez de formas de una artista que cantaba aquella noche, y con la cual estaba en íntimas relaciones.

La vieja duquesa de Schleswig-Holstein, que no tiene pelos en la lengua, le contestó:

—De modo que esa señorita engorda. ¡Tanto mejor! Pero no será gracias á vos, porque me confesó que nunca le habíais dado un pfennigue (1).

(1) La centésima parte de un marco. Ochenta pfennigues equivalen á una peseta.

—¡Pero á esa señorita se le aumenta el sueldo á intervalos regulares!—replicó Guillermo, y cambió de conversación.

Entre las víctimas de la cicatería de la corte de Prusia se cita á la famosa tiple italiana Camila Landi.

Durante el invierno de 1901, la Landi dió, con gran éxito, varios conciertos en la Filarmónica de Berlín. Cierta noche, en un intermedio, el barón von der Knesebeck fué á decir á la cantante que el emperador deseaba mucho oirla.

—Tenemos esta noche una pequeña reunión en palacio—añadió el barón—y sus Majestades celebrarían que fuese usted después del concierto.

Aunque halagada por aquella invitación, la tiple se excusó de no poder ir á causa del cansancio y del temor de quedar mal.

—Es imposible que usted se niegue—replicó el emisario del kaiser.—Se trata de una orden del emperador.

Esto dicho en tono terminante, el barón saludó con la tiesura de un gentilhombre que ejecuta una orden soberana.

La Landi consultó entonces el caso con varios amigos alemanes, quienes le aconsejaron que acudiese á la invitación imperial. Activó pues su concierto y, apenas terminado, subió al coche de la real casa que la esperaba á la puerta.

Una vez en palacio, fué conducida á presencia de Sus Majestades que la hicieron cantar y más cantar, mostrándose insaciables. La artista hizo cuanto pudo. La pobre no había comido nada desde las diez de la mañana, pues los días en que cantaba, almorzaba temprano y no volvía á tomar bocado hasta después del concierto.

Cuando los emperadores hubieron agotado el repertorio de la cantante, se retiraron, no sin haberle dado las gracias con algunas frases de elogio. Después, un lacayo sirvió á la tiple un te casi frío con unas galletitas secas.

Antes de ir á Berlín, la Landi había cantado en Viena ante el emperador Francisco José y varios archiduques y archiduquesas, recibiendo en pago un billete de mil coronas y un alfiler de diamantes. Camila Landi pensó que la corte de Berlín haría lo mismo. Pero pasaron días y no recibió nada. Fué á París, y desde allí escribió al mayordomo de palacio, suplicándole que no olvidasen sus servicios y añadiendo que cobraba mil francos por cantar en los salones particulares.

Tres días después, la tiple recibió un cheque de quinientos marcos acompañado de la siguiente carta:

«El mayordomo jefe de palacio tiene el honor de manifestar á la señora Landi que la corte de Berlín no acostumbra pagar á los artistas que Sus Majestades se dignan invitar á sus veladas musicales; sin embargo, puesto que la señora Landi insiste, se le concederá una gratificación extraordinaria de quinientos marcos. Además, mi Señor el rey de Prusia me manda decirle que su presencia en los Estados de Su Majestad no es deseada.»

Si la Landi hubiese querido publicar entonces esta carta extravagante, se hubiera hecho un bonito reclamo. Pero prefirió guardar silencio. En cuanto al decreto de proscripción, la artista no hizo caso, pues volvió tranquilamente á cantar en Prusia, y Guillermo II no se atrevió á intervenir, sin duda por temor de caer en ridículo.

Lo que por un lado se economiza ruinmente en la casa real, se malgasta por otro lado en satisfacer locos caprichos de Guillermo. Un día, se le ocurrió de pronto reformar un salón de palacio. Apenas terminada la modificación, mandó variarla, so pretexto de que los entrepaños resultaban demasiado obscuros, la cornisa poco saliente y una chimenea en discordancia con el conjunto.

Un batallón de obreros volvió á tomar posesión de palacio y el kaiser se fué de viaje. Regresó al cabo de un mes de ausencia, inspeccionó minuciosamente la tercera modificación y se mostró satisfecho. Pero al día siguiente ya había cambiado de parecer, y declaró que el salón era una verdadera algofra.

Luego mandó sustituir todas las mesas y sillas de otro salón, el de las Columnas, por otras más costosas y menos en armonía con el estilo de la pieza. Tuvo más tarde el capricho de convertir en sala verde la histórica «Sala Blanca,» y después de haber empleado durante tres semanas una brigada de pintores en recubrirla de una imitación de mármol verdoso, la transformación le pareció horrible, y volvió á ocuparlos quince días en blanquear de nuevo la sala. Este nuevo capricho imperial costó nueve mil marcos.

Después quiso ensanchar la misma sala, y, durante meses, varias cuadrillas de trabajadores estuvieron ocupados en fabricar los cimientos. De pronto el emperador cambió de idea y se deshizo lo hecho.

Después de la aparición del himno á Egir, Guillermo hizo reformar la galería de los músicos según sus propios planos. Quería la orquesta invisible de Wagner, y gastó diez mil marcos en satisfacer este capricho.

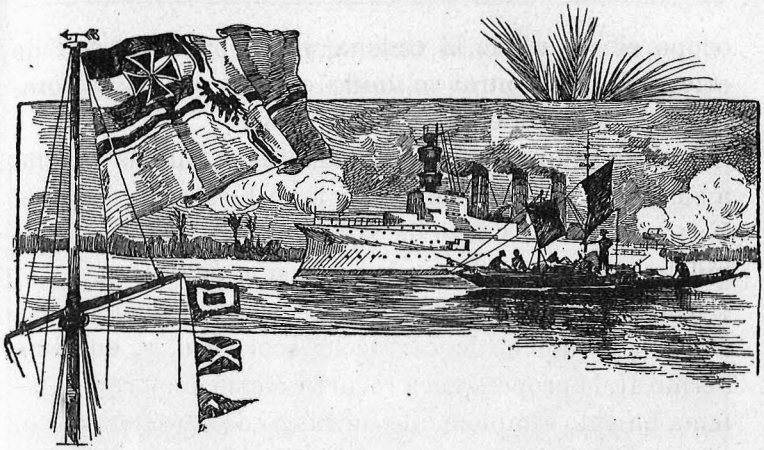
Actualmente, las orquestas tocan en el palco diplomático, y á los embajadores se les ha destinado el palco real.

En otra ocasión se trató de reconstruir las columnatas que unen á los cuarteles situados delante del Palacio Nuevo. Más de cincuenta picapedreros y albañiles acamparon durante una porción de meses en el Sandhof, y un día se les despidió, estando los trabajos á medio concluir.

Durante el verano de 1897, el kaiser dió las órdenes oportunas para repintar las habitaciones de las damas de honor y renovar su mobiliario. Cuando todo estuvo concluído, telegrafió desde Hamburgo mandando rehacer los salones de distinta manera.

Nada tiene pues de extraño el que, á pesar de lo muchísimo que se gasta en conservación y reformas de los palacios reales, éstos se distingan por su falta de buen gusto y de conforte.

De lo dicho se desprende que la confusión, el expedienteo, la extravagancia y la penuria reinan en la corte de Alemania desde el advenimiento al trono de Guillermo II.



CAPITULO VIII

Guillermo II, padre de familia. – Los hijos del kaiser. – Su educación. – El kronprinz. – Su casamiento. – Grandes fiestas. – Una hija natural de Guillermo II. – Carolina Seiffert. – Partido del kaiser entre el bello sexo de Viena. – Sus relaciones íntimas con las condesas de Wedel-Berard y de H***. – Su idilio con la condesa M***. – Memorias de la condesa de Wedel. – Intrigas de esta aventura. – Triste fin de unos amores. – Brusca interrupción del idilio.

Si el fruto de bendición es prueba de dicha conyugal, puede afirmarse que Guillermo II ha sido feliz en su matrimonio, pues la emperatriz Augusta Victoria le ha dado siete hijos, los mayores de los cuales son ya hombres.

El príncipe Guillermo, actual kronprinz, nació en 1882; los príncipes Eisel, Adalberto y Augusto nacieron respectivamente en 1883, 84 y 87, y posteriormente los príncipes Oscar y Joaquín y la princesa Victoria Luisa. La emperatriz posee un brazalete compuesto de siete medallones cada uno de los cuales contiene el retrato en miniatura de uno de sus hijos. El de Victoria Luisa

ocupa el centro de la cadena, y á la parte inferior de este medallón central va unido otro en forma de corazón que encierra el retrato de kaiser.

El kronprinz, que, en la infancia, se parecía mucho á su madre por la robustez, y á su bisabuela, la reina Victoria, por la fineza de sus facciones, ha cambiado mucho con la edad y con la educación paterna.

Ya hemos dicho que en la educación alemana suele entrar por mucho la corrección corporal, y, en Guillermo II, la propensión á recurrir á este deplorable sistema ha sido simplemente un rasgo de carácter étnico, pues los Hohenzollern se transmiten, de generación en generación, sus manías autoritarias.

Una familia que considera al pueblo alemán como parte de su patrimonio y las transmisiones hereditarias como un derecho divino, es natural que crea en el poder absoluto de los padres sobre los hijos, sin limitación alguna, sin excepción de los castigos corporales.

Por lo demás, la educación de los hijos de Guillermo II ha sido una fiel reproducción de la que á éste fué aplicada, con la diferencia de que los padres han ejercido una vigilancia más directa y más activa, pues el actual emperador fué principalmente dirigido por su abuelo.

Un intensivo programa de estudios, una abrumadora multiplicidad de ejercicios físicos é intelectuales, la obligación de levantarse á las seis en verano y á las siete en invierno, el tiempo contado para las comidas, pocas horas de recreo y nueve, bien cumplidas, de trabajo diario: tal ha sido el cuadro educativo de los hijos del kaiser. Hay que añadir los ejercicios militares y los juegos estratégicos en la fortaleza de Potsdam, pero unos y otros pueden considerarse en rigor como recreos.

El historiógrafo teutón Oscar Klaussmann ha publicado sobre «la vida en la familia imperial alemana» un

La familia imperial alemana en 1896

interesante libro del que tomamos los siguientes detalles retrospectivos:

«Los natalicios de los príncipes dan naturalmente lugar á grandes fiestas. Por la mañana, al dispertar, cada

príncipe encuentra su «torta de aniversario» con tantas bujías en ella plantadas como años tiene él de existencia. Sobre la mesa de su cuarto, los regalos: trajes nuevos, objetos de escritorio, muchos libros y pocos juguetes. El niño recibe, en primer lugar las congratulaciones de sus hermanos, y luego la de sus padres, de los funcionarios y de la servidumbre. Cada cual trae un regalo más ó menos precioso. Por la noche se da una gran comida, después de una reunión de niños que dura toda la tarde.

»El regalo de los príncipes es un *poney* ó un triciclo, y, á fin de perpetuar su recuerdo, le fotografían montado, Á falta de fotógrafo profesional, opera la emperatriz, y lo hace muy bien, al decir de los que han podido apreciar sus colecciones fotográficas.

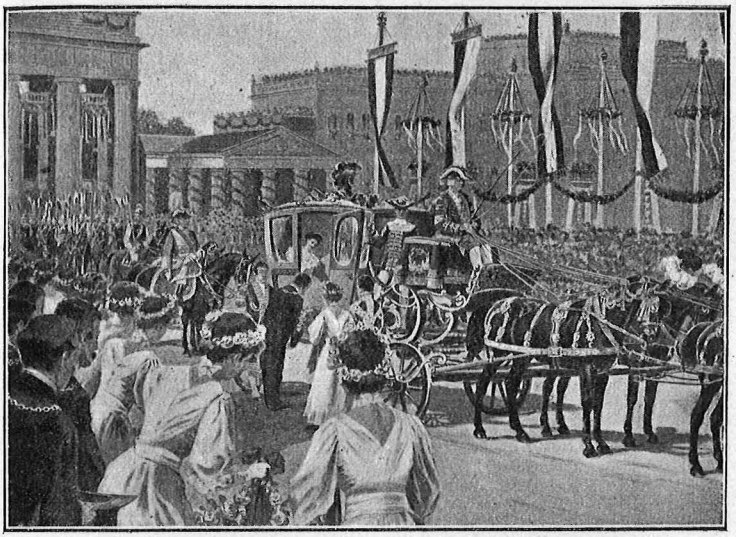
»Las jaquitas siguen á los pequeños príncipes en todos sus viajes, pues la equitación ocupa el primer puesto en su programa de educación física. Guillermo II en persona atiende á estas lecciones, á causa de su afición á los caballos y de su maestría excepcional como jinete. Cuando los pequeños príncipes saben montar, se les ejercita en saltar obstáculos. No tardan en saltar sillas, vallas y hasta paredes. Los mayorcitos abordan en los picaderos los mismos obstáculos que el emperador y se les hace voltear sobre el caballo en pelo.»

El kronprinz actual ha sido el instructor militar de sus hermanos; y si el padre se presentaba de improviso en su sala de maniobras, todos se alineaban observando la inmovilidad reglamentaria.

Educación muy prusiana, que enseña á los hijos á distinguir al emperador en la persona paterna. Sin embargo, parece excesivo que se les haya enseñado á

saludar á su padre militarmente en circunstancias que nada tienen de militar.

El kronprinz está casado con la princesa Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin. Su matrimonio adquirió, como el de todos los herederos del trono de Prusia, las



Entrada de la duquesa Cecilia Mecklemburgo-Schwerin el día 3 de junio. El Burgomaestre Kenschner saludando á la duquesa en la puerta de Brandeburgo

proporciones de un acontecimiento histórico, tanto más cuanto que se celebraba en Berlín á primeros de junio de 1905, es decir, dentro del corto período crítico que separó las alarmantes dificultades surgidas entre los gobiernos francés y alemán sobre el tratado anglo-español-francés de Marruecos, y el acuerdo franco-alemán que á medios de julio disipó los temores generales de un conflicto europeo. La misión francesa que asistió á las fiestas imperiales de la boda debió producir en el

espíritu del kronprinz el efecto de esas extrañas notas marginales con que á su padre le gusta adornar los manuscritos ajenos.

Las diversas solemnidades que realzan los matrimonios reales en Alemania se desarrollaron según la costumbre establecida, excepto en lo corcerniente á los ritos de la famosa marcha de las antorchas.

Las seculares tradiciones de esta ceremonia, una de las cuales exige la entrega final de las ligas de la novia á dos altos funcionarios de la corte que las atan á su espada, sufrieron una modificación completa.

Las ligas fueron escamoteadas, y la marcha, que antes era un verdadero baile, se redujo á rítmicas evoluciones descritas, antorcha en mano, por el gran mariscal y los ministros en torno de los grupos formados por los emperadores, los novios y sus parientes más próximos.

Los regalos de boda fueron innumerables, contándose entre los principales tributarios las provincias prusianas y las grandes ciudades hanseáticas.

Cuatrocientos cincuenta y tres pueblos alemanes se habían reunido para ofrecer á los novios un servicio de postres. El *stadthalter* príncipe de Hohenlohe, y el papa, por otra parte, les regalaron, cada uno, un magnífico cuadro.

La entrada tradicional de la novia, que fué á tomar posesión de palacio en medio de salvas de artillería, repiqueteos de campanas y aclamaciones del pueblo, fué realzada por uno de los cortejos gremiales más brillantes que se recuerdan en Berlín. Hasta los pescadores del Spree pasearon en corporación sus redes y sus remos.

El casamiento se verificó el día 6 de junio de 1905. Después de la breve ceremonia civil, presidida en la sala del Gran Elector por el Sr. Wedel, el inamovible gran chambelán de la real casa, los altos personajes

Guillermo, príncipe heredero

que asistían al acto siguieron á los nuevos esposos á la capilla de palacio para la celebración del matrimonio religioso. Las fiestas finales se celebraron conforme á la tradición: recepción de misiones y embajadas, comidas y funciones de gala y las inevitables *fantasías* militares, dirigidas por el emperador en persona.

Además de sus siete hijos legítimos, se dijo que Guillermo II tenía una hija natural.

Una carta anónima dirigida en 1894 á la emperatriz empezaba con estos párrafos:

«Señora, ¿sabéis qué diferencia hay entre vos y María Leczinska?

»No ignoráis, sin duda, que los hijos de esta desgraciada reina morían mientras que los bastardos de Luis XV disfrutaban de una floreciente salud.

»Por lo que á vos toca, el destino ha dispuesto las cosas de una manera muy distinta. En efecto, el vástago vienés del emperador ha muerto, cuando los vuestros están sanos y robustos.

»Yo me pregunto si es por la misma razón que daba el médico de Su Majestad Cristianísima, á saber: que la reina no tuvo más que las enjuagaduras del vaso.»

Esta carta cruel llegó á manos de la emperatriz, precisamente en el momento en que mayor era el escándalo de los anónimos de que luego hablaremos.

El vástago aludido era una niña muerta á la edad de doce años. Su madre, una bella vienesa llamada Carolina Seiffert, formaba parte de la colección de beldades que gravitaron en torno del príncipe heredero de Austria. En el momento de sus relaciones con ella, Guillermo era compañero inseparable del archiduque Rodolfo. Entre estos dos herederos de la más antigua y de la más nueva de las coronas imperiales reinaba una viva amistad.

Se dijo que cuando el telegrama de la señorita Seiffert, anunciando el nacimiento de la niña, llegó á Berlín, Guillermo se mostró muy contrariado. Carolina no apeló al sentimentalismo. Como no aspiraba á una co-

rona en premio á su virtud, se mostró ferozmente práctica y procuró sacar de su ilustre amante un provecho pecuniario. Aquel telegrama fué su primer memorándum. El segundo paso que dió fué una visita á la em-

Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin, esposa de Guillermo, príncipe heredero

bajada de Alemania, á fin de pedir una indemnización de cien mil florines.

Las exigencias de la señorita Seiffert causaron sensación en Viena y en Berlín, y hubo extraordinarios mensajes del príncipe de Reuss, entonces embajador de Alemania en la corte de Austria.

No soy,—escribía—ningún Eugenio de Beauharnais, ni ningún Talleyrand con los bolsillos llenos de favoritas. ¿Qué hacer?

El príncipe de Bismarck, que era al mismo tiempo amigo de Guillermo y del príncipe de Reuss, aconsejó eficazmente á este último que se ocupara del asunto, y el embajador siguió el consejo del canciller.

Á juzgar por la correspondencia diplomática, hubo entre el representante del Imperio alemán y la señorita Seiffert, en casa de ésta, sabrosas entrevistas que dieron por resultado la concesión de los cien mil florines pedidos.

Guillermo II tiene gran partido entre las mujeres, pero es fama que no responde al llamamiento de las sirenas que intentan seducirle, principalmente en las cortes de Viena y de Berlín. Cierto es que si hay mérito, y no poco, en resistir las tentaciones de las bellas vienesas, no es tan meritorio evitar claudicaciones amorosas en la corte alemana, que es hoy célebre por lo poco agraciadas de sus mujeres. La celosa emperatriz procura alejar de palacio á todas las guapas.

La crónica galante atribuye á Guillermo gran número de aventuras amorosas, pero el historiador imparcial no puede hacerse eco de los chismes que nacen de una corte para correr de cancillería en cancillería, antes de trascender al público, sin prueba alguna que garantice su exactitud.

Sin embargo, parece incontestable que tres mujeres han logrado interesar particularmente al kaiser: la condesa de Wedel, que pretende haber desempeñado un gran papel político en la intimidad del emperador; la condesa de H..., que mostróse con Guillermo tan fiel

amiga como discreta amante, y la condesa M.., que le inspiró, al parecer, una verdadera pasión.

Sin querer averiguar el carácter de las relaciones de Guillermo con la condesa de Wedel-Berard, que llevó su descoco al extremo de divulgar ella misma sus trapisondas en un escandaloso libro publicado en Suiza, diremos que, á nuestro juicio, no hay que dar crédito á todas las afirmaciones de la petulante condesa.

Sus memorias contienen curiosas revelaciones sobre las costumbres y las intrigas más ó menos galantes de la corte de Berlín, pero tienden principalmente á denigrar á una porción de personajes que se agitan en torno del emperador, empezando por el mariscal conde de Waldersee. De su lectura se desprende que la autora fué el eje esencial de muchos de los escándalos que refiere. Toma su frenética chismografía por buena labor diplomática y pretende haber sido, durante años, árbitra del equilibrio europeo, gracias á sus relaciones íntimas con el kaiser, con el rey de Grecia y con otras testas coronadas.

Son innumerables los méritos que se atribuye: *complots* y atentados políticos frustrados por ella; nueva guerra francoalemana evitada por sus consejos al emperador; el congreso diplomático de la paz inspirado por ella al zar de Rusia... Citarlos todos, sería cuento de nunca acabar.

Su estado civil es tan complicado como su vida, y su destino se halla adecuado á su temperamento. Fué amante del príncipe Federico de Hohenzollern, de quien tuvo un hijo y una hija. Casóse luego con un oficial alemán provisto del título de conde, pero desprovisto de fortuna, tanto que la joven condesa tuvo que buscar un

medio de ganar dinero, y se hizo autora dramática y actriz para subvenir á los gastos de su casa.

Divorcia y vuelve á casarse con un teniente de húsares más pobre que su primer marido.

Vuelve á divorciar, y todo esto sin cesar un instante de urdir intrigas y sostener querellas por cuestiones de dinero, ora con el príncipe, ora con el gobierno, que le pasaba entonces una pensión del tesoro imperial.

Consagra muchas páginas de su libro á la novela platónica (así viene á calificarla ella) que empezó en Potsdam, por los años de 1885 á 1886, entre la autora y el entonces futuro kaiser.

Dejando en la vaguedad el modo como entró en relaciones con Guillermo, la condesa insinúa que, habiéndose propuesto resolver graves cuestiones políticas, celebró la primera entrevista y tuvo la primera conversación íntima de algunas horas con el gallardo príncipe húsar.

Éste considera al conde de Waldersee como su mejor amigo, mientras que muchos oficiales de alta graduación le tienen por un traidor y un intrigante. «¡Es un zorrastrón; cuidado con él!» murmura uno de éstos al oído de la condesa, mientras que otro exclama, al enterarse de que el príncipe tiene á Waldersee por su mejor amigo: «¡Yo le hubiese creído más perspicaz!»

La duplicidad del futuro generalísimo se manifiesta, según la autora, al día siguiente, en su segunda entrevista con el príncipe. Á lo mejor de la conferencia, entra Waldersee, y Guillermo aprovecha el nuevo giro dado por el intruso á la conversación para decir que arde en deseos de ser nombrado coronel de su regimiento de húsares.

—No será muy difícil para vos...—dice la condesa de Wedel-Berard.

—Estáis en un error,—contesta el príncipe;—no podéis imaginaros lo que cuesta arrancarle al kaiser un nombramiento de oficial superior.

Pero Waldersee, dando á suponer que ejerce una influencia omnímoda sobre el viejo emperador, declara que él se encarga de obtener el ascenso del príncipe.

Este saca el reloj, y dice levantándose:

—Siento mucho tener que retirarme, pero mi mujer me espera para la comida y no le gusta que llegue tarde. ¡Hasta mañana! ¿Á qué hora, condesa?

—Temprano.

Apenas ha salido Guillermo, cuando Waldersee empieza á gruñir:

—¡Eh!, quiere ser coronel de húsares... ¡Qué locura!... ¡No tiene pocas pretensiones!... ¡Pues están verdes!...

—Entonces, ¿por qué le habéis dicho que os encargabais de obtenerle ese empleo?

—¡Hija mía! si uno fuese á decir siempre lo que piensa, no llegaría á ninguna parte. No olvidéis lo que os digo, y sed menos comunicativa con el príncipe, porque es muy falso.

Viendo á la condesa encerrada en un mutismo circunspecto, Waldersee acabó por retirarse «después de haber vomitado todo su veneno.» Como se ha dado á conocer bastante, la hermosa dama resuelve no fiarse de él, y, á fin de disimular su desconfianza, finge después tomarlo por intermediario en la correspondencia que se establece entre ella y el príncipe; pero las cartas que confía al «zorrastrón» son insignificantes; las verdaderas, llegan á manos del futuro emperador por un

conducto más seguro y más directo. Sin embargo, Waldersee acaba por descubrir la estratagema, y se venga haciendo que la celosa Augusta Victoria se entere de aquel enredo.

El príncipe Guillermo llega una mañana á casa de la condesa y le refiere que su esposa ha llorado de celos por ella. «Pero, Waldersee, á quien hice venir en seguida, lo arregló todo diciendo que entre nosotros no había más que secretos políticos, y que no había motivo para estar celosa.»

La condesa hace un gesto de duda, pero no se atreve á desenmascarar al «zorrastrón.»

Al mismo tiempo, estaba en relaciones con el archiduque Carlos Salvador, y pretendía llevarle la amistad del futuro kaiser, juntamente con «la paz,» no sabemos cuál.

Un día, preguntó al príncipe:

—¿Podré llevar buenas noticias á Austria?

—Eso depende de mi abuelo; mañana he de verle; es cosa convenida.

—¡Bravo, Alteza! Entonces podré partir sin demora.

—¿No estáis bien aquí?

—Quisiera encontrarme lejos...

En vísperas de su viaje, el príncipe le regaló un collar de brillantes con la cifra imperial W y un retrato fotográfico con dedicatoria.

En Viena la condesa fué mal recibida por el archiduque, que la acusó de haberle creado dificultades de todo género con sus ingerencias en la política internacional.

Volvió á Berlín y continuó su lucha con Waldersee, á quien acabó por echar de su casa un día en que, según ella afirma, se permitió galantearla.

Á partir de este incidente, el dominio de la condesa sobre Guillermo empieza á disminuir, y éste rompe toda relación con ella cuando ve acercarse el momento de subir al trono.

Dos causas determinan esta ruptura.

La primera es la influencia del matrimonio Waldersee, esencialmente femenina, cuyo carácter y extensión escapa á la perspicacia de la condesa.

La segunda causa es el temor, en Guillermo, de ver pronto comprometida su dignidad de kronprinz ó de emperador por los escándalos posibles de una mujer ávida de intrigas.

La influencia del matrimonio Waldersee la hallamos plenamente explicada en un curioso libro de Erich de Mettenborn, anterior á las *Memorias* de la condesa de Wedel, que lleva por título: *Política y amores femeninas en las Cortes reales de Europa.*

La condesa de Waldersee es americana. Hija de un rico banquero de Nueva York, hizo en su juventud un viaje de recreo por Europa con su padre. Conoció en un balneario al príncipe de Schleswig-Holstein, que se enamoró de ella y la tomó por esposa. Como la hermosa americana no era de estirpe real, esta unión fué simplemente morganática; pero el emperador de Austria le dió, como regalo de boda, el título de princesa de Noar.

El príncipe de Schleswig-Holstein murió, seis meses después, de un ataque apoplético, y la princesa se encontró viuda á los veinticinco años y en posesión de una fortuna considerable. Esto, unido á su seductora belleza, le valió el verse rodeada de un enjambre de adoradores, algunos de los cuales ostentaban los ape-

llidos más ilustres de la nobleza alemana, austriaca y rusa. Su palacio de Wiesbaden, en que había fijado su residencia, producía la ilusión de una brillante corte real, y las fiestas que allí se daban, repercutían en toda Europa.

Ambiciosa, independiente, no quería unirse á un hombre que hubiese llegado al límite de su carrera oficial. Necesitaba un astro naciente, cuya elevación pudiese ella guiar hacia la soñada altura; le pareció ver ese astro en el conde de Waldersee, el favorito del principe Guillermo y de Bismarck, el designado sucesor de Moltke, y unióse á su destino.

El salón del nuevo matrimonio no tardó en ser uno de los más poderosos de Berlín, no solamente porque allí se reunían los partidarios de Bismarck, sino también porque la condesa, muy ducha en las complicadas cuestiones de etiqueta y ceremonial de la corte, tuvo ocasión de servir de consejera y guía á la humilde y modesta princesa Augusta Victoria, «que aún no sabía llevar el vestido de cola,» y puso en seguida una viva amistad en la bella americana.

Cuando Guillermo subió al trono, á nadie extrañó ver á la condesa de Waldersee convertida en la ninfa Egeria del nuevo gobierno.

Véase pues, si era firme la influencia del conde de Waldersee, y si la vengativa condesa de Wedel tenía que estrellarse fatalmente contra ella.

Cuando, en marzo de 1891, el emperador se separó de los condes de Waldersee, que trasladaron su residencia á Altona, donde el general había obtenido una comandancia, la Wedel se había ya comprometido en demasiadas aventuras sospechosas para poder reanu-

dar sus relaciones con Guillermo II, que, por su parte, las evitaba.

Continuaba escribiendo al kaiser, y aunque éste ni siquiera contestaba ya personalmente á sus cartas, ella multiplicaba, sus peticiones, sus quejas y hasta sus consejos, al extremo de considerarse la inspiradora de la mayor parte de sus actos políticos. Pero, á pesar de esto, llegó al fin á perder la esperanza de reanudar sus relaciones con el emperador, y esta decepción, unida á la necesidad de aumentar sus recursos personales, pues con la modesta pensión del príncipe de Hohenzollern tenía que atender á la subsistencia de sus dos hijos desterrados en Viena, la decidieron á aceptar en Berlín una plaza, mal definida, de seudoama de gobierno en casa del ministro Reza Khan, embajador de Persia, quien no tardó en enamorarse locamente de la bella condesa, aunque tenía mujer y siete hijos en Teherán. Viendo, empero, que Reza Khan se dedicaba á corretajes y negocios de mala ley, haciendo bancariamente numerosas víctimas, abandonó el cargo y la casa.

Conde de Waldersee, ayudante general del emperador

Después de un año de matrimonio en terceras nup-

cias con el teniente Schlarbum, éste para remediar á su escasez de recursos, persuadió á su mujer que pidiese á Guillermo II, cuando apenas hacía quince días que el príncipe era emperador, una plaza para él y un préstamo para ella.

La contestación tardó un poco, pero la pobre condesa recibió un telegrama..., de Waldersee, diciéndole que tuviera una semana de paciencia. Ocho días después, en efecto, llegó una carta del Sr. Miessner, consejero privado de Su Majestad, rogando á la señora de Wedel que le remitiese todas las cartas del príncipe Guillermo que tenía en su poder, en cambio de lo cual se ocuparía de ella cerca del emperador. Acompañaba á esta carta una libranza de 600 marcos.

No es para dicho el furor de la excondesa que se considera burlada por su viejo enemigo Waldersee; devuelve los 600 marcos al remitente, cambia algunas cartas con él y finalmente le envía las de Guillermo, excepto las cinco más importantes, que pretende luego haberle sido sustraídas por el notario Weiss, en manos de quien las había depositado durante algunas horas.

Inmediatamente después, el consejero Miessner le anuncia que el emperador le señala, por término de cinco años, una pensión anual de 2.400 marcos destinados á la educación de su hijo.

Pero como no puede conceder nada á su marido, éste se enfada, hace á su esposa escenas de celos retrospectivos á propósito de la famosa correspondencia, y, finalmente, abandona el domicilio conyugal y entabla demanda de divorcio. Aquí la novela de la excondesa se complica aún más. El notario Weis, por ella acusado de abuso de confianza, la lleva á los tribunales que

la condenan á seis meses de cárcel, pues resulta que las cinco cartas en cuestión fueron sustraídas por su marido. Pero el emperador, indulgente con ella hasta el fin, olvida sus importunidades, le señala una renta anual de cuatro mil ochocientos marcos y le evita la cárcel haciéndola entrar en una casa de salud para ponerla luego en libertad, con la condición de que haga hablar menos de su persona.

Después de recuperar las cinco cartas sustraídas por su último y poco delicado esposo, se las envió igualmente á Guillermo II, guardando sólo, como recuerdo, la mencionada fotografía.

Al final de su libro, rememora, melancólicamente, estas palabras que un día le dijo el príncipe en el parque de Klein-Glienecke: «Aquí se alzará más tarde vuestro monumento, un monumento erigido á la memoria de la más fiel amiga de la patria alemana, de la más fiel aliada de la casa imperial.» Y añade con una candidez infinita: «El emperador no debió olvidar nunca estas palabras; nunca debió dar crédito á las insinuaciones de Waldersee.»

Para dar una idea de las intrigas y escándalos que se preparaban entonces en la corte de Berlín y en que tanto había de sonar el nombre de otra supuesta favorita de Guillermo II, compendiaremos en capítulo aparte la escandalosa historia de los anónimos.

Terminaremos el presente con el recuerdo de un idilio imperial bruscamente interrumpido por un hábil manejo de Augusta Victoria. Mientras dos supuestas favoritas de Guillermo rivalizaban en seducciones para conservar un resto de dominio en su corazón, asegúrase que el kaiser se enamoró, locamente, de una beldad

desconocida en la corte, la condesa M... esposa de un diplomático extranjero agregado á una de las embajadas de Berlín. No se la veía en palacio más que en los días de gran recepción, pero hacía frecuentes apariciones en la Ópera, donde exhibía elegantes trajes que hacían resaltar aún más su hermosura realmente extraordinaria.

Hacía cuatro años que era objeto de toda clase de atenciones de parte del emperador, cuando el marido fué bruscamente relevado por su gobierno.

El más sorprendido de tan repentino traslado fué el emperador, que había roto definitivamente con la excondesa de Wedel y empezaba á desligarse de la condesa de H...

¡Guillermo no pudo reprimir las manifestaciones de su cólera al ver que alejaban de él á la bella extranjera! Recibió la noticta en Potsdam. Inmediatamente fué á Berlín y se avistó con el embajador, jefe directo del joven diplomático, para pedirle explicaciones.

El embajador le dijo que sentía mucho no poder complacerle, pues aparte de la simple noticia del traslado, no había recibido comunicación alguna de su gobierno.

Sin embargo, en Berlín corrió en seguida la voz de que aquel relevo era obra secreta de la emperatriz. En efecto, Augusta Victoria había tardado cuatro años en tomar una resolución, pero la había tomado al fin. Acudió en queja á una soberana amiga que le prometió librarla de aquella supuesta rival, y no tardó en cumplir su promesa.

CAPÍTULO IX

El escándalo de los anónimos. – En Grunewald. – Escapada en trineo. – La primera carta anónima. – Campaña de difamación. – Continúa el escándalo. – El demonio de la perversidad.

Cedamos un momento la palabra á la condesa de Eppingoven, que dice en sus curiosísimas Memorias:

«El escándalo de las cartas anónimas empezó en noviembre de 1892, pocos días después de la cacería de San Huberto verificada el 3 en Grunewald. Yo había tenido el honor de figurar entre los convidados á esta diversión. Mi augusta señora, que acababa de dar á luz á la princesa Luisa Victoria y no podía entonces montar á caballo, no asistió á la cacería. Á mi regreso, me interrogó largamente sobre lo que había pasado, y lo que le conté causóle gran placer.

»La condesa de Z... había montado á caballo, no á la manera masculina como otras veces, sino á la femenina, retirándose con las otras damas á Potsdam, inmediatamente después de acorralado el ciervo. En la comida de caza había habido doscientos veinticinco con-

vidados. En cambio éstos fueron contadísimos en una reunión que se celebró dos semanas más tarde en Grunewald; total unos veinte hombres y cinco ó seis mujeres. Entre aquellos figuraban el duque de Schleswig, el príncipe Jorge Badzwill, los dos Eulenburg (Felipe y Augusto), los generales von Hahnke, von Schol y von Plessen, el ayudante de campo von Huelsen, el maestro de ceremonias von Kotze y el baron Schhrater. La señora de von Schol hacía los honores de la fiesta. Á su lado se encontraban la condesa y unas extrajeras, amigas del dûque Gunther (1), con las cuales nunca había tenido ocasión de encontrarme.

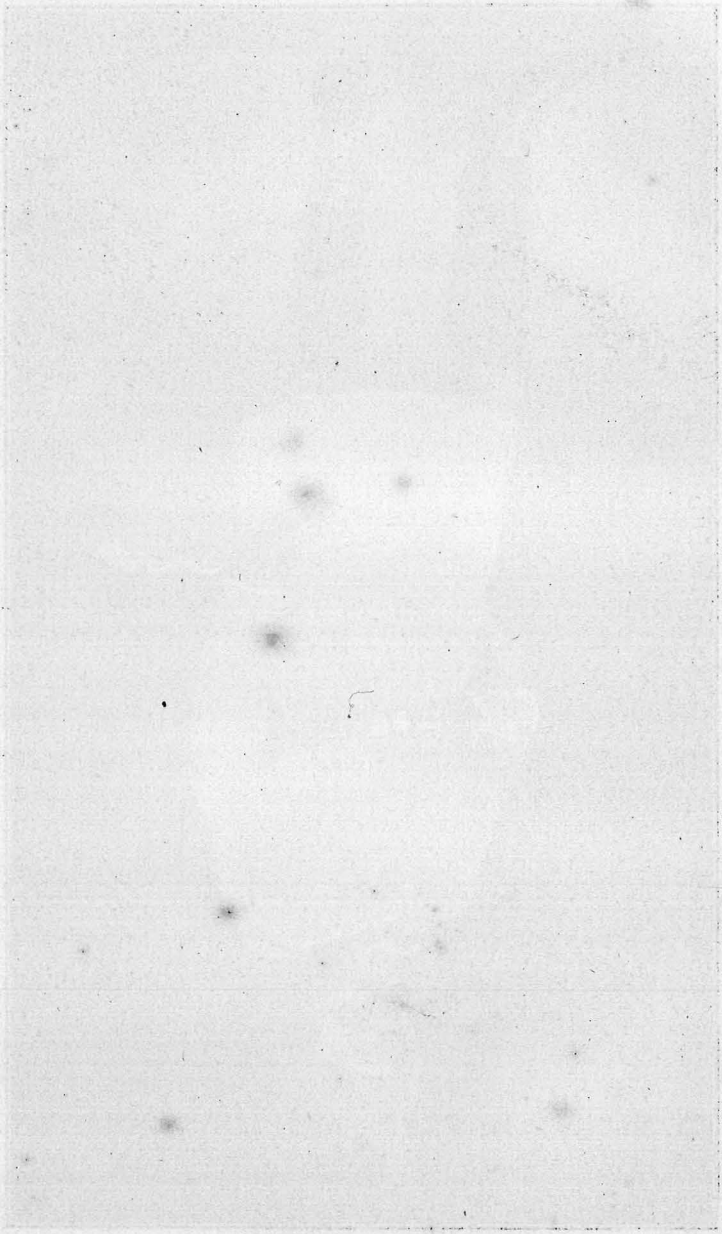
»Todo el mundo hizo lo posible para que la reunión resultase animada y divertida. Sin embargo, el emperador, á pasar de los esfuerzos de sus amigos, no parecía tomar parte en la alegría general. Pensativo, como preocupado, se estuvo toda la velada sentado junto á la condesa, que vestía un hermoso traje de terciopelo encarnado. Ésta, que se había quitado los guantes, apoyaba uno de sus hermosos brazos en el sillón del emperador, que se lo acariciaba con la mano.

»Momentos antes de la media noche, von Kotze propuso que fuéramos todos al ala del castillo, llamada de Joachim, donde se dice que la marquesa de este nombre hizo emparedar á una de sus rivales en la escalera que conducía al cuarto de su marido, situado en el primer piso. La leyenda añade que aún se oye llorar á la infeliz en el fondo de su cárcel de piedra.

»Afectando una fuerte emoción, fuimos todos al sitio de siniestra memoria.

(1) Hermano de la emperatriz.

GUILLERMO II EN TRAJE DE CAZADOR



»Al volver al salón, observamos que el emperador y la condesa habían desaparecido. En las noches de invierno, cuando el suelo se halla cubierto de nieve, el kaiser tiene siempre á la puerta un trineo enganchado que le espera y cuyos caballos deben relevarse cada dos horas. Aquella noche, después que todos hubimos salido del salón, Su Majestad y la condesa saltaron al trineo, y, precedidos de jinetes con antorchas, marcharon rápidamente á Potsdam. La condesa guiaba.

»El mayordomo mayor, Enlenburg, responsable de la persona del emperador, hizo seguir á los fugitivos por otro trineo, al cual se había enganchado á toda prisa el tronco de caballos más ligero de las caballerizas imperiales.

»Este segundo trineo fué confiado á un cochero y á un lacayo que recibieron la orden de seguir de cerca al emperador, sin dejarse ver.

»Al enterarnos de estas medidas de precaución, y sobre todo, de que era la condesa la que guiaba, nos tranquilizamos. Todos sabíamos que el emperador es muy mal cochero.

»Los dos hombres enviados en seguimiento del trineo imperial volvieron á las cinco de la mañana, anunciando que Su Majestad estaba sano y salvo.

»No nos fué posible saber más, pues lacayo y cochero fueron enviados inmediatamente á otro punto del país. Esto acontecía el 17 de noviembre de 1892.

»Al día siguiente, cuando el ayuda de cámara trajo el correo de la emperatriz, noté, entre las cartas, un sobre sin iniciales y sin ninguna clase de sello. Aquella carta me extrañó, por cuanto el barón de Mirbach sólo suele hacer entregar á la soberana las cartas de

su familia ó las procedentes de amigos personales.

»Las demás—que generalmente son peticiones—las manda abrir él. Mirando el sobre más de cerca noté que la letra de la dirección imitaba los caracteres de imprenta. Después de haber puesto el correo en una bandeja de plata, mandé al criado lo llevase á Su Majestad, que se encontraba en la Biblioteca, sentada en su bufete. Yo seguí al ayuda de cámara y me acerqué á la emperatriz. Sus ojos se fijaron desde luego en aquel sobre exraño. Preguntóme qué carta era aquella y le contesté que no lo sabía. Cogió el pliego, rompió el sobre con precipitación, y de él cayó al suelo una imagen representando una escena de tal obscenidad que es imposible describirla. Me limitaré á decir que pasaba en el Palacio de cristal de San Petersburgo (1), entre una mujer y un hombre con abrigos de pieles. Estos personajes eran el kaiser y la bella fugitiva de la noche anterior.

»Su Majestad examinó la abominable imagen con verdadero espanto. Traté de quitársela.

—No, dijo ella; dejadmela echar al fuego.

»Levantóse, salió á la antesala y ordenó al ayudante de cámara:

—No estoy visible para nadie. Vayan inmediatamente en busca de la condesa de Brockdorff (2); necesito verla en seguida. Avisen á los príncipes que no vengan á verme antes de su paseo á caballo.

»Obligóme después á sentarme á su lado en el canapé y me dijo:

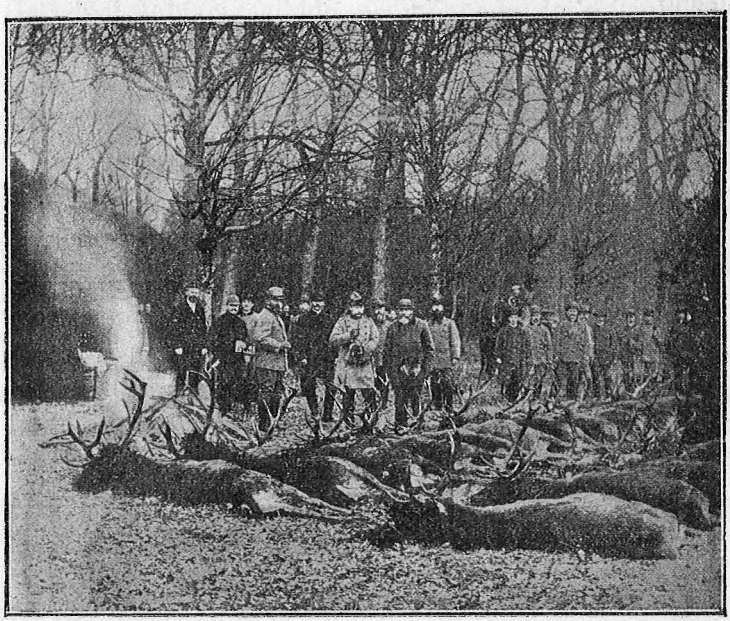
(1) Palacio en que la emperatriz Catalina obligaba á sus amantes despedidos á pasar la última noche con ella.

(2) Dama mayor de la emperatriz.

—Leedme esta carta.

»Empezaba así: «Loloki y Loloka (1), una noche de invierno...»

»Y refería, con todos sus pormenores, ciertos incidentes que se suponían ocurridos durante la fuga de Gru-



Escena de caza

newald en trineo, pero en un lenguaje tan escandaloso que, á las pocas líneas, me negué á continuar la lectura.

»En aquel momento entró la condesa de Brockdorff, que me sacó del apuro. En seguida le entregué la carta, y Su Excelencia, que no sabía de qué se trataba, quedó estupefacta á las primeras palabras de la extraña misiva.

(1) Divinidades escandinavas.

—Dispensad, señora,—murmuró:

—No tenéis nada de que excusaros—replicó Su Majestad.—Leedme esa carta; quiero enterarme de todo su contenido.

»Teresa Brockdorff vió que era inútil resistir y obedeció.

»La lectura de aquella primera carta anónima fué una dolorosa prueba. Supongo que jamás fueron pronunciadas, por labios femeninos, palabras tan licenciosas.

»La odiosa lectura fué interrumpida por la súbita llegada del emperador, que entró, pálido como un difunto, con una carta en la mano, de sobre idéntico al de la recibida por la emperatriz.

»La condesa y yo nos levantamos para retirarnos. Pero el kaiser ordenó que nos quedásemos, y arrojó la carta sobre la mesa.

—¡Como la mía!—exclamó la emperatriz al verla.»

El lector puede imaginarse las explicaciones que siguieron. Guillermo II juró vengarse. Lo cual no impidió que, durante año y medio, millares de cartas del mismo género afluyeran á manos de todas las personas de Berlín y de Potsdam relacionadas con la corte ó pertenecientes á la alta servidumbre de palacio. Nadie se libró de ellas. Todas llegaban por el correo ordinario, marcadas con el timbre de una ú otra de las estafetas de la capital. Se las reconocía á primera vista por su carácter especial de letra. El cartero, el criado ó la camarera por cuyas manos pasaban tales misivas, sabían á qué atenerse respecto á su naturaleza.

1892-1894

Á lo mejor, la señorita L... se enteraba de que su novio era hombre de vicios infames. Otro día se con-

taba en términos odiosos á un inocente niño la aventura escandalosa de su abuela, la princesa X... En otra ocasión se revelaba á una de las hijas de un alto funcionario al servicio de Su Majestad, que por su padre era austriaca y no prusiana. Ya en la famosa fecha de 17 de noviembre, la generala Schol y la condesa de Gersdorf habían recibido, acompañada del mismo dibujo obsceno, una copia exacta de las dos cartas remitidas á Sus Majestades, y lo mismo les había pasado á los dos gentilhombres de servicio.

Las cartas dirigidas al emperador, á la emperatriz y á varias personas de su intimidad, revestían un verdadero carácter de persecución.

Á consecuencia de todo esto, la situación de la alta servidumbre de palacio y de cuantos pertenecían al círculo de relaciones particulares de los soberanos, llegó á ser muy delicada. Todos consideraban á los emperadores atacados, profundamente heridos, por una ó más personas de las que vivían bajo el mismo techo que ellos, ó al menos en alguno de sus palacios. Así es que nadie se atrevía á hablar.

Pero volvamos al 17 de noviembre, día verdaderamente notable en la crónica escandalosa de la corte de Prusia. El almuerzo imperial fué silencioso. Cada vez que alguno trataba de entablar conversación, sus palabras no tenían eco.

Á la hora del café, en la Tassen-Zimmer, se rompió el silencio. La emperatriz comparó su carta con las de sus damas de honor, y el emperador comparó la suya con la de sus gentilhombres de servicio. Las demás personas presentes discutían con animación tan increíble aventura.

De pronto abrióse la puerta y aparecieron los señores de Kotze, marido y mujer. El maestro de ceremonias, con su sonrisa estereotipada, se inclinó profundamente tres veces consecutivas ante Sus Majestades, ó mejor dicho detrás de ellas, porque en aquel momento le volvían las espaldas. Momentos después, el ayudante de campo general Scholl anunció al emperador la presencia de la señora Kotze.

—¡Ah!—exclamó Guillermo,—¿á qué feliz circunstancia debemos el gusto de veros?

Pero antes de que el interpelado hubiese podido contestar, entró un lacayo portador de una tarjeta que entregó al mayordomo.

Viendo los ojos del emperador fijos en él, Eulenburg, le remitió la tarjeta.

—Vedlo en seguida—dijo el kaiser.—Preguntadle á qué viene.

Salió Eulenburg, y Guillermo hizo pasar á los señores de Kotze con sus ayudantes de campo á su gabinete.

La tarjeta entregada al mayordomo en forma tan contraria á los usos de la corte, era de un familiar de Su Majestad que traía al conde de Eulemburg la carta anónima que había recibido por la mañana.

Cuando el kaiser y sus compañeros hubieron llegado al gabinete imperial, Kotze, que ignoraba los graves incidentes que agitaban á la corte, se dispuso á soltar un discursito que había preparado.

Pero el emperador le detuvo diciéndole:

—¡Vamos!, ¡pronto! ¿Sois también una de las víctimas?

El pobre Kotze, azorado, balbuceó, con los ojos que le salían de las órbitas:

—¡Soy una víctima!.., ¡una víctima!..

—Venga esa carta—añadió el kaiser, tendiendo la mano, con un gesto imperioso.

Kotze buscó entonces nerviosamente algo en su bolsillo, y dijo:

—Tiemblo de enseñar una cosa tan indecente y tan indigna de ser presentada á los ojos de Vuestra Majestad. Á fe que es demasiado horrible.

El mayordomo Eulenburg

Á lo cual replicó Guillermo:

—Dádmela; os lo mando.

Kotze se decidió al fin á poner sobre el bufete la famosa carta. Era idéntica á las demás.

—El miserable habrá enviado una docena de esos infames libelos, sugirió el conde Botho.

Luego el emperador continuó:

—Señores debemos acudir á todos los medios posibles para descubrir al cobarde que nos insulta. Después de la comisión de un gran crímen, á Richthofen toca descubrir al cupable. Hacedme el favor de avistaros con vuestros amigos, á fin de saber cuáles de ellos han recibido anónimos, y me lo comunicaréis en seguida. Con vuestra ayuda, mal será que no descubramos al cupable.

Las investigaciones empezaron sin demora. Practicáronse minuciosos registros en *clubs*, fondas y gabinetes. Se averiguó que los caballeros y las señoras que habían asistido á la reunión de Grunewald recibieron facsímiles de la famosa carta, de la cual se habían distribuído al menos treinta y cinco copias. Del autor de la maquinación no se descubrió la menor huella.

En la corte la vida se hizo insoportable. Nadie era especialmente acusado, pero se sospechaba más ó menos de todo el mundo.

«¿Quién es ella?» se había dicho desde la llegada de la primera carta. Y durante más de año y medio todos los anónimos parecían emanar de una mujer atacada de una especie de celos malsanos.

Mas de pronto cambiaron las cosas. La mano de un hombre sustituyó á la de la mujer. *La pluma* que asestaba á otras mujeres emponzoñadas flechas cambióse *en una pluma* acerba y sarcástica que procuraba manchar el honor de los maridos y de sus consortes.

Con esto no disminuyó el juego criminal de la difamación. Las relaciones entre el emperador y la condesa de H*** fueron objeto preferente de la correspondencia. Una mañana, Guillermo encontró en su correo esta esquela:

«Loloki, tu coto es invadido por el barón de... ¡Qué situación! En tu discurso á los brandeburgueses, prometiste aplastar á los que te hicieran la oposición.—Y si se hace preciso, dijiste, tenientes de mi Guardia, os llamaré.—Ahora, es un oficial de tu Guardia quien caza en tu vedado. El *aplastador* en jefe herido por un *sub-aplastador*.»

Encontrándose en Abbazzia, en abril de 1894, Gui-

llermo II recibió una carta anónima relativa también á la pobre condesa de H***, concebida en términos tales que revelaban en su autor el conocimiento de alguna de esas obras que contienen la nomenclatura de todos los vicios conocidos desde que Semíramis se enamoró de su caballo y César fué considerado como el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos.

Entregáronse cuatrocientos anónimos al barón de Richthofen, es decir una quinta parte de los recibidos. Las personas que tenían los demás, no lo confesaban, porque muchos de ellos contenían, sobre sus familias, historias poco edificantes que preferían ocultar. Sabe Dios los que fueron á parar al fuego.

Los anónimos no concernían siempre á la persona á quien iban dirigidos, sino que muchas veces contaban pasiones, debilidades y desdichas ajenas. Toda la alta sociedad de Berlín estuvo en la picota, y como es aficionada á la chismografía, la campaña difamatoria encontró un admirable campo de acción. No es pues de extrañar que en 1894, en la recepción de Año Nuevo, la misma emperatriz viuda de Federico dijera á una persona de su intinidad que, «la mitad de la corte escribía cartas anónimas á la otra, y vice-versa.» Y la noble soberana añadió que por esta razón no quería vivir más en Berlín.

El número de misivas era demasiado considerable para que, ni aun con máquina, pudiera materialmente escribirlas una sola persona, y, sobre todo, los asuntos de que trataban eran demasiado variados y numerosos para que uno ó dos miserables hubiesen podido recogerlos.

Personalmente, la emperatriz fué maltratada por los difamadores, pues recibió comunicaciones injuriosas. Una de ellas la representaba en traje de Eva con un cura en traje de Adán. La carta explicativa de este inmundo dibujo desnaturalizaba ignominiosamente la amistad platónica que la soberana había puesto en el ambicioso pastor. Augusta Victoria enfermó á causa de este libelo; tuvo una fiebre violenta que le duró ocho días, hasta que el silencio del emperador le hubo probado que éste no había recibido copia del dibujo. Si no la recibió fué gracias al general Scholl, que interceptó la carta dirigida á Guillermo.

El general aconsejó luego á la emperatriz que alejase al pastor, el cual debió al anónimo su semidesgracia después de haber tenido gran influencia en la corte.

Las cartas y dibujos dirigidos á Su Majestad y á las personas de su intímidad eran entregados al barón de Richthofen.

Había un promotor fiscal encargado de recoger todas las informaciones útiles y revestido de iguales poderes que el prefecto de policía para el desempeño de su cargo. Bajo la dirección personal del emperador se puso también en campaña su *Pres-kosak* (agente de la prensa). De modo que, durante varios meses, los miembros de la familia real, el círculo íntimo de Sus Majestades, en una palabra, todas las personas relacionadas con la corte estuvieron á merced de aquellos tres inquisidores, que las sometían con frecuencia á molestos y odiosos interrogatorios. Esto fué causa de que gran número de familias principales desertaran de la corte.

El proceso incoado tenía por base el delito de lesa majestad; para designar á sus enemigos encubiertos

Guillermo II los llamaba «roja pandilla de miserables antipatriotas». Esta pandilla había osado llevar sus intrigas hasta las gradas del trono, y, según el kaiser, la sociedad en masa tenía que alzarse para descubrir y aniquilar á aquellos ocultos enemigos.

Pero los paladines á quienes apelaba el injuriado emperador estaban ocupados en defender su propio hogar, y para acudir á su llamamiento hubieran tenido que dejar á sus propias familias sin protección.

Mientras tanto, redoblábanse las intrigas entre los favoritos de Su Majestad, y los anónimos asestaban sus golpes con un acierto que desconcertaba á los más firmes de espíritu.

Uno de los reconocimientos más sensacionales del famoso triunvirato inquisitorial fué el practicado en casa de la condesa de H*** y en el cual el jefe de la policía de investigaciones pretendió haber descubierto el nombre del autor de los anónimos en una nota que esta amiga del kaiser tenía oculta en un armario secreto de su gabinete.

Un día, corrió de pronto la voz de que el misterioso autor de tan infames libelos era el maestro de ceremonias de la emperatriz Sr. de Kotze, que había pasado hasta entonces por el hombre más leal y más íntegro de la corte.

La acusación partió del círculo íntimo del emperador siendo uno de los brazos derechos de éste el primero que la propaló. Personalmente, Guillermo no retiró nunca su afecto al acusado. Cuando Augusta Victoria indicó á su esposo que quizá sería necesario prescindir de los servicios de Kotze, él la interrumpió diciendo:

—Me es imposible destituirlo. Precisamente acabo

de hacerle ingresar en el ejército. Ya sabéis que me gusta rodearme de militares. Está emparentado con toda la nobleza de Prusia. El escándalo sería enorme.

Sin embargo, cuatro semanas después cundió de pronto la noticia sensacional de que, habiendo recibido un informe de la policía en que se probaba la perfidia de Kotze, el emperador había mandado detener al culpable.

No tardó en saberse que el barón von Schrader, maestro de ceremonias del emperador, había denunciado su colega al consejo de investigaciones. Inmediatamente la opinión general se pronunció contra Kotze. La emperatriz declaróse enervada por aquel inesperado golpe, y el kaiser, creyendo haber salvado á la sociedad, adoptó una actitud heroica.

La señora de Kotze se echó á los pies del emperador implorando la gracia de su infeliz marido injustamente acusado.

Guillermo no depuso su actitud implacable y altiva. Aquel mismo día, Sus Majestades y numerosos dignatarios recibieron anónimos en que se les prodigaba mil injurias por haber ido á meter en la cárcel á un inocente incapaz de haber cometido un crimen que requería gran viveza de espíritu y una osadía diabólica.

El proceso contra Kotze se instruyó con diligencia. Herr von Schrader pretendió un día, delante de varias damas de palacio, que los anónimos habían hablado una docena de veces de cosas que sólo Kotze ó Sus Majestades y algunos altos funcionarios conocían.

—Si eso son pruebas,—murmuró la princesa Carlota que se hallaba presente,—no veo por qué Guillermo y mi amable cuñada no se prenden á sí mismos.

Y añadió, dirigiéndose al emperador:

—Si el conocimiento de un hecho puede ser motivo de incriminación, ¿por qué no se prende á todos los que lo supieron? Si Fulano de Tal habló á Kotze de una cosa de que luego se sirvió el anónimo, ¿por qué el culpable ha de ser Kotze y no el otro?

Á lo cual contestó el emperador en tono sarcástico:

—Vuestro Fulano de Tal no ha dejado huellas de su felonía, mientras que von Kotze lo ha hecho.

Y enseñó á los presentes dos hojas de papel secante encontradas sobre una de las mesas de escribir del Casino de la Nobleza, inmediatamente después que Kotze hubo dejado el puesto.

¡Mirad estas marcas,—exclamó en tono solemne;—en ellas reconoceréis la impresión de la palabra Loloki en esos caracteres latinos que tanto conocemos! ¿Qué piensa Vuestra Alteza Real de estas pruebas?

—Que, en efecto, es de importancia lo que decís—contestó la princesa Carlota.

Pero añadió en seguida:

¡Si está probado que Kotze se sirvió del papel secante!

El kaiser continuó:

—No sólo fué el último, sino el único que se sentó á aquella mesa en la mañana del descubrimiento. Además, se han encontrado otras hojas de papel secante, con las mismas marcas, en el gabinete de Kotze, en palacio.

Por unas hojas de papel secante y varias suposiciones, Kotze fué llevado ante un consejo de guerra. Pero las pruebas del papel secante fueron descartadas en seguida, pues el perito calígrafo del gobierno declaró

que las supuestas huellas habían sido fabricadas. Lo cual probaba que, para perder á Kotze, se había urdido una odiosa trama. Pero, en vez de abandonar la acusación, el consejo sólo abandonó las pruebas del papel secante, y se apoyó en simples presunciones para declarar á Kotze culpable.

Cuando la noticia de tan extraña sentencia llegó á la prisión militar de Linden-Strasse, donde el maestro de ceremonias había estado detenido, el guardián dijo meneando la cabeza:

—Hace un momento que Su Excelencia ha salido en un coche de palacio, acompañado de Su Alteza el príncipe heredero de Meiningen y del ministro de la Casa Real, Su Excelencia von Wedell Piesdorff. Su Majestad en persona había firmado la orden de ponerlo en libertad.

Aquella misma noche (esto acontecía el 5 de julio de 1893), en palacio, todo el mundo sabía que el emperador no sancionaba el fallo del consejo de guerra y proclamaba altamente que la prerrogativa más sagrada, para un rey, «era la de administrar justicia sin necesidad de jurisconsultos ni de jueces profesionales.»

El *Reichsanzeiger* publicó luego un decreto ordenando que el consejo del tercer cuerpo instruyese otro proceso. Los jueces designados debían proclamar el honor de Kotze absolutamente incólume. Al mismo tiempo, el cuerpo de lanceros hanoverianos, al cual pertenecía el barón Schrader, censuró á este personaje por haber acusado á un hermano de armas.

Á estos incidentes siguió una serie de duelos. Kotze hirió unas veces á sus adversarios y otras fué herido por ellos. El último de estos lances fué sensacional,

porque Schrader, el acusador, encontró en él la muerte.

El mismo día de este duelo mortal, la princesa Carlota de Meiningen, que no había cesado de mostrarse benévola con los Kotze, recibió á la maestra de ceremonias. Y como la emperatriz pareciese censurarla, le contestó:

—No hago más que cumplir con mi deber. Creo en la justicia, aunque no hable de ella, y practico la caridad cristiana, á pesar de no tener dinero para construir iglesias.

Viendo que la conversación tomaba un giro escabroso, el emperador dijo á fin de desviarla:

—Me recordáis *Madame Sans-Gêne*, la comedia de Sardou, en que las hermanas y cuñadas de Napoleón se querellan.

Á pesar del proceso Kotze, continuaron las investigaciones de la policía. Esta creyó un día descubrir que el duque Gunther, hermano de la emperatriz, era el autor ó uno de los autores de las cartas anónimas. Entonces Augusta Victoria intervino comprometiéndose á obligar á su hermano á emprender un remoto viaje, con la condición de que le entregasen las cartas, lo que hizo la policía después de haberlas fotografiado.

Al regreso del duque Gunther, reanudóse la explotación de los actos íntimos de Sus Majestades.

El emperador no era nada reservado, y hacía que sus amigos y ayudantes de campo le tuvieran al corriente de los chismes de la sociedad berlinesa. Además, tenía la costumbre de contar á su augusta consorte los escándalos de que había podido enterarse, con el aditamento de sus apreciaciones personales, y le comunicaba generalmente sus proyectos y decisiones.

Por su parte, la emperatriz enteraba de todo á Gunther, y éste, en cambio, le refería las aventuras galantes de su esposo. De todo lo cual se dedujo que el depositario de los secretos de Sus Magestades debió aprovecharse de ellos para atacar á los rivales de su hermana.

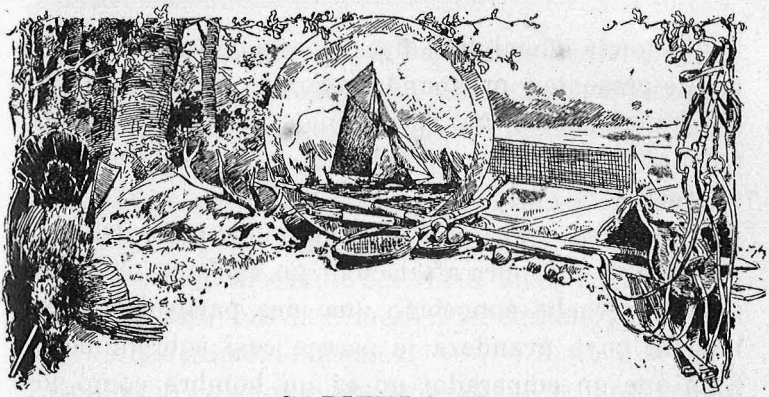
Es de suponer que el primer anónimo fué en el ánimo de Gunther, una especie de broma, buena para después de la fiesta de Grunewald.

Viendo que el golpe había sido certero, continuaría, imaginándose obrar en bien de su hermana. Surgieron entonces imitadores, cuyo número aumentó de día en día, y llegó el momento en que, según la citada frase de la emperatriz viuda de Federico, la mitad de la sociedad de Berlín escribía cartas anónimas á la otra mitad.

El emperador no quiso que el delito quedara impune.

Una marquesa eutranjera, que había servido de secretaria al duque Gunther, salpimentando sin duda los anónimos, fué conducida á la frontera por dos agentes de la policía política, con orden de no volverse á presentar nunca en Berlín. Era mujer muy lista, amiga fiel de Gunther desde hacía dos años, y una de las personas que asistieron á la fiesta de Grunewald. Protestó enérgicamente contra su destierro, pero el gobierno no hizo caso de su protesta.

En cuanto al duque Gunther, se le notificó que, en lo sucesivo, únicamente se toleraría su presencia en Berlín y en Potsdam muy de tarde en tarde y sólo durante ocho días á lo sumo.



CAPITULO X

Guillermo II, emperador. – Su retrato físico y moral. – Su manía fotográfica. – Su coquetería. – Su *toilette*. – Sus frecuentos cambios de traje. – Varias anécdotas. – Guillermo, amigo de los artistas. – Su afición á los juegos de naipes. – Las barajas imperiales. – Autógrafos. – Objetos de escritorio. – Correspondencia. – Anécdota.

El 27 de enero último (1), Guillermo II ha cumplido cincuenta y un años. De facciones regulares, frente alta, aunque deprimida en la parte superior, ojos claros, de mirada viva, con una extraña mezcla de dureza y bondad; labios nerviosamente contraídos, que á menudo se despegan para dejar escapar una frase sarcástica ó una sonrisa amarga ó desdeñosa; pelo castaño con reflejos rubios que fueron dorados y hoy empieza á blanquear la ceniza de los años; de buena estatura, arrogante, con mucha altivez en su porte y cierta reserva misteriosa en su expresión, sabe cubrir sus facciones naturales con una máscara de dignidad suprema y adoptar las imperiosas actitudes que convienen á la pompa teatral de que rodea su vida pública.

Hasta la manera altiva de llevar el bigote cuadra con

(1) 1910.

la fisonomía oficial del kaiser, con la que más comúnmente presenta y no abandona jamás en las grandes circunstancias, en las ceremonias civiles y militares, en cuantas ocasiones se halla en contacto directo con su pueblo.

Mas no se crea que Guillermo cuide tanto del aparato teatral por pura afectación; no es fatuo ni comediante; pero ha concebido una idea particular de su misión, cuya grandeza le parece casi sobrehumana. Cree que un emperador no es un hombre como los demás y quiere desempeñar dignamente su papel. Es más; no le basta ser un emperador cualquiera, sino que quiere distinguirse en el glorioso linaje de los Hohenzollern.

Para esto, ya lo hemos dicho, sigue, en cuanto puede, el ejemplo de su abuelo Guillermo I, y procura igualar, si no exceder, á Federico el Grande, á quien tomó por modelo desde la juventud.

Sus dos cualidades principales son la actividad y la firmeza de carácter.

De su actividad ya hemos hablado en uno de los anteriores capítulos; sólo añadiremos que se extiende á todo lo que mueve su ánimo y ocupa su inteligencia.

Sin contar los graves problemas políticos y económicos que ha debido estudiar como soberano, ha puesto su anhelante curiosidad en los asuntos más diversos.

Sucesivamente predicador, arquitecto, músico, pintor, dramaturgo, dotado de una gran fuerza de asimilación, ambiciona abarcar por si solo el campo vastísimo de todos los conocimientos humanos. Su cerebro se halla en ebullición perpetua. En todas partes trabaja y se agita. Oye informes de ministros hasta en el tren,

y da audiencia hasta en las estaciones de ferrocarril. Circula en coche, á caballo ó á pie con una rapidez pasmosa, dejándose ver casi simultáneamente en diversos puntos, como si tuviera el don de la ubicuidad y todavía halla tiempo para recrearse en la lectura y el estudio. Pero, bien mirado todo, hay más agitación que laboriosidad en esa incesante actividad de su vida.

Su voluntad, que da firmeza á su carácter, es absoluta, verdaderamente tiránica.

Guillermo no admite que le resistan, ni que discutan sus órdenes.

Exige, en torno suyo, obediencia ciega, ó pasiva al menos.

La menor veleidad de contradicción le irrita. «Aplastaré á todo el que se oponga á mis designios» decía al principio de su reinado.

Lo mismo á sus enemigos del interior que á los del exterior, dirige amenazas en forma de divisas: «Que me odien con tal que me teman:» «Nadie me provoca impunemente». Ni aun quiere que prejuzguen sus decisiones. Entregarlas á la publicidad antes del momento que él creyó oportuno, es atentar contra su autoridad y privarle de un placer. Le gustan las cosas repentinas, y goza en «hacer tocar generala» así en los corazones como en las calles.

Sin embargo, el carácter de Guillermo no se reduce á los rasgos que acabamos de indicar. Es bastante complicado y contradictorio.

Ese hombre impulsivo se muestra á veces lleno de reflexión, y cordura; ese hombre autoritario cede á la piedad y muestra los sentimientos más generosos; ese hombre, casi brutal, es propenso á la meditación y

hasta se inclina al misticismo. Parece siempre dispuesto á vestir la armadura del caballero del Cisne. De los múltiples uniformes que posee, hay dos que merecen su preferencia por su fastuosidad teatral; el de húsares de la Guardia y el de guardias de corps, blanco, con botas altas y casco de águila con las alas extendidas.

En las grandes solemnidades lleva, sobre este uniforme, el manto de terciopelo rojo de los caballeros del Águila Negra que por si solo renueva un vestigio de las pompas romanas. Con ese casco y con ese manto hizo Guillermo sus primeras apariciones oficiales, y de ahí sin duda el sobrenombre de Calígula que malas lenguas le pusieron al principio de su reinado.

En los tiempos heroicos, el actual emperador de Alemania hubiera podido realizar grandes proezas.

Hoy su alma caballeresca se halla en eterno conflicto con los acontecimientos y con los hombres, lo cual explica sus variaciones, sus incoherencias y sus yerros. Pero, en realidad, no tiene nada de tirano. Su temperamento, algo teatral, le impulsa á explotar sistemáticamente el valor decorativo y estético del personaje que representa; pero su prestigio, que tiene mucho de artístico, como hecho de impresiones plásticas, no tiene nada de común con el trágico prestigio de los déspotas.

Sus continuas transformaciones, sus exhibiciones aparatosas, su afición á retratarse en olímpicas actitudes, su manía de vestir diez uniformes y representar diez papeles cada día, son medios de impresionar al público.

Sabe que las sensaciones son la fuente directa de las ideas. Quiere imprimir un sello á la nación alemana; quiere ser su dios, pero un dios sin intermediarios, que

dirige todas las cosas, así las más pequeñas como las más grandes; el dios que empezó por suprimir á Bismark, al mismo tiempo que renovaba las leyes suntuarias, decretaba la forma de los trajes de gala y reglamentaba hasta los detalles de la cocina imperial; el dios que quisiera vólver á crear toda la Alemania á su imagen, olvidando que la nación alemana es un país de pensadores y de sabios y un agregado de individualidades muy distintas, que no se dejarán refundir en un molde único.

Pasaron los tiempos en que bastaba herir la imaginación de los pueblos para dominarlos; en que un histrión de superior talento podía aspirar á gobernar el mundo con grandilocuencia y pompa.

Ya no hay hombres providenciales.

Ni en religión ni en política, se gobierna ya á los pueblos cultos del día con los artificios que dieron excelentes resultados en los comienzos de la historia.

Por más que se prodiga, por más que se exhibe vistiendo magníficos uniformes, no logra sugestionar sino á una pequeña minoría de la nación alemana. Convirtiendo en materia de prestigio real sus actitudes plásticas, reproducidas hasta el infinito por la fotografía y el grabado, sus trajes majestuosos, el águila de su casco, la púrpura del manto imperial, Guillermo II se hace ilusiones sobre los efectos de la sugestión directa. Él, tan moderno bajo otros aspectos, remonta la corriente de la historia explotando el fetichismo de las tribus primitivas, que ya produce escaso efecto en un pueblo que lee los debates políticos y se precia de distinguir la fisonomía humana bajo la máscara del héroe imperial.

Falta saber si cree ó no en el papel que representa,

pues por poco que lo crea, merece, ante el tribunal de la historia, la gracia de las circunstancias atenuantes. ¡Pues bien!, á nuestro juicio, cree en todo lo que profesa, en la armonía del universo subordinada á la voluntad de un dios y de media docena de manarcas; en la predestinación de unas cuantas familias encargadas de gobernar, de padres á hijos, los diferentes pueblos, y en la necesidad de mantener cierto número de frenos y supersticiones para que las masas sean gobernables. «Para mí, dice en una carta al almirante Hollmann, no hay la menor duda de que Dios continúa revelándose, sin cesar, en el género humano creado por él... Lleno de amor paternal y de interés por sus criaturas, sigue el desarrollo de la humanidad, para guiarla y enaltecerla; se revela, tan pronto en uno como en otro, en un sabio, en un sacerdote, en un rey... Los eligió y consideró dignos de realizar, según su voluntad, cosas magníficas é imperecederas, tanto en el dominio intelectual como en el dominio físico. ¡Cuántas veces mi abuelo me afirmó que no era más que un instrumento en la mano del Señor!»

Lástima que un hombre que tiene tan elevado concepto de su misión, adopte como medios sugestivos las actitudes plásticas, los efectos teatrales y la acción directa por la imagen fotográfica. Cierto es que las exterioridades de los gobernantes ejercen no poca influencia en la política, y la fotografía ha contribuído mucho á acentuar y extender la importancia del físico de los hombres de Estado.

Esta importancia no podia escapar á Guillermo II, tanto menos cuanto que está justamente convencido de su buena presencia. Así es que se hace fotografiar

GUILLERMO II CON UNIFORME DE MARINA

en todas las actitudes, situaciones y trajes posibles.

M. Russell, fotógrafo de varias casas reales, estando un día en Coburgo, fué invitado por el entonces príncipe de Gales, á ir á retratar, en el palacio de Rosenau, una colección de príncipes y reyes. Cumplida su misión, iba á retirarse, cuando notó que en su nueva colección faltaba un cliché, el de Guillermo II, y se lo dijo al príncipe de Gales que empezó á gritar: «¡Reclaman al emperador de Alemania! ¿Dónde está el emperador de Alemania?» Guillermo II acudió y se defendió un momento por la forma. M. Russell le había hecho ya tantos retratos que no veía la necesidad de hacer otro.

—Dispense Majestad—contestó el fotógrafo,—pero aún no he tenido el honor de fotografiar á Vuestra Majestad con el uniforme qne hoy lleva.

Esta contestación venció las vacilaciones del kaiser y M. Russell pudo sacar su cliché.

Meses después, encontrándose el mismo artista en Berlín, recibió un aviso telegráfico invitándole á presentarse á las ocho de la mañana siguiente en el palacio de Potsdam.

El emperador había descubierto una laguna en su iconografía. Pero al fotógrafo se le escapó el tren y no llegó hasta las nueve. Guillermo II, que le había estado esperando sin poder asistir al desfile de la guardia, no manifestó el menor disgusto á M. Russell que sacó varios clichés.

«En pocos minutos, dice éste en sus *Impresiones* publicadas años atrás en un periódico inglés, le fotografié sucesivamente vestido de general alemán, primero en pie, luego á caballo y por último en traje de coronel de húsares. Cuando se hace fotografiar, Gui-

llermo II cuida siempre de adoptar actitudes heroicas, al contrario de mis otros modelos, que buscan las posturas y las expresiones más familiares.»

Guillermo II es el único de los actuales soberanos que consienten en disfrazarse, aunque en rigor no deben considerarse como disfraces los uniformes que viste, según las circunstancias, con el único objeto de rendir un tributo de cortesía á los personajes que le son presentados. Si recibe á un jefe del ejército, lo hará en traje de general del arma á que éste pertenece, y en traje de almirante si se trata de un marino. Para recibir á representantes ó agregados militares de las potencias extranjeras, se pondrá el uniforme de estos extranjeros, si lo posee, ó al menos las insignias de sus órdenes más elevadas.

No es pues extraño que el kaiser gaste un dineral en su *toilette*. No solamente cuida mucho del aseo de su persona, como dijimos al hablar de su tocador, sino que es de una coquetería refinada.

Es aficionadísimo á las joyas, y á toda clase de adornos artísticos. Siempre lleva cinco ó seis sortijas, varios dijes de reloj y, á veces, un brazalete en la muñeca derecha.

Su pelo, su bigote y sus uñas son objeto de cuidados meticulosos. Se mira, con frecuencia, en los espejos que encuentra al paso ó en un espejito de bolsillo que no abandona nunca.

Aunque tiene varios sastres para sns trajes de paisano, viste generalmente de uniforme. Pero le gusta vestir siempre con elegancia.

No lleva sino guantes inmaculados y posee una colección de calzado tan variada como innumerable.

Busto del emperador Guillermo II en uniforme de Guardia de Corps

Cuando va de viaje oficial, es todo un problema elegir y empaquetar los uniformes y accesorios apropiados á las circunstancias.

Pero aún hay otra operación más delicada: el transporte de las condecoraciones del kaiser, que valen en junto más de un millón de marcos. Guillermo acostumbra llevarlas en todos sus viajes, exceptuando sólo las cacerías.

El cofrecito que contiene las placas y las cruces se halla bajo la vigilancia constante de un empleado de palacio, que acompaña al emperador á todas partes, y que, al regreso de cada viaje encierra el precioso cofrecito en el Tesoro, junto á las joyas de la corona.

¡Ay del que cometa la más pequeña infracción en el servicio de guardarropía! El emperador le da una importancia suma y castiga, sin piedad, á los que hacen fracasar sus efectos teatrales.

Un día que había ido á hacer una visita de solemnidad á Francisco José, queriendo que su entrada en Viena fuese sensacional, había ordenado que le enviasen un magnífico uniforme de gala de *feldmariscal* austriaco, que le sentaba muy bien. Desgraciadamente, el dicho uniforme no llegó á su destino hasta una hora después de la ceremonia, en que el kaiser se había tenido que contentar con exhibirse en un modesto traje de diario. Aquella misma noche, el culpable fué despedido de palacio.

En otra ocasión, durante un crucero por el Mediterráneo, Guillermo había sido convidado á comer por el almirante comandante en jefe de la escuadra inglesa anclada en el mismo puerto que el *Hohenzollern*. En el momento de sentarse á la mesa, á bordo del buque

maravillosamente iluminado y empavesado, gran consternación: no se encontraba en parte alguna el cuchillo-tenedor del kaiser. Ya hemos dicho que á éste le es imposible servirse simultáneamente de un cuchillo y tenedor ordinarios. Una persona de su servidumbre está encargada de llevarle, donde él come, el ingenioso instrumento inventado para su uso. Sin embargo, por amor propio, Guillermo no quiere que lo pongan en la mesa antes de su llegada, y aquel día lo habían puesto mucho antes. Pasando casualmente por el comedor, el kaiser lo vió y, malhumorado, se lo metió en el bolsillo. Ya no se acordaba del instrumento cuando vió las caras consternadas de los oficiales de á bordo, las febriles idas y venidas del personal á la hora de la comida, y comprendió lo que pasaba. Entonces dijo sacando el utensilio y poniéndolo sobre la mesa:

—No apurarse, señores. Ya pareció lo que se buscaba.

Al día siguiente, el autor del renuncio fué también despedido.

Obediencia y puntualidad: tales son las dos primeras cualidades que Guillermo exige de los que le sirven. Durante mucho tiempo tuvo un barbero de una inexactitud deplorable. Después de varias observaciones, le regaló irónicamente un magnífico reloj de oro, diciéndole:

—Espero que, de hoy en adelante, seréis puntual.

Y, efectivamente, el barbero fué, durante algún tiempo, un modelo de puntualidad. Pero luego, poco á poco, volvió á las andadas, reincidiendo en la mala costumbre de llegar siempre tarde.

Una mañana en que llegó para afeitar á su augusto

cliente con un cuarto de hora de retraso, preguntóle el kaiser:

—¿Tenéis aún el reloj que os regalé?

—Sí, señor, aquí está.

—Entonces, puesto que de nada sirve, voy á daros otro...

Y, tomando el reloj de oro de manos del barbero estupefacto, le entregó en su lugar otro de niquel que valdría, á lo sumo, cinco marcos.

El kaiser es aficionado á las bellas artes y á la literatura; pero de sus trabajos literarios y artísticos hablaremos en capítulo aparte. Sin embargo, ya que en éste hemos hecho referencia á su afición de exhibirse en efigie, diremos de paso que afecta encontrarse á gusto entre artistas, y que á los pintores les encarga numerosos cuadros, aunque los retribuye con bastante mezquindad.

Nunca paga más de mil marcos por cada uno de sus retratos al óleo. Á veces añade una condecoración, que no le cuesta nada, ó una chuchería comercial de poco precio.

Los juegos de naipes constiyen una de sus distracciones favoritas, con la condición de que las puestas sean insignificantes.

No se sirve de barajas ordinarias. Una fábrica de Sajonia-Altemburgo se las proporciona de varias especies, conforme á sus propias indicaciones.

Tiene barajas especiales para jugar al «skat» (juego muy común en la corte), cuyas figuras difieren mucho de la iconografía de los naipes prusianos. También utiliza barajas francesas, con tipos de la historia de Francia: el rey de *pique* representa á Luis XIV; la dama

es una graciosa morena con abanico; el *valet*, un fiel arcabucero que vela por su rey; Francisco I es el rey de *cœur*; Carlos VII, el de *carreau*; Inés Sorel, la dama del mismo palo; San Luis, el rey de *trèfle*. Estas barajas, fabricadas también en Altenburgo, son notables por la riqueza artística de su ejecución.

Guillermo II es aficionadísimo á los autógrafos. Posee una preciosa colección de cartas de monarcas, generales y grandes capitanes de todas épocas y países.

Los coleccionistas se disputan los autógrafos del kaiser, y si no alcanzan elevados precios es porque abundan, pues con seguridad no hay otro soberano que escriba tanto como él.

Día y noche tiene el lápiz en la mano para tomar notas, hacer reparos ó correcciones al margen de los libros, periódicos ó cartas que recibe: á veces, durante una revista, inspección ó ceremonia cualquiera, traza en el puño de la camisa breves palabras que le recordarán una impresión fugaz, ó una idea digna de estudio.

En su gabinete, emplea, sobre todo, plumas de ave, con las cuales hace la letra alta, espaciada y gruesa. Por esto usa papel de marca mayor, que tiene grabado, en el ángulo superior de la izquierda, un escudo de oro sobre el que se destaca un águila imperial negra con el pico y garras de un rojo vivo. Rodea el escudo un doble adorno: la orden de la Jarretera en azul, con esta divisa: «Honni soit qui mal y pense,» y el collar del Águila Negra, y lo remata la corona imperial.

Á bordo del *Hohenzollern*, el papel cambia, pues adórnanlo banderas imperiales y reales con las astas cruzadas, bajo esta inscripción: «S. M. I. Hohenzollern.» Las tres iniciales que preceden al nombre del

buque significan: *Seiner Majestät Yacht* (yate de Su Majestad).

El kaiser recibe un promedio de quinientas ó seiscientas cartas diarias, que varios oficiales de secretaría tienen la misión de contestar, á mano ó con dactilógrafo, conforme á las indicaciones del emperador. Á menudo, Guillermo se entretiene en hacer funcionar alguna máquina de escribir, muy orgulloso de la rapidez con que la maneja y que le permite producir unas cincuenta palabras por minuto.

El emperador vestido en traje de gala del Yacht-Club-Imperial

También escribe á mano numerosas y extensas cartas, á sus amigos personales, á elevados personajes, á sabios, escritores ó artistas, á quienes quiere honrar con un especial testimonio de simpatía. Algunas de estas cartas son de doce, quince y hasta diez y ocho páginas. No siempre es fácil leer-

las, pues el fogoso redactor escribe, generalmente, con un apresuramiento febril, abreviando palabras, suprimiendo sílabas, recargando con esquemas ó croquis su texto ya compacto.

El kaiser tiene también la manía de las tarjetas postales, y las envía en gran número, durante todos sus viajes, á los miembros de su familia y á sus amigos.

Guillermo nunca fuma en pipa, que le da náuseas, y raramente cigarros puros, que duran demasiado.

Prefiere fumar cigarrillos, sobre todo cuando monta á caballo; pero jamás los apura, sino que los tira después de unas cuantas chupadas.

Los golfos de la capital, que conocen su costumbre, se precipitan á su paso para recoger las colillas imperiales que venden luego á los coleccionistas.

Uno de los rasgos característicos de Guillermo es que abarca las cosas más grandes lo mismo que las más pequeñas.

Entre dos discursos políticos, da órdenes á su cocinero, monta á caballo para ver un desfile de tropa ó alarmar á una guarnición, cambia un par de veces de uniforme para dar audiencia á dos jefes de distintas armas, toca al piano la última pieza en boga, esboza una acuarela, retoca una escena de un drama, discute el corte del vestido de la emperatriz, habla mucho, porque piensa mucho y experimenta la necesidad de confiar sus pensamientos á todo el mundo, justificando su fama de hombre universal, porque, realmente, es uno de esos espíritus que ignoran el reposo, no pierden nunca un minuto y se lo asimilan todo con una estupenda facilidad.

CAPITULO XI

Guillermo II y el ejército. – Incoherencias del kaiser. – Teoría y práctica de sus principios económicos. – Banquetes militares. – La oficialidad de la Guardia. – Oficiales víctimas de la usura. – Agria respuesta del general Kessel á una censura del kaiser. – Curiosa discusión entre Guillermo y la princesa Radziwill. – Intransigencia del kaiser en punto á disciplina militar. – El dispertador del coronel. – Varias anécdotas. – Afición del emperador á los viajes. – Á bordo del *Hohenzollern*. – Guillermo II, predicador. – Su corrector de estilo. – Su manía oratoria. – Críticas de la prensa alemana.

Uno de los sentimientos más arraigados en el corazón del kaiser es el amor al ejército, que le procura las más gratas satisfacciones.

En ninguna parte se encuentra tan á gusto como en medio de sus soldados.

No sólo se complace en dirigir las grandes maniobras y en hacer desfilar regimientos á son de música, sino que también se mezcla en la vida de sus oficiales, frecuentando sus mesas redondas, cuidando de su corrección y moralidad, y tratándoles como jefe y como amigo.

Sin embargo, en sus relaciones con la oficialidad hay algo de incoherente, como en todos los actos de la vida

de Guillermo en que la cuestión de dinero desempeña un papel más ó menos importante. Por una parte lanza tremendas filípicas contra el lujo de los oficiales, y por otra les obliga á hacer gastos superiores á sus recursos.

«Los coroneles, capitanes y tenientes prusianos, proclamó el emperador, deben hallar una suprema satisfacción en una vida modesta. El gastar más de lo que suman los ingresos, es la causa de todas las desdichas sociales. Sólo los generales tienen obligaciones de representación. Y aun sus Excelencias no deben gastar en esto más de lo que su sueldo les permite.»

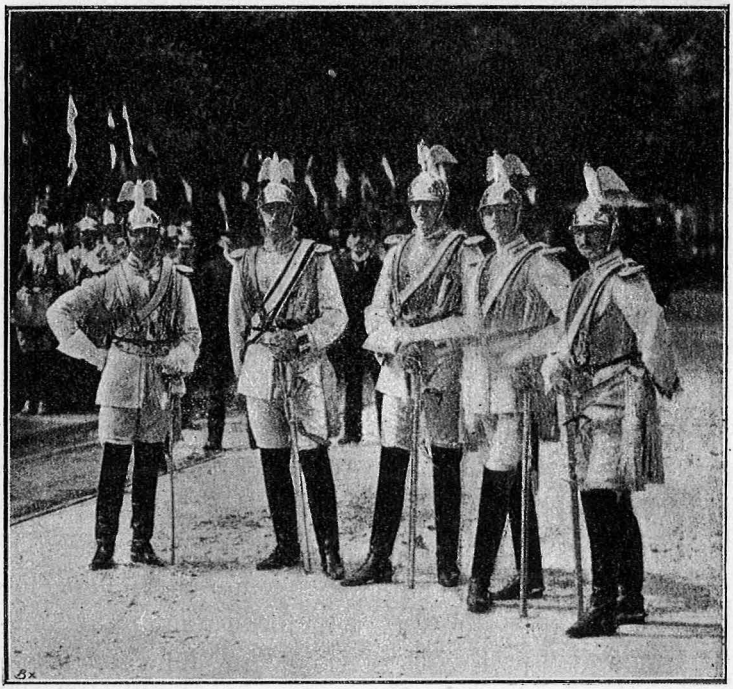
Este es el lado teórico é ideal de la cuestión. La realidad es muy distinta. Á fin de cerciorarse de que sus órdenes se cumplen, el emperador se convida á almorzar, de vez en cuando, en el casino de algún regimiento, anunciando que pagará su cubierto y el de las personas de su séquito á razón de diez marcos por cabeza.

Los organizadores del banquete, que saben que Su Majestad prefiere tales vinos ó tales platos, encargan botellas de champaña, borgoñas, vinos del Rhin, coñac y licores de las marcas más acreditadas, pescado de mar, que tanto en Berlín como en Potsdam cuesta caro, caza mayor ó menor y otras viandas de precio.

Además se adorna ricamente el exterior y el interior del círculo. Y cuando Guillermo se levanta de la mesa con sus cinco ó seis ayudantes de campo, suele dar las gracias á sus anfitriones en estos ó parecidos términos:

—Ya ve usted, mi querido coronel, que por diez marcos se puede comer perfectamente.

Lo digno de verse es la cara que ponen los jóvenes oficiales. Algunos se imaginan que el conde Eulenburg, intendente de palacio, enviará al casino una cantidad



Grupo de oficiales de la Guardia de Corps

que ayude al menos á pagar el gasto. ¡Vana esperanza! Siempre son ellos los que pagan la fiesta.

Cuando el jefe superior del ejército se digna honrar con su asistencia una mesa de oficiales y pedir un cubierto de diez marcos, el gasto nunca baja de quinientos ó seicientos, y con frecuencia pasa de mil.

Hubo una época en que el honor de recibir al kaiser costaba á los tenientes de Potsdam la décima parte de

su sueldo darante meses. Así hace practicar Guillermo á sus oficiales la economía que les predica.

Se equivocan los que creen que la mayor parte de los oficiales de la Guardia están ricos. Muchos de ellos son hijos de altos funcionarios que ostentan pomposos títulos, pero que no cuentan, en general, más que con un modesto sueldo, que difícilmente les permite hacer frente al menor gasto extraordinario. No obstante, muchos de esos oficiales quieren brillar. Saben que la mejor manera de llamar la atención del kaiser es vestir con elegancia. Pero esto cuesta caro, tanto más cuanto que los sastres, teniendo en cuenta el riesgo que corren de no cobrar, cargan las cuentas de sus jóvenes parroquianos. Y de esto á caer en manos de usureros no hay más que un paso.

Cierto día, la madre de un brillante oficial de la Guardia, viuda de un consejero privado de Su Majestad, que había de atender al sostenimiento de varias hijas solteras con una modesta pensión de cuatro mil quinientos marcos, fué á solicitar una audiencia de la emperatriz. Según costumbre, la dama de honor de servicio le preguntó el motivo de su visita. La viuda manifestó el propósito de rogar á la soberana que á su vez suplicase al emperador no continuara visitando los casinos militares. La dama de honor la disuadió de dar semejante paso, pero no tuvo más remedio que escuchar la argumentación de la pobre madre:

—La paga de mi hijo es de ciento setenta marcos mensuales, como usted no ignora. Deduzca de esta suma unos ciento cuarenta para calzar y vestir, alojamiento, comida y suscripciones. Con los treinta marcos restantes y los quince que yo le doy, tiene que pagar

su tabaco y sus distracciones. El muchacho había conseguido equilibrar su presupuesto hasta que el emperador empezó á convidarse en el casino de su regimiento.

Después de la primera visita de Su Majestad, mi hijo tuvo que dar por su parte quince marcos y pedir prestada una doble corona (1) á un compañero.

Al mes siguiente, Su Majestad repitió su costosa visita. Mi hijo tuvo que pagar otra vez su escote. Después de haber reembolsado á su compañero, le quedaron cinco marcos de la mensualidad. El desdichado no tardó en caer en las garras de un usurero, y seis meses después había caído en desgracia. Y no crea usted que mi hijo sea una excepción. ¡Cuántos jóvenes de porvenir han perdido así la carrera! Por ellos y por sus pobres madres deseaba yo solicitar la intervención de la emperatriz, á fin de demostrar el peligro que corren los jóvenes oficiales que se hallan en contacto con el emperador.

Á su regreso de las maniobras de 1895, Guillermo se quejó al general von Kessel, comandante del primero de la Guardia de la manera de vestir de los coraceros de Breslau, uno de los cuerpos cuya mesa de oficiales suele honrar el kaiser con su presencia.

—Si Su Majestad quiere que sus oficiales vistan bien, le contestó agriamente el general, debería abandonar la costumbre de hacerles gastar el dinero en darle banquetes en sus casinos. No pueden hacer el papel de anfitriones y pagar al sastre.

Pero Guillermo II desconoce el valor del dinero, hasta

(1) La doble corona alemana equivale á once pesetas setenta y cinco céntimos.

el extremo de celebrar á cada instante bailes de trajes en palacio, sin sospechar lo costosas que estas fiestas resultan para todo el mundo.

Una noche, en febrero de 1897, en una recepción de palacio, la princesa Radziwill habló al kaiser de la gran dificultad con que tropezaban los oficiales invitados al festival en proyecto para celebrar el centenario de Guillermo I.

—Esos caballeros—contestó el emperador—han tenido un mes para prepararse. Por consiguiente, que no se quejen. Si no hay bastantes sastres y bordadoras en Berlín, los hay en otras poblaciones.

—Con permiso de Vuestra Majestad—replicó la princesa;—lo que apura á vuestros oficiales no es la falta de manos ni de agujas, sino la falta de fondos. Muchos de ellos no pueden gastarse quinientos ó seiscientos marcos en un traje que no se pondrán más que una vez.

—¿Y dónde ha recogido Vuestra Gracia estos informes?,—preguntó el kaiser con una sonrisa burlona.

—En todas partes—continuó la princesa.—No se habla de otra cosa en los salones y en los *clubs*.

Su Majestad replicó encogiéndose de hombros:

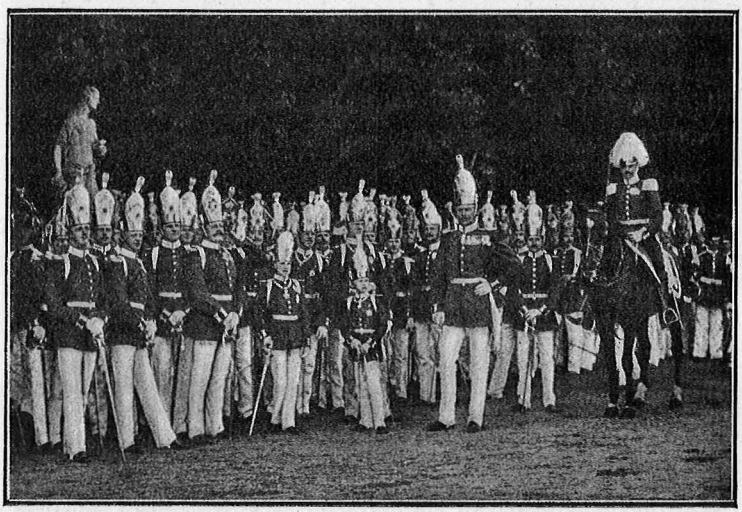
—Si es necesario vestir á mis convidados, además de darles de comer, haré un regalo de veinte mil marcos á vuestros pobres amigos para que puedan pagar sus trajes.

Como muchas personas habían oído la promesa imperial, la noticia cundió rápidamente por todas partes, y en los casinos se brindó por Guillermo «el Generoso.»

Persuadidos de que se les indemnizaría, los oficiales designados para los cuadros vivos no repararon en gastos. Y el resultado fué que el emperador tuvo la

fiesta espléndida que deseaba, pero en cuanto á los veinte mil marcos prometidos, los olvidó completamente.

Lo que el kaiser no olvida nunca, en medio de sus tropas, es la cuestión de disciplina. En esto es intransigente en grado sumo. No hay privilegio ni situación



Oficialidad del regimiento de la Guardia

que exima del exacto cumplimiento de las ordenanzas. El soberano castiga á los infractores, aunque estos sean príncipes de estirpe real, y ha llevado su rectitud al extremo de mandar arrestar á su cuñado y dejar de reemplazo á otros individuos de su familia.

Una vez hizo retirar su propia guardia al cuartel por falta de corrección en su parada delante de palacio.

Cierta mañana, muy temprano, presentóse de improviso en el cuartel del primer regimiento real de dragones, de guarnición en Berlín. Los escuadrones, ya en

formación de marcha, estaban prontos á partir. Todos los oficiales se hallaban en su puesto. Sólo faltaba el coronel. El emperador mandó aplazar la salida hasta la llegada del jefe. Éste vino al fin, tranquilamente, al cabo de media hora, en busca de sus hombres.

Al ver al soberano que le esperaba en el patio, quiso acercarse hacia él para hacerle los honores de ordenanza y, sobre todo, para tratar de excusarse. Pero Guillermo, sin escucharlo, le mandó tomar inmediatamente el mando de su tropa y conducirla al campo de maniobras.

Durante el ejercicio, al que asistió hasta el fin, el emperador no despegó los labios. Después, sin haber proferido una palabra, abandonó el campo y regresó á Berlín, dejando al pobre coronel presa de la más viva inquietud.

Éste recibió aquella misma noche en su domicilio la visita de una estafeta que le entregó un paquetito de parte de Su Majestad. Abriólo con indecible emoción, y se dió por dichoso en vista de que, por todo castigo, el soberano le enviaba irónicamente un dispertador.

Otra escena del mismo género pasó algún tiempo después en el cuartel de húsares de Potsdam. El kaiser se presentó allí, una mañana, muy temprano, para practicar una visita de inspección, y empezó por darse á conocer al centinela que recibió la orden de no moverse. Entró en el cuerpo de guardia y vió que el teniente de servicio no estaba en su puesto. Entonces mandó salir á todos los hombres y los envió á que se ocultaran en el casino de los oficiales, no reteniendo más que al corneta, á quien después ordenó tocar llamada.

En seguida el teniente de guardia acudió, y, al reconocer al jefe supremo, palideció lleno de turbación.

Fingiendo no reparar en su estado, el kaiser le preguntó con seriedad.

—Teniente, ¿dónde están sus hombres?

El oficial, azorado, todavía medio dormido, no supo qué contestar.

Excusado es decir que llevó su rapapolvo; pero la historia no dice si también recibió un dispertador.

Uno de los ayudantes de campo del emperador refería en los siguientes términos la alarmante sorpresa dada por éste á la guarnición de la fortaleza de Posen:

«Durante el desayuno, Su Majestad no hablaba más que de las caras despavoridas que pondrían los oficiales y los soldados bruscamente arrancados al sueño, y la perspectiva de semejante escena le regocijaba.

»Alguien se atrevió, sin embargo, á hacerle esta observación:

—Las muchachas no perdonarán á Vuestra Majestad que turbe de esta manera sus amorosos coloquios.

—¡Bah, replicó el emperador, qué importa! La gratitud de mis valientes soldados, á quienes ayudaré á largarse sin pagar la cuenta, compensará á mis ojos la animosidad de esas mujeres.

»Momentos después los clarines y los cascos de la caballería resonaron en la calle principal de la ciudad. Medio polonesa, Posen ha visto tantos sitios, insurrecciones y trastornos que una simple algarada es incapaz de asustar á sus habitantes. Las ventanas se abrieron y volvieron á cerrarse á nuestro paso. Detrás de los cristales se divisaban hombres, mujeres y niños en paños menores, que miraban pasar la cabalgata impe-

rial. Acá y acullá veíamos algún soldado que salía de tal ó cual casa acabándose de vestir y escurriéndose á escape. Encontramos varios pequeños destacamentos de tropa que iban al campo de maniobras, y, á todos, Su Majestad les mandó quedarse atrás. Al pasar por delante del hotel principal, vimos, á través de los cristales de un balcón, un par de bigotes rubios que todos conocíamos y que se creían ocultos detrás de dos graciosas siluetas femeninas: la de cierta dama joven de un teatro de comedia y la de una célebre bailarina de la Ópera de Berlín.

—¡Qué veo! exclamó el emperador, levantando la cabeza hacia el balcón del hotel. ¿Mi cuerpo de baile y mis actrices me han precedido en Posen?

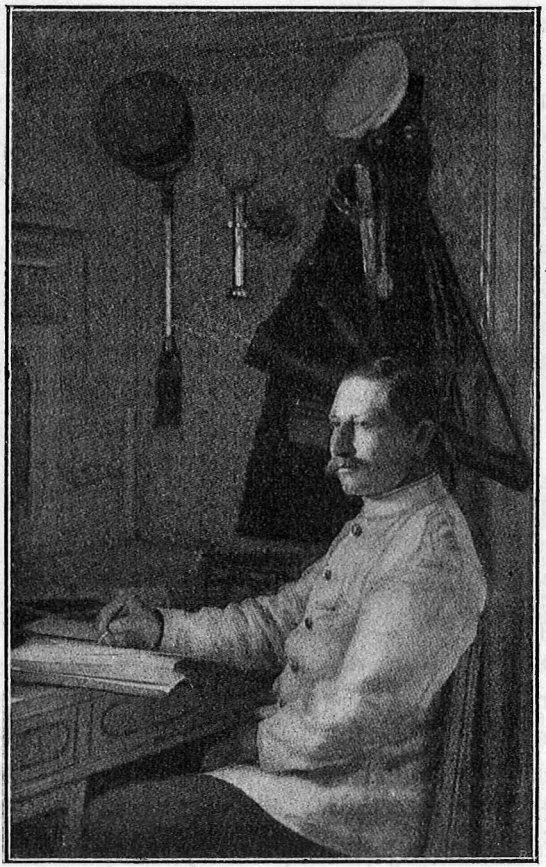
—Será la primera vez que esas dos ramas del arte se habrán visto tan íntimamente unidas, dijo el ayudante Moltke.

»Este incidente imprevisto divirtió mucho al emperador. El oficial sorprendido en compañía de las dos artistas era el barón X..., del regimiento de húsares. Fué invitado á la tertulia de Su Majestad y á la mesa de oficiales, donde se celebró un banquete después de la revista.»

Guillermo II rióse en grande á costa de él; pero otra cosa hubiera sucedido si, en vez de faltar á la moral, el barón hubiese faltado á la disciplina, porque estas faltas el kaiser no las perdona á nadie. Justo es decir, en su honor, que si alguna vez se muestra indugente es más bien con los pequeños y humildes que con los grandes.

Hace algunos años, en la época de la quinta, dos jóvenes pertenecientes á una secta religiosa que reprueba

la efusión de sangre humana, se habían negado á prestar servicio militar, sin hacerse desertores. Fueron na-



El emperador Guillermo II en su despacho á bordo de su antiguo yate *Hohenzollern*

turalmente encausados y condenados á una larga detención que sufrieron resignadamente. El emperador dió órdenes para que se les tratase bien en la prisión,

y, después de purgada su pena, les hizo entregar una cantidad que les permittó trasladarse á América, donde se hicieron misioneros.

Paseándose un día por el palacio de Potsdam, Guillermo se fijó en uno de los centinelas que, sin dejar de ejecutar puntualmente su consigna, parecía triste y abatido. Acercóse á él y le interrogó con afabilidad. Después de mil vacilaciones, el soldadito contó al emperador que, estando á punto de casarse, había tenido reveses de fortuna, y se encontraba sin recursos y en la imposibilidad de realizar su sueño dorado.

El kaiser, después de haber mandado tomar informes que confirmaron los asertos de su humilde súbdito, le nombró cabo, le dió dinero para los gastos de la boda y además puso á su mujer al servicio de la emperatriz.

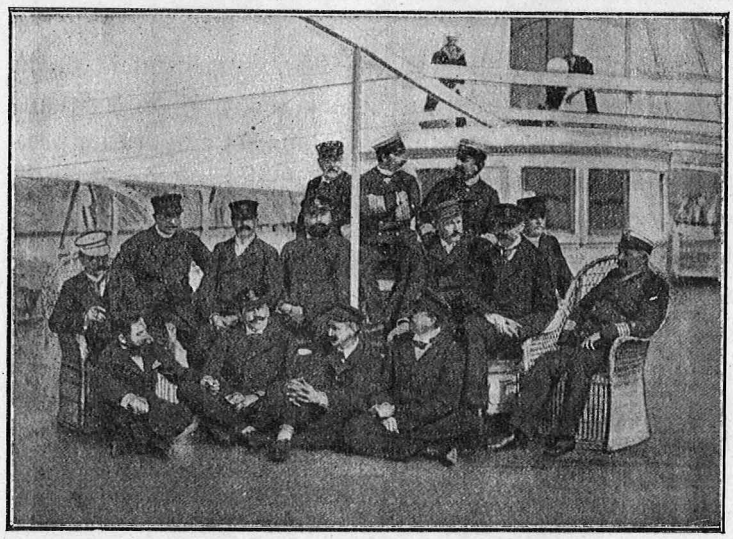
Donde con más intimidad se mezcla Guillermo en la vida de los militares que están en contacto con él es á bordo del *Hohenzollern*.

Sin querer averiguar si los frecuentes viajes del kaiser son de mayor ó menor utilidad, ó si obedecen á una inconsciente necesidad de movimiento, diremos que al actual soberano de Alemania le gusta extraordinariamente viajar. Aparte de sus visitas oficiales á los demás jefes de Estado, de sus ruidosas expediciones encaminadas á algún fin político, como las de Tierra Santa y de Marruecos, se pasa la mitad del año viajando por tierra ó por mar.

Y á bordo de su yate es donde goza plenamente de esa especie de embriaguez de movimiento y de espacio. Entonces abdica de toda solemnidad; trata como amigos á los oficiales y llama «hijos míos» á los ma-

rineros. Pero esa libertad y esa franqueza no suelen durar mucho.

Después ds haber llevado unos quince días esa vida sencilla é independiente, parece que le falta algo. Siente prurito de manifestar su poder. Entonces hace fon-



El emperador con sus invitados y el comandante del *Hohenzollern*

dear su yate en cualquier costa, en alguna bahía ignorada, cerca de un punto solitario. Desembarca al pie de una montaña. Los marineros de á bordo, acostumbrados á sus caprichos, saltan á tierra y levantan allí una pirámide de piedras, en que se pone una inscripción á fin de que los turistas futuros sepan que, tal día y á tal hora, el emperador de Alemania se detuvo en aquel sitio. Y, para conmemorar el acontecimiento, el kaiser pronuncia un discurso con acompañamiento de salvas hechas por la artillería del *Hohenzollern*, en

cuya popa flota majestuosamente la bandera alemana.

En ausencia del cura, un oficial le suple en el servicio religioso del domingo, que es de rigor en todos los buques de guerra alemanes, y Guillermo II no deja de sustituir al pastor á bordo del *Hohenzollern*. Para darlo á conocer como predicador bastará extractar aquí uno de sus sermones.

El domingo 29 de julio de 1900, en presencia de la tripulación reunida en la cubierta del yate imperial anclado á vista de la isla de Heligoland, el emperador presidió bajo la toldilla los divinos oficios según el ritual de las iglesias protestantes, empezando por la exhortación habitual: «¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sea con vosotros. Amén!» Abrió luego la Biblia y leyó el pasaje siguiente que había de servir de tema para su sermón: «Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano prevalecía Amalec.» Segundo Libro de Moisés, capítulo II, versículo 11.

«¡Impresionable cuadro para nuestra alma el que implica nuestro texto de hoy!,—empezó diciendo el pastor imperial. Vemos á Israel cruzando el desierto, por el camino que conduce del mar Rojo al monte Sinaí, cuando de pronto se ve atacado por los amalecitas que quieren oponerse á su paso, y se inicia una batalla. Josué conduce los jóvenes de Israel al combate, las armas se entrechocan, la pelea es encarnizada y sangrienta. Pero, ved, mientras la victoria es indecisa, Moisés, Aarón y Hur, esos hombres de alta piedad, suben á la montaña vecina, y elevan al cielo brazos que imploran. Abajo, en la llanura, la multitud que combate;

arriba, en la montaña, el grupo que ora: tal es la alta alegoría contenida en nuestro texto.

»¿Quién no comprende hoy lo que significa? De nuevo, en lontananza, el viejo espíritu amalecita y pagano ha

Exlibris del emperador Guillermo II

vuelto á levantarse (1); por la fuerza y por la astucia, por el hierro y por el fuego, trata de oponerse á la penetración del espíritu y del tráfico europeos, de las costumbres y de la fe cristianas. Y, una vez más, la voluntad de Dios ha pronunciado: escoged hombres, id y combatid contra Amalec. Se ha trabado una lucha encarnizada y sangrienta. Muchos de nuestros hermanos

(1) Alude á la campaña de China.

pelean ya; otros se hallan camino de las riberas enemigas, y habéis visto salir otros á millares de las filas al llamamiento de: «¡Voluntarios para la defensa del santo reino!,» los cuales, á banderas desplegadas, se preparan ahora á entrar en liza...

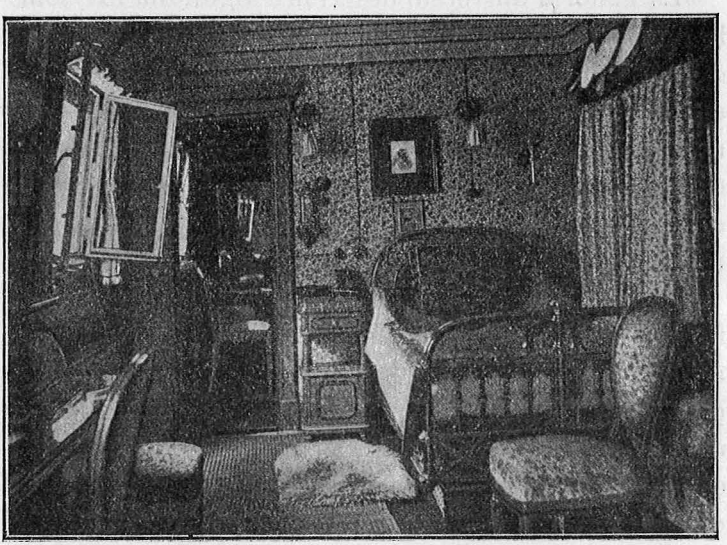
»Pero vosotros, á quienes otros deberes, igualmente sagrados, retienen ¡ay! en vuestros hogares, ¿no oís la voz de Dios que sobre vosotros desciende y os dice: —¡Subid á la montaña!, ¡alzad vuestras manos hacia el cielo! La plegaria del justo lo puede todo, cuando es sincera?

»¡Que la santa guerra nos muestre, pues, ese doble aspecto: allá, en lontananza, las legiones que se baten; aquí, en la patria, las legiones que oran. Y que la paz de esta hora matinal nos convide al deber sagrado de la intercesión piadosa, y nos enseñe el santo poder de esta misma intercesión!»

Y el predicador desarrolla con extraordinaria abundancia de imágenes, ora bíblicas, ora guerreras, las dos fases bajo las cuales examina la intercesión piadosa, para terminar con estos hermosos párrafos:

«En lo alto de las montañas, en torres perdidas, hay campanas misteriosas que ninguna mano de hombre ha tocado jamás. Silenciosas y mudas, penden del espacio inundado de sol. Mas si llega la tormenta, suenan y resuenan progresivamente, hasta que su canto se extiende á lo lejos por el valle. ¡Pues bien!, Dios, Nuestro Señor, ha puesto en el corazón humano la campana de la oración. Indudablemente, en la clara paz de una vida feliz, permanece silenciosa y muda. Pero tan pronto como sopla el viento de la adversidad, se pone en movimiento y resuena. Así es que muchos camara-

das que habían olvidado las oraciones y se encontrarán allá frente á frente con la muerte, juntarán á menudo las manos. El peligro nos enseña á orar. Lo mismo ha de suceder en el hogar patrio. El cielo se obscurece, la guerra ruge en el horizonte, dejad sonar la campana de



Dormitorio del emperador en el *Hohenzollern*

la oración. ¡Oremos por nuestros hermanos que allá lejos se baten! ¡Oremos con constancia y no tan sólo á la hora de las solemnidades! Así como, antiguamente, nuestros antepasados, en tiempo de guerra, tocaban las campanas cada noche y se descubrían desde los primeros sones exclamando: «Permanece entre nosotros, Señor Jesús, pues ha llegado la noche,» no dejemos nosotros pasar un solo día sin elevar nuestros corazones á Dios. Moisés tuvo alzados sus brazos hacia el cielo hasta la puesta del sol, y así permitió á Josué que

rechazara á los amalecitas. Nuestro combate durará más de un día, y nuestros brazos no deben desfallecer hasta haberse alcanzado la victoria. ¡Que nuestras preces erijan una muralla de fuego en torno del campo de nuestros hermanos!...

»La historia universal describirá algún día los combates actuales. Pero el hombre no ve más que por sus ojos, y debe limitarse á reconocer la ciencia de los jefes, el ardor de las tropas y el valor de las armas. La eternidad nos revelará el resto, es decir, cómo habrán obrado las ocultas preces de los creyentes y la manera de cumplirse una vez más la promesa bíblica: «Implórame en el peligro y te salvaré.»

Hay que convenir en que semejante sermón, en labios de un monarca tan moderno como Guillermo II, no sólo sorprende, sino que hace dudar de la sinceridad de sus palabras. Mas crea ó no en la intervención de Jehová en las querellas de los pueblos, no vemos qué otro lenguaje pudiera emplear, para sus fines, con unos hombres de limitada inteligencia y rudimentaria instrucción, propensos á toda clase de supersticiones y quimeras, á quienes se quiere llevar á la abnegación por su rey, al heroico sacrificio de su vida por la patria.

Esto en cuanto á la esencia del sermón; en cnanto á la forma, parece dar razón á los historiógrafos que afirman que todos los discursos del kaiser pasan, antes de ser públicos, por las manos de un corrector de estilo.

Recientemente se ha publicado en Alemania un tomo muy compacto que contiene más de cuatrocientas muestras del talento oratorio de Guillermo, entre discursos, alocuciones y manifiestos, y cada uno de estos docu-

El emperador Guillermo II en 1896

mentos parece haber sido retocado, en perjuicio de la espontaneidad indudable de la primera forma, por un corrector pretencioso, amigo de frases redondeadas, pulimentadas y llenas de imágenes poéticas. Pero falta en ellos el calor de la inprovisación y la sencilla claridad que quizá tenían al brotar de la pluma ó de los labios del emperador.

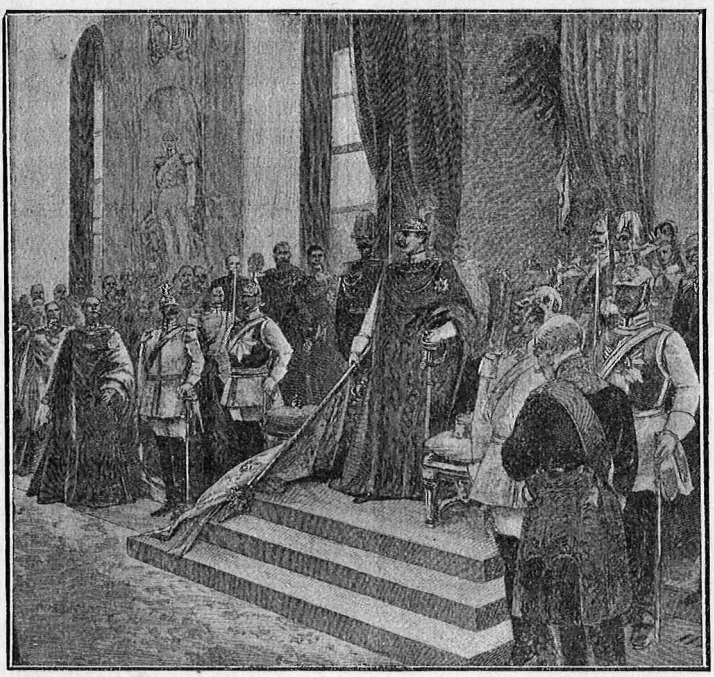
El día 18 de enero de 1896, vigésimoquinto aniversario de la fundación del imperio, Guillermo II, después de haber visitado el mausoleo de Carlottenburgo y asistido al oficio religioso que se celebró en la capilla de palacio, pronunció en el salon del trono un discurso alusivo al hecho que se conmemoraba. Al final del mismo, empuñó la bandera del primer regimiento de la Guardia é inclinándola hacia al suelo, dijo:

«Ante este venerable estandarte, cubierto de gloria por espacio de cerca de doscientos años, renuevo los votos de velar por el honor del pueblo y del imperio, así en el interior como en el exterior. ¡Un imperio, un pueblo, un Dios!»

Al hablar de su política, diremos algo acerca de sus discursos referentes á la administración del Estado. Sus discursos sobre literatura y bellas artes reflejan el mismo espíritu retrógrado del predicador. Guillermo II es hostil á toda audacia, á toda innovación, á toda originalidad antitradicional.

La frecuencia y abundancia de sus arengas han hecho que el pueblo alemán lo tome por un hablador incorregible. El periódico satírico más popular de Alemania, el *Simplicissimus*, publicó una caricatura ridiculizando la manía oratoria del emperador. La imagen representaba un burgués en contemplación ante un

retrato histórico. «¿Quién es?» preguntaba el buen hombre. «Guillermo el taciturno», le contestaba otro. Y entonces el burgués replicaba asombrado: «¡Guillermo el taciturno! ¿Ha habido uno?» La sátira era graciosa,



¡Un imperio, un pueblo, un Dios!

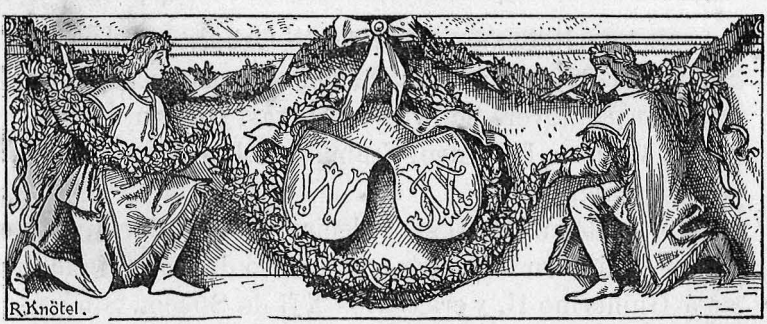
pero no maligna. Sin embargo, el periódico fué procesado, y su director evitó la cárcel expatriándose por unos años.

Más recientemente (1), el *Leipziger Neueste Nachrichten* decía:

«El águila imperial no tiene derecho á elevarse sin

(1) Mayo de 1905.

freno por los aires; no debe desprenderse á la ligera de la cadena dorada de su responsabilidad. Las alocuciones imperiales tienen siempre resultados imprevistos y dan á la política alemana un carácter contradictorio y agitado; sin embargo, cuando el emperador debería hablar, calla y no encuentra una palabra para Schiller. ¿Es porque tiene aversión al poeta proclamado ciudadano de la República francesa? ¿Qué nos importan el almirante Coligny y todas las momias del pasado, á quienes el emperador eleva monumentos y ensalza en pomposos discursos, ni qué nos importan esas fiestas cortesanas en que se pone por las nubes á escritores, músicos, pintores y escultores de un mérito discutible, que caen en el olvido mucho antes de morir? Federico Schiller sigue viviendo y sus gloriosas huellas quedarán marcadas mientras el pueblo alemán conserve su ideal religioso y estético.»



CAPITULO XII

Viajes oficiales del emperador. – Apuros de su servidumbre. – El tren imperial. – Viajes ilusorios. – Perpetua agitación del kaiser. – Utilidad de sus viajes. – Guillermo II, cazador. – Programa anual de las cacerías imperiales. – Amigos y cortesanos de Guillermo. – Castillos de la nobleza prusiana. – Partida de caza organizada en estos castillos en obsequio al emperador – El general Lehndorff. – Veladas que siguen á las cacerías. – Un ama de gobierno ejemplar. – Una pava histórica. – Influencia de los compañeros de caza de Guillermo.

La pasión de Guillermo II por los viajes nunca ha sido tan grande como al principio de su reinado, cuidadosamente fomentada por su primer mayordomo y segundo favorito (1) el conde de Liebenau. Durante los veintidós meses que éste ejerció su alto cargo palatino, es decir, de agosto de 1888 á mayo de 1890, sin contar las cacerías y excursiones de carácter particular, el kaiser visitó oficialmente, en una porción de viajes, Estokolmo, Copenhague, Francfort del Oder, Stuttgard, Munich, Viena, Roma, Hamburgo, Leipzig, Breslau, Stettin, Buckenburgo, Oldenburgo, Wilhemshafen, Wei-

(1) Su primer favorito había sido el conde Herberto de Bismarck.

mar, Schwedt, Brunswick, Dresde, Osborna, Aldershot, Sandown-Bay, Carlsruhe, Strasburgo, Metz, Munster, Minden, Hanover, Schwerin, Atenas, Dessau, Darmstadat, Worms, Bresmen, Francfort del Main, Altenburgo y Kœnigsberg.

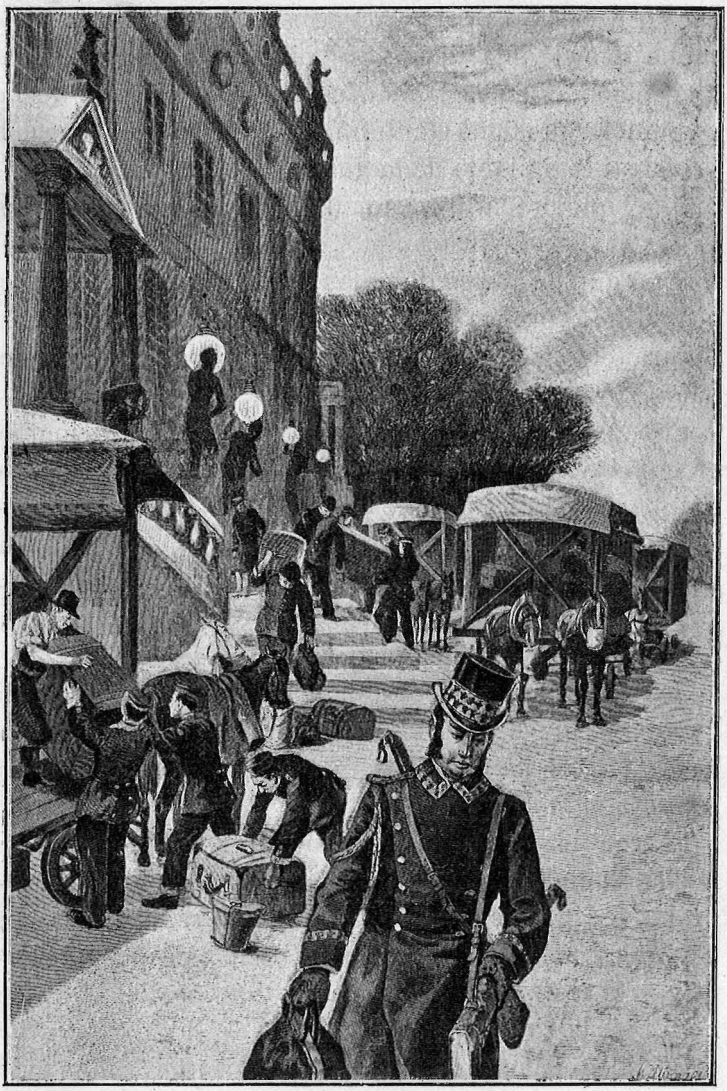
El zar Alejandro III solía decir que no conocía, en la historia, sino un soberano que, en eso de viajar, igualase á Guillermo II, y era Carlos XII de Suecia. Sin embargo, el emperador de Alemania no ha llegado al extremo de enviar, como Carlos, su bota á presidir, en su lugar, el Consejo de Estado.

Guillermo procura justificar con mil razones su movimiento continuo.

Según él, todos sus viajes obedecen á motivos de alta política. Pero la verdadera causa es su temperamento que no le permite estarse quieto en ninguna parte. Las personas de su séquito tienen siempre el equipaje preparado para ponerse en marcha al primer aviso.

Ayudantes de campo, secretarios civiles y militares, médicos, lacayos, tesoreros, sumilleres, aurigas, *grooms*, cocineros y demás servidumbre que acompaña á Su Majestad en sus viajes están tan acostumbrados á las marchas repentinas, que en menos de una hora se preparan á partir. Con frecuencia no reciben la orden hasta el último momento, y como el kaiser no habla á sus servidores más que con monosílabos, que no siempre pronuncia de un modo claro, y rogarle que repita sus órdenes sería cometer una grave falta contra la etiqueta, la servidumbre tiene que andar á tientas en la mayor parte de los casos.

Se tiene siempre secreto el destino del viaje, cuando se va á alguna población ó fortaleza lejana, á fin de



SERVIDUMBRE DEL EMPERADOR GUILLERMO II PREPARÁNDOSE PARA UN VIAJE REPENTINO

causar sorpresa. Si el ayuda de cámara de servicio sospecha que el viaje tiene por objeto sorprender á una guarnición, su perplejidad es terrible, á causa de la costumbre que tiene Guillermo de vestir el uniforme del principal regimiento de la guarnición que visita. Y como hay que preparar varios uniformes y los hay, como el de caballería, por ejemplo, que se componen de catorce ó quince partes distintas, calcúlese el trabajo que costarán los preparativos de un viaje imperial. Por añadidura, el kaiser quiere siempre tener á mano ropa de paisano y trajes de caza.

El caballerizo mayor no se halla menos perplejo que el ayuda de cámara. ¿Hay que embarcar un caballo de infantería, de caballería ó de artillería? Porque Su Majestad monta caballos diferentes según el cuerpo de la tropa visitada. En la incertidumbre, se embarcan dos caballos de cada clase, sin contar los qne se necesitan para el séquito y los carruajes del emperador.

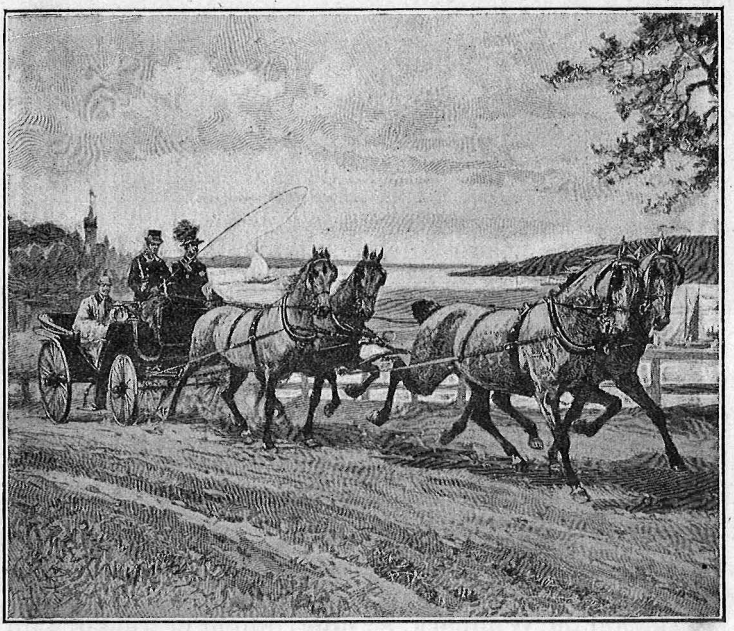
Semejantes viajes ocasionan enormes gastos, pues aunque la mayor parte de los ferrocarriles pertenecen al Estado, el kaiser tiene que pagar sus transportes como un simple particular.

El tren imperial sale, casi siempre, á las diez de la noche. Cuando el emperador quiere levantarse más temprano que de costumbre, se parte antes. En este caso, Su Majestad se acuesta inmediatamente después de comer, y el tren marcha con la lentitud posible, á fin de no turbar el sueño del soberano.

Inútil es decir que el tren de Guillermo II, reúne todo el conforte y lujo deseables. Es un verdadero palacio ambulante. Contiene salones, comedor, cuartos dormitorios con tocadores y baños, cocinas, despensas y cua-

dras. En cambio, nada se ha dispuesto en él para alojar á los criados, que deben dormir en sillas ó en el suelo.

De viaje, el kaiser toma, á las cinco de la mañana, y á veces más temprano, una taza de te, y luego su baño,



Guillermo II en su coche de paseo trasladándose de Postdam á Berlín

antes de proceder á su *toilette*. Terminada ésta, toma un desayuno sustancial y variado.

Restauradas así sus fuerzas, el emperador y su escolta montan á caballo, y, precedidos de clarines que tocan alegres marchas, galopan por la ciudad, despertando tropas y habitantes. Ya hemos visto la alarmante sorpresa dada á la guarnición de Posen en una de esas inesperadas visitas imperiales.

Es tal la manía de Guillermo por los viajes que, á veces, cuando no puede pretextar negocios de Estado ó no tiene nadie á quien visitar, se da la ilusión del viaje pasando la noche en su tren especial, guarecido en un apartadero de la estación de Wildpark, que dista cinco minutos del Palacio Nuevo. De esta manera puede, sin molestia, salir de madrugada para Berlín.

Á principios del verano de 1895, satisfacía con frecuencia esta manía singular. Una noche, la emperatriz le amenazó con invadir su nuevo domicilio extraconyugal. Esta amenaza coincidió con una formidable conspiración de los criados que, secretamente, habían enterado á los miembros de la oposición del Reichstag, á fin de que cualquiera de ellos interpelase al ministro de comunicaciones preguntándole con qué derecho el emperador se servía de un depósito público como habitación. Así esperaban impedir que Guillermo les obligase á pernoctar vestidos.

El Reichstag no tenía que intervenir para nada en esta cuestión. Pero no dejó de sorprender al público la noticia de que, cuando el emperador pasa la noche en la estación de Wildpark, se interrumpía el tráfico, á fin de no turbar el sueño de Su Majestad.

Más de cien funcionarios y obreros se pasan la noche en vela cuando al kaiser se le ocurre ocupar su vagón. Hay que guarecer los trenes de carga, disminuir la velocidad de los de viajeros, suprimir los toques de campana, timbres y silbatos, y la consecuencia de todo esto es la necesidad de duplicar el número de empleados á fin de evitar accidentes.

En fin, para dar una idea de la perpetua agitación de Guillermo II, basta decir que, según notas tomadas por

la condesa de Eppinghoven en su Diario, en solo un año, (agosto 1893-1894), el kaiser pasó ciento noventa y nueve días fuera de sus residencias oficiales; y de los ciento sesenta y seis días que pasó *oficialmente* en su casa, empleó sesenta y siete en cacerías ú otros ejercicios en los alrededores de Potsdam y de Berlín. Los noventa y nueve días restantes fueron invertidos en recepciones y revistas. Según los cálculos de la misma condesa, el número de millas recorridas por el kaiser durante el citado año de 1893-94, equivale á las tres cuartas partes de la circunferencia de la tierra.

Pero, ya lo hemos dicho, donde goza Guillermo plenamente de su embriaguez de movimiento y de espacio, es á bordo de su hermoso yate *Hohenzollern,* en sus cruceros por todos los mares de Europa.

Para responder á las críticas que le valía su excesiva afición á los viajes, el emperador dijo un día en una alocución que no carece de elocuencia:

«El que se ha visto solo, en alta mar, sobre el puente de un barco, bajo la claridad del firmamento; el que, por decirlo así, ha podido hacer su examen de conciencia y meditar seriamente sobre su obra y el objeto de su vida, no ha perdido el tiempo y no puede desconocer la utilidad de los viajes.»

Los del kaiser han tenido, al menos, una indiscutible ventaja; el *sport* náutico; se ha interesado por todo lo que afecta á la navegación, y es innegable que á él se debe, en gran parte, el rápido desarrollo de la marina alemana, como más adelante veremos.

Guillermo II no es sólo un *jachtman* distinguidísimo, sino que practica brillantemente casi todos los géneros de *sport*: nada, rema, juega á los bolos, tira á

las armas blancas y á las de fuego, siendo admirable su destreza en el manejo de la carabina ó de la escopeta con la sola mano disponible. Para llegar á poder sostener la riendas con la mano lisiada, montando á caballo, necesitó mucha paciencia; mas para poder cazar con sola la mano derecha, el aprendizaje fué largo y rudo.

Sin embargo, su deporte favorito, después del *yachting*, es la caza. Sírvese de una escopeta de modelo inglés, sumamente ligera. La lleva al hombro con la culata hacia atrás y, en el momento oportuno, con un rápido movimiento del brazo derecho, echa el arma hacia delante y tira con una puntería y una precisión extraordinarias.

Tiene mucho amor propio cuando caza en compañía de otras personas, y se irrita fácilmente si yerra el tiro. En cambio, de nada se vanagloría tanto como de sus proezas cinegéticas. Ha hecho exponer, en un gran patio del arsenal de Berlín, cuidadosamente rotulados con nombres y fechas todos los trofeos de sus cacerías.

En un tiro de pichón organizado en Spandau por varios oficiales, el emperador, de trece tiros acertó once y ganó dos marcos en las puestas. Metióse triunfalmente la ganancia en el bolsillo y dijo, con la mayor sencillez del mnndo:

—Con esto ya tengo para comprar una buena torta á mis chiquillos.

En las cacerías, como en los cruceros, suele gastar buen humor, sin preocuparse mucho de la etiqueta.

Durante la época de la caza, frecuenta casi todos los castillos de Alemania. Á ejemplo de algunos de sus antepasados, le gusta pedir hospitalidad á sus súbdi-

tos, así es que á menudo impone su costosa presencia á los miembros de la aristocracia y á los altos funcionarios de Potsdam y Berlín. El que ha invitado una vez al emperador está seguro de recibir, en la estación siguiente, una carta del mayordomo mayor de palacio anunciando que Su Majestad irá tal ó cual día á cazar en sus posesiones.

El programa anual de las cacerías del kaiser suele ser el siguiente:

Durante los primeros meses del año, con motivo de las fiestas de la corte, Su Majestad caza en compañía de muchos convidados, el faisán, la liebre y el jabalí en las cercanías de Berlín y de Potsdam, donde abundan extraordinariamente.

En abril, Guillermo ayuda á los grandes duques de Sajonia y de Baden á matar becadas, ó á verlas cazar en las fincas de Hesse pertenecientes al conde de Schlitz. En mayo caza el jabalí en Prœckelwitz y en Schlobitten con el conde Dohna. Luego va á tirar á las perdices en las posesiones del conde de Finkenstein, en Madlitz, y de allí se va á la Styria, donde el emperador de Austria y á menudo uno de los numerosos archiduques ponen sus magníficos cotos á su disposión.

La caza del ciervo, en septiembre, llama al emperador á Rominton, en la Prusia oriental. Luego el soberano vuelve á las cercanías de Berlín, para abrir la caza del gamo en Schofeide, caza que continúa en muchos puntos del Imperio, ya en sus propios dominios, ya en las fincas de los opulentos barones de la banca y de la industria.

Va regularmente á Pless, á Wirschovitz, á Barby, á Liebenberg y á Neugattersleben; de los personajes á

quienes Guillermo honra con su visita, sólo dos pertenecen á su círculo íntimo: el conde de Dohna, cuya animación y buen humor regocijan á Su Majestad, y el conde de Eulenburg, cuya amable conversación le encanta. Éste es un verdadero favorito, en el sentido propio de la palabra, mientras que aquél y el chambelán von Huelsen son simples camaradas, que conocen perfectamente las manías y costumbres de Guillermo. Así es que, poco á poco, estos dos hombres han llegado á ser indispensables al emperador, tanto que, en cierto modo, forman parte de su equipaje, cuando va de cacería, de viaje ó de excursión, y la ausencia de estos compañeros le ocasionaría igual contrariedad que el olvido de los objetos indispensables para su *toilette*.

«Los cortesanos, dijo un día Guillermo, me son como los trajes que llevo, de una necesidad absoluta. Tienen su puesto fijo en mi círculo. Hombres como Eulenburg y Kiderlen son «pan y manteca» (es decir miel sobre hojuelas) para el placer.»

Raramente pasa el kaiser más de dos días en una cacería. Sin embargo, su primera visita le cuesta á su huésped unos cuarenta ó cincuenta mil marcos.

La mayor parte de los castillos de la nobleza prusiana son poco confortables y se hallan desprovistos de toda instalación higiénica. Por consiguiente, para recibir á Guillermo, á veces es necesario restaurar ó rehacer por completo ciertas habitaciones y proveerlas de agua, porque el kaiser no se contentaría con una instalación mediocre.

Si oye hablar de alguna posesión muy abundante en caza, en la cual su dueño ha organizado una batida, Guillermo se invita con la mayor franqueza, y el ma-

yordomo de palacio envía inmediatamente la lista de lo que á su amo le suelen preparar: un cuarto lo más parecido posible, en cuanto á dimensiones, al que ocupa en palacio, una cama de cobre, un colchón de clín, un enorme lavabo, cortinas ó portieres en todas las aber-

En la cacería de Rominton: Guillermo II contemplando los ciervos cazados

turas, y, sobre todo, un gran tocador provisto de varios aparatos de hidroterapia. La mayor parte de los nobles que tienen la honra de albergar un par de días á Su Majestad, trinan contra la innovación de estos aparatos, que destruyen la armonía de las habitaciones que han permanecido más de un siglo intactas.

Un señorón de la provincia de Prusia declaró que no se atrevería á ofrecer un baño al emperador, porque esto sería como suponer que su soberano era un hombre sucio. De lo cual se puede deducir, que para algu-

nos de esos grandes señores la visita imperial es más útil de lo que ellos creen, puesto que sirve al menos para introducir la limpieza en sus casas.

Pero la verdad es que las innovaciones hidroterápicas son lo que menos cuesta á esos nobles huéspedes de Guillermo II; el principal gasto es el ocasionado por la compra de muebles, alfombras y tapices para los cuartos, sobre todo si las visitas del kaiser se efectúan en invierno.

Un aristócrata de la Pomerania se quejaba en la corte de que la primera visita del emperador le había costado más de veinte mil marcos, por haber tenido que construir una carretera desde la estación del ferrocarril hasta su castillo. Á lo cual hubo quien le hizo observar que el hecho hablaba poco en su favor, pues era inconcebible que hasta entonces hubiese tenido su castillo sin comunicación cómoda con la vía férrea, y que, después de todo, las generaciones futuras se beneficiarían de la carretera cuando ya nadie se acordaría de la visita de Guillermo II.

Á veces, para que nada falte á la bienvenida del emperador, el ilustre aristócrata que tiene la honra de recibir su visita, obliga á los campesinos y colonos que de él dependen á lavar y repintar sus casas, y generalmente tiene él que correr con el gasto, además de proporcionar follaje, banderas, percalina y otros elementos para adornar las calles.

Si el kaiser viene con la intención de cazar, su huésped se ve precisado á alquilar las liebres, jabalíes y ciervos de las posesiones circunvecinas, ojeadores que los levanten y hagan pasar á sus cotos, y una infinidad de guardias para impedir que el venado, que tienda á

volver á los bosques de su procedencia, huya antes de la cacería imperial.

Guillermo II va siempre acompañado de unas veinte personas, entre alta servidumbre y amigos particulares, é igual número de criados. Para toda esta gente se necesitan caballos y carruajes, alojamiento cómodo y mesa abundante, pues la baja servidumbre imperial suele ser tanto más exigente cuanto que en palacio es tratada á baqueta y quiere desquitarse en casa ajena.

Las personas que reciben al emperador y á su comitiva procuran tratarlos con munificencia; encargan los mejores vinos y las mejores vituallas, y sustituyen, para el caso, sus cocineros familiares por maestros en el arte culinario, proporcionados por los grandes restauranes de Berlín.

Si el kaiser está de buen humor y la caza ha sido abundante, y hace buen tiempo, y el baño estuvo bien instalado, y la cocina ha sido mejor que la de palacio, Su Majestad se despidirá de la señora de la casa dándole las gracias en estos términos:

—Noble señora, estoy muy satisfecho de su hospitalidad. Pero lo que más placer me ha causado ha sido el ver que me recibían sin salirse de lo ordinario, como á un verdadero amigo, con entera confianza.

En cambio, si la caza no ha sido á medida de su deseo, Guillermo pide bruscamente su coche y abandona el terreno para irse á acostar, lo cual sucede con bastante frecuencia. Su buen ó mal humor depende á menudo de un accidente cinegético. Por algunos conejos que dejó de matar, insultó sin motivo á un venerable exayudante de campo de su abuelo.

La anécdota merece ser conocida. En una cacería

que tuvo efecto en Neugattersleben, en 1895, el anciano general conde de Lehndorff no se separó del kaiser. Al hacer el recuento de las piezas muertas por cada uno de los cazadores, se vió que el emperador había matado doscientas diez y el conde Lehndorff cuarenta.

—Doscientas diez y cuarenta, hacen la cuarta parte de mil; cuenta real para un mal día—declaró Guillermo de muy mal humor.

Y añadió:

¡Confundido sea el impudente que osó tirar al alcance de mi escopeta!

Á este insulto, Lehndorff irguió la cabeza y contestó con dignidad:

—El que entregó á Guillermo I la famosa petición que le hacía emperador de Alemania (1), está por cima de semejante insulto. Por lo demás no voy á querellarme con el nieto del rey al lado del cual combatí en tres guerras victoriosas y cerca de quien me encontraba cuando exhaló el último suspiro.

Después de un saludo muy tieso, y de breves excusas al dueño de la casa, Herr von Alvensleben, el veterano general se retiró. Desde aquel día, el ayudante de campo que fué de Guillermo I ha evitado siempre el encontrarse con el que tan cruel é inútilmente le lastimó.

Pero si Guillermo II se muestra á veces caprichoso, extravagante y desagradable, sabe ser también un compañero amable y delicioso. Si la caza le pone de buen humor, habla afablemente con todo el mundo, y por la noche, para animar la reunión, canta, juega al billar, ó

(1) En Versalles, el 18 de diciembre de 1870, fué Lehndorff el que entregó á Guillermo la petición del Reichstag de la Confederación de la Alemania del Norte, rogándole que aceptase la corona imperial.

toma parte en una partida de *poker* (1), con la condición de que las puestas no pasen de un fenique.

Si ha matado mucha caza y el anfitrión le ha servido una comida á su gusto, durante la velada pide generalmente su cartera de fotografías, pone en cada una la fecha, algunas palabras recordatorias y la firma, y las distribuye luego entre los convidados.

En Barby, propiedad del consejero von Dietze adonde va anualmente, el emperador se muestra satisfecho de la caza y de la mesa. Allí nunca deja de pronunciar su famoso discursito de gracias sobre la manera franca de recibirlo «sin salirse de lo ordinario», aunque estas visitas cuestan cada vez más caras al viejo consejero. Afortunadamente la señora de Dietze es un modelo de ama de gobierno, que sabe limitar los gastos.

En 1896, sucedió que, durante el almuerzo, al ofrecer von Dietze un vino francés de marca al emperador, su mujer le quitó la botella de la mano diciendo:

—¡No, no, todavía no!

Y como el noble anfitrión se la quedase mirando, desconcertado, añadió:

—Tenemos vino espumoso alemán á todo pasto; los vinos franceses son para los postres.

En todas las comidas cinegéticas de Barby, la pieza de resistencia es una pava asada, por la que Guillermo se vuelve loco. Durante la misma comida en que ocurrió el incidente de la botella, el emperador, deseoso de tranquilizar á von Dietze, dijo á su mayordomo que se encontraba al otro lado de la mesa:

—Egloffstein, ¿cómo haría yo para comer en mi casa una pava tan exquisita?

(1) Juego de naipes.

Á estas palabras, el mayordomo se levantó inclinándose ante la señora de Dietze, que estaba sentada á la derecha del emperador y dijo:

—Sería menester que las pavas de Vuestra Majestad estuviesen tan bien cuidadas y nutridas como las de la señora Amtsrathin.

La salida hizo reir á todo el mundo, y Guillermo continuó:

—Pero yo no puedo pedir á la señora que cuide de mi gallinero; de modo que la cuestión queda por resolver.

—Entonces, concluyó amablemente la señora de Dietze, permítame Su Majestad que le envie una pava por Año Nuevo.

El ofrecimiento fué aceptado, y el ave llegó oportunamente, pero, ¡ay!, aunque algo menos dura que las que se solían comer en palacio, fué inferior á las que el kaiser comía en casa de von Dietze. Guillermo mandó decir al jefe de su cocina que estaba muy descontento, que en las casas donde guisan mujeres comía mejor que en palacio, y que si volvían á salirle mal sus platos favoritos, pondría cocineras en vez de cocineros.

Aquella misma noche, el mayordomo de la Casa real von Lynker escribió al consejero refiriéndole la decepción causada por la famosa pava. La señora de Dietze prometió enviar otra mejor, y desde aquel día empezó á cebar la más hermosa de su corral. Cuando la consideró á punto, mandóla á Berlín por su propia cocinera, encargada de prepararla en persona.

El emperador y la emperatriz, sus hijos, toda la corte fué á la cocina á ver asar la pava. Delante de todo el mundo, la cocinera explicó la manera de proceder á esta operación con éxito seguro. Y efectivamente, esta

vez el ave resultó exquisita. Desde el primer bocado, el emperador se mostró muy satisfecho y estuvo de excelente humor durante toda la comida.

Si es difícil de contentar en casa ajena, el kaiser recibe en cambio con excesiva sencillez á sus convidados

El príncipe Rodolfo de Austria

en sus sitios reales ó pabellones de caza. Se suprime el almuerzo. Únicamente hay el desayuno, la merienda y la comida. En ésta las chuletas y los *bifteks* sustituyen á los asados y se sirve cerveza en lugar de vino, y ponche en vez de champaña.

El público atribuye generalmente una grande influencia á los compañeros de caza de Guillermo, y esa creencia nace, sobre todo, de la privanza extraordinaria que tuvo, en un momento dado, el conde Felipe Eulenburg

cerca del emperador. Pero respecto á aquella influencia se exagera mucho. Guillermo se considera, en suma, de una esencia demasiado superior para dejarse guiar fácilmente por alguien que no sea de estirpe real, y, excepción hecha del archiduque Rodolfo de Austria, no ha tenido ningún amigo íntimo de su alcurnia.

CAPITULO XIII

La camarilla del emperador. – Guillermo II y el canciller de hierro. – Los consejeros del kaiser. – El conde de Eulenburg. – Su influencia. – Sus víctimas. – Los Bismarck. – Campaña de la emperatriz y de la condesa de Waldersee contra el gran canciller. – Causas de la caída de éste. – Visita del zar Alejandro á Guillermo II. – Proyecto de boda entre el zarevitch y la princesa Margarita de Prusia. – Cacería imperial. – Fin de la privanza del conde Herberto de Bismarck. – Su sucesor, el conde de Liebenau. – Causa de su distinción. – Otros favoritos de Guillermo. – El exjesuíta conde Henbrich. – Un diplomático de vida escandalosa. – El general Plessen. – El «Cabo Guillotina». – El cuarto militar del kaiser. – Su rivalidad con el ministerio de la Guerra. – Desafueros del «Cabo Guillotina». – Un ministro recalcitrante.

Á fines de enero de 1894, cuando Gulllermo iba á completar su reconciliación con Bismarck, reconciliación empezada por el histórico telegrama de Guns (1) inspirado por el emperador Francisco José, anunció un día á la Corte que el excanciller, que había tenido la influenza, se hallaba restablecido.

—Enviaré Kiderlen á Friedvichsruhe mañana á feli-

(1) Á fines de 1893, el príncipe de Bismarck estuvo gravemente enfermo de una inflamación bronquial en Kissingen, y el 20 de septiembre Guillermo le telegrafió, haciéndole protestas de simpatía y ofreciéndole uno de sus castillos para su convalecencia.

citarle de mi parte con la tradicional botella de Steinberg Cabinet, añadió el kaiser.

—¡Por el amor de Dios!—exclamó el duque Johann Albrecht de Meklemburgo,—enviad más bien un lacayo y no á Kiderlen.

—¿Y qué objeción tiene que hacer Vuestra Alteza al envío de Kiderlen?—preguntó el emperador, evitando el tuteo familiar, lo cual era indicio de mal humor.

—¿Qué objeción?—replicó Su Alteza.—Ninguna personal, pues no abrigo la menor animosidad contra vuestro consejero. Sin embargo debo confesaros que, durante la última visita que hice al viejo canciller, hablóse en su presencia del rumor que circulaba acerca del nombramiento de Kiderlen como ministro en Hamburgo.

—Al preguntarle alguien si conocía á éste y cuál era su opinión respecto á él, contestó: «Sí, es un diablo de hombre cuya compañía es buena, á lo sumo, para la caza del ciervo. Pero, después de la comida, cuando se pasa al salón, ya está de más.

El emperador puso mal ceño y nadie se atrevió á sonreirse.

—Gracias por la noticia,—dijo,—pero, tened entendido que no necesito consejos ni para la elección de mis ministros, ni para la de mis mensajeros.

Á la mañana siguiente, Guillermo mandó llamar á Kiderlen y le propuso su ida á Friedrichsruhe. Pero el consejero, que había sabido la conversación de la víspera y no tenía ganas de ser maltratado por Bismarck, se excusó diciendo que estaba enfermo, y el soberano mandó al conde de Moltke en su lugar.

Esta anécdota prueba hasta qué punto el valor y el

mérito de las personas elegidas por Guillermo para los cargos públicos son contestados hasta en su círculo íntimo; lo cual no es de extrañar; porque el kaiser, con sobrada frecuencia, dispensa su favor á hombres que valen muy poco.

—Es deplorable, decía la emperatriz viuda de Federico III, después que el conde de Waldersee hubo salido de Berlín en 1891, es deplorable que mi hijo no se rodee sino de medianías.

Lo peor es que Guillermo confiera á esas medianías los más altos empleos. Lo único que le importa es que los personajes le gusten por una razón ó por otra, razón con frecuencia fútil.

El conde de Eulenburg fué nombrado embajador en Viena, porpue siempre supo tener fielmente al emperador al corriente de todas las habladurías de Berlín y de la Europa entera.

Cuando Su Majestad contaba en la mesa alguna historia divertida sobre tal ó cual miembro de la sociedad y de la corte ó sobre algunos personajes extranjeros, todo el mundo decía: «Ha llegado el correo de Viena.» Hubo un momento en que el conde tenía tal influencia que hacía y deshacía á los embajadores. Por indicación suya, Radovitz fué enviado de Constantinopla á Madrid. La destitución del barón von Stumm, la revocación de Schœlzer, ministro en el Vaticano; la dimisión obligada del general Schwenutz, que hubo de abandonar la embajada de Rusia, le son igualmente imputables.

Todas esas combinaciones, por no decir trastornos, en el cuerpo diplomático, fueron discutidas y resueltas en diferentes cacerías ó durante los cruceros anuales del emperador por el Norte.

Durante una ausencia del soberano en Inglaterra, Eulenburg ejerció una activa vigilancia sobre el cuerpo diplomático y, al regreso de Su Majestad á palacio, le entregó una memoria sobre los personajes sospechosos de simpatías por Bismarck.

—Vuestro primo me entera de que Stumm y el antiguo canciller son uña y carne,—dijo Guillermo á su nuevo ministro del interior Botho Eulenburg.

Y añadió después:

—Ese Stumm parece ignorar la publicación de los *Reichsanzeiger* (1) y Phili, Kiderlen y Holstein dicen que no es el único.

Á los pocos días, el ministro Stumm era destituído.

La verdadera causa de la caída en desgracia de Schœlzer y Radovitz, fué lo mucho que valían estos dos diplomáticos, quienes, por esta razón, hacían sombra á Eulenburg, que importunó al emperador hasta que los hubo sacrificado.

Para conseguirlo apeló á todos los medios imaginables, y principalmente al más seguro, que era evidenciar la amistad de aquellos hombres con el canciller de hierro. El nombre de Bismarck despertaba profundos odios en el corazón de la familia imperial.

Augusta Victoria no perdonó jamás al conde Herberto de Bismarck el haber sido, durante algún tiempo, el gran compañero de placer de su marido, cuando éste aún no era más que Alteza Imperial.

Fueron tristes días para la joven princesa, reducida á la situación de simple Holstein, buena á lo sumo para

(1) El emperador se refería á dos rescriptos publicados el 7 de julio de 1892, concernientes á la actitud que los ministros alemanes y prusianos tenían que guardar con Bismarck.

llenar las cunas reales. ¡Qué de crueles decepciones! Le había dicho repetidas veces que una Alteza Real no debía aspirar á poseer exclusivamente á su esposo, y se resignaba á esa ley inexorable. Sin embargo estimaba que la tal ley tenía sus límites.

Como las damas de honor de su confianza temían que hablase mal del conde Herberto delante de su marido ó delante del viejo emperador que lo tenía en grande estima, procuraban calmarla diciéndole que el hijo del canciller no era tan malo como algunos creían, sino que, por el contrario, reunía grandes cualidades.

Herberto de Bismárck

—Sí, sí, interrumpió un día Augusta Victoria, ya lo sé, harto me lo han repetido. Pero el caso es que tres mujeres le deben su desgracia: esa persona de Bonn, que fué causa del duelo, la pobre princesa Carolath y yo...

Advertida la madre de Guillermo de la aversión profunda que su nuera abrigaba contra Herberto de Bismarck, dijo á una de las damas de honor de la princesa de Holstein:

—Mi esposo y yo estamos enterados de la mala influencia de ese Herberto sobre nuestro hijo. Pero las

cosas cambiarán radicalmente dentro de algunos años.

Entonces el viejo emperador iba á cumplir los noventa, y, aunque ya se habían manifestado los primeros síntomas de la terrible enfermedad del príncipe heredero, nadie podía prever un fin tan terrible y tan rápido como el que estaba destinado al pobre Federico.

Sin embargo, la princesa Victoria cumplió su palabra, y en lo que le permitieron las tristes circunstancias que rodearon el brevísimo reinado de su marido, luchó valerosamente contra la influencia de Bismarck.

Cada vez que el canciller enviaba su hijo á tratar de asuntos de Estado con el emperador Federico, ó no era recibido ó le rogaban dijera al canciller que Su Majestad quería conferenciar con Su Gracia en persona.

La caída de Bismarck, de que más adelante hablaremos, es un hecho histórico sobre el cual se han escrito numerosas páginas; pero pocas personas saben la parte decisiva que en él tuvo la emperatriz Augusta Victoria.

La causa inicial del acontecimiento fué el odio de esta princesa contra el hijo del canciller.

Consiguió, desde luego, hacer borrar el nombre del conde Herberto de la lista de convidados que debían acompañar al emperador en uno de sus cruceros por el mar del Norte. En su lugar hizo inscribir á su tío el conde de Waldersee, que combatió rigurosamente, durante el viaje, la influencia del canciller de hierro.

Sin embargo, el conde Herberto fué invitado á acompañar al emperador á Inglaterra y á Oriente.

Decíase en la corte que el conde pretendía saber el medio de hacer abrir al emperador el harem del Sultán.

Ignoramos si el conde Herberto osó emitir tan insen-

sata pretensión, pero la emperatriz dió crédito á lo que se contaba y lo hizo creer á la condesa de Waldersee. Esta señora, que era muy religiosa, se indignó contra el favorito, aumentando aún más el odio que sentía por los Bismarck.

Las dos mujeres empezaron á minar el terreno del hombre odiado, ora aludiendo á la desmedida ambición del gran canciller, que trataba de erigirse un trono junto al de Su Majestad; ora tratando al conde Herberto de príncipe coronado, digno hijo de su padre por la ambición; profiriendo, en fin, toda clase de insinuaciones que causaban, poco á poco, una profunda impresión en el espíritu del kaiser.

Á los ojos de Guillermo II, el viejo canciller era culpable de dos grandes faltas: poseía una popularidad más grande que la del emperador, y no quería contentarse con la parte que le proponían en el gobierno.

Hacía tiempo que el kaiser estaba cansado de la conducta del canciller y había resuelto desprenderse de él, anunciando ya en octubre de 1889, confidencialmente, al zar Alejandro el acontecimiento que se realizó en marzo de 1890.

El emperador de Rusia había sido el último de los grandes soberanos en visitar á Guillermo II, y mostróse ceremonioso y frío. Tal actitud alegró á la emperatriz, que dijo á una de sus confidentes:

—¡Gracias á Dios!, si el mal humor del zar continúa, no volverá á hablarse de esa boda.

Augusta Victoria aludía al proyecto de matrimonio entre el zarevitch y su cuñada, la princesa Margarita de Prusia.

El mal humor de Alejandro no continuó. Desapare-

ció, por el contrario, después de una larga conversación que tuvo con el príncipe de Bismarck, y que irritó mucho á Guillermo.

—¡Ese Bismarck—dijo éste,—quiere asumir siempre las funciones de su soberano!

Queriendo, por su parte, hablar á solas con el zar, organizó una cacería en el bosque real de Eberswalde, y durante la conversación que allí tuvo con el emperador de Rusia, se volvió á tratar de aquel proyecto de boda. La negociación parecía tomar buen sesgo. Puesto en el terreno de las confidencias, el kaiser anunció bruscamente al zar que tenía la intención de desprenderse del canciller de hierro.

Semejante determinación sorprendió mucho á Alejandro, que la consideraba capaz de ocasionar graves complicaciones. Así es que, durante los últimos días de su visita, volvió á mostrarse muy frío y ya no contestó más que con evasivas á las nuevas insinuaciones del kaiser sobre el casamiento de su hermana con el heredero del trono de Rusia.

Sin embargo, Guillermo no pensó desprenderse en seguida de su antiguo amigo, el conde Herberto.

—¿Qué vais á hacer?—preguntó al secretario de Estado.

—Seguir á mi padre—contestó dignamente Herberto.

Después del conde de Bismarck, el segundo favorito del kaiser fué el conde de Liebenau; pero éste no llegó á tener nunca con Guillermo la intimidad de su antecesor.

Después de su casamiento, el príncipe había tomado por mayordomo á Liebenau que le organizó su casa con gran decoro, y al mismo tiempo con mucha economía

En aquella época, Guillermo no tenía más que cincuenta mil marcos anuales de renta, ingreso muy escaso para sus pretensiones y las de su amigo. Pero el futuro intendente de la casa imperial pertenecía á una familia acostumbrada á vivir en una dorada miseria, y

Alejandro III, emperador de Rusia

supo rodear á sus amos de exterioridades muy decentes con poco gasto.

Cuando Guillermo, á la muerte de su abuelo, pasó á ser príncipe imperial, Liebenau continuó al frente de la casa, que adquirió más amplitud. Al subir al trono tres días después, le dejó algún tiempo en la ansiedad, antes de conferirle el título de mayordomo mayor de palacio.

Desde aquel momento, Liebenau hizo ver á todo el personal de la real casa que él era el verdadero lugar-

teniente del emperador, investido de un poder absoluto, cuyas decisiones eran inapelables. Para todos los asuntos interiores de su casa, Guillermo no escuchaba á nadie más que á él.

Bajo el régimen implantado por Liebenau, verdadero régimen de cuartel, los dignatarios de palacio, hombres y mujeres, pasaron por duras pruebas. En cuanto á los criados, vivían siempre bajo la amenaza de castigos corporales.

Un día, en febrero de 1890, el general von Witttich, entonces gobernador del cuartel general del rey, perdida ya la paciencia, tiró el guante á Liebenau diciéndole:

—Si no estuvieseis tan por debajo de mí, os abofetearía.

Von Wittich dió inmediatamente cuenta de lo ocurrido á Su Majestad, que no quiso separarse del general y llamó á Liebenau para decirle:

—Como pienso que vuestro espíritu pendenciero es la consecuencia de una gran fatiga causada por un trabajo excesivo, os doy, desde esta noche, una licencia de seis semanas.

Después de lo cual, el emperador le volvió la espalda y se alejó.

«Liebenau ha caído en desgracia. ¡Radolin va á sucederle!»

Esta noticia cundió rápidamente por palacio, comentada con igual calor en los salones que en las cocinas.

Las criadas daban la enhorabuena á las damas de honor, y los ayudantes de campo del kaiser felicitaban á los lacayos. Pero al cabo de las seis semanas de licencia, la desilusión fué amarga para todos, pues Lie-

benau volvió á privar en su puesto con más arrogancia y más poder que nunca, y empezó á economizar con más celo que antes, á fin de constituir un fondo destinado á pagar los viajes, las construcciones y las diversiones de Guillermo.

El general Wittich, gobernador del cuartel general del rey

Desgraciadamente para el mayordomo favorito, la Roca Tarpeya estaba cerca del Capitolio, y un incidente le derribó del poder, en el momento que más triunfante parecía.

Á mediados de mayo de 1890, los habitantes de Elbing, ciudad situada en la Prusia occidental, noticiosos de que el emperador iba á hacer una visita al conde de Dohna en el vecino pueblo de Prœckelwitz, notificaron á la mayordomía de palacio su intención de festejar al soberano, á su paso por Elbing. Suponen las crónicas que Liebenau pensó al leer la petición:

—¡Elbing! ¿No es en Elbing donde hay grandes astilleros de construcciones navales? Esos ciudadanos deben ser todos más ó menos socialistas.

Y tiró la comunicación al cesto sin dar cuenta á nadie.

No recibiendo contestación, los habitantes de Elbing tomaron la callada por respuesta y empezaron con admirable celo los preparativos de su recepción.

El 27 de mayo, á cosa de las cinco de la tarde, el tren imperial fué señalado en Elbing. Grande emoción en los habitantes, repique de campanas, afluencia de gente á la estación, aclamaciones, pañuelos y sombreros que se agitan... Pero, qué cólera, qué estupefacción, qué despecho el de aquella muchedumbre al ver que el tren imperial pasaba de largo, á toda máquina, como un rayo, sin disminuir siquiera su velocidad.

Aún resonaban las últimas notas del himno nacional y ya el tren había desaparecido en medio de una nube de polvo y humo.

Guillermo II se hallaba de pie á la portezuela de su coche al atravesar la estación de Elbing, y vió todos los preparativos de la recepción.

—Debe ser la fiesta del país,—dijo á uno de sus ayudantes de campo.

—Dispense Vuestra Majestad,—replicó el oficial;—todos esos preparativos parecían más bien una manifestación en honor suyo.

—Me parece haber visto un arco de triunfo con las iniciales de Vuestra Majestad—añadió otro ayudante.

Al llegar á Prœckelwitz, el emperador preguntó al conde Dohna por qué estaba Elbing de fiesta.

—¡Cómo!—exclamó el conde;—¿no se ha detenido Vuestra Majestad á recibir los homenajes de esos excelentes obreros?

—No; nadie me había prevenido.

—Es extraño,—replicó Dohna,—pues me consta que se envió anticipadamente una notificación á la mayordomía de palacio. Los preparativos que habéis visto empezaron ya hace quince días.

Guillermo II se mostró furioso por el contratiempo, pues nadie hay tan ávido de ovaciones populares como él. Inmediatamente expidió un telegrama conminatorio á Berlín pidiendo explicaciones. Al mismo tiempo, envió al municipio de Elbing un mensaje explicando el error involuntario cometido y anunciando que tendría el gusto de detenerse en esta ciudad á su regreso.

Era ya avanzada la noche cuando el kaiser recibió la contestación de Liebenau, llena de excusas triviales, acusando de negligencia á algún oscuro escribiente.

Á su lectura, Guillermo promovió una tempestad de indignación contra sn autor. El conde Dohna, que nunca había tenido simpatías para Liebenau, ayudó á la carga.

Dos días después, Herr von Liebenau, irreprochablemente vestido, con su monóculo ante el ojo izquierdo y el inevitable sombrero de copa en la mano, esperaba risueño al emperador, á su regreso de Prœckelwitz, en la sala imperial de espera de la estación berlinesa de Friedrichstrasse.

Al apearse del tren, Guillermo se dirigió á su mayor domo mayor y le dijo:

—Herr von Liebenau, eso de Elbing me abrió los ojos sobre vuestro carácter y me dió la medida de vuestra capacidad. Sabed que á mi lado no necesito de nadie que indisponga á mis súbditos contra mí. Quedáis despedido.

Dicho esto, Guillermo II se alejó bruscamente, segui-

do de sus ayudantes, mientras Liebenau decía con mal contenida cólera á una de las dámas de honor de la emperatriz que casualmente se encontraba á su lado:

—¡Echado como un carretero!..

Cuando el último de los oficiales de la comitiva de Su Majestad hubo desaparecido en medio de un ruidoso traqueteo de sables y espuelas, Liebenau subió á su magnífico coche y fué á prevenir al maestro de ceremonias que él no dirigiría los preparativos de la gran comida oficial, dispuesta para las cinco de aquella misma tarde.

Pasado el primer momento de cólera, Guillermo tuvo compasión de Liebenau, cuyas debilidades y errores, al fin y al cabo, no eran más que la imagen de los suyos, y si bien no revocó su despedida, la suavizó decidiendo que su exmayordomo conservaría su sueldo de treinta mil marcos anuales.

Esta vez, la munificencia del kaiser recaía, después de todo, en un hombre honrado que le había servido fielmente, evitando despilfarros y filtraciones en la administración de la casa real.

Desgraciadamente, no siempre dispensó Guillermo II su afecto y protección á hombres tan honrados como Liebenau, sino que, á veces, mostró un apego tan súbito como singular á individuos de una moralidad muy dudosa, cosa que sólo se explica por su propia superficialidad. Á menudo juzga á las personas por sus apariencias.

Cuando el exjesuíta, conde Henbrich, empezaba á inundar la baja prensa israelita con sus diatribas contra la religión que acababa de abandonar, Guillermo II lo llamó á la corte y lo presentó á la emperatriz. Entusiasmóse con él, al extremo de considerarlo como un segundo Lutero, y propuso invitar á su mujer á Palacio.

Tal escándalo evitóse porque Augusta Victoria protestó con una energía tan rara en ella, que asombró á todo el mundo y principalmente al emperador.

Otra vez, Guillermo se hizo gran amigo del conde X..., encargado de negocios de una gran potencia en ausencia del embajador.

En la corte nadie ignoraba el género de vida de este diplomático, mujeriego, jugador y borracho. Su deudas y sus extravagancias eran la fábula de toda la población. Pero Guillermo no quiso ver en él sino al caballero elegante y simpático, descendiente de una noble familia, y el conde X... no tardó en ser uno de los favoritos de palacio, donde los cortesanos, haciendo coro con el monarca, ponderaban su ingenio, sus ocurrencias y sus caballos.

Á lo mejor, un telegrama, procedente de una gran capital, puso bruscamente fin á tan singular adulación, con la estupenda noticia de que el conde había huído, después de haber estafado diez mil francos á la caja de un círculo de la capital y quince mil á la mesa de juego.

El general Hahnke, jefe del gabinete militar y ayudante de campo general, es el verdadero soldado prusiano de gran parada. Muy adicto y fiel al emperador, que le elevó á la situación más importante de la corte, es cordialmente aborrecido por los oficiales que poseen, al mismo tiempo que su categoría y posición en el ejército, aptitudes superiores. Bajo la dirección del «cabo Guillotina,» como le llaman, el cuarto militar ha venido á ser una institución rival del ministerio de la Guerra, interviniendo en todo lo relativo á nombramientos y permutas del personal.

Las observaciones que hace Guillermo, entre dientes,

al escuchar la lectura de los informes, son escrupulosamente anotadas por Hahnke y sirven de norma para los nombramientos, destituciones y traslados que éste pone, generalmente, á la firma del emperador en el momento de partir para alguna cacería ú otra expedición; momento en que lleva prisa y firma cualquier cosa. El terrible «cabo Guillotina» ha sabido herir hasta á los miembros de la familia imperial, poniendo á los cuñados de Guillermo, el duque de Schleswig, entonces capitán del estado mayor general, y al príncipe heredero de Meiningen, que mandaba el regimiento del zar Alejandro, en el caso de tener que presentar su dimisión.

Tres generales de capacidad notoria, pero amigos de Bismarck, von Schlichting, von Blume y von Spitz fueron también víctimas del terrible jefe del cuarto militar.

En cambio, el general Müller, primo de Hahnke, que en la maniobras de 1893 se había mostrado inepto, al extremo de que su comandante de cuerpo pidió su destitución de brigadier de la Guardia, fué agraciado con el cargo de inspector de los batallones de Schuetzen y Jæger, con aumento de sueldo; y el general von Schlemitz, cuñado de Hahnke, que se había dejado tomar su brigada á la vista del emperador en las maniobras sobre el Rhin, fué nombrado gobernador de Altona, cuando todo el mundo esperaba su destitución.

Para obtener este gobierno en favor de su cuñado, Hahnke desplegó mucha astucia.

Dos diputados de oposición, Richter y Bebel, habían presentado varias mociones al Reichstag para la abolición del puesto de comandante de la ciudad abierta de Altona, puesto que, en realidad, no era más que una prebenda inútil. Á petición de ellos, el ministro de la

Guerra había eliminado dicha comandancia de la lista de los empleos á proveer, teniendo que retirarse el comandante. Cuando Hahnke presentó á la firma imperial el nombramiento de su cuñado, Guillermo preguntóle qué significaba aquello, y el jefe del cuarto militar contestó que no había de poderse decir que se cedía por miedo á la oposición parlamentaria, y que, por consiguiente, era necesario proveer cuanto antes la plaza de Altona de un gobernador militar.

El soberano, muy ocupado entonces por la próxima llegada del príncipe de Nápoles, no pidió más explicaciones y firmó el nombramiento. Pero, en la primavera siguiente, el Reichstag negóse á aprobar el capítulo de gastos, relativo al gobierno militar de Altona, y hubo, sobre este asunto, un vivo debate parlamentario, durante el cual, Guillermo y von Hahnke, fueron vivamente atacados.

El ministro de la Guerra, Bronsart de Schllendorff, gracias á un osado y elocuente discurso, salvó la situación, y Schlemitz se quedó de gobernador de Altona.

Era de esperar que el jefe del cuarto militar guardaría eterna gratitud á Bronsart por tan señalado servicio; pero no sucedió así.

Al año siguiente, el emperador, cansado de su ministro de la Guerra, hizo que von Hahnke provocase la retirada de aquel alto funcionario encargándole que propusiese el nuevo código militar, que Bronsart combatía á todo trance y, naturalmente, «el cabo Guillotina,» dispuesto siempre á complacer á su amo, no hizo objeción alguna á ese plan maquiavélico. Pero, á pesar de todos los manejos, Bronsart nunca quiso presentar su dimisión, ni librar la batalla en favor del código militar.

Finalmente, en 1896, se encontró un medio de obtener la retirada del ministro recalcitrante. Hahnke persuadió al emperador que obligase á Bronsart á pedir que se fortificasen varias ciudades de la frontera de Rusia, y que ciertas sumas destinadas á usos determinados se empleasen en sostener una guarnición permanente en el Palacio Nuevo ya que la cantidad consignada para la guardia de este palacio no permitía conservar el batallón de Lehr y Wehr más de seis meses.

Como era de esperar, Bronsart negóse terminantemente á asumir la responsabilidad de estas dos proposiciones, y entonces la cólera de Guillermo se manifestó con violencia.

—¿Y si yo os ordeno—le dijo el kaiser en presencia de Hanhke,—que sostengáis ambos proyectos?

—Las órdenes de Vuestra Majestad—contestó el ministro,—nunca me harán olvidar que hice al Reichstag la promesa de oponerme á las peticiones frívolas é inútiles.

—¡Ah! ¡ah!—replicó el emperador en tono zumbón, —¡lo tomáis así! Es posible que el ministro de la Guerra tenga iguales intenciones para con Su Majestad. Pero sabed, caballero, que eso no me agrada.

En vez de contestar, Bronsart se inclinó y mirando de frente al emperador, le dijo:

—No tengo ya nada más que comunicar á Vuestra Majestad, y estoy seguro de que tarde ó temprano reconocerá que he cumplido con mi deber.

Y añadió volviéndose hacia Hahnke:

Mi cartera está á la disposición de Vuecencia.

CAPITULO XIV

Guillermo II, músico, poeta y pintor. – El *Himno á Egir*. – La princesa Carlota y el ayudante Moltke. – Colaboradores de Guillermo II. – Distracciones imperiales. – El festival Menzel. – El kaiser, actor y director de escena. – Guillermo II, casamentero.

Cuando Guillermo II no se distrae con sus viajes, con sus excursiones ó con sus cacerías, necesita emplear en otra cosa su actividad; y entonces es cuando se le ocurre componer música, preparar discursos, hacer versos ó pintar cuadros.

Con el *himno á Egir* pensó conquistar en el mundo una gran reputación musical.

En Berlín, los que conocían de cerca las aptitudes del emperador se preguntaron durante mucho tiempo quién había podido componer el famoso himno, cuando alguna crónica levantó una punta del velo misterioso.

Cuentan que, un día, la princesa Carlota de Meinin-

gen, hermana de Guillermo II, preguntó al ayudante de campo Sr. de Moltke:

—Dígame usted francamente quién ayudó á Guillermo á componer el *Himno á Egir*.

—Secreto de Estado—parece que contestó el oficial.—Vuestra Alteza me dispensará, pues, si no satisfago su curiosidad.

—Como decía mi señor hermano mayor, el otro día, al burgomaestre de Thorn: yo puedo ser muy desagradable—repuso la princesa.—Así es que le digo á usted que conteste, señor comandante; se lo ordeno.

—¡Pues bien! Su Majestad compuso el himno.

—Sí, esa es la versión oficial. Lo que me interesa es saber cómo lo compuso.

—Al piano, Alteza.

—¿Y desde cuándo toca el piano Su Majestad?

—Su Majestad tiene un oído admirable. No lo negará Vuestra Alteza. Su Majestad tocaba con un dedo y, si prometéis no venderme, os diré que vuestro humilde servidor tuvo la honra de anotar la composición en el papel.

—Os doy infinitas gracias—dijo la princesa.

La cual, dirigiéndose á su dama de honor, señorita von Ramin, que se hallaba presente, añadió:

—Ni una palabra á nadie de todo esto, ¿eh? No vayamos á ser causa de que nuestro querido Moltke sea castigado por habernos divertido.

Y, dirigiéndose otra vez al ayudante de campo, repuso con la burlona sonrisa que le es familiar:

—¡Qué inocente sois! Voy á deciros con exactitud cómo pasó la cosa. El emperador tecleaba con un dedo, cuando cierto gigante rubio, así de vuestra esta-

tura se le puso detrás y, tecleando á su vez, sacó una composición musical que, desde hacía tiempo, tenía en la cabeza. El aire gustó á Su Majestad, que, por la forma, añadió acá y acullá, alguna nota. Y como la cosa iba adquiriendo forma, mi hermano exclamó: «Esto sí que sería un excelente acompañamiento para *La leyenda del Norte* de Eulenburg. ¡Llámele usted en seguida.» Cuando hubo venido vuestro trovador, los tres pusisteis manos á la obra y disteis á luz ese horrible engañabobos que se llama *El himno á Egir*. Como habéis dicho, en vos recayó el honor de anotar la composición en el papel, puesto que, de los tres, sois el único que sabe música.

Esa parece ser la versión exacta del origen del famoso himno, que fué después orquestado por el profesor Alberto Becker, de Berlín. Su producción da una idea del modo de trabajar del kaiser. Éste, sin duda, tiene ideas, pero las hace ejecutar por otros. Así es como el maestro Knackfuss, de Cassel, compone sus lienzos, aunque en general se cree que éste no es más que el autor de la ejecución técnica, y el pintor Karl Saltzmann ejecuta sus paisajes y sus marinas, y el cura Frommel apunta los sermones que Guillermo pronuncia á bordo del *Hohenzollern*, y los oficiales del cuarto militar preparan, generalmente, los discursos del emperador, no porque á éste le falte elocuencia, sino á fin de evitar las inexactitudes y ligerezas que suele cometer cuando habla sin preparación alguna. Y Guillermo lleva una vida demasiado agitada para poderse consagrar maduramente á ningún trabajo literario ó artístico.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que la poca fe de la princesa Carlota en las dotes artísticas de su

hermano, poca fe manifiesta y diríase que acompañada de un prurito de crítica malévola y mordaz, quita mucha autoridad á su testimonio.

M. Ayme, el profesor francés de Cassel, nos merece más crédito que la burlona hermana del kaiser, cuando dice hablando de las disposiciones musicales de su discípulo: «Tanto el buen estilo como la poesía obraban poderosamente en él, que apreciaba la pureza de la forma y se entusiasmaba por las ideas generosas ó nobles. Me extraña que haya entregado al público producciones musicales antes que un volumen, él que aspiraba con tanta pasión á parecerse á Federico el Grande.»

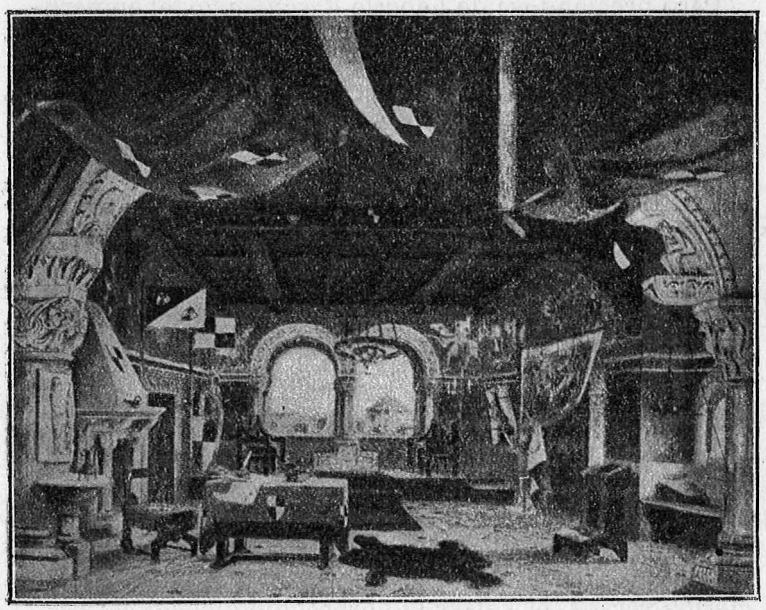
Sabido es que este rey pretendía también tener el don de la pintura, que los Hohenzollern creen vinculado en la familia. Pero la historia íntima ha revelado que la mayor parte de los cuadros firmados por el gran Federico son obra de pobres artistas que los ejecutaron por un pedazo de pan.

El volumen que M. Ayme echaba de menos se ha publicado ya; son los *Kaiserreden*. En cuanto á las «producciones musicales», quizá haya alguna exageración en darles este nombre, pues el emperador se ha ocupado sobre todo en la restitución de composiciones antiguas, como la edición de *Concertos* de la cual envió un ejemplar á Julio Simón, después de haber colmado á éste de atenciones durante la Conferencia internacional para la protección del trabajo, que se celebró el año 1890 en Berlín y en el cual tomó parte como delegado de su país el ilustre estadista francés.

Por su sentimentalismo, por su respeto á las viejas tradiciones, Guillermo no puede menos de ser, en arte

como en política, si no un reaccionario, un retrospectivo. Todas las teorías formuladas en sus discursos sobre el arte llevan el sello de esa tendencia regresiva.

Cuando se ocupa de teatro, lo hace, sobre todo, como



En el castillo de Nurenberg. Decoración para la obra *Los Burgraves de Lauff* boceto del emperador Guillermo II

director de escena y como dibujante. Sin embargo nadie puede negar que ha colaborado literariamente con Wildenbruch, Lauff y L'Arrónge.

La historia de su colaboración intermitente con Wildenbruch es famosa. Sabido es que si Wildenbruch se abrió camino en el teatro fué, sobre todo, porque era nieto del príncipe Luis de Prusia y de Enriqueta Fromus. «Se ve que tiene sangre de los nuestros en las venas, decía de él Guillermo II; si no ¿de quién había de haber

heredado el genio?» Apreciación vanidosa que no se comprende en una persona tan inteligente como el kaiser, porque el talento de Wildenbruch es muy contestable.

Pero preciándose de haberle *descubierto*, el emperador se encariñó con él, y le consideraba como el único poeta capaz de celebrar dignamente los esplendores pasados, presentes y futuros de los Hohenzollern.

Durante el invierno de 1896 á 1897, escribió con él una obra á propósito del centenario del nacimiento de Guillermo I. (1) En la corte, todo el mundo se cansó de oir los principales parlamentos de la genial producción, y el mismo kaiser recitaba largos fragmentos de ella.

Durante diez ó doce días, Guillermo estuvo muy atareado, yendo y viniendo del coliseo, donde se verificaban los ensayos, al domicilio del conde Nochberg, intendente de los teatros imperiales en que aún encontraba el medio de aleccionar á los artistas.

Como la señorita Lindner, encargada de personificar el alma alemana, se permitió sonreir para acentuar ciertos versos, el kaiser la sorprendió diciéndole:

—Fraulein Lindner, va usted á echar á perder toda la representación con esa expresión de cara. Comprenda usted que el alma alemana es grave, casi trágica. Fíjese en mi propio rostro y encontrará la nota justa. En cuanto á su traje, debe corresponder á una serie de ideas. Que sea por lo tanto una larga línea no interrumpida. Es preciso que usted no lleve corsé ni cintura.

Al enterarse de estos consejos, la princesa Teodora

(1) 22 de marzo.

de Meiningen, que ha heredado el espíritu burlón de su madre, exclamó:

—Más bien que el alma alemana, la pobre Lindner parecerá el alma de la mujer de un molinero en forma de saco de harina.

La representación de la obra tuvo efecto, y más de la mitad de las personas invitadas por el emperador se marcharon antes de que terminase.

En general las composiciones del emperador tienen siempre un carácter gótico, simbólico legendario ó alegórico, y se sitúa en un ambiente medioeval, á menos que esta época no se halle contra-indicada por el asunto.

En ese sentido retrospectivo, el drama histórico de Lauff, *Los Burgraves*, del cual fué Guillermo no sólo colaborador, sino iniciador esencial, representa quizá el ideal del kaiser en materia dramática. El director del teatro de Hamburgo, Sr. de Berger, ha escrito: «Si las obras del poeta Lauff han tenido poco éxito, hay que culpar únicamente al mismo Lauff. Éste no tiene vigor bastante para poner en obra las poderosas concepciones del emperador. El emperador imagina tipos de un vuelo sobrehumano, mundial; quiere belleza torrencial y un arte fastuoso. ¿Y no es ese el sueño de todo verdadero artista?»

Pase lo de la belleza torrencial, pero no nos parece justo que al pobre Lauff se le haga único responsable del fracaso de obras, de las cuales fué Su Majestad inspirador directo.

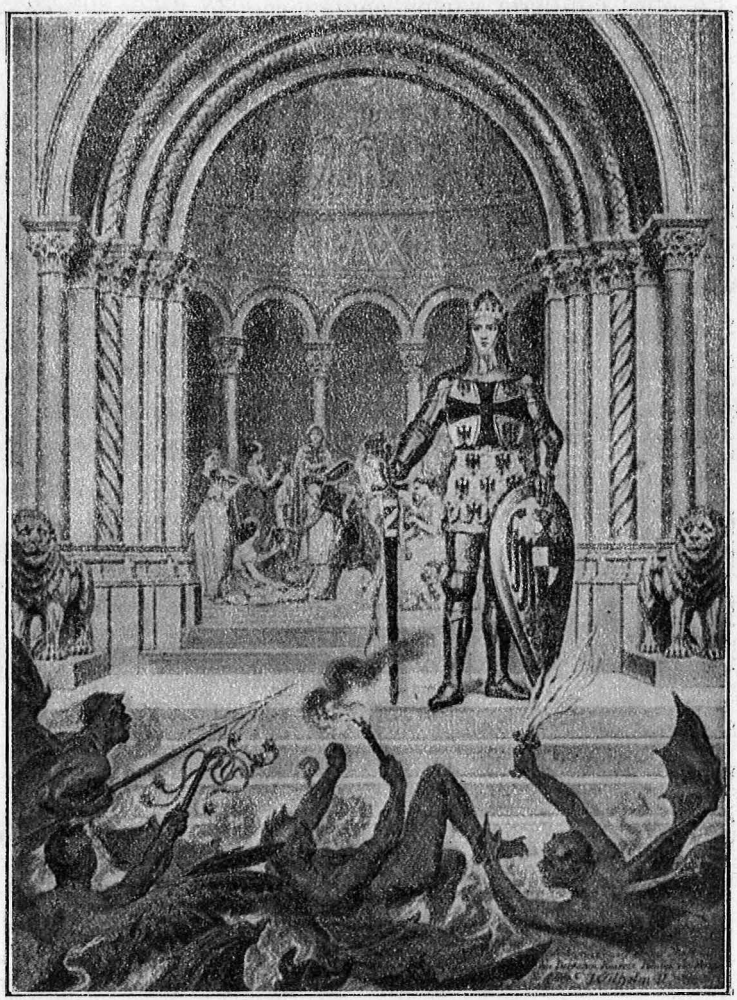
Como pintor, Guillermo debutó ya oficialmente en 1886, exponiendo en el *Salón* de Berlín una marina firmada con su nombre. Esta marina parecía obedecer á dos fines, pues edificaba á las almas idealistas con las

cumbres nevadas del último término y sugestionaba á los espíritus belicosos con un soberbio buque de guerra, que en el centro hacía ejercicios de tiro.

Posteriormente, y siendo ya emperador, Guillermo se entregó al símbolo puro con las dos grandes composiciones, que terminó Knackfuss: *El Miguel Alemán*, y *Pueblos de Europa, ¡velad por vuestros bienes más sagrados!* Este último asunto le fué inspirado al kaiser por la aprensión de un peligro amarillo, implicado en la evolución vertiginosa del pueblo japonés. Pero, ¿cuáles son nuestros bienes más sagrados? La leyenda, tan alegórica como el cuadro, alude, sin duda, á las conquistas de la civilización, que no se prestan mucho al símbolo. En la otra pintura, el viejo *Miguel Alemán*, que el moderno espíritu germánico había convertido en una especie de Juan de las Viñas grotesco, se ha transformado en un arcángel sin alas, con armadura de hierro, la mano derecha apoyada en su espada y la otra puesta sobre su coraza, velando por la seguridad del imperio alemán, ó mejor dicho, por el mantenimiento de la paz europea. Al pie del croquis dibujado por el emperador hay esta leyenda, que no carece de grandeza: «Ni amigo ni enemigo de nadie.» Pero, ¿qué pensarán de esta altiva divisa las otras dos potencias de la Triple Alianza?

Otra composición, debida enteramente á la mano del emperador y vulgarizada en Alemania por el grabado, representa un combate naval.

Hermann Knackfuss, á fin de perpetuar en un cuadro el recuerdo del viaje imperial á Tierra Santa, ejecutó, por encargo del kaiser, una composición de dimensiones colosales, representando la entrada de los



El Miguel Alemán,
boceto de Guillermo II, terminado por el profesor Knackfuss

emperadores y de su numeroso séquito en Jerusalén. La obra contiene varios centenares de figuras, unas cuarenta de las cuales son retratos muy parecidos. El pintor había tomado parte en la excursión á Palestina y hecho sobre el terreno numerosos estudios para este inmenso cuadro.

La universalidad de Guillermo II se extiende á todas las ramas de las artes plásticas y decorativas.

No sabemos si practica la escultura, pero creemos poder afirmar que muchos grupos esculpidos de monumentos, varios motivos de joyería y hasta un campanario (el del templo evangélico alemán de Jerusalén) proceden de croquis dibujados por el emperador.

Es digno de particular mención el arcángel que se yergue sobre el campo de batalla de Saint-Privat (1). No sabemos si ese arcángel, que sin cesar reaparece bajo el lápiz de Guillermo, es simplemente la forma plástica que encarna sus ambiciones políticas de intimidación para el mantenimiento de la paz.

¿No es él mismo, según la frase de algún biógrafo, «una especie de San Miguel sin alas,» pero que «á nada humano es ajeno,» como él lo escribe y lo prueba sin cesar?

Parece que Guillermo ha renovado todo el arte heráldico alemán, dotando de un nuevo estilo los blasones, escudos, armas é insignias decorativas, hasta los guiones de los clarines y los emblemas que adornan las proas de los buques de guerra, algunas de las cuales ostentan motivos de ornamento, dibujados por el kaiser.

(1) Saint-Privat, pueblo situado cerca de Metz, donde se libró, el 18 de agosto de 1870, una sangrienta batalla entre franceses y alemanes, siendo para estos últimos la victoria.

Éste ha manifestado claramente de palabra y por escrito sus ideas y teorías en materia de arte. Contestando á una escritora francesa que le visitó en el palco imperial del teatro de Wiesbaden, Guillermo dijo:

«El teatro no es sólo un poderoso agente de instruc-

¡Pueblos de Europa velad por vuestros bienes más sagrados!
Boceto del emperador Guillermo II terminado por el profesor Knackfuss

ción, de propaganda, de moralización..., debe ser también elegancia, belleza, fantasía, sueño... No debe salirse de él desalentado y débil, sin más que el recuerdo de las visiones amargas y engañosas, sino reconfortado para la lucha, con más bondad en el alma, dispuesto á marchar más jovialmente hacia el ideal á que aspira todo ser humano. ¡La vida ya se encarga de recordarnos cada día las tristes realidades! Los autores modernos, que se complacen cada vez más en evocarlas en la escena, hacen obra malsana y depresiva...»

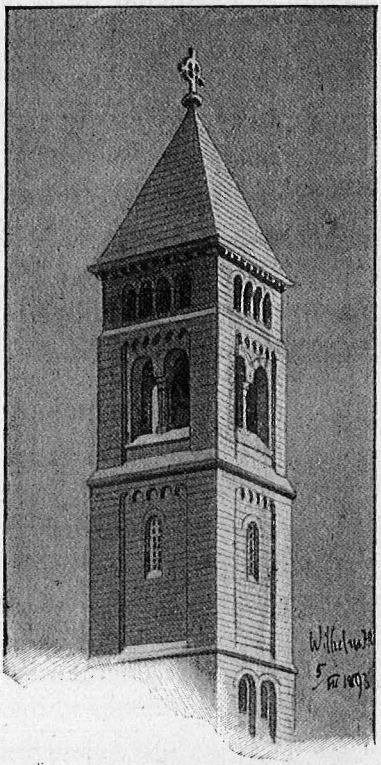
En los *Kaiserreden* hallamos análogas teorías sobre la misión moral del teatro, expuestas en 1898 ante una asamblea de actores de los teatros subvencionados de Berlín:

«Al subir al trono, hace diez años, era yo, merced á la educación paterna, el más ferviente de los idealistas. Convencido de que el primer deber de los teatros reales consiste en mantener en la nación ese culto del idealismo al cual, á Dios gracias, nuestro pueblo se mantiene tan fiel todavía, y cuyas fuentes calurosas distan mucho de agotarse, me había propuesto firmemente hacer del real uno de mis instrumentos de dilección, un instrumento comparable á la escuela y á la universidad que tienen la misión de formar la generación que sube é inculcarle el respeto á las más altas tradiciones morales de nuestra querida patria alemana. Porque el teatro debe contribuir también á la cultura del alma y del carácter y á la elevación de las costumbres. *Sí, el teatro es también una de mis armas...* Todo monarca tiene el deber de preocuparse del teatro, precisamente porque, en sus manos, puede convertirse en una fuerza incalculable.»

En un banquete que, en diciembre de 1901, ofreció á los escultores, el kaiser pronunció estas palabras:

«¿Cuál es exactamente la situación del arte en el mundo? Toma sus tipos de la naturaleza, bebiendo directamente en las fuentes de nuestra madre común; y, á pesar de su aparente é ilimitada independencia, esa naturaleza se mueve con sujeción á leyes inmutables dictadas por el mismo Creador, y que no pueden ser quebrantadas sin peligro de la evolución del mundo. Lo mismo sucede con el arte, y experimentamos aná-

logo sentimiento en presencia de los restos magníficos de las antiguas edades clásicas: ahí reina también una ley eterna é inmutable, la ley de la Belleza, la ley de la Harmonía, la ley de la Estética. Esta ley, los antiguos la expresaron de una manera tan sorprendente, tan inimitable, y en forma tan perfecta que, nosotros, con todas nuestras sensaciones modernas y toda nuestra habilidad, nos enorgullecemos de que una obra particularmente acertada nos valga la aprobación de ser considerada *casi* tan buena como las similares del tiempo de los romanos. Por esto no puedo menos de deciros que la escultura, en gran parte, ha permanecido exenta de toda tendencia ú orientación moderna, digámoslo así; sigue siendo un arte elevadísimo: mantenedlo á ese nivel, sin permitir que las corrientes de opinión ni las sutilezas de escuelas minen las sólidas bases en que se apoya. Todo arte que infringe las leyes y los límites que acabo de indicar no es arte, sino un oficio, una industria en



Campanario del templo evangélico alemán de Jerusalén, proyecto del emperador Guillermo II.

que un verdadero arte no debe nunca degenerar... Con esa palabra, libertad, sin cesar evocada, se va directamente á la licencia, á los más presuntuosos excesos... El que se emancipa de la ley de la Belleza, del sentimiento de la Estética y de la Harmonía, que reinan en el fondo de todo corazón humano, aunque no siempre pueda expresarlos, peca contra las mismas fuentes primordiales del alma.

»Hay más: el arte debe concurrir á la educación del pueblo, debe ofrecer á las esferas más humildes la posibilidad de renacer al ideal, después de la dura labor. Los grandes ideales siguen siendo bienes duraderos para nosotros, alemanes, mientras que los demás pueblos les han dejado peligrar más ó menos. No queda más que el pueblo alemán para desempeñar ese elevado papel que consiste en cultivar las grandes ideas y perpetuar su duración; y el primero de esos ideales nos impone el deber de dar á las clases qne trabajan y padecen la posibilidad de disfrutar de la belleza y de arrancarse así al círculo habitual de sus preocupaciones. Pero cuando el arte, por el contrario, (como es cada vez más frecuente), se esfuerza en mostrarnos la miseria bajo un aspecto más horrible de lo que es en realidad, digo que ese arte peca contra el mismo pueblo alemán.»

Los conceptos que preceden se prestan mucho á la crítica, pero como este trabajo nuestro no es obra de polémica, sino de observación y estudio, nos limitaremos á decir que Guillermo quisiera imponer al arte una misión emancipadora que, á nuestro juicio, sólo puede realizar la ciencia.

Poco tiempo después de que la corte hubo dejado el

luto por la muerte de los emperadores Guillermo I y Federico III, empezó el kaiser su activa campaña de reforma literaria de los teatros reales. Se constituyó en verdadero censor, leyendo ó haciéndoseleer las obras. Repartía papeles y asistía á los ensayos. Muchos de los programas eran obra suya. La obra que escribió en colaboración con Wildenbruch para el centenario de Guillermo I, le valió acerbas críticas. Todos los que asistieron á su representación comprendieron que el kaiser, al poner á su abuelo en el pináculo de la historia, tendía á asegurar su propia glorificación.

Boceto de una copa de plata ejecutado por el emperador Guillermo II

Los amigos de Su Majestad se limitaron á sacudir tristemente la cabeza, pero los demás no se recataron de manifestar su opinión.

Para otro festival, organizado en septiembre del mismo año de 1897 en honor de la visita de los reyes

de Italia, Guillermo escribió, en colaboración con el capitán von Lauff, un drama que se representó en Wiesbaden con un éxito algo más lisonjero que el anterior.

Á veces, con motivo de un incidente pasajero, Guillermo dispone de pronto inesperadas fiestas, y entonces hay una verdadera revolución en la corte.

El festival Menzel, organizado en junio de 1895, en el palacio real de Sans-Souci, cerca de Potsdam, fué, en la materia, una curiosa manifestación de la originalidad del kaiser.

En una reunión se vino á hablar incidentalmente, á propósito de los ochenta años del pintor Menzel, de la imposibilidad en que el artista se había encontrado años atrás de ver alumbrado el histórico salón de música de Federico el Grande, cuando nada hubiera podido serle tan agradable como presenciar ese espectáculo antes de terminar su célebre cuadro: *Concierto de flauta en Sans-Souci.*

—Es posible—dijo el duque Gunther,—que al conde Keller (1) le asustase el gasto de bujías que semejante espectáculo hubiese ocasionado.

—Yo creo más bien que desconocía la reputación de Menzel—replicó el escultor Vegas.

Al oir estas últimas palabras, el kaiser intervino en la conversación.

—¿Quiere usted decir—preguntó vivamente,—que el mayordomo de mi tío ignoraba el talento del pintor favorito de los Hohenzollern?

—No es mi intento acusar á un difunto—contestó Ve-

(1) El conde Keller era el mayordomo mayor de palacio durante el reinado de Federico Guillermo IV.

gas,—pero, desgraciadamente, todas las apariencias están contra él. Sea como fuere, yo sé por Menzel mismo que el mayordomo, no tuvo con él ninguna complacencia. No podía entrar en palacio sino con las visitas ordinarias y tuvo que terminar su cuadro con indicaciones tomadas en los museos.

—Entonces—replicó enfáticamente el emperador,—yo pagaré la deuda de Prusia á Menzel. Dentro de tres días, daremos en Sans-Souci una representación del *Concierto de flauta*. Es preciso que el programa de la fiesta quede resuelto mañana mismo, á las seis de la mañana. Pero Menzel debe ignorarlo todo. Se le invitará simplemente para una velada musical seguida de cena.

Vos personificaréis la princesa Amelia—dijo á la emperatriz.—Y vos, Kessel,—añadió dirigiéndose al ayudante de campo que era entonces comandante del primer regimiento de la Guardia, elegid los oficiales más gallardos para representar el cuarto militar del rey.

Luego dijo á Eulenburg:

—Procuraos los mejores artistas de la orquesta de la Ópera para tocar las composiciones del gran Federico y contratad también á Joachim (1).

Tomó en seguida el brazo de la emperatriz, dió brevemente las buenas noches á su convidados y á la corte, y se retiró á sus habitaciones particulares.

El conde Eulenburg aún no había pronunciado la frase de rúbrica: «Señoras y caballeros, Sus Majestades ya no les necesitan esta noche,» cuando la condesa Brockdorff y otra dama de honor eran llamadas al

(1) El famoso violinista.

tocador de la emperatriz, donde encontraron á la soberana presa de una grande agitación.

—¿Qué hacer?—les dijo.—¿Dónde encontraré un traje en tan breve tiempo? Aun telegrafiando en seguida á Viena, el vestido no podría ser confeccionado y expedido á tiempo.

Sus damas de honor la tranquilizaron diciéndole que seguramente se encontrarían en las cómodas y armarios de Su Majestad los encajes y bordados necesarios para el traje en cuestión, que cualquiera de las grandes modistas de Berlín haría en veinticuatro horas, siendo fácil comprar el raso y el terciopelo que hiciesen falta.

Así se hizo y Augusta Victoria nunca estuvo más hermosa que con el pintoresco traje de la real abadesa de Quedlinburgo.

En el festival de Sans-Souci, todas las damas de honor vestían trajes al estilo del de Su Majestad. Guillermo II llevaba el uniforme de coracero de la época de Federico el Grande. Su rostro, generalmente grave, parecía más alegre, gracias sin duda, al colorete y á la peluca enpolvada que, según los cronistas menos benévolos, le sentaba muy bien.

Á la puerta principal del castillo, Sus Majestades fueron recibidos por el coronel von Kessel, que llevaba igual uniforme que el emperador y tenía bajo sus órdenes una compañía de coraceros gigantes, en traje de la época, con casaca azul y encarnada, polainas blancas que les llegaban á la rodilla y cascos dorados sobre pelucas empolvadas.

La escena del cuadro de Menzel pasa en el salón de música de Federico el Grande. La pieza estaba brillantemente alumbrada con profusión de bujías, sin duda

más de lo que lo estaría durante el reinado del que obligaba á la reina madre y á la reina consorte á esperarle á la luz de una simple vela de sebo.

Aquel día, Guillermo II dió pruebas de ser un excelente director de escena.

El festival fué una verdadera representación.

En un ángulo de la sala, se hallaban reunidos los músicos contratados para el concierto, en traje de etiqueta del siglo XVIII: casaca de seda ó terciopelo de largos faldones, calzones de raso, zapatos de hebilla y peluca.

Después de haber colocado á todos los artistas, Guillermo II hizo que trajeran una copia del cuadro de Menzel, y dirigiéndose á cada uno de los personajes representados, les dió los últimos consejos.

De pronto, el kaiser preguntó:

—¿Dónde está Quanz (1)? ¿Dónde está Graün (2)? ¿Dónde está Mauperthuis?

Tres actores del Teatro Real contestaron al llamamiento.

—¿Han estudiado ustedes sus papeles?—añadió el emperador. Colóquense en los puestos que les han sido designados y no se ocupen de otra cosa. Representen como si estuviesen en la escena y el emperador en su palco.

Las damas de palacio tuvieron que someterse también á las observaciones de Su Majestad.

Guillermo fué á colocar á la emperatriz, que había estudiado con sus damas de honor el papel de princesa Amelia durante veinticuatro horas.

(1) El profesor de Federico el Grande.
(2) El compositor.

El emperador corrió en seguida al vestíbulo para desempeñar sus funciones de ayudante de campo general, y todo el mundo respiró.

Mientras tanto, Menzel se había apeado del coche. Al subir la escalera, maravillóse de ver tan gran número de uniformes antiguos. El viejecito llevaba un frac raído, y el gabán sobre el brazo. Su sorpresa no tuvo límites, cuando el coronel von Kessel le salió al encuentro, dándole la bienvenida en términos ceremoniosos. Después que Kessel hubo terminado su discursito, apareció el emperador, sombrero en mano. Menzel comprendió entonces que era objeto de una manifestación altamente halagüeña y sometióse á ella de buena gana.

Guillermo recitó entonces al maestro las cuarenta estrofas de una composición poética en que se cantaban los altos hechos de los reyes de Prusia.

Menzel contestó con graciosa oportunidad:

—Creo que tengo el honor de hablar con el ayudante de campo general, barón von Lentulus. Ruego, pues, á Vuecencia que transmita á Su Majestad el rey mis gracias más sinceras por este honor inesperado.

La representación tuvo efecto con el mayor orden.

Cuando el emperador se hubo sentado al lado del artista, empezó el concierto de flauta de Federico, que es la mejor composición del gran rey.

La velada terminó con una cena en el Salón de Mármol, así llamado porque sostienen su cúpula dieciséis columnas de mármol blanco.

El emperador había hecho preparar una mesa redonda igual á la de su ilustre antepasado; pero si era fácil reconstituir una mesa, no lo era tanto tener por comen-

sales á otro Voltaire y á otra Margravina, que fuesen respectivamente dechados de sabiduría y de gracia.

Después de la cena, mientras Sus Majestades y la

Menzel entrando en el palacio de Sans-Souci, invitado por el emperador

mayoría de sus convidados admiraban en el parque las fuentes luminosas, otros volvían al salón de música para examinar de cerca aquella estancia que fué teatro de los amores de Federico.

Para dar otra prueba de la caprichosa originalidad de

Guillermo II, vamos á referir una aventura en que representó el papel de amable casamentero.

Á principios de 1892, teniendo su corte en Berlín, el emperador se enteró, por cierto periódico, de que un proyecto de matrimonio entre su ayudante de campo Herr von Huelsen, y la hija única del general von Lucadou parecía haber fracasado.

Llamó á dicho ayudante y le preguntó á boca de jarro:

—¿Por qué no se casa usted con la señorita Lucadou? Indudablemente haría usted buen uso de su fortuna.

—Dispense Vuestra Majestad, pero ¡ay! me es imposible casarme con esa muchacha.

—¿Por qué no, si yo apruebo el matrimonio?

Von Huelsen contestó sonrojado:

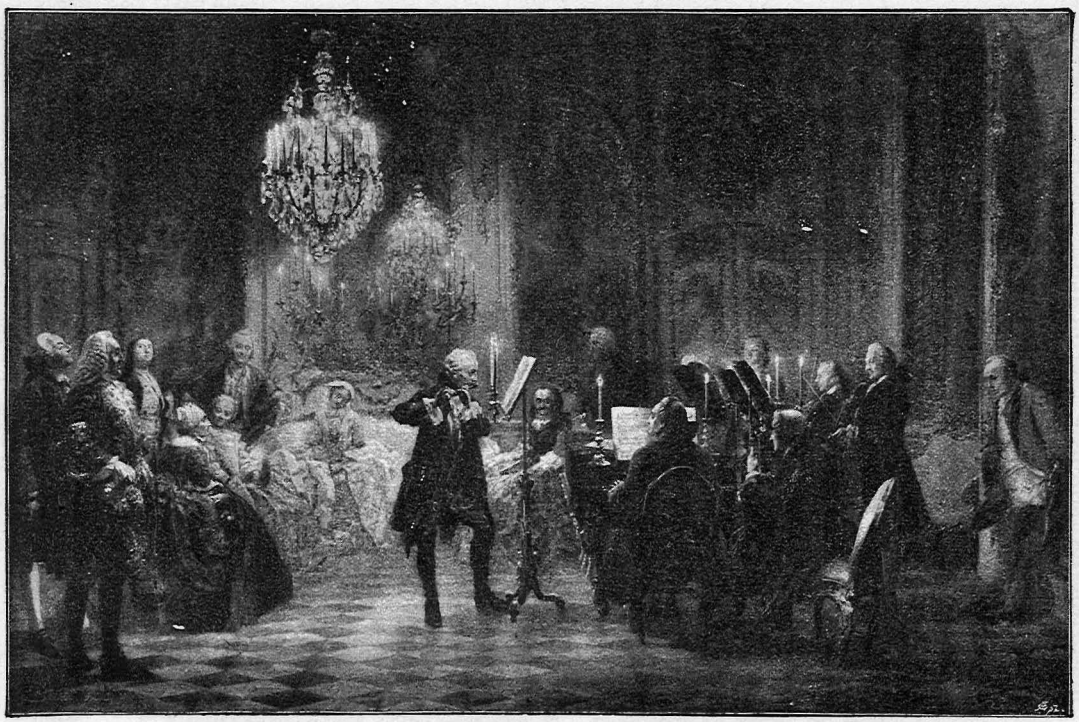
—Tengo á su madre contra mí, á causa de aquella pequeña aventura con la actriz Meyer, que Vuestra Majestad debe recordar.

—En efecto. Pero esa señora no tiene derecho á hacer oposición con motivo de una calaverada sin más consecuencias que un recluta más para mi primer regimiento de húsares. Vamos á ver, dígame con toda formalidad, ¿quiere usted casarse con esa muchacha?

—Vuestra Majestad sabe que me casaría con una negra si mi emperador me lo ordenase.

—Pues bien, le doy mi palabra de que esa esclava blanca le pertenecerá hoy mismo.

Veinte minutos después, Guillermo se presentó en casa del general von Lucadou, seguido de su *chasseur* portador de un magnífico ramo de rosas blancas. Era precisamente el cumpleaños de la joven y la casa estaba de fiesta.



CONCIERTO DE FLAUTA EN EL PALACIO DE SANS-SOUCI, cuadro de Adolfo Menzel (1852)

La llegada imprevista del kaiser produjo sensación. Sus primeras palabras fueron para felicitar á la señora de Lucadou por el casamiento de su hija con von Huelsen. Después Guillermo le ponderó en términos entusiastas las cualidades de su futuro yerno.

—Pero—objetó la dama sorprendida,—mi hija no posee mi consentimiento, y las felicitaciones tan halagüeñas de Vuestra Majestad parten de una falsa suposición. El mismo general es poco partidario de ese matrimonio.

—El general debe obedecer mis órdenes. En cuanto á usted, señora, espero que cambiará de opinión cuando yo le haya dicho que Huelsen es el marido que le conviene á su hija.

En este asunto, como en muchos otros, Guillermo se salió con la suya. La señora de Lucadou cedió y el matrimonio se verificó algún tiempo después, con asistencia de Sus Majestades.

CAPÍTULO XV

Caída de Caprivi. – El príncipe de Hohenlohe, canciller del imperio. – Primer papel político de la emperatriz. – Satisfacción efímera. – La familia Hohenlohe. – Fondos á disposición de Su Majestad. – Nuevos anónimos. – Escándalo parlamentario. – La alta servidumbre de palacio citada en justicia. – El emperador y sus ministros. – Una lección. – Propósito del kaiser de ofrecer á España su apoyo armado contra los Estados Unidos. – Endiosamiento de Guillermo II. – Su valor sereno. – Su nerviosidad. – Sus ataques epilépticos.

El emperador no puede considerar los fondos que el Reichstag pone anualmente «á disposición de Su Ma-

jestad» (unos tres millones de marcos) como formando parte de su lista civil. Estos fondos deben emplearse en socorrer á los veteranos de las guerras ó á las víctimas de las grandes calamidades nacionales.

Pues bien; vamos á explicar aquí las circunstancias que condujeron al emperador á recurrir á ellos, para hacer frente á dificultades que hubieran podido transformar toda la política interior del Imperio.

El canciller conde de Caprivi había dimitido á consecuencia del proyecto de ley de instrucción primaria presentado por el conde Zedlitz, pero, retirado este proyecto, la emperatriz persuadió al sucesor de Bismarck que no abandonase su puesto.

Dos años después, en 1894, la opinión de Augusta Victoria sobre el canciller había canbiado, porque la soberana se sentía entonces cada vez más aislada con un marido siempre ausente y una familia que de día en día se le despegaba. Por tanto sintió la imperiosa necesidad de tener á su lado á un pariente que ocupara una gran situación y en quien poder apoyarse con confianza.

Como Waldersee no reunía condiciones para la cancillería, la emperatriz ambicionó este cargo para su tío el príncipe Hohenlohe.

Calcúlese, pues, la alegría que debió experimentar cuando, el 25 de octubre de 1894, el emperador, al regreso de su visita á Liebenberg, el castillo de Eulenburg, le rogó que escribiese á Estrasburgo á fin de saber si su tío estaría dispuesto á aceptar la cancillería.

Después de haber cumplido el encargo de su esposo, la emperatriz pasó la noche escribiendo una porción de

cartas, á su madre, á sus hermanas, á su hermano y á otros miembros de su familia que residían en Inglaterra, anunciándoles su dicha.

—He notificado á todo el mundo que mi marido al fin vivirá en paz, después que se haya desprendido de ese canciller quimerista y turbulento,—decía á sus damas de honor aludiendo á Caprivi.

El canciller conde de Caprivi

El emperador no tuvo la paciencia de esperar que la contestación á la carta de su mujer llegase de Alsacia.

El día siguiente, Herr von Lucanus, jefe del cuarto civil, fué, de parte del emperador, á pedir á Caprivi su dimisión inmediata. Cuando el canciller hubo obedecido á la intimación imperial, Guillermo telegrafió al príncipe Hohenlohe, á «tío Clodoveo», como le llamaban familiarmente los soberanos, rogándole encarecidamente que aceptase el puesto que le ofrecía.

El anciano príncipe contestó que dejaba á su esposa el cuidado de tomar una resolución. Si ella opinaba que su estado de salud le permitía aceptar, á su edad, tan pesada carga, él acudiría al llamamiento del emperador.

Inmediatamente, Guillermo le envió este telegrama:

«Augusta Victoria os espera esta noche en palacio.»

Las damas de honor estaban enteradas de estos acontecimientos por el emperador mismo que iba y venía sin cesar de sus habitaciones á las de la emperatriz. En el momento del te, el kaiser entró en el gabinete de su esposa y le dijo:

—Acabo de enterarme de que vuestra tía María (1) pasa el otoño en Aussee. Telegrafiadle en seguida diciéndole que el país tiene derecho á exigir de ella ese sacrificio. Hohenlohe me es indispensable. Es el único hombre de la situación.

La confianza que le mostraba su marido, llenaba de satisfación á la emperatriz.

—Una cosa es ser reina y otra cosa es reinar,—decía con orgullo Augusta Victoria, poco acostumbrada á ejercer la menor influencia política sobre su imperial esposo.

Hohenlohe capituló después de cuarenta y ocho horas de vacilación.

El 30 de octubre, Sus Majestades enviaron á la princesa María un telegrama dándole las gracias por su patriotismo y desinterés.

«Entonces, el palacio real fué un sitio habitable en que se puede dormir y comer tranquilamente, acostarse á horas regulares y vestirse sin ser llamada para descifrar un telegrama ó enjugar las lágrimas de nuestra Augusta señora», escribe una de las damas de palacio.

La soberana era feliz. Había desempeñado un papel político. ¿Por qué no había de llegar á ser otra reina Luisa?

(1) La esposa del príncipe Hohenlohe.

Desgraciadamente aquella felicidad duró poco. Aún no hacía una semana que «tío Clodoveo» ocupaba la cancillería, cuando una infinidad de individuos de la familia Hohenlohe (exactamente cincuenta y seis, dicen las crónicas) empezaron á importunar á la corte y á Sus Majestades con motivo del sueldo del canciller, que era inferior en cien mil marcos al del lugarteniente del emperador en Alsacia-Lorena.

El príncipe de Hohenlohe, canciller del imperio

«La situación de la familia no puede permitir tal sacrificio sin compensación,» gritaban á coro los Hohenlohe recalcitrantes. «El príncipe se debe ante todo á su familia y debe ayudar á su prosperidad.»

Otro de sus argumentos era este:

«Tío Clodoveo no es un solterón indiferente, sino un padre, abuelo y tío cuidadoso. Docenas de Hohenlohe, además de sus propios hijos, dependen del noble anciano; así es que, para ellos, la disminución de sueldo es una verdadera calamidad.»

Los peticionarios acabaron por decir que si Hohenlohe había consentido en aceptar la cancillería por com-

placer al emperador, éste venía obligado á resarcir la pérdida pecuniaria sufrida por el nuevo canciller.

El emperador no hizo caso de tales reclamaciones, hasta que recibió una carta anónima así concebida:

«Vuestra Majestad no debería mostrarse tan duro con Hohenlohe, por lo que toca á su sueldo, sobre todo, cuando es sabido el buen uso que tío Clodoveo hizo de su fortuna. Gracias á él, la duquesa Adelaida y sus hijos, entre ellos la emperatriz de Alemania, no murieron de hambre cuando el desgraciado Augustenburg (1) combatía por su trono.»

Esta carta llegó á Berlín y fué leída por el emperador el 15 de noviembre. Fué para él un golpe terrible la noticia de que su suegra y su esposa debían obligaciones al hombre á quien acababa de nombrar su criado en jefe. Desde aquel momento no pensó más que en hacer cesar las reclamaciones.

Aquella misma noche comieron en palacio los príncipes de Meiningen, el duque Gunther y la princesa heredera de Hohenzollern, y el kaiser les enseñó la misiva anónima.

—¿Supongo que no vais á mandar otra vez al pobre Kotze á las prisiones militares de Linden Strasse?—preguntó la princesa Carlota.

—Os aseguro que ese idiota amigo vuestro, me preocupa muy poco—contestó el kaiser. Lo que yo quiero, es evitar un nuevo escándalo; impedir que se propale el rumor de que la madre de la emperatriz aceptó la caridad de un Hohenlohe, y la única manera de conseguirlo, á mi entender, es tapar la boca á esa gente, dan-

(1) Duque de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, padre de Augusta Victoria.

do al canciller el mismo sueldo que al lugarteniente del emperador en Alsacia.

En seguida corrió otro rumor más grave: el de que Guillermo había resuelto aumentar en cien mil marcos anuales el sueldo de Hohenlohe, de los fondos que el Reichstag «ponía á su disposición» para socorro de soldados heridos y enfermos, de huérfanos ó viudas de militares, ó de víctimas de calamidades públicas.

Cesó el rumor y, durante algunos días, los soberanos se entregaron á los placeres de la estación. Tío Clodoveo iba con frecuencia á palacio, y sus relaciones con el emperador parecían cada vez más cordiales.

Pero, á fines del mes, otra carta anónima vino á turbar de nuevo la tranquilidad de Sus Majestades. Esta carta anunciaba próximos y grandes escándalos, porque la prensa conocía el asunto de «la disposición de fondos.» Sin embargo, durante unos cuantos días, no se oyó hablar de nada. Ya se creía que la carta reveladora era una simple mistificación cuando, de pronto, el 6 de diciembre, estalló el gran escándalo en el Reichstag. Los socialistas se negaron á levantarse cuando la asamblea honró al emperador con un hurra.

Guillermo recibió la noticia sin inmutarse.

—Si esa manifestación iba dirigida contra mí—dijo aquella misma noche en la mesa—ha errado el golpe, porque ni siquiera alcanzó á la punta de mis botas. Pero esa canalla socialista ha faltado gravemente á la dignidad de la asamblea, que debe pedirle satisfacción. Después de todo, eso me hace el caldo gordo, puesto que prepara el éxito del *Omsturz Vorlage* (1).

(1) El proyecto de ley antirrevolucionario.

Pero el kaiser no guardó mucho tiempo aquella aparente calma. Pocos días después, ordenó al príncipe de Hohenlohe que pidiese al Reichstag la autorización de encausar al *leader* socialista Liebknecht por crimen de lesa majestad; autorización necesaria para perseguir judicialmente á los diputados, por cuanto la Constitución garantiza la inmunidad parlamentaria durante las legislaturas. Gran furor en palacio cuando el Reichstag se negó á sentar un precedente tan peligroso.

Poco tiempo después, la *Post* de Berlín, órgano oficioso de las cancillerías, publicó un suelto desmintiendo una nota inserta en un obscuro periódico socialista, en que se afirmaba que el emperador y el canciller se habían puesto de acuerdo para apropiarse la *dotación pública.*

Con insigne torpeza, la *Post,* so pretexto de aclarar las cosas, refería cándidamente que el emperador, en recompensa de los servicios prestados por el príncipe de Hohenlohe, había tenido el gusto de darle una subvención de cien mil marcos, de los fondos de que disponía.

Durante la comida, el kaiser estuvo de mal humor y se mostró desagradable con todo el mundo. De pronto le trajeron un pliego oficial. Después de haberlo leído, dijo á la emperatriz:

—Vuestro tío me da las gracias por mi buena intención y abandona, al primer ataque del enemigo, la fortuna que he puesto en sus manos.

El emperador abandonó la mesa sin ofrecer siquiera el brazo á la emperatriz, que corrió tras él para averiguar la causa de aquella escena.

La alta servidumbre se reunió para cambiar impre-

siones, Al recogerse, damas de honor y funcionarios palatinos encontraron debajo de la puerta de sus respectivas habitaciones una convocatoria mandándoles comparecer, á las ocho de la mañana siguiente, ante el Auditor Real, con motivo de los anónimos. Su viaje de Potsdam á Berlín fué un verdadero viaje de recreo, y la instrucción judicial no dió ningún resultado.

En diciembre de 1895, Guillermo citó al canciller Hohenlohe, que tenía entonces setenta y ocho años, para la mañana siguiente muy temprano en la estación de Potsdam, á fin de acompañarle á Spandau, donde quería ver maniobrar en la nieve á unos regimientos provistos de un nuevo calzado.

El emperador quería que su venerable tío le leyese, durante el almuerzo, un informe sobre diferentes cuestiones á la orden del día.

La señora princesa espera á Vuestra Majestad en el cochesalón—dijo, al llegar á la estación, el conde Pückler, entonces intendente de los viajes.

—¡La princesa de Hohenlohe!—exclamó el emperador apretando el paso.—¿Estará enfermo mi canciller? Sería un contratiempo enojoso en este momento.

Y repitió su pregunta al hallarse en presencia de la princesa María, que le contestó:

—¡No está enfermo, á Dios gracias! Duerme sencillamente.

—¿Duerme, cuando su amo le ha convocado?

—¡Bah! ¡bah!, ¡señor sobrino! Recordaréis sin duda con qué condiciones aceptó el príncipe la cancillería. La primera de todas era que había que respetar su edad y su carácter. El telegrama citándole en Potsdam á las siete de la mañana, en pleno invierno, á su edad, me

ha parecido tan contrario á dichas condiciones, que he creído en un error de transmisión. ¿Vuestra Majestad quería simplemente que Clodoveo le trajese su informe? Pues yo os le traigo. He hecho bien, ¿verdad?

¿Qué podía hacer Guillermo sino tomar á bien la cosa?

—Todo lo que hace mi señora tía está bien hecho—dijo;—aunque ese proceder no es correcto, y la disciplina...

—¡Vaya, Guillermo!—replicó vivamente la vieja princesa.—Esas consideraciones podían ser oportunas con Caprivi. Entre iguales son odiosas. Desembarazadme de este documento.

—Gracias, tía,—dijo el kaiser en voz alta á fin de que le oyeran sus ayudantes de campo que se habían quedado á la puerta.—Siento la indisposición de mi tío Clodoveo. Moltke os acompañará á palacio, donde espero encontraros más tarde. Augusta Victoria se alegrará mucho de veros.

La emperatriz, celebró, sobre todo, que el encuentro entre su marido y su tía no hubiese tenido nada de desagradable.

Pero si los Hohenlohe podían obrar así, un Miquel, un Schœnstedt, un Thielmann ó un Hommerstein debe obedecer á todas las órdenes imperiales, so pena de destitución.

En invierno, tienen que estar á la disposición de Su Majestad desde las siete de la mañana.

En verano, el kaiser les cita á menudo para que le lean sus informes á las cinco y media ó las seis. Entonces el pobre ministro tiene que levantarse á las cuatro, pues la etiqueta exige que vaya á la audiencia imperial de gran uniforme, con sus condecoraciones, cal-

zón corto, media de seda y espada al cinto. Claro que esto no sucede todos los días, porque á Guillermo también le gusta dormir, y no da sus audiencias matinales sino cuando vuelve de viaje ó cuando sus placeres ó los ejercicios militares le absorben todo el tiempo.

Pero si no es muy frecuente que á un ministro se le llame á las siete de la mañana, los consejeros de la corona se hallan expuestos á verse arrancados á sus trabajos, á su familia y á su reposo á toda hora del día y de la noche.

En invierno, cuando caza en las cercanías del Palacio Nuevo, Guillermo II, á veces, regresa de pronto y se pone á trabajar, porque encuentra que hace demasiado frío ó por otra causa. Entonces vuelan por telégrafo estas órdenes: «Su Majestad ha dispuesto que von Miquel, ó el conde Posadowsky, ú otro ministro, se encuentre en el Palacio Nuevo á tal hora.» Y, á veces, cuando Sus Excelencias, acompañados de sus secretarios portadores de las carteras, llegan á Wildpark, el cochero de palacio les anuncia que el emperador se ha vuelto á cazar y volverá dentro de dos ó tres horas ó más. Entonces se vuelven á Berlín, donde á menudo reciben la orden de volver á Potsdam al poco rato.

El emperador se invita fácilmente á comer en casa de sus ministros, y suele avisar á su anfitrión media hora antes, notificándole que ha convidado á una ó más personas. Se cree infinitamente superior á sus ministros y á sus cancilleres.

Cuando, á primeros de octubre de 1897, el príncipe de Hohenlohe amenazó retirarse si el emperador ofrecía á la reina regente de España su apoyo armado, á fin de contrabalancear la intervención posible de los

Estados Unidos en los negocios de Cuba, Guillermo II, durante tres días, no habló más que de Federico el Grande, «que era su propio canciller y su propio Parlamento», y de la poderosa iniciativa de los Hohenzollern, «que saben precipitar los acontecimientos antes de que el enemigo tenga tiempo para recobrarse». Y añadía golpeándose el pecho:

—¡Pero Federico no ha muerto! Federico revive aquí, y su férrea mano cogerá á alguno por el cuello el día menos pensado.

Á pesar de sus amenazas, hasta ahora ha evitado la guerra, y no creemos aventurado suponerle cada vez más dispuesto á contribuir á la conservación de la paz.

Guillermo II es moralmente irresponsable de muchos de sus actos injustos ó descorteses, porque no es dueño de sí mismo. Está tan endiosado que mira al prójimo como cosa que no entra en cuenta. Y no exceptúa á nadie de esa especie de menosprecio, ni siquiera á su esposa; así es que cuando monta á caballo con ella y algún accidente la obliga á detenerse, él continúa tranquilamente su camino con sus ayudantes de campo, sus *grooms* y sus gendarmes, sin moderar el paso para que su mujer le alcance.

—La emperatriz,—dice él,—lleva sus damas y gentileshombres que se ocupen de ella.

No es pues de extrañar que el emperador considere todos los recursos del Estado como cosa propia. Según él, todo le pertenece. Dice: «mi ejército,» «mi marina», «mis fortalezas», «mis puertos», «mis fondos» (hablando de los tesoros del estado), «mi canciller», en el mismo tono que dice: «mi caballo», «mis hijos» ó «mis discursos».

Una vez, en Wilhelmshöhe, dijo á su antiguo profesor, el doctor Kins:

—Vuestro objeto principal ha de ser inculcar en la juventud el sentimiento de que la grandeza de *mi* imperio depende de la fuerza de *mi* marina.

Guillermo se cree un verdadero dios. En la nueva iglesia de la guarnición de Berlín, hizo distribuir Biblias con inscripciones del género de esta: «Marcharé entre vosotros; y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo.»

En agosto de 1897, pronunció en Coblenza el famoso sermón sobre los decretos de Dios, en que presentó su candidatura para el virreinato del Cielo.

En diciembre del mismo año, el príncipe Enrique, que no emite un concepto sin previa consulta con su augusto hermano, dijo en un inaudito discurso de despedida, que le valió amargas censuras, tan injustificadas como las que pudieran dirigirse á un fonógrafo: «Llevaré á lo lejos el Evangelio de la sagrada persona de Vuestra Majestad. Le predicaré á los que quieran oirlo y *á los que no quieran.*» Durante su viaje á Oriente, el kaiser envió de Constantinopla al príncipe de Bismarck el siguiente telegrama, fechado en 9 de noviembre de 1880: «Hacemos un excelente viaje. Tiempo espléndido. Efectos de color y de luz en tierra y en el mar, superiores á lo visto hasta ahora. Ayer el aire era tan puro que ví las montañas y el continente de Pelagomes, cosa que *ningún ojo humano* había podido contemplar jamás.»

Á pesar de su excesiva nerviosidad, Guillermo II es valiente y sereno, sobre todo en los momentos de peligro.

Asistiendo á una revista militar, en el campo de ma-

niobras de Bornstett, se le desbocó tres veces un fogoso caballo padre que montaba. La emperatriz y el príncipe Enrique, asustados, le rogaron que cambiase de cabalgadura, cosa fácil puesto que lleva siempre un caballo de reserva. Pero él no quiso. Despreciando el peligro, se empeñó en rendir al terrible animal, y consiguió su objeto.

Durante los disturbios de Berlín, en 1891, mostró un valor y una sangre fría admirables.

La nerviosidad de Guillermo le ha producido varios ataques epilécticos, que se ha procurado tener ocultos, pero que nadie ignora. Sufrió el primero en el verano de 1891, dos meses antes de su viaje á Inglaterra. Se le encontró en su tocador, tendido en el suelo bajo una butaca que había derribado al caer. De pronto corrió la voz de que habían asesinado al emperador; luego se dijo que éste se había suicidado. La verdad se supo cuando el kaiser, asistido por los médicos, se repuso del accidente. Desde entonces los ataques se han repetido, aunque no con tanta frecuencia. La explicación dada á la servidumbre de palacio por el mayordomo Eulenburg es peregrina:

—Su Majestad—dice Su Excelencia—tiene una manera particular de echarse violentamente en su butaca. No es, pues, de extrañar que la butaca ceda á veces á su peso.

CAPITULO XVI

El emperador y los partidos. – El discurso de Hamburgo. – La opinión pública. – La nobleza prusiana y alemana. – Relación de los partidos conservadores con la corona. – Duras medidas contra los rebeldes. – Conceptos erróneos de Guillermo en materia política. – Su personalismo en la esfera religiosa. – Una pastoral y una encíclica. – Conflicto de conciencia. – Guillermo II y los católicos. – Visitas del kaiser á León XIII. – Visita del canciller Waldersee al general de los jesuítas. – Guillermo, caballero del Santo Sepulcro.

«Ante todo, debe el pueblo deponer su afán de buscar el sumo bien en las tendencias cada vez más acentuadas de los partidos; es preciso que deje de poner el interés de la parcialidad por cima del bienestar general; es menester que enmiende su defecto hereditario de someterlo todo á una crítica desenfrenada y que se detenga ante los límites que le trazan sus más vitales intereses.»

Así habló el emperador Guillermo en Hamburgo en 18 de octubre de 1899.

El kaiser se lamenta del espíritu de partido, pero no consigue dominarlo, y aun puede decirse que ese espíritu nunca ha dejado oir su voz de un modo tan estridente como de algunos años á esta parte.

Rodolfo Gueist, en su «Sistema del *Selfgovernment*»,

ha dicho: «¿Qué es la opinión pública? La opinión pública puede ser una gran fuerza, la fuerza irresistible del espíritu nacional que en épocas grandes y tormentosas es capaz de guiar á un gobierno de Estado; puede ser una potencia que en los tiempos tranquilos determine la dirección de un gobierno por medio de la pulsación igual de las corporaciones públicas que sienten de una misma manera y con un mismo espíritu los deberes colectivos. Pero es algo muy pequeño y muy poco seguro cuando no es más que la suma de las impresiones inmediatas que sienten las grandes y pequeñas sociedades industriales y los suscriptores de grandes y pequeños périódicos en presencia de los sucesos del día.»

Y ha querido la fatalidad que desde 1880 hasta las jornadas de diciembre de 1906 hayan sido, no aquellos poderes irresistibles, sino estas fuerzas pequeñas é inseguras, las que han pretendido señalar los derroteros de la gobernación del Imperio germánico.

Ya desde el primer gran conflicto, el surgido entre el gobierno y los elementos conservadores del pueblo, el personalismo apareció tan en primer término, que, de ello solo, podían derivarse funestas consecuencias. Entonces cuando la cuestión de los tratados excitaba en tan alto grado el interés público, el emperador hizo saber *urbi et orbi* que en la oposición de las derechas no veía una lucha contra un ministro sino contra el que ceñía la corona, y que consideraba toda contradicción como malevolencia contra sus propósitos de padre del pueblo.

Esta apreciación tuvo entonces consecuencias sociales que, como la exclusión de los condes de Kanitz y

Mirbach de la lista de los invitados imperiales, hirieron profundamente el sentimiento monárquico del elemento antiguo prusiano y la dignidad de aquel estamento cuyos miembros habían merecido ser calificados por el emperador, en su discurso á los caballeros sanjuanistas, de «los más nobles de la nación.»

La nobleza ha representado siempre en Prusia, y conserva en Alemania un papel preponderante.

En veinte años, y, sobre todo, desde 1880, ha llegado, de éxito en éxito, á concentrar en ella toda influencia y todo crédito.

En 1900, reina y gobierna en las Cámaras. En las administraciones públicas, sus representantes tienen acaparados los caminos del poder y defienden en él sus teorías ó expresan las tradiciones de una casta y los intereses de una clase.

Son realistas porque para ellos son los favores reales; son reaccionarios, porque el principio de su fuerza está en el pasado; son proteccionistas porque suya es la propiedad rural.

Mientras duró Bismarck en el poder, tuvieron que contentarse con la parte que éste les cedía; después de la retirada del canciller de hierro, han ganado terreno constantemente.

En 1892, hicieron salir al conde Caprivi del ministerio prusiano, y, en 1894, le hicieron arrojar de la cancillería del Imperio.

El discurso de Guillermo II en Königsberg poniendo la patria bajo la guardia de la nobleza, las leyes represivas propuestas por el príncipe de Hohenlohe y las elecciones de 1898 les hicieron perder toda mesura.

En 6 de septiembre de 1894, dirigiéndose á los Esta-

dos de la Prusia oriental, el kaiser expuso, con una dureza hasta entonces nunca oída, la relación de los partidos conservadores, que estaban en la oposición, con la corona. Entonces dijo que la oposición de la nobleza prusiana al emperador era un absurdo, y añadió: «Todos los días me esfuerzo por ayudaros; pero vosotros habéis de apoyarme en ello, no con tumultos, no apelando á medios del partido profesional de la oposición que tan á menudo y con razón habéis combatido, sino conversando, confiados, con vuestro soberano. Mis puertas están siempre abiertas á todos mis súbditos, y á todos escucho gustoso. Que este sea, en lo sucesivo, vuestro proceder, y consideraré como borrado todo cuanto ha sucedido.» Y terminó diciendo: «Del mismo modo que la hiedra se enrosca en la nudosa encina, la adorna con su follaje y la protege cuando las tempestades agotan su copa, adhiérase á mi casa la nobleza prusiana. ¡Ojalá que ella, y con ella toda la nobleza alemana sean un esplendente ejemplo para los elementos del pueblo que aún vacilan! Vayamos, pues, juntos á la lucha. ¡Adelante con Dios, y caiga la infamia sobre el que abandone á su rey!»

Al hablar así, prescindió el emperador de la doctrina constitucional de que los ministros, y no el soberano, son los directores del sistema político, y contra ellos va la oposición. Sus palabras motivaron el que un periódico conservador escribiera: «Si en lo sucesivo los nobles no pueden hacer oposición á la corona, es preciso, si pertenecen al Parlamento, que renuncien á su nobleza ó á su mandato, y que, en adelante, no se presenten candidatos en las elecciones, ni formen parte de la Cámara de los Señores.»

Cuando la enérgica agitación de la Liga de Agricultores contra el sistema económico de Caprivi, también la interpretó Guillermo II como dirigida á él personalmente.

Lo propio sucedió con motivo del proyecto del gran

Doctor von Miquel, ministro de Hacienda del imperio alemán

canal, que las derechas combatieron, contando en 1901 con el concurso paradójico del señor de Miquel, ministro de Hacienda y vicepresidente del ministerio prusiano. Á pesar de tratarse no de grandes principios políticos sino de una cuestión de utilidad económica que debía decidirse estudiándola desde el punto de vista de los hechos, el emperador vió en aquella actitud de

las derechas un reto personal, y recogiendo el guante resolvió luchar sin consideración alguna.

También entonces se adoptaron duras medidas contra los rebeldes; algunos fueron borrados de la lista de la corte, entre ellos el conde Limburg-Stirum, quien, además, se vió desposeído de la categoría de embajador.

Llegó un momento en que los conservadores, aun los más realistas, salieron al palenque en defensa de la monarquía, pero contra el emperador y sus procedimientos, haciendo públicamente esta declaración: «Vemos con inquietud que ciertas manifestaciones de Su Majestad el emperador, siempre ciertamente inspiradas en los más levantados motivos, han contribuído no pocas veces, algunas por haber sido mal interpretadas, á colocar en una condición difícil nuestra política exterior.

»Movidos por la aspiración de preservar el prestigio imperial de toda crítica y de toda discusión que no le son convenientes, é impulsados por el deber de evitar al imperio y al pueblo alemanes complicaciones y perjuicios, nos creemos obligados á expresar respetuosamente el deseo de que en lo porvenir se guarde una mayor circunspección en tales manifestaciones.»

Esta protesta la hacían, entre otros, hombres como Heydebrand, Kröcher, Manteuffel, Mirbach y Normann.

El personalismo del emperador se ha dejado sentir también en la esfera religiosa, dando lugar á malas inteligencias muy graves, tanto más cuanto que la intervención personal del soberano en los asuntos del clero protestante contrasta notablemente con su conducta para con los dignatarios de la Iglesia católica, y hasta para

con los más celosos adalides de la *Ecclesia militans*.

En mayo de 1896 publicóse el siguiente telegrama del emperador á su íntimo el barón de Stumm: «Stöcker ha tenido el fin que yo previ hace años. Los pastores políticos son un absurdo. El que es cristiano es también

El papa León XIII

socialista; el socialismo cristiano es una locura y engendra la exageración del propio mérito y de la impaciencia, cosas ambas contrarias al cristianismo. Los señores pastores han de cuidarse de la salvación de las almas y han de practicar el amor al prójimo, dejándose de la política que no les importa poco ni mucho.»

Este telegrama tuvo especial importancia porque en él hablaba no sólo el jefe del Estado sino también el obispo supremo de la Iglesia evangélica, para decir á su clero todo lo contrario de lo que al suyo recomenda-

ba el jefe de la Iglesia católica, el papa León XIII, quien en una encíclica ordenaba á los soldados de la iglesia militante tomar parte en las luchas políticosociales.

Aquel mandato del emperador puso en grave conflicto de conciencia á muchos de los miembros del clero protestante y no de los menos conspicuos; pero, al mismo tiempo, suscitó la duda siguiente: la prohibición de ocuparse en las cuestiones palpitantes del día ¿rezaba sólo con los pastores evangélicos, ó había de ser también para los sacerdotes católicos, veintinueve de los cuales formaban parte del Reichstag alemán, en donde gozaban de una situación preponderante? Si sólo rezaba con los primeros, el clero protestante había de hallarse menos armado que los soldados del papa.

Si el emperador se hubiese limitado á condenar la exaltación de unos cuantos ó á censurar una agitación fogosa é indiscreta, en vez de rechazar, en general, todos los esfuerzos del clero para intervenir activamente en las luchas de la actualidad, no se hubiera producido ningún conflicto. Pero el que ha de tomar por modelo al fundador de la doctrina evangélica, á Martín Lutero, no puede olvidar que éste intervino como ningún otro en la vida social de su tiempo.

¿Qué males ha causado la intervención del clero en la vida pública de la nación alemana? Nuestra época ha resucitado las ideas sociales; pues bien, al lado del socialismo del Estado, de la razón fría, se ha colocado el socialismo cristiano para combatir con él contra la revolución, para poner en harmonía la vida social con las doctrinas del Salvador. Y el kaiser, al decir que «los pastores políticos son un absurdo,» daba á entender que quería prescindir de uno de sus más valiosos

auxiliares en esa lucha, y establecía entre el clero evangélico y el católico una diferencia muy poco favorable para el primero.

Desde la fecha de aquel telegrama, el emperador no ha repetido los conceptos en él expresados, pero no los ha rectificado tampoco; y, en cambio, ha dado nuevas y mayores muestras de su estimación á los miembros de la iglesia católica.

El cardenal Kopp

Guillermo II, muy al revés de Bismarck, ha hecho siempre cuanto ha podido para bienquistarse con la curia romana y borrar el recuerdo de la *Kulturkampf* (1). Ya desde muy joven, cuando no era más que príncipe, se dejó llevar, en su juicio sobre los adalides de la iglesia romana, de un optimismo que estaba en pugna con la realidad; y olvidando aquella sentencia de Bismarck, según la cual «no hay diplomacia más diestra y aguda que la del Vaticano», tuvo palabras de elogio y de agradecimiento para el cardenal Kopp, para el profesor Scheuffgen de Tréveris y para el mismo monseñor Galimberti:

«Estoy extraordinariamente satisfecho, escribía en

(1) Lucha por el culto.

aquel entonces, de que haya terminado la *Kulturkampf*. Últimamente se han acercado á mí muchos católicos ilustres, como Kopp y otros, y me han honrado con una absoluta confianza que me hace mucho bien. Repetidas veces he tenido también la suerte de hacerme intérprete de sus deseos y de prestarles algún favor, de modo que también á mis humildes esfuerzos ha sido concedido el contribuir á esa obra de paz, lo cual me complace en extremo.»

Y en los hechos posteriores del emperador se ve el mismo deseo de reconciliarse con la curia. Personalmente se ha acercado repetidas veces á los más altos dignatarios del catolicismo, convencido de que la inteligencia de persona á persona destruiría los profundos é inextinguibles antagonismos y sellaría una paz eterna.

Ya en la segunda visita que hizo á Roma, León XIII quedó encantado del modo de ser del emperador, y desde entonces pudo verse que la táctica de la diplomacia romana consistía en entonar los más entusiastas himnos en loor del que ceñía la corona imperial alemana, sin perjuicio de continuar lanzando al mundo el anatema contra los herejes.

Y aquella táctica tuvo su eco en los círculos afectos al Vaticano; así, cuando visitó por tercera vez al papa, estaban en primera fila, entre los que le saludaban, peregrinos y monjas, sacerdotes y frailes, testimoniándole sus simpatías.

Guillermo II rodeó su visita del mayor aparato, y un diario católico dijo: «Fué un cuadro conmovedor ver al emperador Guillermo salir al encuentro del Padre Santo y cogerle cordialmente ambas manos y besárselas.»

En aquellos días el conde Waldersee fué enviado á

Entrevista del papa León XIII con el emperador Guillermo II en el Vaticano, el día 3 de mayo de 1903

Fiésole para saludar al general de los jesuítas, y de labios del cuarto canciller salió la noticia de que Prusia estaba dispuesta á admitir de nuevo á los hijos de Loyola.

Cierto es que, en algunas ocasiones, el emperador ha halagado á la Iglesia evangélica, y, si no él, su hermano el príncipe Enrique en su nombre, ha hablado de la necesidad de un movimiento antiultramontano; pero estas manifestaciones han sido puramente circunstanciales, hijas del momento; así, por ejemplo, dos meses después de haber indicado aquella necesidad, lo vemos, rodeado del canciller y de sus ministros, recibir de manos de los altos dignatarios de la Iglesia católica y en solemnes coremonias, la investidura de caballero del Santo Sepulcro por su expedición á los Santos Lugares; y le vemos, poco después, solicitado por el papa, cuando la persecución religiosa de Francia, y luego solicitar él, á su vez, á los dignatarios de la Iglesia para que le ayuden en su lucha contra el polonismo, recordándoles las palabras del «gran anciano,» del papa: «que todos los súbditos católicos, sean de la raza ó del estado que fueren, deben fidelidad á su soberano.»

CAPITULO XVII

Política exterior de Guillermo II. – Sus viajes á España é Italia. – Sus discursos de Darmstadt y Carlsruhe. – El conflicto marroquí. – Poder naval de Alemania. – Entusiasmo de Guillermo por la marina. – Prudencia y habilidad con que ejecuta su plan de dotar al imperio de una poderosa marina de guerra. – Conflicto chinoalemán. – Expedición alemana á China al mando del príncipe Enrique. – Banquete de despedida en Kiel. – Discursos del emperador. – Proyecto de ley para el aumento de la escuadra. – Dura oposición. – Campaña del kaiser en pro del acrecentamiento del poder naval. – El triunfo corona sus grandes esfuerzos. – El Reichstag vota la ley de aumento de la armada. – Á fin de mantener el entusiasmo del pueblo, una división de torpederos remonta el Rhin para saludar á las ciudades ribereñas. – Felicitaciones al kaiser. – Futura flota alemana. – Conocimientos técnicos de Guillermo II en materia de construcción naval.

Si se considera el período que se extiende desde las elecciones legislativas de 1903, en que el partido socialista sacó triunfantes ochenta y cuatro candidatos, hasta la disolución parlamentaria de 1906, se ve que las cuestiones exteriores adquieren en Alemania una importancia mucho mayor que las interiores, y que, durante estos tres años, la acción de Guillermo II se ejerce principalmente en el terreno internacional.

En 1904 los hechos culminantes son el viaje del em-

perador á España y á Italia, y los discursos inquietos y belicosos de Darmstadt y Carlsruhe, contestación al tratado francoinglés.

En 1905 tenemos el viaje de Guillermo á Tánger, la campaña de la prensa y de la diplomacia alemanas contra M. Delcassé, fautor del tratado anglo-español-francés, respecto á Marruecos, y sus negociaciones con M. Rouvier, fautor del acuerdo francoalemán que disipa los temores generales de un conflicto europeo.

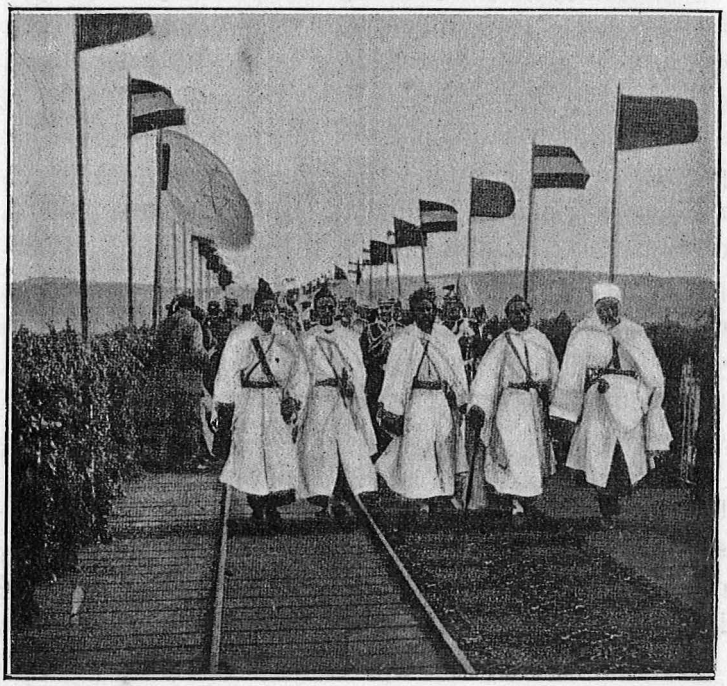
En 1906 tenemos la conferencia de Algeciras, en que toma parte principal el canciller, príncipe de Bülow. Y, terminada la crisis marroquí, se generaliza en Alemania la impresión de que, para el imperio, el resultado no corresponde á su esfuerzo.

La causa de todo esto hay que buscarla en el desarrollo mismo de Alemania y, principalmente, en el rápido aumento de su poder naval. La creación y prodigioso desenvolvimiento de este imperio no podían menos de causar algunas transformaciones en el mundo. Mientras sus progresos no interesaron más que á la Europa continental, las demás naciones no se preocuparon de ellos; pero la inquietud, el recelo y la alarma fueron generales el día en que Alemania se calificó á sí misma de potencia mundial y en que el emperador Guillermo declaró que su porvenir estaba en los mares. La actividad febril que el kaiser desplegaba en aumentar la marina alemana, reveló un plan y una voluntad bien decididas.

Guillermo II ha atendido, en efecto, casi más que al robustecimiento de las fuerzas de tierra, al poderío naval de Alemania.

Ya desde joven mostró gran predilección por la vida

del marino, predilección que más tarde se convirtió en entusiasmo, hasta el punto de envidiar á su hermano Enrique porque estaba destinado á la armada.



Desembarco en Tánger del emperador Guillermo II.
El emperador hablando con Ab-el-Malek, tío del sultán de Marruecos

—Quisiera poder cambiarme contigo—le dijo en cierta ocasión.

Como emperador, su mayor placer ha sido poder bautizar un barco, lo mismo de guerra que mercante, y en sus discursos ha procurado siempre infiltrar en el corazón del pueblo el entusiasmo que llenaba el suyo.

Su frase: «Nuestro porvenir está en el mar,» demues-

tra su profundo conocimiento de lo que conviene al pueblo alemán y de lo que de éste exige el curso de los nuevos tiempos.

Desde el principio de su gobierno comprendió que la marina de guerra alemana no respondía á lo que requerían de ella la seguridad de las costas y la protección de las colonias de Alemania, como también la de su marina mercante en caso de guerra. Por esto ha procurado siempre atender, en lo que sus fuerzas permitían y según las circunstancias, á esa rama del poderío germánico, aunque con la limitación que le imponía su afán inmediato de completar la organización del ejército; pero una vez conseguido esto último, dedicó todos sus esfuerzos á dotar al imperio alemán de una marina de guerra digna de su situación de «potencia universal.»

Y como sabía que varios partidos del Reichstag habían de oponer á ello mayor resistencia de la que opusieron al fortalecimiento del ejército, procedió con prudencia y habilidad diplomáticas, aprovechando con talento, para sus planes, las circunstancias políticas.

En noviembre de 1897, unos chinos asesinaron en la península de Chantung á dos misioneros alemanes y destruyeron la casamisión y el templo á ella anejo. El gobierno alemán exigió que este crímen fuese severamente castigado, y, para apoyar la reclamación, el emperador ordenó que la división de cruceros que, al mando del vicealmirante Otón de Diederich, estacionaba en el Asia oriental, ocupase militarmente el puerto de Kiantchú, situado en la costa Sudeste de Chantung.

Las negociaciones que se siguieron con el gobierno chino dieron por resultado que éste no sólo se allanase

á la reclamación alemana relativa al castigo del asesinato de los misioneros, sino que, además, accediera á otros deseos de Alemania.

Desde hacía tiempo, sentía Alemania la necesidad de adquirir un fuerte punto de apoyo para sus barcos que navegaban por las costas orientales de Asia, y ahora se presentaba naturalmente la ocasión de satisfacerla. En efecto, el gobierno chino mostróse dispuesto á arrendar al imperio alemán por noventa y nueve años el golfo de Kiantchú con todo el territorio circundante, habiendo sin duda contribuído á esta buena disposición de China el servicio que la política alemana prestó al celeste imperio á raíz de la guerra de 1894 entre el Japón y Corea; entonces Alemania, de acuerdo con Francia é Inglaterra, salvó á China de la agresión de los vencedores japoneses.

Para terminar definitivamente el arreglo concertado y vigilar la construcción del nido para el águila alemana en aquellas apartadas tierras, el emperador envió al Asia oriental á su hermano Enrique con una división de cruceros que reforzase la de Diederich. Con objeto de despedir á su hermano y á los marineros alemanes, el emperador marchó á Kiel, y en el banquete de despedida que dió en el palacio real de aquella ciudad, pronunció un discurso entusiasta que encontró eco en el corazón de todos los patriotas.

«Mi querido Enrique, dijo; el viaje que vas á emprender y la misión que has de desempeñar no son, en sí, nada nuévo; son las consecuencias lógicas de lo que políticamente crearon nuestro difunto abuelo y su canciller, y de lo que en el campo de batalla alcanzó con su espada nuestro excelente padre; son simplemente la

primera confirmación del imperio alemán nuevamente unido y resurgido de nuevo en su misión ultramarina. El asombroso desarrollo de sus intereses mercantiles ha llegado á tales proporciones que es deber nuestro seguir á la nueva Ansa alemana y procurarle aquella protección que puede exigir del imperio y del emperador. Los hermanos alemanes de vocación religiosa que han abandonado su patria para consagrarse á una obra silenciosa y que no han vacilado en exponer su vida para aclimatar nuestra religión en tierra extranjera y entre pueblos extraños, se han puesto bajo mi amparo y es menester asegurar para siempre bienestar y protección á esos hermanos tantas veces humillados y á menudo oprimidos. De aquí que la empresa que te he confiado y que tú has de realizar en unión de tus compañeros y en los buques que ahí fuera están dispuestos, sea una empresa esencialmente protectora, no agresiva.

»Es preciso que, bajo el amparo de nuestra bandera de guerra alemana, se otorgue á nuestro comercio, al comerciante alemán, á los buques alemanes, el derecho que podemos exigir, el mismo derecho que los extranjeros conceden á todas las demás naciones.

»Nuestro comercio no es cosa nueva, que ya el Ansa fué en lo antiguo una de las empresas más poderosas que en el mundo ha habido, y las ciudades alemanas pudieron en otro tiempo formar flotas como hasta entonces no habían cruzado nunca los mares. Pero nuestro comercio decayó, y necesariamente había de decaer, porque le faltó una condición: la protección imperial.

»Hoy las circunstancias han variado; la primera condición esencial, el imperio alemán, existe; la segunda,

el comercio alemán, florece y se desarrolla, y no puede prosperar y desarrollarse seguramente, más que sintiéndose seguro bajo el poder del imperio. El *poder imperial* significa *poder marítimo*, y ambos se *necesitan mutuamente*, de tal manera que *el uno sin el otro no puede subsistir*.

»La escuadra, reforzada con tu división, habrá de mostrarse como testimonio del poder imperial y del poder marítimo, viviendo en buena amistad y en trato íntimo con los compañeros de las flotas extranjeras de aquellos mares, y amparando vigorosamente los intereses patrios contra todos los que quieren lastimar á los alemanes.

»Esta es tu misión y esta es tu tarea. ¡Que los europeos, que los comerciantes alemanes establecidos en lejanas tierras, y, sobre todo, que los extranjeros en cuyo territorio nos hallemos ó con quienes debamos relacionarnos, vean claramente que Alemania ha clavado fuertemente en el suelo su escudo adornado con el águila imperial, para proteger una vez para siempre á quien le pide protección; y que nuestros compatriotas que viven en apartados países, ya sean sacerdotes, ya comerciantes, sea cual fuere la profesión que ejerzan, estén firmemente convencidos de que se les prestará perseverantemente el amparo del imperio alemán impuesto por los buques imperiales!»

Algún tiempo después, con ocasión de la jura de la bandera por los reclutas, dijo el emperador:

«Allí donde esté enterrado un alemán que haya muerto por la patria en el cumplimiento de su deber, y allí donde el águila alemana clave su garra, el territorio es y seguirá siendo alemán.»

Para apoyar debidamente estas palabras, necesitaba el emperador una escuadra, y la escuadra alemana, á pesar del cuidado que Guillermo había puesto en fortalecerla y aumentarla, no correspondía á lo que se exigía de ella.

El emperador dedicó todos sus esfuerzos á crear un poder marítimo hasta cierto punto igual á las flotas de los Estados vecinos, y al efecto hizo formular una ley que fué presentada al Reichstag en el otoño de 1897 y contra la cual se levantó en el Parlamento y en la prensa uno oposición durísima, que encontró eco en el pueblo. Guillermo intervino personalmente en aquella lucha de opiniones y aprovechó toda ocasión para atraer partidarios á sus planes.

En el discurso del trono pronunciado en noviembre de 1897 con motivo de la apertura del Reichstag, se anunció la presentación de un proyecto de ley para el aumento de la armada, encareciéndose con especial empeño la necesidad del mismo.

Presentado poco tiempo después el proyecto, dió lugar á las más enconadas discusiones; pero el emperador supo llegar al corazón del pueblo y excitar el interés en todas las clases de la nación en pro de aquella obra nacional, y después de grandes é incesantes esfuerzos, de una intervención infatigable, tuvo la satisfacción de ver aprobada, en 28 de marzo de 1898, aquella ley por 212 votos contra 139. De todos los ámbitos del imperio recibió telegramas de felicitación por tan brillante victoria.

El emperador trabajó sin descanso para que la nueva ley se llevase á cabo, para que se ampliase y completase la obra comenzada y para que no se enfriase el en-

tusiasmo del pueblo por el poderío marítimo del imperio. Al efecto hizo que una división de torpederos remontase el Rhin á fin de saludar á las ciudades ribereñas.

«Al penetrar esta división en el interior de Alemania, á pesar de todos los obstáculos, decía contestando al telegrama de felicitación del gran duque de Hesse, estoy convencido de que contribuirá á fomentar el entusiasmo nacional y á fortalecer en el pueblo alemán, bajo el gobierno de sus príncipes, el conocimiento y la importancia de nuestra misión en el mar.»

Aquella división de torpederos, que llegó hasta Estrasburgo, fué acogida entusiásticamente en todas partes.

Cuando en 12 de junio de 1900 el Reichstag aprobó la ley complementaria de la del aumento de la armada, el emperador recibió nuevas felicitaciones; á la del Senado de la ciudad libre de Hamburgo contestó en los siguientes términos:

«He recibido con satisfacción vuestro telegrama, y vuestras palabras me demuestran nuevamente que habéis comprendido mis esfuerzos y me habéis acompañado lealmente en mi labor para lograr el fin propuesto. Ya comprenderéis cuán agradecido estoy al Todopoderoso. ¡Que siga prestándonos su ayuda para terminar pronto la obra empezada! Hasta entonces nuestras manos alemanas habrán de trabajar activamente.»

Y completando estas palabras, contestaba en los siguientes términos á la felicitación de la Dirección de la línea amburguesa de América: «Y ahora ¡adelante! para que nuestra flota pueda presentarse en los mares imponiendo respeto, *como aumento de fuerza en mi mano á fin de garantizar la paz del mundo.*»

En 1917 podrá surcar los mares la flota alemana aumentada y transformada según los planes del emperador, es decir, formando cuatro escuadras con un total de cuarenta buques de línea, catorce grandes acorazados y treinta y ocho pequeños cruceros.

El emperador se ha preocupado grandemente de las construcciones navales, enterándose minuciosamente de la de cada uno de sus buques y atendiendo á que se aplicasen siempre los adelantos más modernos.

Posee vastos y sólidos conocimientos técnicos en esta materia, como lo demostró en la tercera asamblea ordinaria de la Sociedad de técnica de la construcción naval, celebrada en noviembre de 1901 en Carlottenburgo. Discutióse el tema de la instalación de la artillería en los buques de línea, y después que hubieron hablado el ponente y algunos especialistas, cuando se creía terminada la discusión y el presidente preguntó si alguien quería hacer uso de la palabra, levantóse el emperador, subió á la tribuna y pronunció un discurso en el que trazó un brillante resumen histórico del punto que se debatía, desde la época de las galeras, y examinó con gran suficiencia la nueva técnica de la construcción naval alemana.

No menos atención dispensa á la instrucción de las tropas de mar y al desenvolvimiento del mando de buques para el caso de guerra. Todos los años, cuando los reclutas de la armada prestan el juramento en Kiel y en Wilhemshaven, les dirige ardientes alocuciones que convencen á aquella juventud de la gran importancia del poder marítimo alemán.

CAPITULO XVIII

Visita de Alfonso XIII á Guillermo II. – En la estación de Potsdam. – Entrada solemne de Alfonso XIII en Berlín. – Recepción entusiasta. – La avenida de los Tilos. – Jura de banderas. – Cacerías. – Alfonso XIII, coronel del regimiento de Magdeburgo. – El 66 de línea. – La princesa María Antonieta de Mecklenburgo. – Vientos de revolución intelectual. – Serie de escándalos. – En busca de responsabilidades. – Campañas de insinuaciones. – Maximiliano Harden. – ¿Camarilla nefasta? – Guillermo II procura lavarse de toda solidaridad con los sospechosos. – La aristocracia y el ejército, víctimas de una crisis de sospecha. – Merma del principio de autoridad. – Campaña contra Guillermo. – Sus causas. – Famoso *interview* del *Daily Telegraph*. – Imprudentes declaraciones del kaiser. – Consternación de Alemania. – La «semana negra de la monarquía prusiana.» – Opiniones de la prensa conservadora. – Reuniones de protesta. – Ruidosa interpelación en el Reichstag.

Al Oeste de Berlín y al Sur de las sinuosidades que allí forma el río Spree, se extiende el inmenso y hermoso parque Thiergarten, nombre alemán que significa Jardín Zoológico. Lo atraviesa, casi de Este á Oeste, una ancha avenida, continuación de la carretera de Carlottenburgo, que termina, por el extremo oriental, en la puerta de Brandeburgo, entrada, por aquel lado, de la parte urbana de Berlín. Pasada la puerta de Brandeburgo, se entra en la plaza de París. En esta plaza,

una representación del municipio berlinés acudió á presentar sus respetos á don Alfonso XIII, en la tarde del 6 de noviembre de 1905, á la llegada del joven monarca español en su visita al emperador de Alemania. Su entrada revistió gran solemnidad.

En la estación de Potsdam le había recibido el kaiser con su séquito. Ambos soberanos, después de estrecharse la mano y abrazarse, y efectuadas las presentaciones que eran del caso, habían subido en una carretela escoltados por los coraceros de la Guardia Imperial. Detrás, en otros coches, seguían los príncipes, ministros, el embajador de España en Berlín y demás altos personajes. Los príncipes imperiales iban en automóvil.

Tanto en la plaza de Potsdam como en la avenida del Thiergarten y demás puntos del trayecto, una gran multitud aclamaba á los soberanos.

La regia comitiva siguió por la *Unter den Linden* (1), la calle más hermosa de Berlín, que debe su nombre á las dos hileras de grandes tilos que alternan con castaños á cada lado de la amplia vía. Los magníficos edificios públicos y particulares que la embellecen, se hallaban aquel día profusamente engalanados.

Pasó el cortejo por delante del monumento de Federico el Grande, que se alza al extremo de la avenida, atravesó la plaza de la Ópera, que se abre en seguida, formando la continuación de la *Unter den Linden*, y llegó al palacio del emperador, situado en la esquina de una y otra.

En todo el trayecto, el joven monarca español fué saludado por la poblaclón berlinesa con vivas manifestaciones de simpatía.

(1) Bajo los Tilos.

Alfonso XIII, después de haberle hecho el kaiser los honores de la casa imperial de Berlín, en que descansó á su llegada, fué conducido al Palacio Nuevo de Potsdam donde se alojó con todo su séquito.

Potsdam, el Versalles de Prusia, hoy capital de regencia (1) y que tiene una población de unos sesenta mil habitantes, no era á principios del siglo XVII sino una miserable aldea envuelta en las brumas de las lagunas del Havel. El elector Federico Guillermo y los soberanos que, ya con el título de reyes, le sucedieron en Prusia, empezaron á construir en ese sitio castillos, parques y jardines, y la aldea se convirtió en ciudad importante y en residencia favorita de los monarcas.

El interior del palacio que albergó durante unos días al joven monarca español está exornado y amueblado con lujo, dominando en decorado y en muebles el estilo Luis XV. Al Oeste del regio alcázar se extiende un magnífico parque.

Conocido el carácter de Guillermo II y los gustos que en él predominan, á nadie extrañará que los principales números del programa combinado para festejar á don Alfonso fuesen una gran revista militar y un par de cacerías.

En la mañana del 7 de noviembre de 1905, el joven monarca español presenció la jura de banderas de los nuevos reclutas de la Guardia. El acto se verificó en la gran explanada del Lustgarten, frente al Palacio Real, desde uno de cuyos balcones lo presenció la emperatriz.

(1) Las municipalidades de Alemania, como las de Bélgica y Holanda llevan el nombre de regencia.

El espectáculo fué imponente, y á ello ayudó la esplendidez del día. Primero juraron los reclutas de infantería sobre sus banderas, luego los de caballería sobre sus estandartes, y, por fin, los de artillería sobre los cañones.

El kaiser terminó su alocución diciendo á los soldados: «El día de hoy debe dejar en vosotros un profundo recuerdo, pues habéis tenido la excelsa honra de que vuestro juramento fuera presenciado por el rey de España.»

Luego lanzó tres ¡hurras! que fueron calurosamente contestados, y todas las bandas militares presentes ejecutaron la Marcha Real española, y luego el Himno Imperial.

La cacería organizada en Doebritz el día 8, en obsequio á Alfonso XIII, se celebró con la etiqueta y aparato que rigen en todas las de la corte alemana. El traje para las damas es amazona, casaca roja y sombrero de tres picos; los caballeros visten botas de montar, casaca roja y gorra de terciopelo negro. Los monteros de palacio llevan grandes jaurías de magníficos perros.

El kaiser, el rey, la emperatriz, el príncipe imperial de Prusia y los príncipes Eitel-Federico y Adalberto, fueron en automóvil. Con el séquito del emperador fueron el canciller Bülow, varios miembros del gobierno y el príncipe de Plesses, muy afamado en la corte como cazador. Con el rey iban el duque de Sotomayor, el general Bascarán, el conde de San Román, los ayudantes, el doctor Ledesma y el duque de la Victoria, agregado militar de la embajada española. En total tomaron parte en la cacería doscientas personas, entre ellas, nueve damas.

Al llegar al campo, el emperador presentó al rey Al-

fonso las personas invitadas, que no le habían sido presentadas todavía. Después, los cazadores montaron á caballo y los monteros soltaron las jaurías, que inmediatamente rastrearon la caza.

La cabalgata se internó en el bosque en dirección al Este. El espectáculo era soberbio. El kaiser fué el primero de los cazadores que descubrió una res. Inmediatamente pusiéronse todos los expedicionarios en seguimiento de la pieza. Cuando los perros lograron sujetarla, don Alfonso fué el primero en tocar el *halalí*, y el teniente, conde de Einhedel, clavó su lanza en el cuerpo de la res.

Todo el mundo regresó satisfecho de la batida, que había resultado muy interesante.

En 1905, Alfonso XIII era ya coronel honorario del regimiento de Magdeburgo. Á su primer paso por la ciudad de este nombre, al dirigirse á Berlín, el rey había ya saludado á *su* regimiento, pero quiso hacerle una visita oficial, que verificó el día 9 de noviembre.

Don Alfonso, que vestía el uniforme de coronel de su cuerpo, fué recibido en la estación por las autoridades civiles y militares, y aclamado en las calles. Una sección de dicho regimiento, que tiene el número 66, hizo los honores á la llegada. El rey visitó el campo de maniobras de Schrotdosf y el cuartel donde se alojan los soldados de su mando.

Allí le fueron presentados al coronel honorario los oficiales y también los veteranos del 66, y en el casino de los oficiales se celebró un almuerzo. Al final de éste llegó el kaiser, á quien se hicieron los honores correspondientes. Don Alfonso fué el que dió, para esto, las voces de mando en alemán.

Poco después, el kaiser y el rey salieron en el tren para Hanover, en cuyos campos tuvo efecto una gran cacería de jabalíes que se había organizado en obsequio del soberano español.

Por aquella época, la prensa europea, y particularmente los periódicos de Berlín, se habían ocupado de la probabilidad de que la duquesa María Antonieta de Mecklenburgo pudiera ser elevada por casamiento con don Alfonso á compartir con éste el trono de España.

Era, en efecto, una de las princesas casaderas de Europa, y por pertenecer á una familia soberana, tenía rango suficiente para ceñir una corona.

La duquesa María Antonieta reunía para el caso la circunstancia favorable de pertenecer á la rama católica (pues hay otra protestante) de la casa reinante del Gran Ducado de Mecklenburgo-Schwerin, uno de los estados autónomos del imperio alemán. Era, además, una belleza de puro tipo germánico, rubia y de ojos azules.

Hallándose su prima, la princesa Cecilia, esposa del kronprinz, retirada en el Palacio de Mármol de Potsdam, por su estado interesante, la duquesa María Antonieta fué allí á acompañarla en los mismos días de la estancia de don Alfonso, que tuvo, de esta manera, ocasión de conocerla y tratarla.

El rey habló por primera vez con la duquesa en la noche del banquete íntimo que se celebró en el Palacio Nuevo de Potsdam, al regreso de la cacería de Doebritz. Después María Antonieta de Mecklenburgo asistió á muchos de los actos que en la corte alemana se celebraron en honor de don Alfonso.

De algún iniciado en los secretos de la política del kaiser nació el rumor de que éste había concebido el proyecto de aliar las dos familias reinantes de España y Alemania por el casamiento de don Alfonso con la cuñada del kronprinz, y que la visita del joven monar-

La princesa Maria Antonieta de Mecklenburgo

ca español á Guillermo II estaba relacionada con aquel proyecto matrimonial.

Los acontecimientos han venido á demostrar que, á veces, la diplomacia propone y el amor dispone.

Mientras Guillermo consagra sus principales esfuerzos al acrecentamiento del poder naval de Alemania, soplan de todas partes, en el país agitado por la política, vientos de revolución intelectual, y los dogmas más respetables encuentran censores. Por otra parte, una serie

de escándalos aumentaba la indisciplina, serie que había empezado por la cuestión del Banco de Pomerania, en que el conde de Mirbach, mayordomo del palacio imperial, se vió comprometido por extrañas revelaciones sobre la contabilidad de las obras de beneficencia que pratrocinaba.

Poco tiempo después, el nombre del ministro de Agricultura, señor de Podbielski, se ve mezclado en una sospechosa historia de abastecimientos coloniales.

En otoño de 1906, los periódicos, comentando estos incidentes, buscan responsabilidades, y mientras unos las atribuyen al prínpe de Bülow, otros insinúan que Guillermo II es juguete de una camarilla, y que hay, junto al trono, un Estado dentro del Estado, un gobierno contra el gobierno. La deferente Alemania se siente irrespetuosa.

La estafa del capitán Kœpenick provoca una homérica carcajada y una jovial revolución contra el prestigio del uniforme. Y todas las manifestaciones de censura obtienen un éxito alarmante de publicidad y de favor público.

Dan sucesivamente pábulo á la murmuración y á la crítica: la aparición de las *Memorias* de Hohenlohe, con la réplica imperial que su publicación provoca; la dimisión del príncipe Alejandro de sus funciones de prefecto de Colmar, con sus explicaciones sobre el derecho de los alemanes á juzgar los actos del emperador; la publicación del sensacional libro del conde de Roventlow: *El emperador Guillermo II y los bizantinos*, curiosa diatriba contra el servilismo de los cortesanos, y contra el abismo abierto entre el pueblo y el monarca; la aparición del folleto *Nuestro emperador*

y su pueblo, en que su autor anónimo señala la bancarrota de la nueva política.

Reina en todas las esferas sociales del imperio una impresión de malestar y de inseguridad, impresión agravada por la extraña atmósfera de escándalo en que vive Alemania.

Von Podbielski, ministro de Agricultura

Un mal actor convertido en periodista terrible, Maximiliano Harden, antiguo instrumento y defensor de Bismarck, y recientemente inspirado por Holstein, empieza en la *Zukunft* una campaña de insinuaciones con una doble tendencia personal y política, dando á entender que varios altos personajes políticos, como el príncipe Felipe de Eulenburg, exembajador en Viena, el conde Kuno de Moltke, gobernador militar de Berlín, y otros, se entregan á una forma de amistad masculina no justificada por ciertos ejemplos de la antigüedad.

Harden declara que si toca tan delicada materia es por patriotismo y porque esos hombres, agrupados en torno del emperador, constituyen una camarilla nefasta para la política alemana.

Guillermo II, bruscamente enterado por el kronprinz, se apresura á buscar los medios de lavarse de toda so-

lidaridad con los sospechosos. Durante algunas horas, reina verdadero pánico en palacio, y durante un mes el patriotismo alemán pasa por el profundo dolor de ver reveladas taras indiscutibles; de oir gritar «¡Viva Harden!» al paso del kronprinz; de ver á la aristocracia y al ejército, víctimas de las generalizaciones de la muchedumbre, denunciados ante el país por los extravíos de unos pocos.

Después de esta crisis de sospecha, la opinión pública continúa, durante algún tiempo, experimentando las sacudidas de una especie de agitación nerviosa. Un inconsciente rencor se eleva del pueblo hacia el trono, como si se acusase al soberano de no haber sabido elegir á sus amigos ó de no haberlos sabido defender.

El prestigio de la autoridad queda minado. Un desequilibrio moral entrega la Alemania á las sorpresas y expone el poder imperial á las represalias de la indisciplina.

Los accesos de cólera que estallan con frecuencia y de improviso contra Guillermo, son una de las manifestaciones del espíritu público alemán. El temperamento del soberano sirve de pretexto. La personalidad del emperador, que domina las funciones de rey constitucional, tan pronto inquieta como irrita al pueblo.

Guillermo II tiene un concepto optimista de la vida; por esto mide mal la consideración que se ha de conceder á la importancia de las cosas. Sus ojos grises, de un gris de acero, á pesar de hallarse acumulada en ellos la hereditaria costumbre de mirar á los hombres de frente, no para el placer sino para la utilidad, discernen mal las ideas que á éstos mueven y las intenciones que ocultan.

Guillermo II tiene un temperamento de orador, y habla unas veces como rey de Prusia y otras como emperador de Alemania, porque no debe olvidarse que reúne estos dos títulos. Y cuando los prusianos aplauden, los alemanes protestan, y recíprocamente. Se le acusa de malgastar la herencia de confianza ganada por sus ascendientes; y es que con una mano da al imperio lo que con la otra quita á Prusia. Se le acusa también de haber disipado el capital de gloria adquirido en 1870, cuando lo que ha hecho ha sido monetizarlo.

Una contradicción, expuesta por Bismark, mina á Hohenzollern, que se queja de los males de la época en estos términos: «El espíritu de desobediencia se introduce en este país. Empléase un océano de tinta de imprenta y de papel para velar las vías que son y deben ser claras á los ojos de cualquiera que me conozca y conozca mis principios.»

Guillermo II es objeto de una «literatura» considerable. Se le consagran millares de folletos tan ligeros como perjudiciales, y centenares de voluminosos tomos en octavo. La prensa periódica se ocupa de él casi á diario, y desde hace veinte años es el blanco de las mismas críticas. Es una verdadera campaña, que tuvo su período álgido en noviembre de 1908, pues toda Alemania se alzó entonces contra él. ¿Por qué? Los hechos nos lo explicarán.

El 28 de octubre de 1908, el *Daily Telegraph* publicó un artículo titulado: *El emperador de Alemania é Inglaterra.* Durante su permanencia en Londres, Guillermo II había hablado con diferentes personajes ingleses sobre las relaciones de ambos países, sobre el estado de la opinión pública alemana y sobre sus disposiciones personales respecto á Inglaterra.

«No puedo menos de repetir, dijo, que soy amigo de Inglaterra. Pero, en mi país, los que abrigan estos sentimientos son una minoría. Yo procuro con todas mis fuerzas y por todos los medios mejorar nuestras relaciones.»

Y para atraerse la gratitud del pueblo inglés, reveló que el estado mayor alemán había proporcionado un plan de campaña para la guerra contra los Boers. Ciertas insinuaciones hábilmente hechas por el inteligente *interviewer* eran propias para producir tirantez de relaciones entre Inglaterra, Francia y Rusia.

La publicación de este documento sumió Alemania en la consternación. Ante la burla general de Europa, su resignación irritada se trocó pronto en ruidosa cólera. La oficiosa *Gaceta de la Alemania del Norte* quiso calmarla con explicaciones, ó desviar al menos su curso. «Un amigo inglés», creyendo que aquellas declaraciones ejercerían una influencia favorable en las relaciones angloalemanas, dió á las diferentes conversaciones de que había sido confidente la forma de un *interview* que sometió al examen y aprobación previa de Guillermo II.

Éste envió el manuscrito al príncipe de Bülow é hizo depender su aprobación ó su desaprobación del juicio del canciller. Esto era constitucional. Pero el príncipe se hallaba de vacaciones, y el manuscrito, que estaba escrito en inglés, fué remitido al ministerio. Un oficial del negociado lo leyó y aprobó. La cancillería devolvió el escrito al emperador sin objeción alguna. El soberano lo refrendó, y estalló la bomba.

Los órganos de la cancillería calificaron aquella publicación de «grave error.» Repitieron con singular in-

sistencia que el canciller, único responsable, la hubiera desaconsejado, si hubiese leído él mismo el artículo. El príncipe de Bülow ofreció su dimisión, acentuando así la gravedad del asunto. El emperador no quiso aceptarla y partió para Danaueshingen á cazar raposas.

El canciller Bülow

Tan pronto como el kaiser hubo salido de la capital empezó contra él una violenta campaña periodística, que duró una semana, llamada «la semana negra de la monarquía.»

El emperador había amparado al canciller, pero nadie amparó al emperador. Los órganos de todos los partidos se mostraron implacables. Hubo violentísimos ataques contra el absolutismo, contra el gobierno personal de Guillermo II. Sacáronse á relucir todos los errores y todos los fracasos de la política alemana, atribuyéndolos principalmente al carácter del soberano.

Los órganos conservadores se alarmaron al extremo de atreverse á dar consejos. El *Reihsbote*, periódico á las órdenes de la emperatriz, decía: «Esas cacerías contra las raposas y esas comidas campestres se han repetido, por una desdichada coincidencia, en este mo-

mento de crisis. En los tiempos antiguos y de más sencillez, entre los pueblos no civilizados, el régimen personal absoluto del príncipe sentaba bien, aunque degeneraba á menudo en tiranía y en desorden; pero, en nuestros tiempos, más complicados, un régimen personal absoluto es imposible, aun para el soberano de mejores dotes. *Esto no puede seguir así.*»

El agresivo Harden sacó de estas insinuaciones tímidas y respetuosas esta atrevida conclusión. «¿El emperador y rey, quiere renunciar á la corona? Que no se haga ilusiones. Todos sus súbditos le son ahora contrarios.»

De Norte á Sur, en todo el imperio, se organizaron espontáneamente centenares de reuniones de protesta. Desde aquel día, existió la opinión pública en Alemania, y en esta ocasión se manifestó con una intensidad sorprendente.

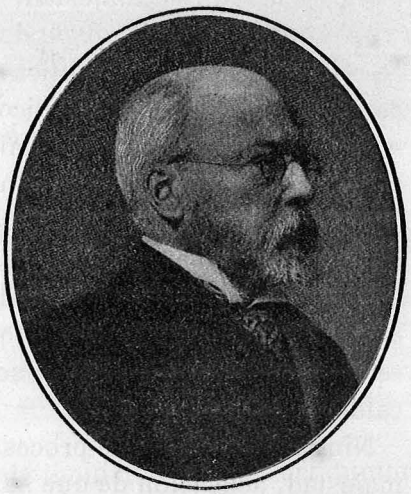
Los socialistas no fueron los únicos en denunciar los peligros de la política del gobierno personal. Los conservadores hicieron publicar, en los órganos del partido, una declaración invitando al emperador á mostrarse más discreto y más reservado.

Los radicales y los liberales, reunidos en gran número de poblaciones, adoptaron resoluciones casi idénticas.

En fin, cuando esta primera avalancha de reconvenciones y diatribas hubo aliviado los corazones y los espíritus, el *Leipziger Tageblatt*, periódico nacionalista liberal, sacó del incidente esta lección digna de ser recordada: «La prensa alemana, en las circunstancias actuales, ha cumplido con su deber. Ha dicho que la política del emperador de Alemania no es la política del pueblo alemán y se ve hoy desgraciadamente obli-

gada á perdonar al extranjero muchas cosas que hasta ahora parecían mala voluntad. Al Reichstag toca ahora cumplir con su deber y velar para que no se le convierta en una parodia de Parlamento.»

La prensa liberal orientó las esperanzas del pueblo hacia la representación nacional. Le recordó sus derechos constitucionales y le alentó á expresar la emoción, la incertidumbre y la desconfianza que se había apoderado de Alemania, de un modo tan claro que al emperador le fuese imposible ignorar por más tiempo la situación. Y si el conflicto entre la corona y el pueblo no recibía una solución conforme á las exigencias del Reichstag, éste debía negar todo subsidio al absolutismo. Si la constitución era impotente para preservar los bienes más sagrados de Alemania, había que cambiarla. Podía ser suficiente para un Bismarck y para el viejo emperador en quien todo el mundo tenía una confianza sin límites. Habían llegado tiempos nuevos en que el apoyo de las instituciones era necesario á los hombres encargados de los destinos del imperio.



Von Hertling, *leader* del Centro

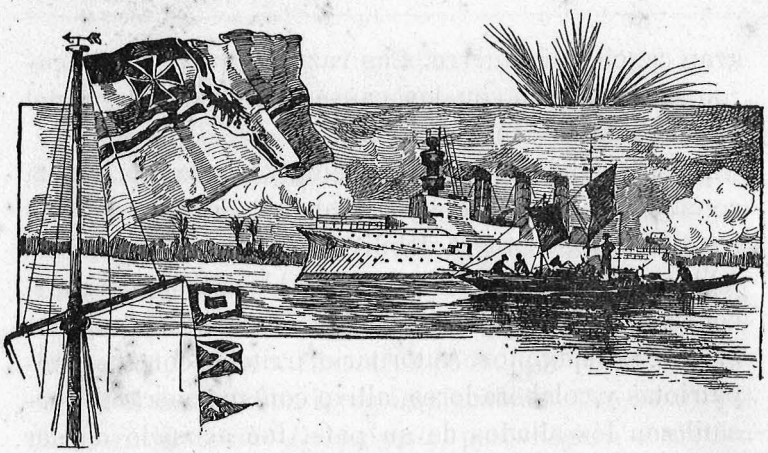
Anunciόse una interpelación en el Reichstag, y ésta tuvo efecto el 10 y el 12 de noviembre. Cada partido ha-

bía delegado un orador en la tribuna. Todos abrigaban unos mismos sentimientos. Guillermo II fué combatido sin miramiento alguno. Los oradores expusieron los perjuicios causados al buen nombre de Alemania, á sus intereses, á la idea misma de la monarquía por la política personal de Su Majestad.

«Ahora comprendemos la desconfianza del extranjero respecto á nuestra política—decía Hertling, *leader* del Centro y uno de los políticos más considerados de Alemania. Hemos hablado de aislamiento, pero tenemos ahora la impresión de que con nuestra política es con lo que nos hemos creado adversarios.»

Para encontrar, en los anales del régimen parlamentario, sesiones que recuerden las de noviembre de 1908 en el Reichstag alemán, hay que acudir á los días de revolución triunfante en que se pisotea á los soberanos caídos.

Ningún periódico fué procesado por crimen de lesa-majestad, acusación de que se solía usar y abusar antes de estos acontecimientos. La justicia hubiera tenido que empezar por perseguir á todos los oradores del Reichstag; y retrocedió ante la enormidad de la empresa. Este es uno de los hechos más sugestivos de «la semana negra de la monarquía prusiana.»



CAPITULO XIX

¿Qué hubiera hecho Bismarck?. – Venganza póstuma del canciller de hierro. – Historia de su dimisión. – Los enemigos de Guillermo II. - Transformación del imperio alemán. – Guillermo II, emperador del mercado mundial. – Guillermo II y M. Roosvelt. – Una conferencia histórica. – Muerte de Eduardo VII de Inglaterra. – Sus funerales. – Guillermo II en Londres. – Una comida de magnates. – Reciente enfermedad de Guillermo. – Sus consecuencias.

En todas las horas de inquietud y de incertidumbre, surge una pregunta en la prensa, en las asambleas políticas, en los salones y en los cafés de Alemania: ¿Qué hubiera hecho Bismarck?

Este llamamiento incesante al gran difunto no brota solamente del corazón de un pueblo que tiene puestos los ojos en las páginas más gloriosas de su historia á la cual pide enseñanzas. Es también, y sobre todo, en su espíritu, una expresión de desconfianza respecto á los encargados de continuar los tiempos heroicos; una señal de despego para con el Hohenzollern cuya actividad febril pretende asumir por sí sola la tarea difícil de orientar el imperio por sendas nuevas y pacíficas.

Mucho se ha escrito sobre la dimisión impuesta al

gran canciller de hierro. Las razones que la provocaron se relacionan con las causas del mal humor del pueblo alemán contra Guillermo II.

En 1890, Bismarck tenía setenta y cinco años. Había constituído la Alemania y regentado la Europa. La gloria metió en su cabeza debilitada la idea de que era infalible y necesario. Creíase inmutable. Sin embargo, el coloso quebrantado pesaba terriblemente sobre los hombros de los epigonos. Autoritario, irritable con sus compatriotas y colaboradores, altivo con su soberano, versátil con los aliados de su país, fué acusado de ser causa de que la política alemana iba de fracaso en fracaso, lo mismo en el exterior que en el interior. No disponía ya más que de uno de los dos elèmentos que habían constituído su fuerza: la brusquedad, que muchos calificaban de grosería. Los años habían paralizado la astucia. Ya no sabía hablar sin proferir amenazas é insultos contra hombres y naciones.

Despreciando á los políticos de su país, los evitaba pasándose largos meses en sus fincas. Las prolongadas ausencias fueron interpretadas como una muestra de desdén para sus colegas de ministerio, para las asambleas parlamentarias y para la familia real. No hallándose ya en contacto con el personal político, no se daba cuenta exacta de las evoluciones de la opinión pública ni de las nuevas necesidades del imperio. Y sin embargo, con la constitución de 1871, había concentrado en sus manos todos los poderes gubernamentales, y estaba cada vez más celoso de ellos.

Guillermo II tenía entonces unos treinta años, y poseía el sentimiento de sus deberes, la conciencia de sus derechos, la voluntad de ser el amo, y una inteligencia

ricamente adornada de los dones más diversos. Entre el emperador y Bismarck existía una cuestión de poder. Se han escrito docenas de libros sobre la dimisión de Bismarck. Casi todos buscan en el orden psicológico la causa del conflicto. Éste estalló con motivo de las leyes de represión contra los demócratas socialistas. El genio de Bismarck necesitaba un enemigo exterior ó interior. Fuera, todo tendía á la paz. Dentro elevábase un poder nuevo. Bismarck pensó que había que cerrarle el camino con leyes implacables: «No se transformará la *Sozial-Democratic*, pero llegará el día en que será preciso fusilarla.»

El joven soberano pensaba de distinto modo: «No quiero inaugurar así mi reinado, replicó; no quiero ahogar á mi pueblo en la sangre; no quiero que me llamen el príncipe metralla.» Poseía ya en alto grado el sentido de las cuestiones sociales que iban á ocupar el puesto principal en la era nueva en que entraba Alemania. Y quería tomar la iniciativa de las leyes sociales á fin de no dejar el mérito de las mismas á los parlamentarios.

Un rescripto anunciando «el desarrollo de la legislación de seguros para los trabajadores» y una información sobre «las prescripciones relativas á los obreros de fábrica» fueron elaborados por orden del emperador, sin el permiso de Bismarck, y leídos en el consejo de ministros. El canciller saltó y quejóse de que el proyecto se salía del plan de reforma social expuesto en el mensaje de Guillermo I, en 17 de noviembre de 1881, y de que tomaba una parte del programa de los socialistas, sin proporcionar los medios de oponerse á su propaganda revolucionaria; y declaró que no refrendaría los rescriptos sin haberlos retocado.

Ante la obstinación del emperador, Bismarck apeló al subterfugio de la reunión de una conferencia internacional, para deliberar y madurar unas medidas de tamaña importancia, esperando «poner así un freno al impulso humanitario de su amo.»

Guillermo II lo aceptó; como aceptó también las atenuaciones propuestas por los liberales á la ley de represión votada en 1878, á consecuencia de los atentados contra Guillermo I, y que volvió á discutirse el día 25 de enero de 1890. Desecharon el proyecto de ley: los conservadores por demasiado suave, y los liberales por demasiado severo.

El 4 de enero, los rescriptos sociales fueron publicados en el *Monitor del Imperio*. Por primera vez, después de veintisiete años, la estampilla de Bismarck dejó de figurar al pie de documentos con que se ultimaba la unidad alemana. Mes y medio más tarde, el príncipe abandonó la cancillería.

Su caída fué un acontecimiento europeo. En Alemania, la emoción causada por la noticia duró poco, y cedió el puesto á un sentimiento de alivio general. El Reichstag y el Landtag guardaron silencio; los radicales y los socialistas se alegraron; la nación tomó el hecho con frialdad. Los únicos que lo sintieron, por temor á lo desconocido del porvenir, fueron los conservadores imperialistas.

Friedrichsruhe se convirtió en centro de la oposición á la política de los sucesores de Bismarck, que dirigió personalmente una enérgica campaña periodística. De allí partieron también las críticas lanzadas contra el emperador. La inquina del solitario y de las publicaciones vengativas inquietaron con frecuencia al gobierno alemán.

Bismarck murió sin perdonar al emperador. Su alma, henchida de cólera, levanta de vez en cuando la losa del sepulcro erigido en su bosque, á la sombra de copudas encinas, y produce oleadas de opinión que pasan por encima de las barreras constitucionales de la Wilhelmstrasse (1) y van á estrellarse contra el palacio real.

Las manifestaciones inoportunas, los discursos poco hábiles, los escritos inconsiderados han servido de pretexto para movimientos de mal humor contra Guillermo II. Las causas son más profundas. Sin duda, se reprocha al emperador el que abusa de la palabra, y es evidente que un pueblo, por una parte taciturno y por otra ávido de resultados prácticos inmediatos y temeroso de Inglaterra, establezca, por ejemplo, entre el difunto rey Eduardo, silencioso y constitucional, y Guillermo II, hablador y rey por la gracia de Dios, una comparación que no resulta ventajosa para el último.

Bajo el reinado de Guillermo II, el papel de Alemania en el mundo ha cambiado de aspecto. Su hegemonía política se ha transformado en imperialismo económico. Su acción ha tenido más éxito en los mercados que en las cancillerías. Las amenazas, el ruido de sables no han impedido nada. Se han consolidado las alianzas y se han concluído nuevos pactos. En el incidente de los desertores de Casablanca, se dió el espectáculo singular y lleno de enseñanza de que la opinión europea simpatizó con Francia, en tanto que la opinión alemana se desencadenaba contra Guillermo II.

El imperio alemán es un organismo esencialmente económico. Su organización en potencia de grande empresa política no le ha quitado nada de aquel carácter.

(1) La calle en que se halla el palacio de la cancillería del imperio.

La transformación de este país agrícola en país industrial ha tenido por consecuencia un crecimiento rapidísimo y colosal de la población, que en menos de medio siglo se ha elevado de cuarenta á sesenta millones de habitantes. He aquí el hecho capital que domina el presente y decidirá del porvenir. Por esto el reformador de 1890, después de examinar el estado del mercado alemán, convirtióse á partir de 1895, en el emperador del mercado mundial.

Habiendo comprendido así la Alemania moderna, ha orientado hacia el mar las energías de su pueblo, haciéndole comprender que allí estaba su porvenir, y de su entusiasmo salió la escuadra alemana.

Alemania atraviesa una época de transición en que el poder pasa de una clase á otra, del dominio agrario á la dictadura del industrialismo, de la monarquía de derecho divino á la democracia imperialista.

El imperio, la burguesía y el proletariado son tres formas de un mismo hecho, tres consecuencias de la transformación de la Alemania. La Alemania agrícola era el sostén del Estado prusiano. Nuevas fuerzas lo minan. El rey se ve cogido en el remolino de las cosas que cambian y buscan direcciones nuevas. La monarquía prusiana, absoluta, conservadora, feudal, mística, no pudo hacer ya contrapeso á esas fuerzas anticonservadoras, democráticas, materialistas.

Guillermo II, emperador alemán, ha comprendido que la dirección económica de la Alemania moderna pertenecía á la aristocracia industrial y ha tratado de hacer alianza con ella. Pero ella no tiene influencia alguna sobre el pueblo. Para aprovecharse de ella, el emperador ha querido apoyarse en las masas.

La sucesión de los cinco cancilleres marca las oscilaciones del rey de Prusia para encontrar el equilibrio entre esas fuerzas enemigas y resolver la contradicción en el centro de la cual se halla colocado. Después de Bismarck, Caprivi. Después de un hombre de mando, un hombre acostumbrado á la obediencia por la disciplina militar; después de un jefe, un servidor; después de un genio, una medianía bajo cuya capa constitucional Guillermo II hizo el aprendizaje del gobierno personal, siendo, según la frase de Bismarck, «su propio canciller.» ¿Qué política hace? Una política librecambista, antiagraria. Los propietarios se agitan, arruinados por los tratados de comercio con Rusia y Austria y por la baja de los trigos. La aristocracia terrateniente no se considera ya la hija privilegiada de la monarquía, y estallan formidables escándalos en Berlín.

El príncipe de Hohenlohe sucede al general Caprivi. Es un gran señor cuya casa es tan antigua como la de los Hohenzollern. El representante fatigado de la aristocracia feudal llega al poder en las postrimerías de la vida. Es una sombra simbólica que pasa. Llega Bülow cuyos ascendientes han desempeñado un papel considerable en las agitaciones de la Alemania liberal, por los años de 1840, contra el rey de Prusia. Es, además, un diplomático pervertido por el espíritu latino. Trata de reproducir en el exterior las tradiciones bismarckianas, mientras las dificultades interiores se acumulan y se complican. Trata de conciliar las dos aristocracias, como Bismarck; hace el bloque de las izquierdas; no excluye á la derecha, pero le pide una *rençon* para el imperio. Más prusianos que imperialistas, los conservadores niegan el impuesto sobre las sucesiones y lo

derriban del poder. Su sucesor, Bechmann, es un burócrata perteneciente á un linaje de *manejadores* de dinero. Vino á tratar con los partidos que representan intereses opuestos y arrancarles los *subsidios* necesarios al imperio. El mero hecho de confiar la cancillería á un hombre que es un *manœuvrier* parlamentario, y no un diplomático, prueba que las dificultades interiores superan á las exteriores. Al nombrarle, Guillermo II ha seguido las indicaciones de la «necesidad,» tan á menudo invocada por Bismarck y por Bülow en todas las cuestiones en que violentaron la conciencia de los hombres.

El emperador comprendió el problema del porvenir de Alemania y empezó su política donde Bismarck terminaba la suya. Los rescriptos sociales de 1890 son documentos esenciales á la inteligencia de la era de Guillermo II. Pero éstos no anunciaron más que una primavera de buenas intenciones. Por una parte, las leyes contra los socialistas habían sembrado la desconfianza entre las masas obreras; y, por otra parte, toda la burocracia de la escuela de Bismarck, procuró destruir «el impulso amistoso en pro de los obreros del señor imperial.»

Por último Guillermo II ha caído en la cuenta de que el problema social dependía del problema económico; porque, antes de pensar en crear necesidades nuevas en el pueblo, mediante una serie de leyes que le den más alta idea de su dignidad social y multipliquen sus deseos de bienestar, hay que poder satisfacerlas. Por esto el reformador de 1890, después de haber examinado la situación del mercado alemán, se ha convertido, desde 1895 á esta parte, en el emperador del mercado mundial, orientando hacia el mar las energías del

pueblo alemán y haciéndole comprender que allí está su porvenir.

M. Roosvelt, el expresidente de los Estados Unidos de la América del Norte, que durante algún tiempo ha ocupado la atención general con sus visitas á las grandes capitales europeas, dió, á mediados de mayo último, en la Universidad de Berlín, una conferencia que adquirió las proporciones de un pequeño acontecimiento histórico, pues, además del emperador, la emperatriz, los príncipes de la familia imperial, el canciller, los ministros, altos personajes de la administración y de la política, eminencias científicas, artísticas y literarias, los representantes de la nobleza, de la magistratura y del ejército, y los delegados de las corporaciones de estudiantes, con sus extraños uniformes de abigarrados colores, dieron al salón, lleno de bote en bote, un aspecto tan pintoresco como brillante.

Poco antes del mediodía, apareció la emperatriz, acompañada del rector de la universidad, M. Erich Schmidt, y seguida del emperador, de M. Roosvelt y de la corte.

Después de los saludos de rúbrica, el rector pronunció su discurso de bienvenida, que el expresidente escuchó en una actitud de modesto orgullo.

Á su vez, M. Roosvelt tomó la palabra en inglés y dijo en substancia:

«Más de mil años han transcurrido desde que el imperio romano del Oeste se convirtió en imperio alemán.

»Los siglos han pasado desde entonces, con sus vicisitudes singulares, unos casi estériles, otros llenos

del esplendor de Alemania en el dominio de las armas y del gobierno, de las ciencias y de las artes.

»Hacia este antiguo país, de glorioso pasado y esplendoroso presente, hacia este país que evoca tantos recuerdos y tan ardientes esperanzas, vengo yo, representante de una nación joven, pariente por la sangre, y diferente, sin embargo, de cada una de las grandes naciones de la Europa central y occidental. De cada una ha heredado ó adquirido mucho, pero transforma esas herencias y esas adquisiciones en algo nuevo y singular.»

El orador nos hace remontar, á remolque de su pensamiento, á las civilizaciones antiguas, caducas, pero cuyo floreciente desarrollo dejó sobrevivir para nosotros algo más que vagos recuerdos: civilización egipcia, civilización asiria, civilización hebraica, civilización grecorromana, civilización islámica, otras tantas etapas misteriosas hacia nuestro esfuerzo actual.

En el curso de su conferencia, M. Roosvelt había sabido tejer hábilmente los mayores elogios que es posible dirigir al kaiser, á la emperatriz y al pueblo germánico.

Aclamado por la asistencia, el conferenciante termina su discurso en medio de una ovación entusiasta. Restablecido el silencio, el profesor Rotha, de la facultad de filosofía, anunció solemnemente que M. Roosvelt era nombrado doctor honorario en filosofía y letras; y, después de un triple «hoch» en honor del kaiser, todo el mundo se retiró. El acto había durado dos horas.

Al decir de varias personas que recogieron manifestaciones confidenciales del expresidente, la personalidad del kaiser produjo en él una impresión profunda. Pero muy lejos de hacerle el efecto de un guerrero hosco y terrible, le pareció simplemente un hombre

en extremo simpático, inteligente, ilustrado y amable.

Pocos días después de estos sucesos, otro más trascendental había de reunir otra vez, en Londres, á los dos ilustres hombres de Estado, personificación de los dos pueblos que en el antiguo y en el Nuevo Mundo realizan la evolución más completa quizá del progreso actual. Pero, en la gran urbe británica, Guillermo II había de eclipsar por completo á Roosvelt.

La muerte, casi repentina, de Eduardo VII, había llevado el luto á las cortes de Europa, y la mayor parte de los príncipes reinantes, emparentados con el rey difunto, fueron á Londres para asistir á sus funerales.

Mientras la llegada de tantos reyes pasaba poco menos que inadvertida en la ciudad del Támesis, la llegada del kaiser adquirió las proporciones de un acontecimiento. Un gentío inmenso se había reunido para presenciar su entrada en Londres, que tuvo efecto el 19 de mayo al mediodía.

Guillermo II tiene á los ojos de las masas británicas un innegable prestigio personal, en que el temor entra por mucho, pues sus intenciones les han sido siempre sospechosas. Pero el hecho es que le admiran, y que les gusta contemplar en él al tipo del *strong man*.

Su llegada, anunciada en gruesos caracteres, en los carteles portátiles que llevan los vendedores ambulantes de periódicos, fué realmente el acontecimiento del día, que la prensa registró hasta en sus más mínimos detalles.

Cierto es que el nieto de la reina Victoria, sobrino de Eduardo VII, y primo hermano de Jorge V sabe presentarse siempre en actitudes susceptibles de agradar á las muchedumbres de Londres. «*He looked every inch a*

king» (tenía hasta la extremidad de las uñas el continente real), decía un periódico londinense de la tarde. Y todos reseñaban en términos lisonjeros su llegada.

El emperador saltó al andén, con la cabeza descubierta, y cogiendo en ambas manos reunidas la mano derecha del rey Jorge, le besó en las dos mejillas; inclinóse luego y besó al joven duque de Cornualla, el cual, á pesar de su título de príncipe heredero, parecía algo intimidado por la presencia del poderoso monarca germánico. Guillermo II de levita negra y luto riguroso, permaneció largo rato descubierto, saludando al duque de Argyll y á varios altos dignatarios que habían acompañado al rey.

El emperador ha encanecido bastante en estos últimos años, pero, á los ojos de los londinenses, esto da mayor dignidad á su fisonomía, y sus facciones, que aún conservan la energía de la juventud, siguen adornadas con ese soberbio bigote en forma de doble pararrayos, que muchos de sus súbditos en vano han pretendido imitar.

Guillermo II supo ser cordial, expresivo, sin dejar de observar esa circunspección, esa reserva discreta, propia de los que experimentan un gran duelo. Subió con el rey de Inglaterra á un landó cerrado, y los dos monarcas, con el sombrero de copa en la mano, inclinaban casi imperceptiblemente la cabeza cerca de las portezuelas, para contestar á los simpáticos saludos de la multitud. Porque ésta, aunque se abstenía de dar ningún viva á causa del luto, agitaba como furtivamente chales y pañuelos al paso de los dos soberanos. Y el landó real, sin ninguna escolta, al trote corto de los caballos, atra-

vesó una inmensa aglomeración humana, contenida solamente por algunos *policemen*.

El mismo día, á las seis de la tarde, el rey Jorge y el emperador, acompañados del rey de Bélgica, visitaron al ilustre muerto, y, pocas horas después, los periódicos de la tarde referían cómo el kaiser depositó una corona sobre el catafalco, se arrodilló delante del féretro y oró largo rato en actitud de recogimiento religioso.

Los mismos periódicos ponían en conocimiento del público que el soldado más ilustre de Inglaterra, lord Roberts, había sido agregado á la persona de Guillermo II para mientras durase su permanencia en el reino.

Aquella misma noche, el rey Jorge ofreció en el palacio de Buckingham, una comida de unos sesenta cubiertos á los soberanos y á los miembros de las familias reales que habían acudido á Londres para asistir á las honras fúnebres de su padre.

Todos los comensales iban de frac y corbata blanca, ostentando las condecoraciones inglesas que poseían.

En aquella mesa de magnates, la figura culminante fué la del emperador Guillermo, de quien observaban los menores gestos y retenían las palabras más insignificantes. Todo el mundo interpretó como una prueba de sus designios pacíficos la cordial conversación que tuvo, después de la comida, con el representante de Francia.

Al día siguiente, 20 de mayo, en los funerales del rey Eduardo, el kaiser descolló también entre los soberanos del cortejo que desfiló, desde Westminster hasta Paddington, por Whitehall, la explanada de los Horse-Guards, la avenida del Mall, Hyde-Park y Edgware road, en un trayecto de siete kilómetros, por entre cinco millones de espectadores.

Guillermo II iba á caballo, á la derecha de Jorge V, detrás del féretro de Eduardo VII, cetro en mano, tal como el pueblo de Londres lo había visto en los funerales de la reina Victoria en 1901; y si la despedida del mismo pueblo no ha sido esta vez tan cordial como entonces, sólo debe atribuirse á que la política europea, y muy particularmente la británica, ha cambiado mucho de nueve años á esta parte.

Al advenimiento de Eduardo VII, la situación era más clara y menos peligrosa que á su muerte.

Las ansiedades que experimentó Inglaterra al anuncio de la agravación del mal que en pocos días había de llevar aquel monarca al sepulcro, acaba de sentirlas, aunque en menor grado, Alemania, con motivo de la reciente enfermedad del kaiser (1): y una de las consecuencias de esta enfermedad ha sido la tregua de hostilidades que se observa en la prensa alemana de oposición á la política personal de Guillermo.

Alemania entera ha hecho votos por el pronto restablecimiento del emperador, y, en esos votos, se han mezclado, con sentimientos de afecto y simpatía, secretas alarmas y profundas inquietudes; porque el pueblo germánico piensa, sin duda, con Roosvelt, que Alemania necesita «un corazón elevado y una mano firme» (como la mano y el corazón de Guillermo II), para realizar, en su movimiento progresivo, sus dorados sueños de poderío, de prosperidad y de gloria.

(1) Un tumor en la rodilla.

FIN

ÍNDICE DE GRABADOS

Páginas

El emperador Guillermo II. 2
La reina Victoria de Inglaterra, madre de la princesa Augusta prometida de Federico Guillermo de Alemania. 13
El príncipe Federico Guillermo de Prusia y la princesa Victoria de Inglaterra, después de la boda. 15
Bismarck. 21
La cuna de los Hohenzollern. 23
El príncipe Regente tomando un coche para ir á ver á su nieto recién nacido. 25
Federico Guillermo, príncipe heredero de Prusia. 27
Medalla conmemorativa del nacimiento del actual emperador. 31
La princesa Victoria con su hijo el príncipe Guillermo. 32
El príncipe Federico Guillermo y su hijo Guillermo. 33
El príncipe Guillermo con su primer caballo. 37
El príncipe Guillermo en su primer barco. 39
Ejercicios gimnásticos del príncipe Guillermo. 41
Liceo de Cassel, donde estudió Guillermo hasta los 18 años. 43
El príncipe Guillermo y su madre la princesa Victoria. 45
Rúbrica del príncipe Guillermo puesta en uno de sus libros de estudiante. 49
Universidad de Bonn donde estudió el príncipe Guillermo. 51
El príncipe Guillermo y su prometida la princesa Victoria. 55
Medalla conmemorativa del casamiento de Guillermo II. 61
El príncipe Guillermo y Molke. 63
La princesa Augusta Victoria, madre del novio, del brazo del emperador Guillermo I. 65
Boda del príncipe Guillermo con la princesa Augusta Victoria de Schleswig-Holstein (27 de febrero de 1881). 67
Guillermo I, emperador de Alemania. 75
El príncipe Federico. 79
La familia del príncipe heredero Federico, en San Remo. 81
Muerte del emperador Guillermo I en 9 de marzo de 1888. 85
El emperador Federico III en el parque del palacio de Carlottenburgo. . 87
El nuevo palacio de Potsdam. 89
El emperador Federico III en la cámara ardiente instalada en la galería de Jaspe del palacio de Friedrichskron. 93
Sarcófago del emperador Federico III en Potsdam. 94
La emperatriz viuda de Federico III. 95
El emperador Guillermo II en el año de su advenimiento al trono (1888). 99
La emperatriz Augusta Victoria en 1888. 101
Palacio de Friedrichskron (Potsdam). 103
Palacio del príncipe heredero en Berlín. 105
Salón del Palacio de Mármol. 107
Comedor del Palacio de Mármol. 109
El yate imperial *Hohenzollern*. 115
El kaiser en su camarote del *Hohenzollern*. 117
Guillermo II pasando revista á uno de sus batallones preferidos. . . . 127
El conde Liebenau. 132
Guillermo II en uniforme de húsares de la Guardia de Corps. 133
El emperador Guillermo II y su primogénito. 145
La familia imperial alemana en 1896. 163

Páginas

Entrada de la duquesa Cecilia Mecklemburgo-Schwerin el día 3 de junio. El Burgomaestre Kenschner saludando á la duquesa en la puerta de Brandeburgo. 165
Guillermo, príncipe heredero. 167
Cecilia de Mecklemburgo-Schwerin, esposa de Guillermo, príncipe heredero. 169
Conde de Waldersee, ayudante general del emperador. 177
Guillermo II en traje de cazador. 183
Escena de caza. 187
El mayordomo Eulenburg. 191
Guillermo II con uniforme de marina. 207
Busto del emperador Guillermo II en uniforme de Guardia de Corps. . 211
El emperador vestido en traje de gala del Yacht-Club-Imperial. . . . 217
Grupo de oficiales de la Guardia de Corps. 221
Oficialidad del regimiento de la Guardia. 225
El emperador Guillermo II á bordo de su antiguo yate *Hohenzollern*. . 229
El emperador con sus invitados y el comandante del *Hohenzollern*. . . 231
Exlibris del emperador Guillermo II. 233
Dormitorio del emperador en el *Hohenzollern*. 235
El emperador Guillermo II en 1896. 237
¡Un imperio, un pueblo, un Dios! 239
Servidumbre del emperador preparándose para un viaje repentino. . . 243
Guillermo II en su coche de paseo trasladándose de Postdam á Berlín. . 245
En la cacería de Rominton: Guillermo II contemplando los ciervos cazados. 251
El príncipe Rodolfo de Austria. 257
Herberto de Bismarck. 263
Alejandro III, emperador de Rusia. 267
El general Wittich, gobernador del cuartel general del rey. 269
En el castillo de Nurenberg. Decoración para la obra *Los Burgraves de Lauff*, boceto del emperador Guillermo II. 281
El Migual alemán, boceto de Guillermo II, terminado por el profesor Knackfuss. 285
¡Pueblos de Europa velad por vuestros bienes más sagrados! Boceto del emperador Guillermo II terminado por el profesor Knackfuss. . . . 287
Campanario del templo evangélico alemán de Jerusalén, proyecto del emperador Guillermo II. 289
Boceto de una copa de plata ejecutado por el emperador Guillermo II. 291
Menzel entrando en el palacio de Sans-Souci, invitado por el emperador. 297
Concierto de flauta en el palacio de Sans-Souci, cuadro de Adolfo Menzel. 299
El canciller conde de Caprivi. 303
El príncipe de Hohenlohe, canciller del imperio. 305
Doctor von Miquel, ministro de Hacienda del imperio alemán. . . . 319
El papa León XIII. 321
El cardenal Kopp. 323
Entrevista del papa León XIII con el emperador Guillermo II en el Vaticano, el día 3 de mayo de 1903. 325
Desembarco en Tánger del emperador Guillermo II. 329
La princesa María Antonieta de Mecklenburgo. 343
Von Podbielski, ministro de Agricultura. 345
El canciller Bülow. 349
Von Hertling, *leader* del Centro. 351

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
BARCELONA